EL PRECIO DE LA VIDA



Elizabeth Bermúdez

El precio de la vida

ELIZABETH BERMÚDEZ

Título: *El precio de la vida*
Primera edición, enero 2022
©2021, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1 Imágenes portada: Freepik.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.
Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.
Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.
El precio de la vida es su novela número doce,
anteriormente publicó:
Deseos del destino
Secretos
Tus huellas en mi corazón
Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
La sombra de su pasado
Volver a nacer
Volver a creer
Volver a sentir
Y de repente, el mundo se paró
El amor lo cambia todo
Serie Volver

<u>Sígueme en mis redes sociales:</u>

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez
- Twitter: @bethberm

SINOPSIS

Bosco Hungría. El jugador de fútbol más exitoso del país y del mundo, el mejor pagado. Lo tiene todo.
Alba Serrano. Estudiante de magisterio, costea sus estudios con muchos esfuerzos económicos. Sueña con ser profesora.

¿Qué encontrarás en esta lectura?

Un **regalo de cumpleaños muy especial**, quizás el amor de su vida.
Una **escandalosa proposición**: 1 millón de euros a cambio de pasar una noche con el jugador del momento. El hombre más sexy y guapo del planeta.
Alba se debate entre su **dignidad o emplear el dinero para salvar lo más importante de su vida**.
Unas **consecuencias inesperadas**.
Un **cambio de vida radical**.

¿Te atreves a conocer y vivir de la mano de Alba esta intensa historia?

Nota de la autora

Los nombres de los equipos de fútbol, al igual que el de los jugadores, que aparecen en esta historia son inventados, productos de la imaginación de la autora.

A mi hermano Luis, por increíble que parezca, él le puso el título a esta novela.

Todo surgió en un viaje, me preguntó qué tal llevaba mi próximo libro y le dije que mal ya que soy incapaz de comenzar a plasmar la novela fuera de mi mente si antes no le pongo el título. Él me pregunto: ¿de qué va la historia? Se la conté entera y me dijo: El precio de la vida. Tal cual, a la primera, y me pareció maravilloso después de meses buscando un título y no lograr que ninguno me encajase con la historia.

índice

Sobre la autora
1
Mi nombre es Alba Serrano
2
Discoteca Afaia
3
Bosco Hungría, el hombre del momento
4
Su voz
5
Un sueño
6
Una terrible realidad
7
Luchar sin descanso
8
Qué bonito es querer
9
Complicaciones
10
Una luz en el camino
11
El precio de la vida
12
No lo pienses, hazlo
13
Preparar la noche X
14

Sorpresas te da la vida
15
Una noche para el recuerdo
16
No lo esperaba
17
Salir corriendo
18
Se fue
19
Nada es lo mismo
20
La vida duele
21
Tres meses después
22
Olvidé respirar
23
Una nueva vida
24
Nico
25
Dos años después
26
Imposible
27
La verdad sale a la luz
28
Mi hijo

29
Como dos gotas de agua
30
Explicaciones
31
¿Por qué?
32
Confesiones
33
Una visita inesperada
34
Condiciones
35
Buen recibimiento
36
¿Qué hacen aquí?
37
Fotos en la prensa
38
Tu vida y la mía
39
El comunicado
40
Primera salida juntos
41
Una gran familia
42
Impresionada
43

Una noche inesperada
44
La novia de papá
45
Se acerca una boda
46
El beso
47
La decisión
48
Y ahora qué
49
La vida de Bosco Hungría
50
Vuelve el pasado
51
Hace dos años
52
Huir
53
En las nubes
54
Alta mar
55
Cincuenta y cuatro semanas
56
Límites
57
Cerrar un trato

58
El comienzo
59
Primera cita
60
Mi fin
Agradecimientos
Otras novelas de la autora

1
Mi nombre es Alba Serrano

Miro el reloj y compruebo que aún quedan veinte minutos para que Julia venga a recogerme. Me observo en el espejo y me gusta el resultado. Llevo puesto un vestido negro, corto y ajustado, con demasiado escote, que me ha prestado mi cuñada y el cual me he negado a llevar con tacones. No sé andar con ellos, parezco un pato mareado, así que Julia, como me conoce y sabía que probablemente escogiese las zapatillas de deporte que suelo utilizar siempre, me ha traído unas botas negras planas, altas de estilo militar, que con las medias me dan un toque diferente. Me he maquillado un poco y me he alisado mi media melena. Siempre suelo llevar una coleta ya que no tengo demasiado tiempo para peinarme bien cada mañana. Cuando el despertador suena, salgo disparada de la cama y hago mil cosas antes de marcharme a las clases en la universidad.

Mi teléfono vibra y es Julia, me dice que baje a la calle que ya está cerca. Ella tiene un coche caro, de marca. No estoy acostumbrada a moverme por Madrid en coche. No me puedo permitir un taxi, mis medios de transportes son el metro y mis pies. Creo que me mantengo en forma de todo lo que ando, ya que tampoco puedo permitirme un gimnasio. Suelo decirme a mí misma que no voy a uno por falta de tiempo, pero sé que es mentira, aunque lo tuviese no entraría dentro de mi presupuesto.

Julia estaciona en la puerta de mi casa y me monto en su coche. La saludo y admiro el vehículo por dentro. Es una pasada, con los asientos en blanco y una gran pantalla de GPS.

—Estás guapísima —dice mi cuñada mientras me observa con atención—. Eres una belleza, no sé cómo no tienes a mil tíos detrás de ti.

—Ya lo sabes, mi vida es tan estresante que no tengo tiempo de conocerlos —le digo con aire resuelto.

No me preocupa no tener novio ni una relación. Lo cierto es que ni me acuerdo de ello. Y, en algunas ocasiones, cuando escucho a mis amigas de la universidad quejarse o llorar por sus parejas, hasta me alegro de no tener una. Considero que es un problema menos en mi vida.

—Esta noche no vas a pasar desapercibida. Los tíos harán cola para ligar contigo —anuncia Julia, sonriente, mientras se incorpora al tráfico.

—Si te tengo al lado, te aseguro que no se fijaran en mí —le indico admirándola.

Julia lleva el pelo largo con unas ondas chulísimas, un castaño claro con mechas, y siempre parece recién salida de la peluquería. Va maquillada de forma perfecta y su ajustado vestido color berenjena le queda de muerte, y eso que no la he visto en pie. Mi cuñada tiene un tipazo y es guapísima, si quisiese podría ser modelo. Se lo pregunté el día que la conocí, pero me dijo que no es su mundo. Ella es la encargada de la discoteca Afaia, a la que vamos esta noche. Y también es *influencer*. Tiene un montón de seguidores en su cuenta de Instagram, la cual sigo y envidio. Según mi hermano cobra por subir fotos y le regalan todo lo que promociona.

—Pero yo tengo novio y estoy muy enamorada de él —me comenta Julia con una enorme sonrisa—. Te aseguro que no soy competencia.

—Nico ha tenido mucha suerte al encontrarte, y yo. No solo tengo a una cuñada maravillosa, también a una amiga.

Desde que conocí a Julia nació al instante una gran conexión entre nosotras. En los meses de relación que lleva con mi hermano nos hemos convertido en amigas, nos vemos poco, pero

hablamos casi a diario. Admiro a Julia en todos los sentidos, algún día me gustaría ser como ella. Es una mujer fuerte, valiente y decidida.

—Esta noche te puedes quedar a dormir en mi casa —me propone Julia.

Solo conozco su casa por fotos. Vive en el barrio de Salamanca y su ático es espectacular. Casi todas las fotos y vídeos que sube a las redes sociales son desde allí y estoy enamorada de su hogar.

—No quiero molestar —le indico con media sonrisa.

Aunque Nico y ella no viven juntos, él comparte piso con dos amigos, sé que mi hermano pasa muchas noches en casa de Julia.

—Estoy de vacaciones y hoy tu hermano terminará tarde y cansado —anuncia—. Me apetece una noche de chicas.

—No he traído nada —le indico que solo llevo el bolso y una chaqueta de cuero.

—Tenemos casi la misma talla. Y en casa tengo mil cosas sin estrenar —me dice Julia tratando de convencerme.

Asiento y me dejo llevar por ella. En dos semanas comienzan los exámenes y me merezco un respiro. De inmediato cojo el móvil y le pongo un mensaje de voz a mi madre donde le digo que no iré a dormir. Ella se alegrará. Siempre me está diciendo que salga y que haga mi vida. Es consciente de la responsabilidad que llevo desde que mi padre nos dejó y Nico se marchó a vivir con sus amigos.

No considero a mi hermano un egoísta, amo demasiado a mi otra mitad. Somos mellizos y nos queremos muchísimo, pero no fue el mejor momento cuando Nico decidió marcharse de casa y dejarnos a mi madre y a mí solas con las deudas de nuestro padre recién fallecido. Yo intento hacerme cargo de todo, pero, a veces, siento que no puedo. Trabajar, estudiar, la casa y cuidar de mi madre en ocasiones se me hace muy cuesta arriba, pero todos los días me digo que nada es para siempre y que en cuanto termine la carrera nuestra situación mejorará.

Mi madre era limpiadora de un colegio privado en Madrid, antes de darle un ictus que le dejó paralizada una pierna y el habla, la dueña y directora la estima mucho y me tiene prometida una plaza como profesora de infantil en cuanto termine mis estudios. Es por ello por lo que cada día me levanto con ilusión y esperanzas, porque sé que en dos años nuestras vidas cambiarán muchísimo. Podremos vivir bien y hacer realidad todos los sueños que tengo.

2
Discoteca Afaia

Cuando Julia estaciona en el aparcamiento privado de la discoteca Afaia me quedo impresionada, no esperaba algo tan lujoso. Para mí los *parkings* son eso, lugares donde dejar los coches, pero aquel sitio es impresionante en todos los sentidos. Muy luminoso, espacioso y decorado con gusto. Un gusto caro, por supuesto. Había visto fotos de la discoteca a la que vamos por las redes sociales, y, sobre todo, en el perfil de Julia, que solía posar con los famosos que acudían a ella, pero nunca me hubiese imaginado impresionarme nada más aparcar, y eso que no entiendo de marcas de coches, pero todos los estacionados allí son espectaculares. Los miro con atención, sé que nunca tendré uno como esos ni tan cerca.

Tras bajarnos del coche, dejamos las chaquetas en los asientos traseros. Julia insiste en que no las vamos a necesitar dentro, cogemos un ascensor privado, que ella acciona con un código digital, y aparecemos en una sala de la discoteca. La miro y mi cuñada capta la expresión de mi cara y lee mi mente.

—Te hubiese gustado entrar por la puerta principal —dice mientras me guía para salir de aquella sala en la que hemos aparecido, solitaria y con poca luz.

—Como las personas normales —comento con cierto deje de guasa.

—No te equivoques, aquí nada es normal —me advierte. Abre una puerta y entramos de lleno en la planta baja de la discoteca.

Está llena de gente. Dirijo la mirada hacia la barra, en busca de mi hermano, es camarero, pero no lo veo. No hay ni un solo hueco para poder pedir una copa.

Unas personas paran a Julia y la saludan. Yo me quedo a unos pasos de ella y admiro todo a mi alrededor. Es una discoteca muy grande, con aires muy modernos y las personas que bailan y beben son muy pijas. Me fijo en ellos y me digo que están muy lejos de la gente con la que me suelo relacionar. Se nota a leguas que son niños de papá, ricos y sin problemas que no los dejen dormir por las noches. Ríen, bailan, beben y se muestran despreocupados, por unos segundos los envidio.

Mi mundo vuelve a la realidad cuando Julia me toma de la mano y juntas nos dirigimos con paso ligero hacia la barra. Con gran habilidad se hace con dos taburetes y tomamos asiento en ellos. Alza una mano, le sonríe a un camarero y este acude a nosotras de inmediato. Julia pide dos copas, sin preguntarme qué quiero. Solo me guiña el ojo y ante mi cara de no saber lo que ha pedido me dice:

—Te gustará.

A lo lejos veo a mi hermano. Sirve unas copas a un grupo de personas al final de la larga barra. Fijo los ojos en él y lo admiro. Es muy guapo. Alto, con un buen cuerpo y tiene los ojos azules como los míos. Hace muy buena pareja con Julia, ambos parecen sacados de una revista. Luego veo que algunas mujeres tratan de llamar la atención de Nico en la barra para algo más que una copa. Miró a mi cuñada y le indico que mire en la dirección que le señalan mis ojos.

Ella sonríe sin darle demasiada importancia.

—Estoy acostumbrada. Lo vivo cada noche cuando trabajo. —Alza la mirada hacia arriba y me indica—: Mi despacho está ahí y puedo verlo todo.

Admiro el lugar una vez más y le comento:

—No debe ser cómodo ver cómo se comen a tu novio con los ojos y se tiran a su cuello

prácticamente.

Julia suelta una carcajada.

—Te acostumbras, además aquí nadie sabe que somos pareja. Solo César —Mira hacia la barra, es uno de los siete camareros que sirven en ella—, que comparte piso con tu hermano.

—¿Por qué lo lleváis en secreto? —pregunto sin entenderlo. Lo desconocía hasta el momento.

—No me gusta mezclar trabajo con placer —me dice mientras se lleva a la boca la copa de un coctel muy sofisticado que nos han puesto por delante, yo me atrevo a probar el mío—. Aquí soy como la jefa de todos y no quiero que piensen que con Nico hago excepciones o lo trato mejor por ser mi pareja —me explica al ver que su argumento anterior no me convenció demasiado.

La entiendo, asiento con la cabeza mientras le sonrío y vuelvo a beber de mi copa.

—Esto está buenísimo. ¿Qué es? —pregunto.

—César es un maestro haciéndolos, ahora te lo presento. Tú bebe y disfruta. Lleva poco alcohol —me indica. Creo que salta a la vista que no suelo beber.

Pasamos un rato más sentadas en la barra, se nos acercan varios tíos, pero Julia tiene la gran habilidad de deshacerse de ellos. Luego me mira y me susurra:

—No me gusta ninguno para ti —se disculpa por no habérmelos presentado.

—No he venido a buscar novio. De hecho, no creo que encuentre al hombre de mi vida en este lugar —le indico sonriendo, segura de ello.

—Eso nunca se sabe. Yo encontré aquí a tu hermano.

Miro el brillo que hay en su mirada y salta a la vista lo enamorada que está de Nico. Una vez más la envidio, me gustaría sentirme así por un hombre. Pero lo cierto es que, hasta el momento, no ha aparecido nadie que me hiciese enamorarme como una loca. He salido con chicos, me he ilusionado al comenzar una relación, pero estas nunca han avanzado bien. Siempre, por una cosa o por otra, todo se trucaba.

—Las mujeres más guapas del Afaia —nos interrumpe una voz. Es un camarero, y, sin que Julia me lo presente, sé que debe de ser César. La mira con confianza, no como a una jefa.

—Alba, te presento a César. Un maestro en hacer cócteles como estos —dice Julia alzando la copa.

—¿Os ha gustado? —pregunta el hombre con la mirada en las copas casi vacías—. Encantado de conocerte. —Se inclina hacia mí, me da un beso en la mejilla y me susurra en el oído—: Eres más guapa que tu hermano.

—Gracias —respondo y me quedo mirándolo. Es muy guapo. De hecho, todas las personas que trabajan en la discoteca parecen modelos.

—¿Queréis algo más? —nos pregunta sin dejar de mirarme.

—No, ahora vamos a bailar un poco —responde Julia.

Me toma de la mano, tira de mí y nos dirigimos al centro de la pista. La música suena fuerte, hay muchas luces y el lugar no está abarrotado, algo que nos permite movernos sin problemas.

Julia comienza a contonear su cuerpo y la admiro, baila de maravilla. Me toma de las manos y me incita a que mueva el esqueleto. Me gusta bailar, aunque no lo haga a menudo. Me animo y me vengo arriba con ella. Nos marcamos unas cuantas canciones, reímos y, cuanto estamos acaloradas, volvemos a la barra a por otra bebida.

Como por arte de magia, cuando nos acercamos a por otra copa, encontramos de nuevo dos taburetes vacíos. César y Nico se acercan a nosotras.

—Jefa, vaya bailes os habéis marcado —le dice Nico a Julia. Ella le guiña el ojo y le sonríe. Yo simplemente los admiro al mismo tiempo que pienso que todas las personas que trabajan allí, con excepción de César, deben de ser ciegos para no ver lo que hay entre mi hermano y Julia.

Sus miradas lo dicen todo.

—Solo a ti se te ocurre venir a tu lugar de trabajo en tus días de vacaciones. Eres una adicta al curro —le dice César. Se nota que hay confianza entre ellos.

—¿Sabes lo que es trabajar en la mejor discoteca de la ciudad y no poder disfrutarla nunca? Hoy soy una más —comenta Julia alzando la voz porque la música suena alta.

César mira el reloj y le indica a Julia:

—En unos minutos llegaran. Cuando te vean por aquí y comprueben que no eres la que los atiendes hoy se quejaran. Sabes que no hay nadie como tú. Y el dueño de este lugar lo sabe —afirma mientras yo los miro sin saber muy bien de quién hablan.

—Lo sé, cariño. Como también sé que me merezco el gran sueldo que me pagan en este lugar, ya que me dejo media vida aquí —reconoce mi cuñada.

Julia comenzó como camarera en el Afaia, poco a poco fue ascendiendo y a día de hoy es la encargada. No solo pasa las noches allí, también parte de su día, poniendo todo a punto para cuando abren las puertas al caer la tarde.

De repente, un gran revuelo se forma cuando un grupo de personas entran. Toda la discoteca se queda mirándolos.

—Ahí los tienes —indica César a Julia.

—Hoy han ganado —anuncia Nico con alegría.

Dirijo la mirada hacia el gran tumulto, pero no diviso mucho.

—¿Quiénes son? —pregunto algo perdida.

—Los jugadores del Real Capital, han ganado y como siempre que lo hacen vienen a celebrarlo a la discoteca propiedad de su capitán de equipo —dice César.

—Con este partido se han colocado los primeros en la liga. Este año la vuelven a ganar —dice Nico, como aficionado desde pequeño a aquel equipo de fútbol.

—Ahí tenéis al hombre del momento. Ese equipo no es nada sin Bosco Hungría. ¡Qué máquina! —vocifera César alzando ambas manos. La gente lo sigue, aclamando al jugador.

Al escuchar aquel nombre tan conocido, ¿qué español no conoce a Bosco Hungría y todo su mundo alrededor?, centro la mirada en el hombre. Me causa curiosidad ver de cerca a una persona tan sumamente famosa. No solo es el jugador de fútbol del mejor equipo del país, como reconocen los entendidos en ese deporte, el mejor pagado, sino, también es modelo publicitario, las grandes marcas se lo rifan. Es empresario y le encanta el mundo del caballo. Y, por el comentario de César, descubro que es el dueño de esta famosa discoteca.

3
Bosco Hungría, el hombre del momento

Cuando lo veo de cerca, el corazón casi se me paraliza. Es mucho más guapo e impresionante que en las fotos o en la televisión. Saluda a Julia cuando pasa por su lado, sin detenerse, y se encamina con paso seguro hacia la planta superior de la discoteca, donde se encuentran los reservados de la gente vip. Yo la miro a ella extrañada de que alguien como Bosco Hungría la haya saludado con tanta confianza, pero luego caigo en que entre ambos existe una relación laboral y que lo debe de conocer desde hace tiempo.

No le quito ojo hasta que desaparece de mi vista, jamás un hombre me había impresionado tanto. Va vestido con un atuendo informal, unos vaqueros claros, rotos, y una camiseta negra ajustada a su cuerpo. Los brazos al descubierto dejan a la vista todos los tatuajes que tiene en ellos. Lleva recogido el pelo en una coleta y luce barba. Bosco Hungría es el hombre de los mil *looks* diferentes, cada cambio sale en todas las portadas de las revistas. No le gusta estar demasiado tiempo igual.

Admiro como todas las mujeres babean por los huesos de ese hombre, lo miran como yo debo estar haciéndolo, porque es imposible que no impresione a alguien cuando pasa por su lado. Tiene algo especial, indescriptible, que te atrapa. Lo he podido comprobar al tenerlo tan cerca.

—No sabía que era el dueño de este sitio, ni tu jefe —le digo a Julia cuando él ha desaparecido de mi vista.

—Bosco es un buen tío —comenta con naturalidad.

Cuando escucho a Julia referirse a él de una forma tan cercana siento curiosidad por saber cómo será ese hombre fuera de su imagen pública.

El resto de la discoteca vuelve a la normalidad cuando la plantilla al completo del equipo desaparece en el reservado. César nos pone otra copa, nos la bebemos y volvemos a la pista a bailar. En esta ocasión hay más gente, se nos acerca un grupo de tíos, los cuales Julia conoce, no me los presenta, bailamos con ellos un rato y luego nos vamos con la excusa de que tenemos que acudir al baño.

Julia sabe cómo moverse en cualquier aspecto de la vida, aquella noche compruebo de primera mano lo que siempre supuse de ella, es una mujer que vale para todo. Una vez más la admiro por su carácter y por cómo se relaciona con todos.

—Son unos pesados, pero buenos clientes. He aceptado bailar un poco con ellos para no hacerles el feo, pero ya era suficiente —me revela Julia una vez que entramos juntas en el baño a hacer pis.

Luego nos retocamos los labios y volvemos a la barra. Julia insiste en que queda mucha noche por delante y hay que disfrutarla.

Mientras nos tomamos la tercera copa de la noche, y yo le indico a mi cuñada que será la última, por muy buenos que estén esos cócteles que nos prepara César, una chica viene en su busca. Trabaja en la discoteca y entre ambas hablan algo. Yo me centro en la conversación que entabla conmigo César.

—Tu hermano es un tío genial. Nunca había tenido un amigo como él —me dice mientras bebo de mi copa—. Tienes que venir más por aquí —me anima—. Estoy seguro de que nos llevaremos de lujo.

—Hoy me ha invitado Julia, pero no es un sitio que pueda permitirme —le contesto—.

Además, tengo poco tiempo para salir de fiesta.

—Entonces haremos una comida en casa. Desde que tu hermano vive en el piso no hicimos ninguna —propone.

César me cae bien. Es guapo y simpático, pero no soy tan tonta como para no darme cuenta de que le intereso.

—Mi hermana está prohibida —dice Nico cuando se acerca a nosotros y palmea la espalda de su amigo con ímpetu.

—Solo le proponía una comida en casa —le deja claro César.

Nico le sonríe. Se nota que ambos se conocen bien.

Julia nos interrumpe y nos comunica que se tiene que ausentar para resolver un asunto, nos promete que volverá de inmediato.

—No saben vivir sin ella —murmura César.

Nico asiente y yo los miro sin saber muy bien de qué va el tema, supongo que es trabajo y entre ellos se entienden.

Mi hermano se va para el lado opuesto de la barra a servir más copas y yo me quedo con César.

—Julia los tiene mal acostumbrados, ya sabía yo que en cuanto la viesen por aquí la reclamarían. —Alza la vista y la fija en los cristales de la zona vip de los futbolistas—. Nosotros no los vemos, pero ellos lo ven todo —me explica.

—Por aquí viene gente muy importante —le comento a César—. No me esperaba que apareciese toda la plantilla del club de fútbol más aclamado del país.

—Ni te lo imaginas. Mientras más dinero tienen más exigentes son. Se creen que somos sus esclavos. Yo prefiero la barra de aquí abajo que servir en los reservados y aguantar a tanto pijo —me revela y yo me río. Se nota que es muy directo y sincero.

Julia vuelve a aparecer y se sienta a mi lado. Le pido una botella de agua fría a César y mientras me la sirve él le pregunta:

—¿Qué sucedía en las altas esferas?

—No estaba todo como siempre —dice Julia sin demasiado entusiasmo.

—Si quieres nos podemos ir a otro sitio —le propongo. Desde que ha llegado todo el equipo la veo más apagada y pensativa.

—Nada de eso. Le he dejado claro a Bosco que hoy no trabajo y que se las apañen como puedan. Vamos a bailar y que vea que estoy disfrutando como me merezco.

Con ganas, Julia tira de mi mano y nos vamos a la pista de nuevo a bailar. Nos mezclamos con la gente, ella me presenta a algunas personas y vivimos la noche.

Cuando ya llevamos un par de horas de pie, necesito sentarme. Miro los pies de mi cuñada y admiro que haya pasado tanto tiempo sin sentarse con aquellos taconazos.

De camino a la barra, la música se para de golpe y se escuchan unos gritos y ruidos. De inmediato, Julia se vuelve para ver qué sucede. Es una pelea entre dos chicos y dos chicas. Ya la seguridad del local los separa y los llevan dentro para que se calmen.

—Tengo que ir a ver qué sucede —dice Julia angustiada. Mira hacia una escalera y veo que Bosco Hungría baja por ella y habla con los hombres que se han encargado de parar el altercado.

Noto cómo César me toma del brazo por encima de la barra y me dice:

—Quédate aquí.

Nico también se acerca a nosotros, pero no le quita ojo a Julia y Bosco, que hablan entre ambos. Veo como ella asiente. Él vuelve al reservado donde estaba y Julia se pierde en el interior del local.

En menos de media hora la discoteca se queda medio vacía. Miro mi reloj y aprecio que son las seis de la mañana. El tiempo se me ha pasado muy deprisa.

Mi teléfono vibra y es un mensaje de Julia. Me indica que coja un taxi y me marche a su casa. Me envía la ubicación exacta. No me da tiempo ni a pensar en que no tengo las llaves cuando una chica me toca el hombro y las pone en mis manos, de su parte.

Sopeso la posibilidad de ir a mi casa, pero ya he avisado a mi madre de que pasaré la noche fuera y no quiero asustarla. Porque si llego a estas horas, pensará que me ha sucedido algo.

Nico y César llevan un buen rato en el almacén, y yo la verdad es que estoy cansada y quiero irme. Entro detrás de la barra y los busco. Solo encuentro a César.

—Me marcho —anuncio—. Julia se va a retrasar y estoy cansada.

—Mi turno termina en media hora, si me esperas te llevo yo a casa. Tengo moto.

Me quedo callada y medito la propuesta, en parte porque me ahorraría el dinero del taxi.

De repente, una voz detrás de mí me sobresalta.

—Hoy todos haréis el turno hasta las nueve. Se os compensarán doble las horas extras. El altercado ha dejado varios destrozos que tienen que quedar solucionados antes de volver a abrir mañana.

César lo mira serio y asiente. Yo me doy media vuelta y las piernas me flaquean cuando veo que no es otro que Bosco Hungría a quien tengo detrás.

4
Su voz

Una voz desde dentro del almacén, que ignora que el gran jefe está presente, llama a César con un sonoro grito. Bosco Hungría le hace un gesto con la cabeza y con la mano y lo anima a marcharse, como si César necesitase su aprobación para moverse.

Yo me quedo a solas con él. No sé qué decir ni qué hacer. Escuchar su voz, tan grave, seria y con un timbre que creo que jamás olvidaré me ha dejado muda. Lo observo en silencio y aprecio que es aún más guapo que cuando lo vi unas horas antes. Admiro su pecho y observo unas marcadas abdominales a través de la camiseta.

Cuando alzo la mirada hasta sus ojos marrones compruebo que me sonríe.

—¿Puedo hacer algo por ti? —me pregunta de forma directa. Y yo quiero que la tierra me engulla en ese momento.

—No. Yo ya me marchaba. Igual no debo estar aquí —le dejo claro, ya que he traspasado una puerta que indicaba: solo personal autorizado.

Él continúa sonriéndome, tiene las manos metidas en los bolsillos del pantalón y se balancea sobre sus pies. Fijo los ojos en las botas estilo militar que lleva. Todo le queda de maravilla. Tiene porte, don, algo que no puedes dejar de mirarlo. Sacudo la cabeza y me reprendo que debo salir de allí cuanto antes.

—Yo también me iba. Puedo dejarte en tu casa, creo que Julia me lo agradecerá. Es lo menos que puedo hacer por ella después de que termine trabajando en una noche que viene a pasarlo bien.

Frunzo el ceño y no me da tiempo a preguntarle lo que mi cabeza procesa y no sabe cómo expresar a aquel hombre que me intimida.

—Os he visto bailando juntas casi toda la noche. Siento haberte privado de la compañía de tu amiga —se disculpa y yo casi me mareo al escucharlo. El corazón se me acelera y me llevo la mano al estómago—. ¿Te encuentras bien? —pregunta de inmediato.

Cuando su mano toca mi brazo siento que la tierra se mueve bajo mis pies. Me quedo muda, pero él, con aire resuelto y seguro, me coge de la mano y tira de ella. Yo le sigo en silencio, impresionada, con la mirada fija en mi mano entrelazada con la de él.

Sin apenas darme cuenta, llegamos al *parking*. Veo el coche de Julia y muchos más que no estaban cuando entramos. Bosco Hungría me abre la puerta de un coche negro y elegante, un deportivo, y me anima a que entre en él. Yo lo hago como si estuviese hipnotizada. Admiro el vehículo por dentro mientras él da la vuelta para posicionarse delante del volante.

Antes de arrancar el coche me dice:

—No he bebido esta noche. Me gusta saborear mis victorias sobrio.

Su voz produce un hormigueo por todo mi cuerpo. Yo asiento, no digo nada. Él me mira y sonríe. Salimos del aparcamiento y nos incorporamos al tráfico.

—¿Dónde vives? —me pregunta en el primer semáforo en el que nos paramos.

—Eh… —dudo y comienzo a sacar el móvil.

—¿No sabes tu dirección? —me pregunta en tono burlón.

—Esta noche me quedo en casa de Julia —atino a decir mientras desbloqueo el teléfono y accedo a la ubicación que me envió mi cuñada.

—Sé dónde vive Julia —contesta, seguro de sí mismo. Nos incorporamos al tráfico y yo me

quedo pensando en que Bosco Hungría y mi cuñada son mucho más amigos de lo que yo pensaba.

—Voy a ponerle un mensaje diciéndole que ya voy camino a casa, para que se quede tranquila —murmuro.

Él asiente con naturalidad. Yo lo miro de reojo y tomo una bocanada de aire, siento que me falta.

—No te había visto antes por el Afaia, ni Julia nos había presentado. —La voz de Bosco Hungría interrumpe mis pensamientos y lo miro. Trato de dominar mi semblante y no parecer una tonta a la que se le cae la baba con un tío guapo, pero lo cierto es que es guapo a rabiar. En esos instantes comprendo a todas las mujeres que hacen cola en el campo por él y son sus fans.

—Es la primera vez que he estado allí. Julia lleva bastante tiempo insistiéndome en que vaya, pero lo cierto es que no suelo ir a ese tipo de sitios. Mi nivel económico no me lo permite —le dejo claro—. Pero me ha gustado mucho la discoteca, sin duda es la mejor en la que he estado en toda mi vida. Te felicito.

—Lo cierto es que el Afaia es lo que es gracias a Julia. En dos años lo ha convertido en el local de moda y al que todos quieren asistir.

—Julia es maravillosa —manifiesto con admiración.

—Creo que tú también lo eres, no suelo equivocarme con las personas —me dice de forma directa.

—Si me estás proponiendo un trabajo, lo siento. No es mi mundo. Yo nunca sería como Julia.

Ante mi respuesta, él no me dice nada. Se limita a mirarme de una forma seria y profunda que hace que me ponga nerviosa.

Cuando apenas me he dado cuenta, el coche está parado y estamos en medio de una calle por la que no pasa nadie. De repente, Bosco Hungría anuncia:

—Hemos llegado. —Y a mí se me queda cara de boba porque no he reconocido el lugar.

Como si tuviese que huir de un lugar en el que gritan fuego, así intento salir del coche, pero no lo consigo. Ante mi torpeza, siento las manos de Bosco Hungría alrededor de mi cintura. Está demasiado cerca de mí y puedo sentir lo bien que huele.

—Espera, para poder irte, antes tienes que quitarte el cinturón de seguridad —me indica al mismo tiempo que lo desabrocha y me mira sonriente.

—Oh, sí, lo olvidé. —Abro la puerta y me dispongo a salir del coche.

Aún no he puesto un pie en la acera cuando él ya está frente a mí, me brinda su mano y me ayuda a bajar del vehículo.

Nuevamente, el contacto de su mano hace que sienta un cosquilleo por todo mi cuerpo, una corriente eléctrica que nunca antes he sentido con tanta intensidad.

Doy un par de pasos, adentrándome en la acera en dirección al portal, pero antes alzo la mirada y me fijo en que sea el número donde vive Julia.

—¿Te apetece que nos tomemos algo? —me propone. Yo me vuelvo y lo miro risueña, observándolo recostado sobre su coche, pienso en la hora que es y solo se me ocurre un café—. No tiene por qué ser en casa de Julia —aclara de inmediato—. Podemos ir a algún otro sitio.

—¿A estas horas?

Bosco frunce el ceño y sonríe.

—En Madrid siempre hay algún lugar a dónde ir.

Se queda callado, esperando una respuesta mientras yo me lo pienso unos segundos. Cuando voy a responderle le suena el teléfono y lo atiende de inmediato. Me hace un gesto de disculpa con la mano y escucha a quién sea que tenga al otro lado de la línea.

Observo su gesto mientras asiente con preocupación. Y termina diciendo:

—Está bien, iré para allá. —Corta la comunicación, me mira y me dice—: Lo siento, es importante. ¿Lo dejamos para otro día?

Yo asiento de inmediato, casi alucinada. No me creo que Bosco Hungría quiera volver a quedar conmigo.

De repente, alguien le llama la atención para que mueva su coche, está estacionado delante de una puerta de un garaje y necesitan acceder a él.

Bosco se encamina para quitar el vehículo de inmediato, antes me indica:

—Es ahí. Fermín, el portero, es muy agradable. Si necesitas cualquier cosa hasta que llegue Julia él te atenderá a las mil maravillas.

—Gracias —atino a contestar. Lo cierto es que me siento abrumada. Creo que estoy en un sueño y, en parte, no quiero despertar.

—No hay de qué. —Se acerca de nuevo a mí y me da un beso en la mejilla.

El coche que espera para entrar en el garaje comienza a pitar. Bosco mueve su coche y yo siento que me voy a desmayar. Alzo la mano y le digo adiós con un gesto, tengo las palabras atascadas en la garganta.

Entro en el portal, el portero me saluda como si me conociese de toda la vida, incluso me llama por mi nombre y me indica que puedo contar con él para lo que necesite.

Mientras subo en el ascensor a casa de Julia, abrumada por Bosco Hungría y todo el lujo que me rodea desde que entré en el edificio donde vive mi cuñada, siento que nada es real, pero sigo sin querer despertar.

Abro la puerta de la casa de Julia y tengo que reprimir un grito cuando la veo. Me llevo la mano a la boca y entro admirando su hogar. Me digo que es como el de las películas. Nunca imaginé presenciar uno así, pero al mismo tiempo siento pena por Julia. Ella vive en esta casa que era de sus padres. Ambos murieron en un accidente de tráfico cuando tenía diecisiete años.

Recorro todo el lugar y lo admiro por completo. Tiene cuatro habitaciones, tres baños, cocina, salón y una enorme terraza. No me atrevo a ocupar ninguna cama, pese a que he deducido cuál es su habitación. Me siento en el enorme sofá que preside el salón, me pongo cómoda y me relajo. Pienso en lo intensa que ha sido mi noche, lo bien que me lo he pasado y en la nube en la que siento que aún estoy flotando.

Sin apenas darme cuenta, me meto en internet y luego en la cuenta oficial de Instagram de Bosco Hungría. Comienzo a ver fotos y publicaciones de él y comparo lo diferente que es en persona. Todo de él me ha impresionado, pero el timbre de su voz, profunda, se ha grabado en mí para siempre. Sonrío y pienso en que jamás he escuchado una voz masculina tan bonita e intensa.

Estoy deseando que llegue Julia, tengo mil preguntas que hacerle. La gran mayoría sobre Bosco Hungría, lo admito. Ese hombre me ha causado una gran curiosidad y ha despertado algo dentro de mí que desea saber más de él. Por supuesto, tengo claro que es un imposible, pero sé que jamás volveré a perderle la pista. Comienzo a seguirlo en Instagram e involuntariamente, guardo un par de fotos de internet en las que aparece en una rueda de prensa con traje de chaqueta, está arrebatador.

Me siento como una adolescente, pero no me importa, esta noche he sentido que estaba viva, algo que hacía años no me pasaba.

5
Un sueño

Me despierto cuando Julia toca mi brazo y me susurra:

—Cariño, ¿por qué no estás en una cama? Con todas las que tiene esta casa.

Trato de espabilarme, la miro bien y observo que ya es de día.

—¿Qué hora es? —pregunto preocupada porque llegue tan tarde.

—Hora de irse a la cama. No he dormido nada. Y tú muy poco —añade.

Tira de mí y me lleva hasta una habitación, me indica que me acueste y yo no hago preguntas. La enorme cama que está ante mis ojos es demasiado apetecible como para perder el tiempo.

Julia desaparece en su habitación y yo me arropo. Quiero seguir soñando.

Cuando abro los ojos siento que me pesa todo el cuerpo, miro el móvil para ver la hora, pero lo tengo sin batería. Me levanto con cuidado y cuando llego al salón encuentro a Julia sentada en el sofá. Se está comiendo un sándwich, tiene un paquete de patatas fritas abierto sobre la mesa y una lata de Coca Cola. La miro extrañada y ella me dice:

—No me alimento del aire, como. —Alza el pan y yo me río.

Me siento junto a ella y observo en la televisión encendida de fondo que son las seis de la tarde.

—Joder, cuánto he dormido —digo sorprendida. Hace años que no duermo más de seis horas seguidas.

—Anoche lo dimos todo. Hacía tiempo que no bailaba tanto. Lástima que no pudimos terminar como me hubiese gustado —lamenta Julia.

—¿Todo solucionado? —pregunto con preocupación.

Julia asiente despreocupada, centrada en la comida.

—En peores me he visto. Si quieres comer, coge lo que te apetezca de la cocina —me anima.

Lo cierto es que tengo hambre. El estómago me ruge. De camino a la cocina, le digo:

—Tu casa es preciosa. Nunca había estado en una parecida.

Julia me mira sonriente. Es evidente mi asombro.

—Pero es una casa vacía y solitaria. Lejos de ser un hogar. Lo importante del lugar donde vives es el cariño y el amor que hay en ella.

Las palabras de mi cuñada me impiden llegar hasta la cocina. Me vuelvo hacia ella y la miro. Es la primera vez que observo en ella a una mujer frágil. Muy lejos de la Julia valiente que conozco desde hace un año. Me acerco a ella y le doy un abrazo. Es algo que me nace, no lo pienso. Lo hago porque he sentido que lo necesita.

Ella se abraza a mí como si fuese un salvavidas en medio del océano y en ese momento es cuando siento que la vida de Julia no es tan perfecta como yo creía desde que la conocí.

Cuando nos separamos y nos miramos a los ojos los de ellas están vidriosos. Nunca la he visto llorar, ni triste. También es cierto que no la he visto sin maquillar ni sin peinar. Todo ello, verla como la observo en este momento, me hace admirarla aún más. Porque es una mujer que su mundo se derrumbó por completo y se levantó. Sin embargo, aprecio que tiene muchas cicatrices que no muestra.

—Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad? Siempre que me necesites estaré ahí. —Le doy un abrazo y nos fundimos en él unos largos segundos.

—Bueno, cuéntame. ¿Te lo pasaste bien anoche? —me pregunta Julia con entusiasmo.

Admiro su capacidad de recuperación con respecto a unos minutos antes. Me quedo callada sin saber a qué se refiere exactamente. Si a nuestra noche de chicas o a que conocí a Bosco Hungría y me trajo a casa, aunque dudo que lo sepa.

—Fue una noche alucinante en todos los aspectos —atino a decir.

Aún estoy conmocionada por el encuentro con Bosco Hungría. No me creo que me montase en su coche y hablásemos como conocidos. Lo cierto es que me pareció un tío cercano, amable y simpático. Muy normal. He soñado con él toda la noche, pero eso no se lo pienso decir a mi cuñada.

Cuando me dispongo a contarle a Julia que conocí a Bosco y me acercó a casa, le suena el móvil. Lo atiende y yo me quedo algo preocupada porque su cara cambia por completo. La expresión de su rostro se ensombrece y cuando dos lágrimas ruedan por su cara sé que algo grave sucede. De inmediato se me encoge el corazón. Julia no tiene muchas personas en su vida por las que llorar. En mi mente aparece mi hermano. Es Nico. Algo le ha pasado. Lo sé.

En cuanto Julia cuelga la llamada le pregunto inquieta y con miedo:

—¿Qué ocurre? —Tengo un nudo en la garganta y el corazón me late muy deprisa.

—Es Nico —anuncia, y yo siento que me mareo—. César está con él en el hospital. Se ha desplomado en el suelo y no reaccionaba. Se lo ha llevado una ambulancia y le van a hacer algunas pruebas. Tengo que ir —dice nerviosa, poniéndose en pie y yendo hacia su habitación.

Yo camino a su lado, aturdida. Nico es un tío deportista, sano, nunca ha tenido nada, excepto algún que otro resfriado. Observo cómo Julia se enfunda unos pantalones a toda prisa, se coloca una sudadera y unas zapatillas de deporte.

—Te acompaño —murmuro agobiada. He comenzado a sudar y el corazón se me ha acelerado a límites inusuales.

—Coge algo de mi ropa.

Cuando me adentro en el vestidor de Julia, pese a mi estado de conmoción por lo sucedido a mi hermano, me quedo parada de golpe y lo observo. Es más grande que mi habitación. No sé ni hacia dónde dirigirme. Hay más ropa que en una tienda pequeña. Veo unos pantalones blancos y una sudadera negra, con eso me vale, busco unos zapatos, solo veo tacones y botas altas, hasta que encuentro otras zapatillas de deporte. Ni siquiera me miro en el espejo cuando estoy vestida, en esos momentos solo importa Nico.

Cuando me encuentro con Julia en su salón ella está lista, me espera con las llaves del coche en la mano. De inmediato, nos dirigimos hacia el hospital. No hay tiempo que perder.

Entramos en la sala de espera, atiborrada de gente, y buscamos a César. Por fin lo vemos sentado al fondo, con cara de preocupación. Nos dice que Nico está en observación y le van a realizar unas pruebas que puedan concretar el origen del desmayo y la posterior no reacción al mismo de inmediato, algo que ha alertado a los médicos.

Julia pide hablar con el médico que le ha atendido, pero le dicen que debe esperar. Estamos en un hospital público y todo va con retraso.

Mi teléfono suena y veo en la pantalla que es mi madre. Antes de descolgar pienso una excusa, no le voy a decir nada de lo que le ha ocurrido a Nico. No quiero preocuparla.

—Mamá —contesto, intentando aparentar normalidad.

—Hija, me tenías preocupada, son las nueve de la noche y no sabía nada de ti.

Me reprocho no haberle hecho una llamada antes, pero lo cierto es que no me he acordado.

—Perdona, mamá. Estoy con Julia. Te iba a llamar ahora mismo para decirte que me voy a quedar con ella. Me ha convencido para que cenemos juntas. Mañana por la mañana estaré ahí.

¿Estás bien?

—Sí, hija. No te preocupes por mí, pásalo bien y disfruta. Te lo mereces. Ya sabes que Cati siempre está pendiente de mí. —Nuestra vecina es un amor. Podemos contar con ella para todo. Es una excelente cocinera y nos mima a menudo.

Cuando cuelgo con mi madre, César se despide de mí y se marcha. Durante la conversación he observado que Julia y él hablaban. Ella parecía darle indicaciones y él asentía.

—¿Todo bien? —le pregunto a mi cuñada cuando nos quedamos solas en la sala de espera de urgencias.

—Sí. Le he pedido que esta noche me sustituya en el Afaia. Le he dado indicaciones precisas de lo que tiene que hacer.

—¿Pero no tenías vacaciones hasta finales de mes?

—Con el incidente de anoche Bosco me pidió que volviese. Me puso encima de la mesa una buena cantidad que no pude rechazar, en compensación por mis vacaciones.

—¿Crees que haya algún problema esta noche? Yo puedo quedarme aquí con Nico. Te iré informando de todo.

—Tu hermano es lo más importante en estos momentos. Ni Bosco Hungría ni todo el dinero del mundo podrán moverme de su lado.

La miro, sonrió y asiento. Sus palabras hacen que la admire aún más por querer tanto a mi hermano. A la vez me da un poco de envidia. Ojalá yo un día me enamore de esa forma. Hasta el momento no ha ocurrido, pero lo deseo con todas mis fuerzas. También sé que no pongo mucho de mi parte, pero creo en el destino. Sé que lo que es para mí llegará en algún momento.

6
Una terrible realidad

Es casi de madrugada cuando el médico nos llama por megafonía. Tras horas de espera, Julia y yo corremos por los largos pasillos del hospital en busca de noticias sobre cómo se encuentra Nico.

El médico que nos atiende nos informa de que lo van a dejar ingresado, ya que deben continuar haciéndole pruebas. Julia les hace mil preguntas, pero contestan a todas con evasivas. No se quieren pillar los dedos con nada hasta que tengan los resultados de las pruebas específicas que han pedido.

Finalmente, el doctor nos indica que solo una de nosotras podrá pasar la noche con Nico en la habitación.

Por supuesto, será Julia quien se quede con él. El médico nos permite a ambas subir a planta a verlo.

Cuando entramos en la habitación, nos encontramos con Nico en la cama, está solo. No tiene compañero en la cama de al lado. Cuando nos ve se emociona. Julia lo besa y se abraza a él. Luego lo hago yo, lo miro bien y le veo ojeras y parece cansado.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto con su mano cogida entre las mías. Julia se ha sentado a su lado y lo abraza.

—Como si un camión hubiese pasado por encima de mí. Creo que es de toda la mierda que me están poniendo. —Miro hacia arriba y veo la medicación que le tienen puesta en la vía que tiene cogida en el brazo.

—¿Qué pasó? —pregunta Julia acariciándole el pelo.

—Me sentí mareado de golpe. No recuerdo nada más. Cuando desperté me estaba montando en la ambulancia —relata.

—Trabajas mucho últimamente. Debe ser cansancio —determina Julia.

—Tú trabajas más horas que yo —le rebate Nico.

—Es que las mujeres somos más fuertes que los hombres. ¿No lo sabías? —Nico la mira con el ceño fruncido—. Las hembras soportamos el mayor dolor que hay, y dicen que es parir. Por algo nos dieron esa tarea.

Finalmente, los tres terminamos riendo a carcajadas.

Me despido de Julia y de mi hermano y vuelvo a casa de ella. No quiero asustar a mi madre apareciendo de madrugada y sin avisar.

Julia me pide un Uber, yo insisto en que no es necesario, pero cuando bajo a la puerta del hospital el coche ya me espera.

Cuando llego a casa de mi cuñada la siento vacía y sola. Una sensación extraña recorre mi cuerpo. Me acuesto en la cama que ocupé la noche anterior mientras me digo que soy muy afortunada de tener a mi madre, aunque yo tenga que cuidar de ella más que ella de mí, pero sentir su cariño, su amor y saber que está ahí es un gran pilar para mi día a día.

A la mañana siguiente, voy a mi casa sobre las diez, me ducho y me pongo algo de ropa limpia mía. Llamo a Julia y le digo que puedo quedarme el resto del día con Nico, pero ella se niega. No quiere moverse de su lado. Lo entiendo y no insisto. Aprovecho y me pongo a estudiar. Cualquier momento es bueno. Los exámenes finales están a la vuelta de la esquina y me

esfuerzo por sacar buenas notas para que me den beca. Si no fuese por ella no podría costearme la universidad.

Como es domingo, no tenemos noticias de los médicos ni nada. Nico continúa ingresado y hasta el martes no sabremos más. Por el momento quedo con mi hermano y con Julia en que mantendremos al margen de todo esto a mi madre, hasta que sepamos algo concreto.

Paso dos días muy inquieta, debo aparentar serenidad en mi casa, mi madre es la persona que mejor me conoce y yo soy como un libro abierto.

Julia no ha querido moverse del lado de mi hermano, me he acercado al hospital para llevarle ropa y algo de comida. Nico sigue bien, algo apagado porque supongo que le da mil vueltas a lo que le pasó y las pruebas a las que se tiene que someter.

El martes por la tarde el médico pide hablar con los familiares más cercanos de Nico, Julia y yo vamos a la consulta. Cuando entramos nos reciben tres personas. Dos mujeres y un hombre, nos hacen pasar y tomamos asiento. Tanto Julia como yo nos miramos incómodas, nos retorcemos las manos y apenas nos atrevemos a abrir la boca.

—Hemos querido hablar con la familia antes que con el paciente —anuncia la mujer de mayor edad.

—¿Qué ocurre, doctora? —pregunta Julia de inmediato.

—Le hemos hecho muchas pruebas a Nicolás y ya tenemos todos los resultados. Lamentablemente no son buenos —anuncia, seria. En ese momento siento que recibo una puñalada en el corazón—. Tiene un tumor cerebral bastante avanzado —nos comunica. Al escucharlo, el corazón se me encoge en un puño—. Es muy joven y nunca pensamos encontrarnos con esto, pero no hay lugar a dudas. Todas las pruebas realizadas lo confirman.

La doctora se queda callada y los tres médicos nos miran esperando a que asimilemos sus palabras. Estoy en *shock*.

—¡¿Cómo?! —pregunta Julia con un hilo de voz.

Yo siento que el mundo se acaba de abrir en mis pies. Me pitan los oídos. El corazón me palpita, la garganta se me ha secado y las manos me han comenzado a temblar. Involuntariamente muevo la cabeza en señal de negación. En mi mente solo retumban las palabras de la doctora; tumor cerebral bastante avanzado.

—Habrá un tratamiento, una operación —casi grita Julia. Tiene los ojos desencajados y varias lágrimas ruedan por su mejilla.

—Aunque el tumor está en una fase avanzada —recalca la doctora—, Nicolás es muy joven, le daremos quimioterapia y luego valoraremos una operación. El tumor se encuentra en una zona complicada. La operación podría ser a vida o muerte.

Estas últimas palabras del médico que hasta el momento no había dicho nada nos rompen a Julia y a mí. Ambas comenzamos a llorar sin control.

—Podemos pedir otra opinión médica —dice Julia, desesperada.

—Están en su derecho —contesta la doctora—. Ahora deben calmarse. Hemos querido hablar con la familia antes para que la noticia no sea tan impactante cuando se la demos al paciente. De esta forma vosotras ya estaréis preparadas y le infundiréis ánimos. Algo fundamental para que haya mejoría.

—Nico… —balbuceo llorando. Mi pobre hermano. Solo tenemos veinte años, está en lo mejor de su vida. No se merece esto.

—¿Les parece que le comuniquemos la noticia mañana? —pregunta el médico.

Julia y yo asentimos sin más remedio. Es tanto nuestro dolor que apenas podemos pensar con

claridad.

Nos despedimos de los doctores y salimos de la consulta. Ya en el pasillo, ambas nos abrazamos y lloramos sin parar. Pasamos mucho tiempo así.

—Nico no puede vernos de esta forma —dice Julia limpiándose la cara.

Nos miramos y vemos que tenemos los ojos hinchados y la cara roja de llorar.

Sin consultarme, Julia saca su teléfono y llama a César. Le pide que se quede aquella noche con Nico en el hospital.

Cuando cuelga, me explica:

—Ni tú ni yo estamos para que nos vea así. Necesitamos calmarnos y pensar. Vámonos a casa. Mañana cuando le comuniquen la noticia será un día duro.

Yo asiento. Me parece una buena decisión. Sé que en cuanto vea a mi hermano me voy a abrazar a él y hartarme de llorar.

Julia no le dice nada a César, juntas decidimos que se lo comunicaremos al día siguiente.

Cuando llegamos a casa de mi cuñada, no hemos parado de llorar en todo el trayecto en Uber, las dos nos abrazamos de nuevo, nos metemos en la cama de Julia y lloramos nuestra pena. Nos quedamos dormidas del agotamiento de tanto derramar lágrimas.

En mitad de la noche, Julia me despierta.

—Alba. —Me sobresalto y pienso que algo le ha pasado a Nico. La miro y está sentada en la cama y me mira de frente—. No voy a permitir que a Nico le pase nada. Tengo dinero. El que heredé de mis padres, y esta casa. Si es necesario nos iremos a Estados Unidos, pero se tiene que salvar.

Está realmente desesperada. Me abrazo a ella con el corazón encogido y le susurro:

—Haremos lo que sea por salvar la vida de Nico.

7
Luchar sin descanso

A la mañana siguiente, cuando me despierto, Julia ya no está en la cama. Voy hasta el salón y la encuentro delante del ordenador. Cuando me acerco, cierra la pantalla de golpe.

—¿Una tila? —me pregunta.

Yo la acepto. Sé que en un par de horas tendremos que ir al hospital. Estar al lado de Nico cuando los médicos le den la fatal noticia será el peor momento de mi vida. Quiero tanto a mi hermano que en estos instantes me cambiaría por él. Es la persona más importante de mi vida junto con mi madre.

—Me daré una ducha, y quiero salir a caminar. Necesito despejarme.

Cuando algo me agobia, salgo a pasear. Respiro hondo y pongo la mente en blanco.

Julia asiente y finalmente se une a mi paseo por las calles. Vamos en silencio, cada una sumida en su propio mundo. No nos atrevemos a decir mucho. Tenemos miedo y nos produce pánico hablar abiertamente del tema, al menos, esa es la sensación que yo tengo.

Cuando llegamos al hospital, antes de subir a ver a Nico, nos reunimos con César en la cafetería. Le hemos propuesto desayunar juntos. Julia y yo pensamos revelarle la realidad que ensombrece la vida de Nico.

César nos cuenta que mi hermano ha pasado una buena noche. Son muy amigos. Julia y yo lo miramos en silencio un rato sin saber cómo darle la fatal noticia.

—Tenemos algo que decirte. Ayer los médicos hablaron con nosotras. —Es Julia quién toma la palabra—. Y ese es el motivo por el que te pedimos que te quedases con Nico esta noche. Ni Alba ni yo éramos capaces de estar a su lado en esos momentos, ya que él aún lo ignora.

—¿Qué sucede? —pregunta César con preocupación.

—Nico tiene un tumor cerebral —anuncia Julia con la voz cortada.

—¿Cómo? —pregunta, pálido. Con los ojos desencajados.

Yo soy incapaz de articular palabra. Tengo instalado un nudo en la garganta que apenas me deja pasar el aire.

—Lo han revelado las pruebas que le realizaron a raíz del desmayo.

—¿Pero tiene cura? —pregunta, esperanzado.

—Nos han dicho que le van a dar sesiones de quimioterapia y luego ya verán si se puede operar. El tumor se encuentra en un lugar complicado y está avanzado. —Julia no se reserva nada. César es de total confianza.

—¡Joder! —César se revuelve el pelo, inquieto—. Podéis contar conmigo para todo —nos dice tras unos segundos en silencio, en los cuales trata de asimilar la noticia.

Yo me limito a asentir mientras medito qué hago con mi madre. Sé que si le doy esta noticia se hundirá.

—He hablado con Bosco —al escuchar su nombre miro a Julia, que se dirige a César—. Le he pedido un tiempo de descanso. He llegado a un acuerdo con él, tú me sustituirás en el Afaia, pero yo lo supervisaré todo a través de ti. Toda decisión que tomes tienes que consultármela. ¿Harías eso por mí? —le propone.

César asiente de inmediato.

—Julia… no hace falta que dejes el trabajo, entre la dos podemos cuidar de Nico. —Es mi hermano, no quiero que se sienta la única responsable de él.

Dejar un trabajo es una decisión muy fuerte, yo no podría, más que nada porque mi madre y yo no llegaríamos a fin de mes. Me agobio un poco cuando soy consciente de que no podré dejar el trabajo de mis clases particulares ni mis estudios.

—Contad conmigo para todo —se ofrece César.

—Ya lo he pensado todo bien —anuncia Julia, segura—. Nico se vendrá a mi casa y yo cuidaré de él. César me sustituirá en el Afaia y tú, Alba, seguirás con tu vida, que bastante tienes con los estudios, el trabajo y tu madre.

—Pero…

—Pero, nada. Me puedo permitir estar unos meses sin trabajar. Además, quiero cuidar de Nico. Sé que él lo haría por mí.

—Mi madre se va a hundir con esta noticia. No sé ni cómo decírselo, se me parte el alma —lamento con un nudo en la garganta.

—No se lo digáis por el momento —propone César—. Que hablen por teléfono y Nico se escude en que tiene mucho trabajo y así disimuláis que no se vean por un tiempo.

Me quedo pensativa, la idea no me desagrada. No me gusta mentirle a mi madre, pero sé que sería por su bien.

—Creo es lo mejor —dice Julia.

Yo permanezco en silencio. Toda la situación me rebasa. César se inclina hacia mí y me abraza. Me refugio en él y suspiro.

—Está bien —murmuro con tristeza, aceptando la propuesta de César.

Nos dirigimos a la habitación de Nico y cuando llegamos los médicos están con él. Nos encontramos con la sorpresa de que ya le han dado la noticia y le han explicado todo el tratamiento a seguir.

Julia mira de mala forma a los médicos, por no haber esperado a que estuviésemos presente junto a él cuando ha recibido la noticia.

Mi cuñada y yo nos abrazamos a Nico, ambas llorando. Él nos acoge en sus brazos y nos besa.

—Lucharé sin descanso. Lo voy a superar —nos dice Nico, mostrándose optimista.

Al escuchar sus palabras Julia y yo lloramos aún más. Es mi hermano quien nos consuela y nos da ánimos a las dos.

—Lo superarás, tío —le dice César, que está parado a los pies de la cama.

—Tiene unos grandes apoyos —refleja uno de los médicos. Aún continúan en la habitación —. Nos vemos en unos días para comenzar con la quimioterapia.

Cuando los médicos se marchan Nico nos explica que le han dado el alta y debe regresar al hospital para recibir las sesiones de quimio en unos días.

—Vendrás a vivir conmigo —le indica Julia.

Mi hermano la mira con los ojos muy abiertos y esbozando una sonrisa. Le agrada la idea.

—Estar enfermo va a tener sus ventajas —murmura Nico.

Lo miro y lloro, sé que se está haciendo el fuerte por nosotras. Nadie que recibe esa noticia sobre su salud puede estar tan entero como él aparenta.

Me despido de mi hermano y lo dejo a solas con Julia.

César me acompaña a casa. Vamos en su moto. En el trayecto, me abrazo a su espalda, cierro los ojos y dejo que la sensación de la velocidad a la que vamos traspase mi cuerpo. Un nuevo tsunami se acerca a mí. No soy una persona que le guste quejarse ni autocompadecerse, pero creo que ya he tenido suficientes desgracias en mi vida. Hace dos años la repentina muerte de mi padre a causa de un accidente en el trabajo, el posterior ictus a mi madre que la dejó medio incapacitada y ahora lo de Nico.

8
Qué bonito es querer

Una semana después.

Nico ya se ha sometido a la primera sesión de quimioterapia. Por ahora lo lleva bien, o aparenta llevarlo bien. Esta noche ha organizado una cena en casa de Julia. Solo vamos César y yo. Somos los únicos que conocemos su verdadero estado. Mi madre sigue ignorándolo. Me cuesta ocultarle la verdad, sobre todo, cuando me pregunta por Nico. Para justificar que no venga a verla un par de veces a la semana como solía hacer, le he dicho que está haciendo un curso de formación para ascender en el trabajo. Algo de lo que mi madre se ha alegrado mucho. Le preocupa que no haya estudiado. Nico dejó el instituto y no volvió a coger un libro. Odia estudiar, todo lo contrario que yo. A mí me encanta aprender cosas nuevas, formarme y leer. Se viven muchas vidas a través de las lecturas, y así mi aburrido día a día es más llevadero.

César me recoge en su moto y vamos a casa de mi cuñada. Cuando entramos, el amigo de mi hermano flipa al ver la casa. Deduzco que no ha ido antes.

—¡Joder! Estoy deseando tener tu sueldo. Vaya caserón —dice César una vez que ha saludado a Nico y se ha sentado junto a él en el salón. No ha pasado de ahí, pero su vista ha recorrido toda la amplitud y decoración.

—Es herencia de mis padres. Murieron en un accidente cuando yo tenía diecisiete años. Con mi sueldo del Afaia te dará para no tener que compartir piso en un barrio normal de Madrid y algún que otro capricho al mes —le hace saber Julia con una sonrisa.

César la mira algo incómodo, por su cara veo que ignoraba lo de los padres de Julia. Es una persona muy reservada y no cuenta su vida de buenas a primeras.

—Bueno, centrémonos en el partido que va a comenzar. La final de la liga —anuncia Nico con entusiasmo.

Yo miro a Julia y ella me sonríe. Ignoraba ese dato. No me gusta el fútbol ni veo los partidos, pero hoy haré una excepción. Nico está feliz y emocionado porque hayamos venido a ver el partido.

Mientras Julia y yo preparamos algo de picar en la cocina, mi hermano y César se toman unas cervezas sin alcohol en el salón. Viven a través de la televisión el ambiente que se respira en el campo antes de que comience el partido. Los escucho a ambos hacer planes para estar presente en el campo en la final de la próxima liga.

Yo miro a Julia y observo cómo tiene los ojos clavados en mi hermano. En su tierna y dulce mirada veo amor. Un amor inmenso.

—¿Cómo estás? —le pregunto, y ella me mira sin entender bien mi pregunta—. No es fácil estar al lado de una persona enferma, se sufre más que si nos pasa a uno mismo.

Julia suspira, me sonríe y se abraza a mí.

—Gracias por estar, Alba. Eres muy importante para mí en estos momentos. Con Nico todo es perfecto hasta ahora. La convivencia juntos es un sueño y las sesiones de quimio van bien. Y lo mejor de todo es que yo a él lo veo luchador y con ganas de ganar esta batalla.

—La va a ganar. La vamos a ganar —le digo, al mismo tiempo que le tomo ambas manos con las mías y se las aprieto.

Julia asiente y cuando está a punto de emocionarse y que le broten dos lágrimas no lo permite. Coge un bol en las manos y se dirige al salón. Se sienta en el sofá, junto a mi hermano y lo toma de la mano. Cuando Nico siente su contacto, la mira y le da un tierno beso en la frente. Verlos así casi me hace llorar de la emoción. Se quieren con locura. Hasta un ciego podría verlo.

Yo tomo asiento al lado de mi cuñada, en el gran sofá, ya que al otro lado de mi hermano se encuentra César. Abro una lata de refresco bien fría y me la bebo con unos ganchitos mientras que escucho a César, Julia y mi hermano hablar de fútbol y la gran final de esta noche. Yo no sé ni qué equipos juegan, pero cuando los jugadores comienzan a salir al campo escucho que César dice:

—A ver cómo juega el jefe esta noche. Seguro que ganan. Desde que es el capitán el equipo es otro. Les infunde unión y confianza a todos los demás jugadores.

Alzo la vista hacia la televisión, estaba inmersa leyendo un *e-mail* desde el móvil, y veo a Bosco Hungría cuando salta al campo de juego.

—Es un *crack* —dice mi hermano.

Observo cómo ambos lo admiran. Mientras que recuerdo la última vez que lo vi. Con todo lo de Nico apenas he tenido tiempo de pensar en él. Sonrío al mismo tiempo que recuerdo que no le dije mi nombre ni le di mi teléfono, por lo que no tiene forma alguna de contactar conmigo. No me preocupa, en estos momentos de mi vida no deseo una complicación más. Ya que estoy segura de que tener una cita con Bosco Hungría lo sería.

—Es un buen tío en todos los sentidos. Buen jugador, buen jefe y buena persona —dice Julia —. Me alegro de cómo le va todo en la vida.

—Es un puto *crack*. Triunfa en todo lo que hace —puntualiza César. Mi hermano asiente.

Yo guardo silencio y me limito a mirar sin pestañear el rostro de Bosco Hungría en la enorme pantalla de televisión de mi cuñada. Lleva el pelo engominado en un moño alto que lo hace muy sexy. Me fijo en su barba y aprecio que le ha crecido desde la última vez que lo vi. Sus ojos están brillantes, ese color ámbar tan peculiar que llama la atención. En mi mente lo catalogo como el hombre perfecto. Es guapo, atractivo, tiene un físico y un cuerpo impresionante. Además, es simpático y parece cercano. Lo cierto es que me atrajo mucho cuando lo tuve cerca. ¿A quién no le puede gustar un hombre como Bosco Hungría?

El partido comienza y Nico y César están pegados a la pantalla, no le quitan ojo al juego. Por supuesto, ambos quieren que gane el Real Capital, el equipo de Bosco Hungría. Por lo que comentan, conocen a todos los jugadores, de ambos equipos, incluida Julia. En el descanso pedimos *pizzas* y continuamos viendo el final del partido. Por el momento no se han producido goles.

En los últimos minutos pitan penalti para el Real Capital y es el capitán del equipo el encargado de tratar de meter el gol. Admiro cómo Bosco Hungría se prepara, mira a la grada, y cuando nadie se lo espera chuta con fuerza y mete el gol. El campo estalla de alegría y lo celebra con euforia. En casa, Julia y Nico se abrazan y luego César y mi hermano se tiran por el suelo para celebrarlo.

Yo no entiendo tanta efusividad. Los admiro sonriente, pero reconozco que no es mi ambiente. No siento la adrenalina del fútbol en las venas como ellos.

Cuando falta un minuto para acabar el partido Bosco Hungría hace una tremenda jugada, y desde casi medio campo mete un gol. Con ello el Real Capital ya se consagra vencedor de la liga de este año. El campo salta de alegría y los jugadores también. Yo, de forma inconsciente, no le quito ojo a Bosco, sobre todo, cuando alza la copa y posan para la foto tras finalizar el partido.

Lo cierto es que me sorprendo de todo el despliegue que veo tras ganar el equipo. Nunca lo

había visto todo sentada en un sillón casi sin pestañear, solo por redes o telediarios a destiempo.

—Vamos a esperar a que entrevisten a Bosco —dice César cuando ya creo que nos marchamos.

En unos minutos aparece el capitán del equipo, triunfador, y el artífice de aquella victoria y responde a las preguntas de los reporteros. Yo solo me fijo en él, en su rostro y en ese timbre de voz que cada vez que lo escucho algo pasa en mi interior que no sé describir muy bien.

Nos despedimos de mi hermano y de Julia en la puerta de su casa. Yo me voy con la imagen de ellos abrazados, felices y enamorados, diciéndonos adiós a mí y a César.

9
Complicaciones

Dos meses después.

Nico vuelve a estar ingresado en el hospital. Se han producido complicaciones y efectos secundarios como consecuencia de los ciclos de las sesiones de quimioterapia. Los médicos nos han comunicado que tiene afectado el hígado. Lleva una semana ingresado y lo cierto es que lo veo mal. El brillo de sus ojos se ha apagado y está triste. La quimio es dura, y tras dos meses lo encuentro cansado y desmotivado.

Julia no se separa de su lado. Es su mejor medicina. Está mucho más delgada y vive dedicada a él en cuerpo y alma. Me emociona ver cómo lo quiere y lo que sufre en silencio. Es tan generosa que ni siquiera se desahoga conmigo, no lo hablamos, pero ambas sabemos que lo estamos pasando realmente mal.

Mi madre está destrozada, hace un mes que le dijimos la situación por la que pasa Nico, obviamente cuando se lo contamos le suavizamos todo, pero la palabra cáncer asusta muchísimo y más si se trata de un hijo, y tan joven como lo es Nico.

Las noticias malas se suceden en nuestras vidas, esta mañana el médico que lleva a Nico ha hablado con nosotros y nos ha comentado que el equipo ha decidido no operarlo tras las sesiones de quimio, tal y como nos dijeron en un principio y esperábamos. No nos han dado muchas más explicaciones, pero tanto Julia como yo pensamos que el caso de Nico es complicado y no quieren arriesgar. Él aún ignora esta última decisión del equipo médico. Está tan esperanzado en curarse tras la quimioterapia y la operación que mi cuñada y yo decidimos no decirle nada por el momento.

César se ha quedado con mi hermano en la habitación y Julia y yo hemos salido a dar un paseo y disfrutar un poco del frescor de la tarde. Nos encontramos casi a finales del mes de julio y está siendo el verano más complicado de nuestras vidas.

—Voy a pedir una segunda opinión en el caso de Nico. He cogido cita en una clínica privada para mañana temprano. No me resigno a quedarme con la sentencia que han dictado esta mañana el equipo médico de este hospital —me dice Julia cuando nos sentamos en un banco.

—Pero un hospital privado es muy caro, no nos lo podemos permitir —le digo casi asustada por su idea.

—Mis padres me dejaron dinero, y tengo mi casa que vale mucho. No me importa nada con tal de que Nico se salve.

—Yo… yo y mi madre solo tenemos deudas. Aún tardaré en cancelar la que nos dejó mi padre antes de morir —le manifiesto algo apurada.

Mi padre tenía una frutería, para poder abrir el negocio hipotecó nuestra casa. Cuando él murió de forma repentina, tuvimos que hacer frente a esos pagos o perdíamos la casa. Mi madre tiene una pequeña pensión, pero es insuficiente para cancelar la deuda mensual, vivir y pagar los suministros mínimos de un hogar. Por ello trabajo impartiendo clases particulares a niños. Tengo la gran suerte de que conozco a muchas madres que sus hijos necesitan apoyo extraescolar gracias a que mi madre fue limpiadora de un colegio durante muchos años.

—No te preocupes, todo va a salir bien. —Julia me infunde ánimos, pero yo, que estoy conectada de alguna forma con mi hermano, ese vínculo que tenemos los mellizos, sé que algo

va mal, muy mal, y ni siquiera los médicos se atreven a aventurarlo.

—¿Puedo acompañarte mañana? —le pregunto casi con miedo, como si estuviese invadiendo su intimidad.

—Por supuesto. Será un apoyo que estés a mi lado.

Al día siguiente, cuando salimos de hablar con los médicos del hospital privado al que hemos acudido mi cuñada y yo, estamos muy contentas y esperanzadas. El doctor Rascón nos ha hablado de un hospital muy bueno en Estados Unidos donde Nico tendría muchas posibilidades de salvarse. Son grandes especialistas en neurocirugía y han tratado más casos como los de él con éxito.

El doctor queda con nosotras en que nos va a enviar por email un dossier con toda la información detallada para que estudiemos su viabilidad económica. A mí se me saltan las lágrimas de solo pensar que la vida de mi hermano dependa del dinero.

Julia se muestra esperanzadora, no ve problema alguno en acudir a Estados Unidos, yo, sin embargo, lo veo un imposible. Ignoro cuánto puede costar exactamente, pero sé que no podría pagarlo ni en toda mi vida ahorrando.

Me dirijo al hospital mientras que Julia se separa de mí y me dice que va al banco. Quedamos en que nos veremos esta noche en el hospital.

En mi caso, no necesito ir a una sucursal bancaria. Mi cuenta siempre está a cero. No tengo ahorrados ni cien euros.

A media tarde, Julia me llama y me pide si me puedo quedar también por la noche con Nico. Ella no se encuentra muy bien. Le noto la voz fatal y peor aún los ánimos. Le indico que no hay problema, pero no me quedo tranquila. Sé que ella me necesita.

Me tomo el atrevimiento de llamar a César y preguntarle si se puede quedar con Nico. Sé que es un poco egoísta pedirle algo así, y más cuando sé que es su noche libre en el Afaia, pero no tengo a nadie más a quién recurrir. Además, en los últimos meses, con la enfermedad de Nico, nos hemos hecho amigos.

Llamo a César y de inmediato me dice que sí. Se lo agradezco muchísimo y en cuanto él llega me voy a casa de Julia directamente. Cuando toco en su puerta y me ve se sorprende, no me espera. Tiene un aspecto horrible. Su cara está hinchada de llorar.

Cuando entro en el salón lo encuentro todo desordenado, con la luz apagada y tan solo la televisión de fondo.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás así? Algo muy grave debe de ser para no ir con Nico esta noche. Te conozco bien —le indico en tono mandón.

Julia se rompe y se abraza a mí. La sostengo contra mi pecho y dejo que eche fuera todo lo que le agobia.

—Pensé que podría, pero no puedo —balbucea al cabo de un rato—. Le voy a fallar a Nico.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto mirándola a los ojos, tratando de entenderla.

—Fui al banco —comienza a explicarme entre lágrimas—. Mis padres me dejaron esta casa y dinero. Contaba con una parte importante de la que nunca dispuse para la curación de Nico en Estados Unidos, pero en el banco me han dicho que ese dinero está bloqueado hasta que yo cumpla veintiséis años. Pensé en vender esta casa, está libre de carga y por ella me darían más de un millón de euros —Abro mucho los ojos al escuchar esa cantidad—, pero tampoco puedo. El testamento de mis padres no lo permite hasta que cumpla veintiséis años —recalca, mientras lo

revela desesperada—. Para eso falta un año —enfatiza—. Nico no puede esperar tanto —lamenta muy apenada.

No sé qué decirle. La abrazo y ambas nos sumimos en un mar de lágrimas. Las esperanzas con respecto a una nueva curación para Nico se acaban de ir al traste.

Estamos destrozadas y muertas de cansancio. Dormimos juntas, compartiendo nuestro dolor, y tratamos de serenarnos.

10
Una luz en el camino

Nos levantamos temprano, desayunamos en una cafetería cercana a la casa de mi cuñada por insistencia de ella y nos dirigimos juntas al hospital para pasar el día con Nico. Es domingo y debido a su delicado estado tiene una habitación para él solo. Entre ambas nos hemos propuesto distraerlo y subirle un poco los ánimos. En un mensaje, César nos dice esta mañana que Nico está muy apagado, sin ganas de nada.

Mientras Julia conduce, le suena el teléfono. Su coche es tan moderno y caro que la llamada salta sola. Mira en la pantalla del vehículo de quién se trata y tuerce el gesto. Lo piensa y, finalmente, descuelga.

Solo leo en la pantalla: Albir jugador.

En cuanto Julia activa un botón la voz del hombre comienza a hablar.

—Joder, Julia, cómo te haces de rogar. Intento ponerme en contacto contigo desde ayer —se queja el hombre con voz amable. Se nota que se conocen.

—He estado ocupada, ¿qué sucede? —pregunta algo seca, centrada en el atasco en el que estamos.

—Te necesito, bueno, te necesitamos. Ya sé que ya no te dedicas a estas cosas, pero queremos a una chica de compañía que sea virgen. Y esté dispuesta a perder su virginidad en una noche loca —zampa de golpe, sin pudor alguno.

—¡¿Qué coño…?! —pregunta Julia mirándome.

—Es el regalo de cumpleaños a un compañero. Nunca ha estado con una tía virgen y queremos hacerle ese regalito. ¿Conoces a alguien? —pregunta en tono risueño.

—¡Albir, voy a colgar! —le indica Julia, amenazante.

—No, joder. Espera. Tiene que ser algo discreto. Ya sabes, y con un contrato de confidencialidad bien redactado de por medio. A la chica le pagaríamos un millón de euros por los servicios.

—Sois asquerosos. Vosotros y vuestras fiestecitas. No cuentes conmigo. Me salí de eso hace tiempo —casi grita, cabreada.

Yo no quiero ni mirar a Julia. No sé en qué centrarme. Si en la descabellada propuesta o en que ella ha estado en ese mundo en una época de su vida.

La comunicación se corta y Julia suspira. Ambas permanecemos en silencio. Es una situación incómoda.

Continuamos metidas de lleno en un gran atasco. En diez minutos ninguna de las dos dice nada. Mi cabeza da vueltas y vueltas con respecto al pasado de mi cuñada.

De repente, el móvil de Julia suena, es solo un pitido, y ella lo consulta murmurando:

—Pesado, no se da por vencido.

Observo que Julia está mucho tiempo pegada a la pantalla del móvil. Está leyendo algo con mucha atención. Llevamos quince minutos paradas en un atasco y lo que nos queda.

—Es la información del hospital privado. La que quedaron en enviarme por email —me comunica con voz apagada.

—¿Qué dice? —pregunto con interés.

—Ya qué importa. No podremos hacer frente a ello. Son más de quinientos mil euros en la clínica, más las estancias y los vuelos.

Ambas nos quedamos en silencio, lamentando que todo sea así.

De repente, algo salta en mi cabeza que me hace ver una luz en el oscuro camino.

—La propuesta —casi grito de felicidad.

—¿De qué hablas? —me pregunta Julia confusa.

—De lo que te acaban de decir por teléfono.

—Alba, hace mucho que dejé de ser virgen. Y es el requisito esencial en la propuesta, el tío nunca ha estado con una mujer sin experiencia. Sino ten por seguro que lo haría. Cualquier cosa a cambio de poder salvar a Nico.

—No me refería a ti, sino a mí —anuncio con temor.

—¡¿Cómo?! —pregunta Julia con un grito ahogado y los ojos muy abiertos—. Tú… ¿tú eres virgen a tu edad? ¿Nunca has estado con nadie? ¿No has tenido sexo? —pregunta mientras me mira como si fuese un bicho raro.

Muevo la cabeza con un gesto de negación, hundida en el asiento del coche y queriendo que la tierra me engulla en ese momento.

—¡Joder! —exclama mi cuñada, atónita.

—Lo sé, soy un bicho raro —murmuro avergonzada.

—¿Y se debe a…?

—Que soy una tonta y espero al hombre de mi vida. Enamorarme como una loca. Y aún eso no sucedió. Todos los chicos que conozco quieren acostarse conmigo apenas quedar. Llámame antigua, pero eso no va conmigo. Quiero algo más, y vivo esperándolo.

—Disculpa mi reacción. Yo perdí la virginidad a los quince años, con un tío al que no volví a ver después de aquella noche en el baño de la discoteca. Haces bien en esperar algo más.

—Yo puedo salvar a Nico. Dile a ese hombre que te ha llamado que tienes a la chica —le imploro sin importarme nada.

—No sabes lo que dices. No lo permitiré. No te metas en ese mundo o no lograrás salir luego. De una forma u otra siempre quedarás ligada a ellos.

Siento que lo dice porque lo ha vivido, pero no me atrevo a preguntarle nada más.

—Nico necesita salvarse y tenemos la oportunidad en nuestras manos —insisto—. Con ese dinero podremos llevarlo a Estados Unidos. Si no lo hacemos, si le pasa algo sin intentarlo, ninguna de las dos nos lo perdonaremos. —La miro suplicándole que acepte que yo sea esa chica virgen que le acaban de pedir que encuentre.

Julia se toma su tiempo para responderme. Está pensativa y seria. Finalmente asiente.

—Bien. Voy a llamar a Albir y le diré que tengo a la chica, pero antes de aceptar definitivamente yo voy a hablar con alguien. Si no consigo el dinero seguimos adelante con la propuesta de Albir. Si lo consigo, esta noche le digo que no.

La miro y asiento de inmediato. Me siento tranquila con las palabras de mi cuñada. Una esperanza en mi interior reza para que sea ella quién pueda solucionarlo, de lo contrario seré yo. No quiero ni pensarlo, pero la vida de Nico está en juego. Algo demasiado importante como para andarse con escrúpulos. Sé que él también haría lo que fuese por mí.

Salimos del atasco en el que estábamos y le pregunto a Julia:

—¿Con quién vas a hablar para tratar de conseguir el dinero?

—Conozco a gente poderosa. No todo el mundo te presta esa cantidad de dinero, pero he pensado en alguien que en el pasado me ayudó y quizás en esta ocasión también me salve.

La miro y ella no dice nada más. Pulsa un botón en la pantalla del coche y comienza a hacer una llamada con el manos libres en mi presencia.

—Albir, ya tengo a la chica. Mañana te llamo, nos reunimos personalmente y concretamos

todo.

—Oh, estupendo, Julia —le dice muy animado.

Ella corta la comunicación sin despedirse. Con el semblante serio y pensativa.

—Hecho —murmura con un suspiro.

Yo asiento y tomo una gran bocanada de aire. Siento que lo necesito.

Pasamos todo el domingo con Nico en la habitación. Apenas come y no ha tenido muchas ganas de hablar. Ha estado dormido casi todo el día. Julia y yo hemos permanecido a su lado. Ella se ha ausentado dos horas en la tarde, pero Nico ni se ha dado cuenta. Cuando regresa, se abraza a mí y me susurra en el oído, casi ahogada:

—Lo siento. —La miro a los ojos y sé a qué se refiere.

Yo me despido de ella y quedamos para desayunar juntas al día siguiente en su casa. Julia va a pasar la noche en el hospital con Nico.

Mientras bajo en el ascensor para salir del hospital, siento que mi cuerpo tiembla. Sé la razón. Estoy muerta de miedo, pero no queda otra salida. Es la vida de Nico la que está en juego. Lo más importante en estos momentos. Por mi hermano lo haría todo.

11
El precio de la vida

Cuando llego a casa de Julia me recibe recién duchada, tiene el pelo mojado, y con un suculento desayuno servido en la mesa. Su mirada es apagada y triste. Se nota que no ha dormido nada, ya somos dos.

—¿Estás segura? —me pregunta con resignación—. Has tenido toda la noche para pensarlo bien y cambiar de opinión. No es algo fácil. Te aseguro que te dejará marcada para toda la vida —afirma apenada.

Siento que sabe de lo que habla.

—Se trata de un millón de euros. Soy consciente de que no será agradable, ¿lo sería por esa cantidad? —replico algo abatida. Esta mañana mis ánimos están por los suelos. Nico tiene una esperanza, pero yo voy a pagar, de alguna forma, el precio de su vida.

—¡Joder! —grita Julia, enfadada. Creo que ambas los estamos, con la situación en general. Por lo que nos ha tocado vivir con Nico. Es tan injusto… —Me cago en todo. No me digas que en años y años de investigación contra el cáncer y aún no han dado con una maldita cura. ¡No les conviene! —enfatiza alzando la voz—. En este puto mundo todo es un negocio. Y los tratamientos para el cáncer lo son. La cantidad de farmacéuticas y laboratorios que se quedarían arruinados si diesen con la cura a esta maldita enfermedad —lamenta Julia en un arranque de impotencia y rabia.

Estoy de acuerdo con ella. Es cierto que existe un gran avance en tratamientos, pero no acaba de llegar una cura definitiva, una vacuna o lo que sea que nos libre de esta horrible enfermedad.

—Centrémonos en salvar a Nico —le propongo. De nada sirve entrar en debate—. Entre tú y yo no vamos a arreglar el mundo por más que nos enfademos con él. La propuesta es nuestra única vía de salida, al menos Nico tiene una posibilidad. —Trato de convencerme e infundirme ánimos a mí misma.

—Cuando hable con Albir y negociemos, te diré las condiciones. Te voy a pedir algo, más bien exigir —me dice seria—. Yo trataré todo en tu nombre. Ellos solo te conocerán por fotos. Estoy acostumbrada a este mundo y sabré hacerlo mejor que tú. Por tu parte solo te limitarás a acudir a la cita con el tío al que le van a dar la sorpresa. ¿Entendido? —me indica Julia como si fuese mi madre.

—¿Quién es él? —me intereso.

—Solo dijo que otro jugador, pero es mejor no saber de quién se trata hasta que llegue el momento.

—Sabes de lo que hablas —murmuro mirándola, seria. Al mismo tiempo que me recorre un escalofrío por el cuerpo.

—Algún día te contaré esa parte de mi vida. Ahora no hay tiempo. Solo deberás seguir mis consejos y hacerme caso a todo lo que te diga. Confianza ciega en mí —me suplica tomándome de las manos.

—Lo haré. Yo pondré mi cuerpo y mi inexperiencia, tú me guiarás en el resto. ¿Por dónde empezamos? —pregunto, estoy tan perdida que no sé ni qué tengo que hacer.

—Por lo principal. Voy a hacerte unas fotos que serán tu carta de presentación. Será lo primero que quiera ver Albir cuando nos veamos esta tarde. Vamos a mi vestidor y cojamos un par de vestidos sugerentes que marquen tus atributos. Luego te maquillaré y te haré unas ondas

en el pelo.

—¿Mis atributos? ¿Piensas hacer magia? —Bajo la cabeza hacia mis tetas y se las indico. No tengo un pecho voluminoso.

—Pienso hacer magia contigo —afirma convencida de ello—. Ni tú misma te vas a reconocer. Hoy vas a ser tu propia carta de presentación y te juro que a Albir se le va a poner dura cuando te vea. No dudará en que seas la chica elegida para sus jueguecitos.

—¿Se hacen esa clase de regalos? —pregunto asombrada—. Cuando te llamó y te lo propuso lo viste normal.

—Cuando hay mucho dinero de por medio todo vale, lamentablemente. Yo creo que se aburren y no saben qué regalar. Son personas que tienen todo lo material imaginable y recurren a cosas como estas.

—¿Y el hombre que va a recibir el… regalito? —pregunto al mismo tiempo que pienso que ese regalo soy yo.

—No le sorprenderá. Te lo aseguro. Están tan acostumbrados a las chicas de compañía de alto nivel…

—¿Sí? —pregunto sin dar crédito—. Pero si pueden tener a las mujeres que quieran.

—Las tienen, incluso los que están casados. Es algo que jamás ha saltado del todo a los medios, se habla, pero nunca se afirma nada. Todos son muy poderosos, y te aseguro que no se escapa ninguno que haya probado chicas de compañía o las mantengan por cierto tiempo en exclusividad.

—Sabes mucho del tema.

—Sí. He vivido algo, y en el lugar donde trabajo ves mucho. Un día, cuando todo esto pase, te contaré muchas cosas. Por ahora solo te pido que confíes en mí.

—Siempre. —Me abrazo a ella y Julia suelta todo el aire que lleva preso en su pecho.

—Eres la hermana pequeña que nunca tuve y siempre deseé. Te quiero, Alba. Tú y Nico sois lo mejor que me ha pasado desde que mis padres murieron —me dice Julia, y yo, como tengo la sensibilidad a flor de piel, termino llorando como una tonta en sus brazos.

Me miro al espejo y casi no me reconozco en él. Llevo la mano hacia mi rostro y mi pelo para comprobar que soy real y no un espejismo. Julia se ha llevado más de dos horas maquillándome y peinándome, pero no ha permitido que vea el proceso, solo el resultado final. Y lo cierto es que estoy flipando. ¿De verdad la mujer tan guapa que se refleja en el espejo soy yo? Parezco una modelo de las revistas a las que les hacen Photoshop y son perfectas. Mis ojos parecen más grandes, el azul de ellos se aprecia más, están perfilados en negro por arriba y por abajo y mi mirada es felina, interesante. Mis pómulos parecen más altos, mis labios pintados de rojo más voluminosos y mi nariz es perfecta.

—¡Eres una artista! Nunca imaginé verme así —le indicó a Julia sin salir de mi asombro, mientras no dejo de mirarme e inspeccionarme en el espejo.

—Eres una belleza, Alba. Hasta ahora te has maquillado como una niña, te enseñaré a hacerlo como una verdadera mujer.

—Y mi pelo… —Me toca las ondas que ha creado en él y tan bien me sientan.

—Yo que tú me peinaría siempre así. Este estilo de recién follada —Sonríe mientras me alborota el pelo con sus manos—, te queda genial.

—Me gusta el resultado. Reconozco que es excesivo. No iría así en mi día a día, pero tengo que admitir que estoy genial.

—Y ahora, a sacarle partido a ese cuerpo. —Vamos hasta su vestidor y escoge ropa interior,

vestidos, zapatos y botas de tacón sin preguntarme. Yo la sigo de cerca en silencio, dejándome guiar por su criterio. Confío plenamente en ella.

Me coloco un vestido rojo, ajustado y muy corto para mi gusto, con un gran escote. Me miro al espejo y tengo un tipazo. Mis pechos parecen que han aumentado con el sujetador que me ha dejado Julia, las medias me hacen menos cintura de la que realmente tengo y parece que mis caderas han aumentado. Me miro al espejo y observo que mis piernas son kilométricas. Nunca me he puesto un vestido tan corto con unas sandalias tan altas. Cuando voy a dar un paso casi me caigo. Julia me sostiene y me da la mano hasta que llegamos a su terraza.

—Tendrás que aprender a caminar con ellos —me indica mirando los zapatos.

—¿Por qué? —pregunto seria—. Tengo que acostarme con un tío, quiere a una mujer virgen, no a alguien que sepa andar con tacones —replico algo cabreada.

—Va en el lote —murmura. Y sé que tendré que lidiar con ello.

Luego me indica dónde debo colocarme y qué poses debo adoptar para las fotos que necesita.

Julia me pide que pose de forma sugerente, pero yo soy muy sosa. Apenas me hago fotos, no sé seducir a la cámara ni me considero fotogénica. Pero Julia se empeña en sacar mi mejor partido y lo consigue. Poco a poco comienzo a soltarme y a sonreír, según ella enamoro a la cámara. Cuando ya tiene todas las fotos que buscaba, me deja descansar.

Hemos pasado casi dos horas haciéndome fotos y cambiándome de ropa y zapatos. Tengo los pies tan destrozados como si hubiese hecho el camino de Santiago.

—Tenemos un buen reportaje —comenta Julia viendo las fotos en el móvil—. Retocaré alguna que otra, pero estás genial. ¿Quieres verlas?

—Si tú dices que están bien, confío plenamente en ti —le indico sin muchos ánimos.

Me quito los zapatos y me tumbo en el sofá con los pies en alto.

—Coge de mi vestidor un par de botas y zapatos y llévatelos para que aprendas a andar con ellos. Úsalos en casa —me indica. Es una orden.

—Vale, lo haré. Haré cualquier cosa por Nico. Prometo que no me quejaré por nada. Todo lo que me digas lo acataré sin más.

—Gracias. —Con una mirada cálida, Julia me agradece que se lo ponga todo tan fácil.

Nunca he sido una mujer complicada, pero jamás pensé convertirme en una chica fácil por dinero. Las vueltas que da la vida.

Cuando vuelvo a ser yo y a reconocerme en el espejo, me deshago de todo el maquillaje y me recojo el pelo en una coleta, me marcho al hospital para cuidar de Nico durante todo el día. Quedo con Julia en que nos veremos por la noche, cuando ella ya haya hablado con Albir y tenga las condiciones de lo que desean. Por el momento solo sabemos que quieren a una chica virgen, para que esté con un tío que jamás tuvo a una mujer sin experiencia entre sus brazos, a cambio de un millón de euros. Cuando lo pienso siento náuseas, pero es la única salida que tiene mi hermano y no hay otra opción. Es su vida la que está en juego y estoy dispuesta a pagar cualquier precio.

Paso el resto del día en compañía de Nico y, pese a que él solo quiere dormir, según nos dice le alivia tener los ojos cerrados y estar relajado, se da cuenta de que algo me pasa. Es mi mellizo, mi otra mitad y tenemos cierta conexión desde que nacimos que es difícil de explicar.

—Te noto preocupada por algo, inquieta. ¿Mamá está bien? —me pregunta mi hermano.

—Estoy preocupada por ti. —Me siento en la cama, a su lado, y le acaricio la cara—. Llevas varios días encerrado en ti mismo.

—Todo esto duele demasiado —murmura.

—¿El dolor es físico o mental?

—Ambos. Me duele veros a ti y a Julia pasar por todo esto por mi culpa.

—Tú harías lo mismo por nosotras, lo sé.

—Te quiero mucho, Alba. Eres una gran mujer. Luchadora y optimista. Nunca dejes que nada te haga caer. Vales muchísimo y puedes llegar donde te lo propongas.

Las palabras de mi hermano me emocionan. Lo abrazo y termino llorando y culpando a la vida de lo injusta que es en todos los sentidos. Yo me meto en el lote. Tengo veinte años y lo único que he hecho ha sido estudiar y trabajar. No sé lo que es divertirse realmente, ya que he salido muy poco de fiesta y con amigos. De alguna forma, sé que mi vida va a cambiar cuando le entregue mi virginidad a un hombre que no conozco. Una duda me asalta y cierto miedo recorre mi cuerpo. ¿Podré hacerlo cuando llegue el momento?

12
No lo pienses, hazlo

Esta noche, nuestra maravillosa vecina, que nos conoce desde que éramos pequeños y que es como una tía para nosotros, se ofrece para quedarse con Nico en el hospital. Es consciente de lo agotadas que estamos Julia y yo. Mi madre no puede ayudarnos con él, está enferma y César curra mucho en el Afaia. Es los pies y las manos de Julia en aquel lugar. El pobre, en cuanto tiene un día libre lo pasa a nuestro lado. Me alegra que mi hermano tenga un gran amigo como él.

Quedo con Julia de nuevo en su casa. Estoy nerviosa porque me cuente las condiciones de la proposición del millón de euros que salvará a Nico. Me lo planteo de esa forma para que suene un poco mejor en mi cabeza y no se me revuelva el estómago con solo pensar en desnudarme, estar con un hombre al que no conozco y toque mi cuerpo con deseo mientras yo sentiré asco y repugnancia.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunto a mi cuñada que me mira en silencio. Ambas estamos sentadas en su sofá.

—Le has encantado a Albir. En cuanto vio tus fotos aceptó que fueses la chica. Ya tengo todos los datos —anuncia mientras saca una carpeta de su bolso—. Es un contrato que debes firmar y aceptar. Y tiene algunas exigencias y cláusulas. Te las voy a ir leyendo todas y tú, solo tú, decides si firmar. Recuerda que siempre puedes negarte.

—No lo haré —digo de inmediato. La vida de mi hermano es más importante que todas las exigencias que se puedan enumerar en los folios que tiene Julia en sus manos.

—Comienzo —anuncia—. La noche establecida es el día dos de agosto. —Suspiro y llego a la conclusión de que eso es dentro de una semana. Por un lado, me alegro, cuanto antes mejor para Nico—. El encuentro será en una suite del hotel Ritz de Madrid —lee Julia—. Él te esperará en la habitación y tú deberás llegar a las doce de la noche en punto.

—¿Quién es el hombre? —la interrumpo. Es un dato de vital importancia para mí. En mi mente necesito ponerle cara.

—No lo sé. El nombre de él es anónimo, no aparece en el contrato ya que ignora la sorpresa. Esto es cosa de sus amigos. Solo sé que se trata de un jugador de fútbol, por ese lado puedes estar tranquila. No será ningún viejo. Se trata de un hombre joven y con buen cuerpo. Albir juega en el Malagueño Real Club, igual es uno de sus compañeros… No lo sé —Suspiro y la miro de forma interrogante—. Te juro que no sé de quién se trata —afirma mirándome a los ojos con sinceridad—. No he querido saberlo porque estoy en esto contigo y creo que es mejor así. En mi caso nunca quise saberlo —desvela.

La miro con los ojos desencajados y le pregunto:

—¿Tú…? —apenas me salen las palabras ni la voz.

—En una época de mi vida. Estaba muy perdida —alega—. Y tuve muy malas compañías, pero un ángel apareció de la nada y me sacó de ello. Cuando todo esto pase hablaremos largo y tendido. Es una parte de mi pasado del que me avergüenzo y muy pocas personas conocen.

No me atrevo a preguntarle más, pero deduzco que mi hermano lo ignora. En aquellos momentos me siento más cerca que nunca de Julia. Le abrazo, me abraza, y ambas suspiramos.

Ella continúa leyendo:

—Deberás permanecer en la suite toda la noche. Hasta las ocho de la mañana. Y accederás a

todo lo que él te pida. Solo si él se marcha antes podrás hacerlo tú.

—¿Toda la noche? —pregunto con pavor, llevándome la mano al pecho—. Yo… yo pensé… Ni sé lo que pensé —Suspiro agobiada.

—Siempre puedes desistir de esto, Alba —me recuerda Julia, pero yo lo niego con un gesto de la cabeza y con uno de la mano la insto a continuar sin replicarle nada más.

—Deberás llevar un vestido sugerente y ropa interior acorde. Eso lo deja a mi elección Albir. —Julia se para y observo que le cuesta continuar.

—¿Qué sucede?

—Aquí llega la parte más… más —No sabe ni cómo calificarla—, complicada. —Me mira con los ojos a punto de llorar.

—Por un millón de euros no espero nada fácil.

—Deberás hacerte un análisis de sangre en el que se verifique que estás sana en todos los aspectos. El de él se te mostrará antes de subir a la habitación del hotel. —La miro sin saber a dónde va todo aquello—. No desean que mantengáis relaciones con protección —Abro mucho los ojos y ahogo un grito en mi garganta—. Te juro que he intentado cambiar esa cláusula, pero Albir se mostró inflexible. Él representa al resto de compañeros que forman parte de esto. No es solo cosa suya.

Julia me mira con pena y yo evito echarme a llorar.

—Lo haré —digo sin más, sin pensar en las consecuencias.

—No te preocupes. Existen dos posibilidades, acudimos a un centro privado y te colocas un DIU o al día siguiente te tomas la pastilla del día después —me recomienda.

—Prefiero esa pastilla —digo de inmediato. En mi vida he ido a un ginecólogo y bastante me queda por pasar como para añadir algo más a todo lo que tengo encima. En esos momentos yo no importo nada, solo conseguir el dinero para salvar a Nico.

—La conseguiré y la llevarás en el bolso. Te la tomarás a la mañana siguiente.

Yo asiento.

—¿Algo más? —pregunto cuando Julia parece que ha llegado al final de lo establecido en aquellas hojas.

—No.

—¿No? —pregunto asombrada.

—¿Qué más esperabas? ¿No te parece suficiente todo lo que te he dicho?

—No sé… esperaba… Ya sabes… —Julia me mira sin entenderme—. ¿Qué tengo que hacer? No sé nada. Si no me lo indican ahí —Señalo sus papeles con la mano—, me lo tendrás que decir tú. Y por favor, te rogaría que fueses todo lo explícita posible.

Julia me mira con media sonrisa en su cara.

—Ellos quieren a alguien sin experiencia como regalo. Toda tú y tu inocencia formáis parte de ello. Es lo que buscan. Chicas con experiencia es lo que siempre tienen. Alguien como tú, con tu cara, tu cuerpo y tu edad… Eres un diamante en bruto, Alba. Te aseguro que vales mucho más que el precio que van a pagar. No te diré nada sobre cómo comportarte con él o qué hacer porque ello rompería tu inocencia.

Julia me acaricia el pelo y yo tengo ganas de morirme. Madre mía, ¿dónde me he metido? Me pregunto agobiada.

—¿Pero… qué hago? —insisto—. Cuando lo vea…

—Te aseguro que él sabrá qué hacer. Te guiará. Por lo que conozco de los jugadores, todos suelen dejar satisfechas a las mujeres con las que están. En la cama saben moverse tan bien como en el campo de juego.

—Pero ellas tienen experiencia. Saben qué es el nivel de satisfacción y comparación con otros hombres. Cómo sabré que él y yo… Bueno, yo no importo. Que él ha quedado satisfecho.

—Lo sabrás. Te lo aseguro —afirma Julia, convencida de ello—. Además, eso no debe preocuparte. En el contrato no se establece nada sobre si él queda satisfecho o no contigo. Solo tienes que entregarle tu virginidad y el tío descubrir qué se siente al acostarse con una mujer sin experiencia —me recuerda Julia.

Suspiro con fuerza e intento que todo el miedo que azota mi cuerpo desaparezca. Pasar toda una noche en la cama con un desconocido me aterra. No soy tan tonta como para no saber que no solo será una sola vez, y lo cierto es que no contaba con ello.

Julia me mira, siento que me está dando tiempo para que asimile todo lo que me ha relatado, y se queda a la espera para decirme algo más. Al cabo de unos minutos añade:

—En estos días que quedan voy a prepararte. —La miro sin entenderla de nuevo—. Te cogeré cita en la estética y masajista. Tienes que estar perfecta. Tu piel debe estar suave como la de un bebé y tu cuerpo tiene que quedar depilado por completo.

—Eso puedo hacerlo yo, no hay por qué gastar dinero de forma innecesaria.

—Es gratis. Tengo un montón de bonos que me regalan y apenas uso. Iremos, ambas —añade para contentarme, creo.

En los últimos meses he olvidado que mi cuñada sigue siendo *influencer* en las redes. Dejó el trabajo en el Afaia, pero no podía quedarse sin ingresos. Lo de subir fotos y recomendar productos le era más compatible con cuidar de Nico.

—Está bien —accedo mientras me recuerdo no pensar en la noche X, como la he bautizado en mi mente. Solo debo infundirme valor para hacerlo y no salir corriendo cuando tenga que desnudarme delante de un desconocido y permitir que goce con mi cuerpo todo lo que le venga en gana esa noche.

13
Preparar la noche X

Faltan tres días para la noche X y, desde que todo se puso en marcha, he descubierto otro mundo al que era ajena hasta el momento y del que muchas mujeres hacen uso a diario. Estética, masajistas, uñas, pedicura, peluquería, compras… Todo lo necesario para la puesta a punto para la gran noche y que no decepcione al anfitrión del que seré su regalo de cumpleaños. Julia no deja de repetirme que sea quien sea el hombre, en cuanto me vea me deseará. Yo tengo mis dudas. Jamás me he considerado guapa ni atractiva. Tengo una estatura media, soy delgada y tengo los ojos azules, pero estoy muy lejos de ser considerada una mujer con belleza espectacular. Mi cuerpo es recto como una tabla. Mis piernas siempre han sido delgaduchas y mi pelo es indomable, ni lacio ni rizado, por ello llevo siempre una coleta. Nunca he tenido tiempo de cuidarme las uñas ni la piel, ni de ir a un gimnasio. En estos últimos días Julia se ha empeñado en que haga ejercicio, no entiendo para qué, pero le hago caso. Entre eso y que me impuso andar con tacones por casa dos horas al día, tengo agujetas hasta en las pestañas. Ella insiste en que desaparecerán, pero tengo mis dudas.

Mañana temprano debo ir a hacerme la analítica que me pidieron. Me siento como si fuese una mercancía que está expuesta a los ojos de su comprador para ser valorada si es de buena o mala calidad. Una vez más me repito no pensar en ello y hacerlo. Es parte del proceso para salvar a Nico.

Desde hace varias noches sueño con que pase de una vez la noche X. No sé qué es peor, si ansiarla o luego recordarla. Sé que esa noche impondrá un antes y un después en mi vida. Ya nada será lo mismo.

Mi estado de ánimos y nervios han cambiado en los últimos días. Tanto así que mi madre, pese a la preocupación por Nico, se ha dado cuenta y no deja de hacerme preguntas. Finalmente he decidido irme a casa de Julia por unos días. Creo que será lo mejor. Sobre todo, días después de la noche X, en los que auguro que no estaré muy bien y no quiero que mi madre me vea así. Le he dicho que Julia se encuentra mal y que voy a cuidarla. Hemos hablado con Cati, mi vecina maravillosa, y con César y ellos cuidaran de Nico el día antes y el día después de la noche X. Julia estará conmigo en esos momentos claves. Sé que la necesitaré como apoyo.

Nico sigue mal, desde que ingresó con el hígado afectado por las sesiones de quimioterapia no levanta cabeza. Cada analítica que le hacen da algo nuevo que no nos deja avanzar en su recuperación. Los médicos nos dicen que es normal, que les ha ocurrido a más pacientes, pero yo solo veo a mi hermano cada vez más apagado. No sé si son los ánimos o que el cáncer lo está devorando por dentro y él lo sufre en silencio. Le dan medicación para los dolores y esta lo deja un poco atontado y solo quiere dormir. Estoy deseando que mejore un poco y poder marcharnos a Estados Unidos. Julia es incansable, cómo la admiro. Está volcada conmigo en cuerpo y alma, pero al mismo tiempo también con el caso de Nico. Lo he dejado todo en sus manos. Hemos decidido que yo también los acompañaré a América. Ya tiene el hospital, un piso que vamos a alquilar, se calcula que estaremos allí sobre dos meses, y los vuelos. Ella está en constante contacto con el hospital privado de Madrid que se está encargando de nuestro traslado allí. Menos mal que Julia es una mujer que vale para todo.

Cuando entro en la clínica privada para hacerme la analítica rutinaria para la noche X suspiro

y me digo mentalmente:

—No lo pienses, Alba. Hazlo.

Dejo que la enfermera me piche el brazo y quedo en que vendré a recoger los resultados personalmente al día siguiente.

Vuelvo a casa de Julia y nada más entrar veo unos zapatos de tacón detrás de la puerta y esto me provoca una medio sonrisa, no sé ni cómo tengo ánimos, pero como soy una persona obediente, hago lo que me ha pedido y me subo en esos tacones de doce centímetros y me paseo por su casa mientras la ordeno.

***

Dos días después.

Son las ocho de la mañana y llevo tres horas despierta. Hoy, a las doce de la noche, tendrá lugar la noche X.

Me levanto y me hago dos tilas de tirón. Siento que necesito calmarme. No dejo de pensar en cómo será todo. Cómo será él y, sobre todo, cómo me tratará y me sentiré yo. Me repito una y mil veces que lo tengo que aguantar todo, no puedo huir de allí si algo me asusta ya que la vida de Nico depende de mí valentía.

Me he propuesto dejar la mente en blanco la noche X y solo pensar en Nico. Creo que eso me dará fuerzas para soportarlo todo.

Tendré que compartir cama y otros lugares que él deseé durante ocho largas horas en las que estaremos juntos. Se me hace eterno. Sé que los hombres necesitan un tiempo para recuperarse y no vamos a estar toda la noche follando sin parar, pero me asusta lo desconocido. También sé que no estoy allí para hablar con él o ver la televisión. Confío en que se marche a media noche cuando se aburra de mí y descubra que estar con una virgen no le produce tanto placer como espera. Ojalá en medio de la noche decida ir en busca de alguien experta y termine amaneciendo con ella y yo pueda regresar a casa antes de lo esperado, refugiarme en mi soledad y llorar, porque sé que lo haré. Siempre he deseado entregarme a alguien por primera vez con amor, con deseo y con pasión. Sin embargo, la vida me tenía preparado que fuese con miedo, con asco y por obligación. Pero Nico es demasiado importante para mí y el destino se ha empeñado en ponerle precio a su vida, y yo lo pagaré.

Julia aparece junto a mí y yo me sobresalto cuando irrumpe en mis pensamientos.

—No quiero que tomes más tila en el resto del día —me advierte.

—¿Por qué?

—Porque no puedes presentarte delante del tío y parezcas atontada. Alba, es normal que vayas algo nerviosa e incómoda. Lo entenderá, joder, han pedido a una virgen.

—Tú que conoces bien este mundo… —aventuro— ¿No podrías darme algo que me calme por dentro, pero a la misma vez no me haga estar apagada y asustadiza?

Mi cuñada se queda pensativa, pero al cabo de unos segundos niega con un gesto de la cabeza.

—El poder de la mente lo es todo —me aconseja.

—¿Cómo lo hacías tú? —me atrevo a preguntar.

Ella chasquea la lengua y se remueve en la silla, inquieta.

—Solo te daré un consejo de cómo lo haría hoy en tú lugar. Representa un papel. Créate un personaje en tu mente y convéncete de que tienes que interpretarlo. —Esquiva mi pregunta. Asiento ante su alternativa. No tengo otra.

A las seis de la tarde Julia me indica que tenemos que comenzar a prepararme. La miro como si fuese una broma, pero no lo es.

Me prepara un baño con sales aromáticas y me obliga a que me meta en él durante media hora. Luego me ordena que coma algo. Solo me pasa medio sándwich y un zumo.

Julia me maquilla durante casi dos horas, después me peina y me anima a vestirme. Son las diez de la noche cuando me miro al espejo y no me reconozco. Mi pelo lleva unas extensiones que mi cuñada me ha colocado y hacen mi melena más larga y voluminosa. Voy excesivamente maquillada para mi gusto, pero me veo guapa. Los labios en rojo resaltan en mi rostro. El vestido que llevo es de color blanco y negro, muy ajustado a mi cuerpo, corto y con un escote sugerente sin ser vulgar. Miro hacia mis pies y clavo la mirada en las sandalias doradas que Julia ha insistido que lleve con un bolso a juego.

Para finalizar mi transformación, me hecha uno de sus perfumes y me admira en silencio.

—Estás espectacular. En cuanto te vea quién sea, se va a enamorar de ti —murmura sin dejar de admirarme, como si fuese su obra de arte.

—No digas tonterías. Has hecho magia conmigo, pero yo no soy esta mujer.

Julia continúa mirándome, embobada en mí.

—Deberías de serlo. ¿Sabes? Si fuese la novia o mujer de algún futbolista las grandes firmas y marcas se morirían por ti. Tienes algo especial. Te lo digo yo que he conocido a muchas mujeres, elegantes y con dinero, y sin nada. Eres como la princesa Diana de Gales o Isabel Preysler, tienes elegancia propia. Un aura que hace que donde estés todos te miren y admiren. Cuando esta noche entres en el Ritz te confundirán con alguien rica y famosa, te lo puedo asegurar.

—No me pongas más nerviosa, por favor —le ruego temblando como un flan. Miro hacia un reloj en la pared y veo que son las diez y media.

—Voy a pedir un Uber, yo te acompañaré hasta la puerta del Ritz. Cuando entres, el hombre con el que tienes que firmar el contrato definitivo, que será el mismo que el que leímos, te espera y tienes que entregarle el análisis de sangre. Te reconocerá, no te preocupes.

—¿Será Albir? —pregunto. He buscado el rostro del jugador en internet.

—No, cariño. Ellos no dan la cara en estas cosas. Irá su representante o el de alguno de los demás jugadores que hayan ideado esto y participen en ello —afirma segura de ello.

14
Sorpresas te da la vida

Me bajo del lujoso coche que me deja en la puerta principal del hotel y le digo adiós a mi cuñada. Nos miramos y, de inmediato, apartamos los ojos unos de los otros. No queremos llorar. Ambas sabemos lo que supone lo que voy a hacer para salvar la vida de mi hermano.

Camino recta y erguida hasta la entrada al hotel, con mis sandalias de tacón de doce centímetros como si fuese una modelo profesional. Toda la insistencia y horas que Julia ha empeñado en mí han sado sus resultados. Los domino por completo.

Cuando entro en el interior siento que todo el mundo me mira. Son las once y media de la noche y hay bastante gente. Mentalmente me quejo, siempre se dice que Madrid está desierto en agosto, pues compruebo que no es así.

Sin saber dónde dirigirme concretamente, admiro el lujoso lugar. Nunca había entrado ni lo había visto tan de cerca. Es majestuoso. Se nota que solo se lo pueden permitir cierta clase de gente.

De repente, un señor con traje de chaqueta se acerca a mí y me pregunta si estoy buscando a alguien. No sé qué responder. Pero de forma inmediata, como de la nada, aparece un hombre, muy bien vestido, más joven, con el pelo engominado y me llama por mi nombre.

—Alba Serrano, ¿verdad? —Yo asiento de forma involuntaria mientras él me repasa de arriba abajo. Me extiende la mano y me dice: —Sergio Quirán. —Me ofrece que lo acompañe, y yo lo hago—. De camino al restaurante, donde tomamos asiento en una mesa, me indica—: Tenemos que firmar un contrato y usted debe entregarme algo.

—Sí, aquí lo tengo. Saco de mi bolso el sobre con mi analítica. Él la lee y comprueba que estoy sana como una pera. La guarda en la carpeta que lleva y saca unos folios grapados. Observo que hay dos copias.

—El contrato —anuncia—. Puede leerlo de nuevo y comprobar que todo está tal cual se habló con anterioridad. —No se hace referencia a Albir ni a Julia.

Lo tomo entre mis manos y lo leo de principio a fin con atención como me ha repetido hasta la saciedad Julia. Consta de tres folios. Compruebo que todo está según lo que tenía entendido y lo firmo tras suspirar.

—Bien —murmura el hombre cuando he estampado mi firma en el contrato. Me apunta una dirección en un folio en blanco y me la entrega—. Pásese mañana por este despacho y recibirá un cheque con la cantidad acordada en el contrato. ¿Tiene alguna pregunta? ¿Está todo claro y en orden?

—Sí. Todo bien —manifiesto, apresurada. Tengo que reconocer que no sé negociar. Estar frente a ese hombre me inquieta.

—Puedes subir. —Me extiende una tarjeta que yo observo con atención—. Es la llave de la suite. —Me indica al ver que no sé muy bien qué me ha entregado—. Es el número cincuenta y cuatro. El señor la espera allí — indica, y al escuchar la palabra señor comienzan a temblarme las piernas.

—Buenas noches —me despido de él de la forma más simple y educada que encuentro, ya que no sé cómo comportarme.

—Que la tenga usted también. Nos vemos mañana.

Me dirijo a los ascensores y me dispongo a subir hasta lo más alto de aquel lujoso hotel. Voy sola en el ascensor y lo agradezco. Me miro al espejo y suspiro. Trato de que mi semblante se relaje y no aparentar la tensión y el miedo que siento por dentro.

Cuando llego ante la puerta correspondiente fijo la vista en su número y miro la tarjeta que tengo en la mano. Finalmente, decido llamar y no entrar como si estuviese en mi casa. Toco a la puerta y espero mientras me tomo mis manos y las retuerzo. No escucho pasos ni nada dentro. Tras varios minutos esperando delante de una puerta que no se abre, escucho gente por el pasillo y decido entrar antes de que nadie me vea.

Las luces de la suite están encendidas. Doy pequeños pasos para adentrarme en ella sin decir nada. No me sale la voz. Solo deseo ver al hombre que no olvidaré mientras viva. Sé que esta noche siempre estará presente en mis recuerdos como una gran pesadilla.

Conforme llego a un espacioso y lujoso salón, suelto el bolso encima de una mesa sin apenas pensarlo. Al fondo, en la terraza, que está abierta y sus cortinas se mueven, veo una luz y a un hombre de espaldas. Tiene ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón y está quieto. Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa blanca por fuera de estos. Aprecio que tiene el pelo oscuro y está muy pelado, casi rapado. Es alto y su forma física a través de la camisa es evidente.

Algo dentro de mí me impulsa a seguir caminando y hacerle notar mi presencia. Conforme me acerco, puedo ver, a través de él, las vistas a la ciudad de noche. Son preciosas, pero yo estoy centrada en otra cosa en esos momentos. ¿Cómo actúo o reacciono cuando lo tenga frente a frente? El único consejo que logré arrancarle a Julia fue que me presentase y le diese dos besos a modo de saludo, luego él se encargaría de todo. Decido hacerle caso.

Cuando estoy a pocos pasos de él, carraspeo intencionadamente, para hacerle notar mi presencia y logro decir:

—Hola.

De inmediato, el hombre se da la vuelta y me mira.

Cuando sus ojos se clavan en los míos, estoy a punto de desmayarme. No lo puedo creer. Es imposible que sea él. El corazón comienza a latirme muy deprisa y cierta sensación de alivio, la cual no logro reconocer, se apodera de mi cuerpo.

—Bosco —balbuceo con un breve hilo de voz. Está muy cambiado desde la última vez que lo vi, pero es él. Sin lugar a dudas.

15
Una noche para el recuerdo

—¡Tú! —exclama con verdadero asombro Bosco Hungría en cuanto me ve—. Eres tú. —Se acerca más a mí y trata de reconocerme. Es evidente que esperaba a alguien.

Sin pensarlo, en un gesto que sale solo, asiento mientras sonrío y cierta calma se apodera de mí.

Me estrecha sobre su pecho y me abraza. Su actitud me desconcierta, pero ese abrazo me sienta muy bien. Sus brazos alrededor de mi cuerpo impiden que me caiga ante la impresión que he recibido al encontrarlo allí.

—Joder, te he buscado durante todo este tiempo. Desde la noche que te dejé en casa de Julia. No he querido molestarla porque sé que pasa por momentos delicados, pero he deseado volver a verte desde ese día —revela Bosco.

Se separa un poco de mí, sin llegar a apartar sus manos de mi cuerpo, me observa bien y me muestra una enorme sonrisa de seductor. Sus ojos tienen un brillo especial que me calman y me hacen sonreírle con confianza mientras no puedo creer del todo que él sea el hombre de esta noche.

—Estás guapísima. Me alegro tanto de volver a verte… De que seas tú —murmura mientras me abraza de nuevo, muy contento—. Estos cabrones me tenían una gran sorpresa por mi cumpleaños. Tú. No podían haber elegido algo mejor.

Cierta sensación se despierta dentro de mí y siento que me agrada que le guste a él. Es algo inexplicable, pero doy gracias de que entre todos los hombres que podían haber sido esta noche, sea Bosco Hungría. Por otro lado, siento que me causa un poco de decepción, que alguien como él se preste a algo así. Porque, deduzco, si me esperaba, creo que sabrá de qué va su regalito de esta noche por parte de sus amigos.

—Me alegro que te guste —murmuro. No quiero desagradarlo, es algo que Julia me ha advertido mucho.

Lo miro con atención, me mira y nos quedamos en silencio. Mi corazón va tan deprisa que tengo miedo de que escuche los latidos que golpean fuertemente contra mi pecho.

Descubro que no me incomoda tenerlo tan cerca, que su respiración se cruce con la mía ni que su perfume embriague mis sentidos. En esos momentos me siento flotando en una nube. Todos mis nervios han desparecido como por arte de magia al descubrir que era él el hombre sin nombre que me ha mantenido en vilo más de una noche.

De repente, siento que sus labios, firmes y carnosos, se posan sobre los míos y me besa. Profundiza el beso y yo me enredo en él, le correspondo totalmente entregada.

No es la primera vez que me besan, tampoco he sido una monja hasta los veinte años, pero tengo que admitir que nunca me han dado un beso como el que Bosco Hungría me da. Al menos, nunca me sentido todo lo que él despierta en mí. Me siento cómoda y relajada entre sus brazos y muy a gusto besando aquella boca y entrelazando mi lengua con la suya. Su sabor es exquisito y esto hace que nuble todos mis sentidos y mis pensamientos.

—He deseado tus labios desde que te vi en el Afaia —reconoce cuando dejamos de besarnos —. Arrancar mi coche sin haberte besado como lo acabamos de hacer fue un gran error por mi parte aquella noche. Lo he soñado durante todo este tiempo.

Sus palabras hacen que lo mire con atención y me pregunte: ¿Me ha deseado un hombre como

Bosco Hungría? No me lo creo, pero no puedo bajarme de la nube en la que estoy subida en estos momentos.

No sé qué decirle. Me limito a sonreírle y reprenderme interiormente por sentirme halagada con sus palabras.

—¿Una copa? —me propone.

Acepto porque sé que eso me dará cierto margen para recuperarme.

Siento que él me toma de la mano y me lleva dentro de la suite. Notar sus dedos entrelazados con los míos me desboca el corazón.

Sirve un par de copas de champán, me entrega una y nos sentamos en el gran sofá blanco que hay en el centro del salón.

—Creo que ha llegado la hora de que sepa tu nombre. La vez pasada no te lo pregunté y es algo que he lamentado durante este tiempo. No tenía ni una sola pista para buscarte. Por lo que se ve, mis amigos han sido más listos que yo y han dado contigo.

De inmediato, mi mente comienza a pensar con rapidez.

—Cristal —suelto de golpe. Tengo por seguro que así es como me voy a quedar tras pasar la noche con Bosco Hungría, como un cristal roto en mil y un pedazos.

—Cristal —pronuncia con su voz grave, tan peculiar e inconfundible. Se acerca a mí, me acaricia con mimo el rostro y murmura—: Me gusta.

Acerca su copa a la mía y me invita a brindar. Me dispongo a hacerlo, pero él antes propone:

—Por una noche para el recuerdo.

Asiento y brindo. Bebemos de nuestras copas y se sorprende de que haya vaciado la mía de tirón. Creo que se da cuenta de que estoy nerviosa y no domino del todo la situación.

Se acerca a mí, con una gran sonrisa, me quita la copa de la mano, la deja encima de la mesa que tenemos delante, junto con la de él y me dice:

—Soy muy afortunado de ser yo el elegido para esta noche. Nunca lo hubiese imaginado, ni en sueños. Es normal estar nerviosa la primera vez, pero conmigo no tienes por qué estarlo. Quiero que te sientas bien y disfrutemos juntos —termina susurrando en mi oído.

Llevo la mano hasta su pecho y luego le acaricio el rostro, embobada en él.

—Te agradecería paciencia. No soy como la mayoría de las mujeres que te rodean —le suplico.

—Eso lo descubrí en cuanto te miré la primera vez.

Se inclina hacia mí y me besa de nuevo. Sus labios no me molestan, todo lo contrario, descubro que me gusta besarlo. Besa tan bien que es adictivo.

Me susurra entre besos:

—Te deseo como nunca he deseado a nadie.

Sus palabras y el tono de su voz, cargado de pasión y erotismo hacen que se me erice la piel y me pierda en él, en sus caricias y en sus besos por completo. Me atrevo a acariciarlo mientras nos besamos y descubro un cuerpo duro como el acero que comienzo a desear de forma lujuriosa. Algo desconocido dentro de mí se despierta y he de reconocer que Bosco Hungría es la razón de ello.

Se levanta, tira de nuevo de mi mano, y mientras me abraza y me besa el cuello murmura impaciente:

—Vamos a la cama. Estaremos más cómodos.

Lo sigo, pero no siento que vaya al matadero de su mano. Siento que lo deseo y que quiero hacerlo con él. No sé qué me está pasando, pero me alegro que el miedo atroz con el que subí en el ascensor haya desaparecido. En estos momentos solo se apodera de mi cuerpo una sensación

extraña en el estómago y temor de no estar a su altura. Es un hombre que ha estado con muchas mujeres y la sombra de decepcionarlo planea en mi mente. Soy tan perfeccionista y me preocupo tanto por los demás que hasta en este momento pienso en él antes que en mí. Hasta ese mismo instante eso solo me había pasado con las personas que me importaban y quería. No puedo querer a Bosco Hungría, apenas nos conocemos. No sé nada de él, pero algo en mi interior me hace confiar en su persona y sentirme a su lado como si lo conociese bien.

Entramos en la habitación y me quedo parada de golpe. Es enorme y muy lujosa. Nunca he visto una cama tan grande. Al lado de la cama hay más champán y fresas.

Mi imagen y la de Bosco Hungría se refleja en un gran espejo y yo me quedo mirándonos. Él está situado detrás de mí. Tiene la barbilla apoyada en mi hombro desnudo y sus enormes manos rodean mi cintura. Lleva su mirada hacia la mía y nos encontramos a través del espejo.

—Eres preciosa. Un verdadero regalo —murmura sobre mi piel mientras me besa el cuello.

Mi interior está aplacado porque algo me hace confiar en él. No espero que sea una experiencia maravillosa, pero confío con que Bosco Hungría sea más llevadera. Me gusta que me bese, sus caricias y sus manos no me molestan, y, cuando yo tengo que devolvérselas, no tengo que obligarme. Es algo que nace de mí sin pensarlo.

—Soy tuya por esta noche —pronuncio con un leve hilo de voz mientras no dejo de mirar nuestro reflejo en el espejo.

—Eres mía. Te haré mía y te prometo que lo recordarás siempre.

No dudo de sus palabras.

Nos adentramos más en la habitación, me ofrece otra copa de champán, pero niego con un gesto. No estoy acostumbrada a beber y la anterior ya comienza a hacer efecto en mí.

En esta ocasión soy yo la que se acerca y lo besa. Me digo mentalmente lo que me infundió Julia, tengo que representar un papel, una persona que no soy. Y lo hago. Algo en mi interior desea terminar con todo esto cuanto antes.

Bosco Hungría me vuelve a besar con ganas y pasión. Un beso desenfrenado que nos calienta a ambos. Nunca había sentido arder mi cuerpo y mi interior de aquella forma. Algo en mí se despierta y necesito más. Más de él.

Comenzamos a desnudarnos mientras nos besamos y acariciamos. Sin prisas, disfrutando del momento.

Me sorprendo cuando mi vestido cae entre mis pies y me quedo ante él en ropa interior. No siento vergüenza alguna. Poso la mirada en su impresionante torso y me paso la lengua por los labios. Siento que lo deseo, y mucho.

Me deshago de las sandalias y nos fundimos en un nuevo beso mientras él se deshace de los pantalones.

Nos tumbamos en la cama y rodamos en ella entrelazados. Siento que su cuerpo arde tanto como el mío. Noto a través de sus calzoncillos de marca su abultado miembro, pero lejos de asustarme siento curiosidad y deseo de tenerlo dentro de mí.

Se deshace de mi bonito sujetador de encaje blanco y admira mis pechos. Creo que se da cuenta de que no son operados y el sujetador me hacía un par de tallas más. Se inclina sobre mí y los besa con autentica veneración mientras yo siento que voy a morir allí mismo de placer. Suspiro, tomo aire y jadeo de forma inconsciente. Su lengua en mis pezones, cómo me los mordisquea y chupa me está llevando al borde de un precipicio del que estoy a punto de caer. No tengo salvación.

Él sabe lo que me hace. Para un momento, arrodillado entre mis piernas, me mira con una sonrisa de satisfacción y vuelve a besarme los pechos. Yo me retuerzo debajo de él y suplico, no

sé qué concretamente, pero siento que necesito una liberación que no me da por el momento. Baja hacia mi abdomen y me lo besa, continua el reguero de besos húmedos hasta que llega a mi sexo. Completamente depilado. Nunca lo he llevado así. Sentir su caliente boca allí, que me hace estremecerme. Bosco me inmoviliza las piernas con sus manos y se centra en mí. Yo emito un fuerte jadeo que no puedo parar cuando su lengua entra ahí. Todo es demasiado intenso, no tengo tiempo de pensar, solo de disfrutar. No quiero que pare.

Cuando vuelve a mi boca, puedo sentir mi propio sabor en sus labios. Es todo tan erótico que me vuelvo loca. Se ha preocupado antes de mi placer, de hacerme sentir bien y relajada que de él mismo. Siento que va a explotar. Puedo notar su miembro sobre mí y es enorme.

—No puedo esperar más —me susurra, como pidiéndome permiso.

Yo alzo las caderas de forma involuntaria y lo invito a entrar en mí. Siento que lo necesito. Estoy empapada. Necesito la tensión que siento dentro de mí.

Me besa mientras comienza a entrar en mi interior. Va muy despacio y yo siento que lo necesito con urgencia. Él nota mis ganas y me indica:

—Iremos poco a poco. La primera vez puede doler.

No me importa el dolor, lo quiero a él. Todo. Entero. Para mí.

De repente, siento un leve pinchazo que hace que me tense. Él para el avance y me mira a los ojos dedicándome una sonrisa maravillosa.

—Tienes que acostumbrarte a mí —murmura.

Yo solo asiento, centrada en él. Sintiéndolo en mi interior. Es enorme. Bosco empuja con fuerza y yo le clavo las uñas en los brazos a la misma vez que grito. Soy consciente de que ha traspasado mi barrera.

Milagrosamente, el dolor desaparece y él avanza hasta estar completamente dentro de mí. Lo acojo y me siento muy llena. Me da unos segundos y a continuación comienza a moverse con ímpetu. Le sigo el ritmo, jadeamos, gritamos y finalmente ambos estallamos en un brutal orgasmo que nos deja sin fuerzas.

Bosco cae sobre mí y yo lo sostengo sobre mi pecho. Y allí con él, aún en mi interior, abrazado a mi cuerpo y sintiendo su agitada respiración sobre mi pecho, me doy cuenta de que he disfrutado en la cama a su lado como no lo había hecho nunca antes en mi vida, con nada. Una voz interior me reprende cuando siento deseos de repetir con él. Quiero más. Necesito que Bosco Hungría sea quién me lo enseñe todo.

16
No lo esperaba

Nos quedamos dormidos, entrelazados y cuando despierto él está a mi lado, apoyado sobre un codo e inclinado sobre mí. Me mira con atención con una sonrisa dibujada en sus labios. Lo miro y en mi mente lo catalogo como el hombre perfecto. Es guapísimo, atento y delicado. Me ha tratado de una forma exquisita y me ha hecho sentir como nunca. En mi pecho se instala tal emoción que no puedo decir nada. Solo mirarlo, más bien admirarlo porque nunca hubiese imaginado lo que acaba de pasar entre nosotros. No lo esperaba así.

—Eres preciosa —murmura con la voz ronca, y a mí, nada más escucharlo, se me eriza la piel y siento la urgente necesidad de besarlo, pero me contengo—. ¿Qué tal te encuentras? —pregunta y sé que se interesa de verdad. Me acaricia el cuerpo desnudo y no siento pudor alguno, todo lo contrario. Me agrada, bastante.

—Bien —respondo con la voz entrecortada mientras su mano izquierda se mueve lentamente por mi vientre.

—¿Solo bien?

—No puedo hacer comparaciones —le indicó con algo de timidez.

Él asiente, esboza una amplia sonrisa y me da un beso en los labios que apenas puedo saborear.

—Yo sí, y he de confesar que ha sido una de las mejores noches de mi vida. Eres increíble.

Lo miro con dudas, sin poder creer lo que me dice. Debe de haber estado con mil mujeres, con muchísima más experiencia que yo, con mejores cuerpos… ¿Lo creo? Me cuesta hacerlo. Él parece leerme la mente y suelta una sonora carcajada. Se coloca sobre mí y puedo sentir su evidente deseo de nuevo, algo que me sorprende. Y él vuelve a soltar otra carcajada cuando ve mi reacción al notar su disposición.

—Eres maravillosa en todos los sentidos, y deseo volver a hacerte el amor con urgencia —susurra en mi oído mientras muerde el lóbulo de mi oreja de una forma muy placentera, tanto que hace que me retuerza debajo de él y lo desee de nuevo.

Yo misma me asusto. No me reconozco. No me lo esperaba, pero lo cierto es que Bosco Hungría me encanta. Todas las mujeres del mundo darían lo que fuese estar con él, por perder la virginidad con él. Yo he llegado a sus brazos asustada y por obligación, y, en estos momentos, me siento una privilegiada.

—Yo también lo deseo. —Soy consciente de que he pronunciado estas palabras cuando han salido de mi boca. Me quedo paralizada cuando las escucho.

Bosco se apodera de mi boca y cuando creo que volverá a hacerme el amor, tira de mí y salimos de la cama completamente desnudos. Lo observo bien y mi corazón se acelera al punto de infarto cuando lo veo en todo su esplendor masculino.

Me lleva hasta el baño y descubro que hay una enorme bañera redonda y está llena, con mucha espuma. Él toca el agua con la mano y, en silencio, parece que nos entendemos con nuestras miradas, me invita a entrar en ella. Yo lo hago sin preguntar. Algo en mi interior, que yo misma desconozco, me hace confiar plenamente en Bosco Hungría.

Él se sienta primero y me da la mano para que lo haga sobre él. Me toma por la cintura, me pega más a su cuerpo y me abraza. Lo abrazo y doy gracias al destino porque fuese él.

Me mira, me besa y me dice con premura:

—No puedo esperar más o exploraré.

En esta ocasión soy yo la que emite una sonora carcajada.

Bosco me coge por las nalgas y me coloca sobre él. Yo siento cómo entra en mí y es maravilloso. Nos miramos a los ojos en todo momento y es algo muy intenso. Me hace sentir cosas que me dan miedo. Siento que soy suya por completo y él es mío, y ello me emociona hasta el punto de hacerme llorar abrazada a él mientras bombea con fuerza en mi interior y el agua rebosa la bañera y cae al suelo del baño. A ninguno de los dos parece importarnos. Me abrazo a él y me dejo llevar a un mundo desconocido, lleno de placer y lujuria que me encanta.

Cuando el ritmo frenético de nuestros corazones se ha tranquilizado, él me mira y al descubrir lágrimas en mi rostro aprecio de inmediato la preocupación en el suyo.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? He sido un inconsciente, no debí hacerte el amor de nuevo. Debías de estar dolorida, ¿por qué no me dijiste nada? —Acaricia mi rostro y yo, al ver su preocupación, me emociono aún más y no puedo parar de llorar.

De inmediato, él me saca de la bañera, me envuelve en una enorme toalla y se ocupa de mí mientras su cuerpo desnudo y mojado chorrea agua en el suelo.

—¿Qué ocurre? —pregunta de nuevo. Se sienta en un taburete del baño y me acomoda sobre sus rodillas.

—Nada. Ha sido perfecto. Maravilloso. Nunca esperé que fueses tan delicado y me sintiese tan bien —pronuncio con sinceridad, y, en cuanto lo hago, me arrepiento. Acabo de abrirle mi corazón por completo.

Bosco de apodera de mis labios y me planta un beso maravilloso. Yo me pierdo en él y disfruto de estar entre sus brazos sin pensar en nada más.

Al cabo de un rato, lo siento frío y me doy cuenta de que permanece desnudo, sin secarse. Me levanto, cojo una toalla y lo envuelto en ella. Es tan grande que solo puedo hacerlo de cintura para abajo.

—Gracias —pronuncia cuando termino de hacerlo.

Con mis manos aún en su abdomen, me envalentono y no me aparto de él. Le acaricio el torso hasta llegar su cuello, me acerco, me pongo de puntillas y le doy un beso. Él me aprieta las nalgas y me acerca a su cuerpo. Nos besamos y nos abrazamos. Todo es tan mágico y perfecto, tan diferente a cómo me lo esperaba, que no me lo puedo creer.

Pasados unos minutos, nos colocamos unos albornoces y Bosco se empeña en pedir algo de comer. Son las cuatro de la madruga. La cocina del hotel debe de estar cerrada, pero él insiste.

—¿Qué te apetece? —me pregunta. Estamos sentados en los pies de la cama y él tiene su móvil en la mano.

Tras pensarlo, le suelto lo que me apetece realmente. Tanta actividad me ha dado hambre.

—Una hamburguesa doble, con queso y patatas fritas. Ah y salsa barbacoa.

Bosco se ríe sin parar. Luego me mira serio y pregunta:

—¿En serio?

—Sí.

—¿No te gusta?

—Me encanta —murmura mirándome fijamente a los ojos. Y algo en mi interior se revoluciona. Siento un tirón en mi vientre y un deseo desconocido se apodera de mí.

—Pero no unas hamburguesas cualquieras. Yo soy de McDonald´s.

Bosco vuelve a romper en carcajadas limpias. Debo de resultarle muy graciosa o ser la primera chica que le pide comida basura. Con las mujeres que se relaciona seguro son de caviar y esas comidas pijas que no sabes ni lo que comes y te quedas con hambre.

Marca en su teléfono y pide cuatro menús.

Yo lo miro con asombro y me dice:

—Como mucho y tú y yo aún no hemos terminado. —Mira el reloj y comprueba la hora mientras me sonríe con picardía.

Que quiera más no me asusta, todo lo contrario, hace que el deseo se despierte en mí y yo también quiera más. No me reconozco, pero es la realidad. Casi me siento mal de estar disfrutando de la que pensé que sería la peor noche de mi vida. Me asusto al contar las horas que faltan para abandonar aquella suite y no querer irme corriendo de su lado.

Al cabo de quince minutos llega un repartidor que toca a la puerta de la habitación y Bosco recoge lo que he pedido. Alza la bolsa y me indica que es de McDonald´s.

Yo sonrío y no le pregunto cómo ha hecho que llegue tan rápido.

Mientras esperábamos el pedido hemos salido a la terraza y hemos admirado las vistas juntos hablando de temas banales. Nada sobre él ni de mí en concreto. Pero he descubierto que Bosco es una persona muy divertida. Le gustan las bromas y me encanta verlo sonreír a cada momento.

Terminamos comiendo las hamburguesas en la cama, riendo y haciendo bromas. Yo tiro sin querer una coca cola sobre el colchón y casi me muero. De inmediato quiero limpiar todo, pero Bosco no me deja. Casi hemos terminado de comer, se acerca a mí, y me mira con atención. Sonríe y se acerca a mi boca, pero no me besa. Pasa la lengua por la comisura de mis labios, llenos de salsa de barbacoa y luego se relame frente a mí, a conciencia.

—Más exquisita aún.

Tira de mi mano, mi vista no para de mirar lo que he provocado en la cama, y me lleva a otra habitación que desconocía en la suite.

—Pasaremos el resto de la noche aquí —anuncia.

Y yo siento que me voy a desmayar de placer.

17
Salir corriendo

Para mi gran sorpresa, cuando llegamos a la otra cama, las intenciones de Bosco son solo las de dormir juntos. Me ayuda a meterme en la cama, él lo hace a mi lado y luego me abraza. Me siento tan bien cobijada en su pecho que cierro los ojos y dejo que el sueño se apodere de mí.

Cuando vuelvo a abrir los ojos veo que por la ventana entran rayos de sol. De inmediato, me incorporo en la cama y trato de ver qué hora es. Advierto que Bosco, dormido a mi lado, lleva un gran reloj. Y en un acto de desesperación, tomo su mano y consulto la hora. Son las diez de la mañana. No puedo creerlo. Me dispongo a salir de la cama cuando unos brazos fuertes me lo impiden.

—¿Dónde vas? —pregunta con voz somnolienta en mi oído.

—Tengo que irme.

Sonríe sobre mi cuello, puedo notarlo y niega con la cabeza.

—Quiero más de ti —murmura besándome el cuello—. Más de nosotros juntos.

—El tiempo se ha terminado. Tengo que marcharme —le digo apresurada, tratando de deshacerme de sus manos alrededor de mi cuerpo desnudo.

—Pasa el resto del día conmigo —me propone—. Haremos lo que tú quieras.

—No, yo, no… Esto solo fue una noche —le digo de inmediato.

Pero él se apodera de mis labios y no me deja explicarle nada más. Sus manos se mueven por mi cuerpo a su antojo, despertando mi deseo y yo me pierdo en él sin tener en cuenta nada más.

En esta ocasión follamos como locos, como si no hubiese un mañana. Todo es mucho más intenso y más explosivo. Ambos nos deseamos con urgencia.

Cuando recupero el aliento y la conciencia, Bosco tiene el don de dejarme semiinconsciente con todo lo que me hace sentir, pienso en Julia. Debe de estar muy preocupada por mí. Quedamos en que la llamaría en cuando saliese del hotel a las ocho de la mañana.

Logro salir de la cama sin que Bosco me atrape. Voy en busca de mi móvil, lo encuentro en mi bolso, donde veo la pastilla que debo tomarme tras la noche que he pasado de sexo sin protección. Seguidamente veo que tengo diecisiete llamadas de Julia y otras tantas de César. De inmediato me siento mal por el mal rato que les estoy haciendo pasar mientras yo he disfrutado con Bosco en la cama. Son las once de la mañana cuando me dispongo a abrir los mensajes de texto que tengo de mi cuñada. No me da tiempo de leerlos cuando las manos de Bosco se ciernen sobre mi cintura y me besa el cuello. Con rapidez, bloqueo el teléfono, me giro y lo miro. Va completamente desnudo, sin importarle nada. Yo estoy envuelta en un albornoz.

—Desayuna conmigo. Pasemos el resto del día juntos. ¿O tienes algo mejor que hacer? —Lo miro, me lo pienso y finalmente acepto con un gesto de la cabeza. Él me besa sonriente y feliz y yo le correspondo.

—Pero deja que haga una llamada a una amiga, le digo que estoy bien y que pasaremos en día juntos.

—Bien. Te espero en la ducha. —Me da un breve beso y se marcha proporcionándome la privacidad que necesito para hablar con Julia y contarle de forma rápida cómo fue todo.

Llamo a Julia y no me coge el teléfono. Lo intento de nuevo y nada. Comienzo a preocuparme. Llamo a César y él descuelga al tercer tono de llamada. No me da tiempo a decir nada.

—Alba, Julia y yo estamos hartos de llamarte. Nico está mal. Anoche lo pasaron a la UCI. La situación es delicada. En cuando puedas, vente para el hospital. Julia acaba de entrar a verlo.

De nuevo, el mundo parece abrirse en mis pies. Siento que me mareo. Comienzo a buscar mi vestido y me lo coloco con rapidez. Ni me molesto en encontrar la ropa interior y ponérmela. Cojo las sandalias y el bolso y me dispongo a marcharme a toda prisa. Nico está mal y el sentimiento de culpa se apodera de mí por ser media mañana y no haberme comunicado con Julia antes.

Salgo de la habitación mientras me coloco las sandalias. Mientras bajo en el ascensor me pongo bien un poco el pelo para adecentarme y no parecer una cualquiera. Cuando se abren las puertas, salgo a toda prisa y me choco contra un botones. Mi bolso cae al suelo, esparciéndose en este lo poco que llevo dentro. Lo recojo de inmediato con la ayuda del hombre, mientras se disculpa y salgo a la calle como una loca en busca de un taxi que me lleve junto a mi hermano.

Cuando entro en el coche y digo la dirección del hospital me doy cuenta de que no puedo aparecer allí con las pintas que llevo. El pelo revuelto, restos de maquillaje, con un vestido casi indecente para entrar en un centro médico y unas sandalias de tacón. Rectifico la dirección al taxista y le indico la de casa de Julia. Tengo que cambiarme.

En todo el trayecto no dejo de pensar en Nico. Una angustia se ha apoderado en mi pecho y casi no me deja respirar.

De repente, me doy cuenta de que tras recibir la noticia de mi hermano he salido corriendo de la suite y no le he dicho nada a Bosco. Cierro los ojos y lo lamento. Por inercia, cojo el móvil para disculparme con él, pero caigo en que no tengo forma de localizarlo a menos que vuelva al hotel, y eso es imposible.

Me olvido de Bosco Hungría, ya arreglaré eso cuando pueda, y subo a casa de Julia para cambiarme de ropa con rapidez. Le indico al taxista que me espere para llevarme al hospital. Me coloco ropa interior limpia, un pantalón cualquiera y una camiseta. Busco unos zapatos planos y me calzo unas sandalias. Antes de marcharme, me miro al espejo que hay al lado de la puerta y voy al grifo de la cocina y me lavo la cara con fuerza. Luego me la seco con papel, me recojo el pelo en una coleta y me marcho de nuevo al taxi que me espera en la calle.

De camino al hospital nos pilla un atasco. He perdido la cuenta de las veces que he mirado la hora. Es la una del mediodía, me he quedado sin batería en el móvil y tengo ganas de salir corriendo y llegar junto a mi hermano a pie. No sé qué está pasando con Nico y eso me tiene de los nervios.

Cuando por fin llego al hospital, le pago al taxista con un billete de cincuenta euros y ni espero el cambio. Salgo corriendo en busca de información sobre Nico. No sé dónde ir. Llego hasta la habitación que había ocupado días antes y, obvio, está vacía. César me ha dicho que está en la UCI. Le pregunto a una enfermera por Nicolás Serrano y esta solo me dice:

—Lo siento mucho.

Yo la miro con los ojos muy abiertos, sin entenderla bien, o sin querer entender lo que me está diciendo.

A la espalda de la mujer veo aparecer a Julia y César. Él la lleva abrazada y ambos vienen llorando. Se acercan a mí, me miran, en sus rostros se refleja un gran dolor, y yo siento que todo se vuelve oscuro a mi alrededor.

18
Se fue

Cuando vuelvo a la realidad estoy tumbada en una cama del hospital y tengo varias enfermeras y médicos alrededor. Conforme voy entrando en sí y la vista se me aclara, veo a Julia y César a los pies de la cama. Abrazados y preocupados.

—Solo ha sido un desmayo —anuncia un médico—. Por la impresión de la noticia. En un rato se recuperará. No se levante aún —me indica y todo el personal sanitario que estaba en la habitación desaparece.

Trato de incorporarme en la cama, pero todo me da vueltas aún. Julia y César se acercan a mí y me toma cada uno de una mano. Yo los miro recordando el momento anterior a desvanecerme y las palabras de la enfermera. Necesito que me confirmen que todo ha sido una confusión o un sueño y que Nico está bien. Los miro con ojos suplicantes y Julia rompe a llorar. Desconsolada.

César me aprieta la mano con fuerza y toma la palabra:

—Todo se complicó. Pasó muy deprisa, sin apenas darnos cuenta. Nico se fue —anuncia y emito un sonoro grito de dolor que consigue desgarrar mi garganta.

Comienzo a llorar de forma incontrolada y César me abraza. No puedo creerlo. No puede ser verdad. Debe tratarse de un error.

De forma brusca, aparto a César de mi lado y busco los ojos de Julia con mi mirada. Necesito que ella me lo confirme. En cuanto la miro, sé que no hacen falta las palabras. Su cara y sus ojos, apagados y tristes, hinchados, lo dicen todo.

Nos abrazamos, desesperadas, llorando y así permanecemos un buen rato.

Finalmente, me encuentro con fuerzas para poder preguntar qué ha pasado con Nico. Me incorporo un poco en la cama y les digo:

—¿Qué paso?

—Comenzó a sentir mucho dolor en el abdomen por la tarde, los calmantes no le hacían nada, y cuando comenzó a empeorar lo llevaron a la UCI. A media noche los médicos nos alertaron de que su estado había empeorado y que no sabían si iba a salir de ello. Lo estaban intentando, pero finalmente Nico se les fue. A las siete de la mañana nos comunicaron que había fallecido de forma inesperada. No pudieron hacer nada por él —me explica Julia haciendo grandes esfuerzos. Está completamente rota.

En esos momentos, mi sentimiento de culpa por no haber estado al lado de mi mellizo en esos duros momentos es tal que creo que me voy a morir.

Julia, César y yo nos abrazamos y lloramos juntos. Nuestro dolor es terrible.

De repente, pregunto:

—¿Y mi madre? —No la he visto desde que he llegado al hospital.

—No… no nos atrevíamos a darle la noticia sin ti —me dice Julia.

—Está en casa con Cati. Ambas desconocen que Nico ha fallecido —me informa César.

—¿Cómo se le dice a una madre que su hijo ha muerto? —pregunto rota de dolor.

—Te acompañaremos. Vamos a tu casa —propone César.

Acepto y comienzo a bajarme de la cama. Él me coge del brazo y me guía en todo momento. Julia también permanece a mi lado.

Cuando vamos por el largo pasillo del hospital en dirección a la salida, les digo:

—Quiero despedirme de Nico, necesito verlo.

Julia y César se miran en silencio y yo les suplico con la mirada que necesito darle el último adiós. Nico no es solo un hermano. Es mi otra mitad.

Finalmente, Julia asiente y nos dirigimos al mortuorio. Cuando estamos ante la puerta de entrada, ambos me preguntan:

—¿Estás segura?

Yo asiento. Jamás he estado más decidida a algo en toda mi vida.

Cuando me llevan ante el cuerpo sin vida de mi mellizo y destapan la sábana que lo cubre, me quiero morir con él. No es justo. Ni siquiera nos ha dado tiempo a intentarlo. Todo ha sido tan rápido… Le doy un beso y lo siento frío. Es una sensación escalofriante. Me abrazo a su cuerpo inerte y lloro sin consuelo alguno.

No sé cuánto tiempo paso abrazada al cuerpo de Nico, mi mente toma conciencia cuando Julia está a mi lado y me susurra que salgamos. Ambas nos abrazamos llorando frente al cadáver de mi hermano y nos despedimos de él.

De camino a mi casa, siento que lo más difícil que me ha tocado en esta vida es decirle a mi madre, en breves momentos, que Nico ha fallecido de forma inesperada debido a una complicación. El agobio y el miedo que siento no tienen comparación al que sentí cuando acepté la propuesta para la noche X. Mi mundo acaba de derrumbarse por completo, en todos los sentidos, y me encuentro destrozada.

Entre Julia, César y yo le damos la noticia a mi madre. Cuando llegamos a casa está acompañada de Cati. Mi madre se desvanece, al igual que yo, y tenemos que llamar a una ambulancia que la traslada al hospital. Tiene una fuerte taquicardia.

Yo siento que no puedo con más, estoy agotada. No sé ni cómo me sostengo en pie.

Al cabo de una hora, los médicos deciden darle ingreso a mi madre. No consiguen estabilizarla y tiene que estar vigilada.

Paso la noche a su lado, la peor de mi vida, mientras Julia y César velan el cuerpo de Nico en el tanatorio. Al día siguiente será incinerado.

Mi madre está medio sedada y no es muy consciente de la realidad que la rodea. Ello me permite pasar toda la noche llorando y rezando para que salga de esta.

Al día siguiente, Cati se queda en el hospital con mi madre mientras yo acudo al tanatorio a darle el último adiós a mi hermano, junto con Julia y César.

Cuando nos entregan las cenizas de Nico Julia y yo estamos destrozada. Ella insiste en llevárselas a su casa, y yo no me opongo.

Me cercioro de que César acompañará a Julia el resto del día y yo vuelvo al hospital junto a mi madre que está un poco más recuperada y, lo que es peor, es consciente de que su hijo ha muerto y no se ha despedido de él.

Cati y yo tratamos de brindarle consuelo, pero es difícil ya que no lo tenemos ni para nosotras mismas. Nico era tan joven, tan vital y tan bueno que no se merecía morir con veinte años. Apenas tuvo tiempo de luchar contra esa maldita enfermedad, se fue demasiado pronto.

19
Nada es lo mismo

Dos días después mi madre recibe el alta y volvemos a casa. Me divido entre atenderla a ella y a Julia, como si yo misma no estuviese destrozada también. Pero alguien tiene que ser fuerte y me ha tocado a mí.

Dejo a mi madre a cargo de Cati por unas horas y voy a visitar a Julia a su casa. No he podido verla desde que nos entregaron las cenizas de Nico. César me ha dicho que no sale de la cama, apenas come y que no quiere hablar con nadie.

Cuando entro en su habitación encuentro que todo está tirado por el suelo. Ella se encuentra en la cama y está tapada con una manta. Estamos en agosto, ¿qué hace tapada con una manta? Me preocupo y me siento a su lado. Puedo ver con mis propios ojos cómo tiembla y llora a la misma vez.

Siento muchísima pena por ella, se ha vuelto a quedar sola.

—Julia, estoy aquí. Te ayudaré en todo lo que necesites. Para mí eres como una hermana. No estás sola.

—Aléjate de mí, Alba. Estoy maldita. Todo lo que amo desaparece.

—No digas tonterías. Eres una gran persona, la mejor que he conocido. No sé qué habría hecho sin ti en todo este tiempo.

—A ti también te he destrozado la vida. —Me mira llorando y recorre mi rostro con su mano —. Por estar a mi lado cuando recibí esa propuesta asquerosa, y que no ha servido para nada, terminaste pagando tú. Ni siquiera te he preguntado cómo estás y cómo fue todo —lamenta sorbiendo por la nariz.

—No te preocupes por eso. Ya no importa. Te pido que lo olvidemos, por el bien de las dos. Nunca más hablemos de ello. Hagamos como que no ha existido.

—Ambas sabemos que ya nada será lo mismo. Ni para ti ni para mí. Nuestras vidas han quedado rotas y tú te has llevado parte doble —lamenta.

Nos abrazamos y nos tumbamos en la cama en silencio, cada una consolando el dolor de la otra, el cual resulta ser el mismo.

Antes de marcharme, le ofrezco a Julia que se venga a casa unos días conmigo y con mi madre. No quiero que se sienta sola, pero me dice que necesita estar sola y pasar su propio duelo. Lo acepto y me marcho.

Cuando llego a casa, mi madre está dormida. Le doy las gracias a Cati por cuidar de ella y me acuesto sin cenar, no tengo hambre.

No consigo dormir en toda la noche, doy vueltas y vueltas en la cama y solo puedo llorar pensando en Nico. Recordando nuestra niñez y los buenos momentos que pasamos juntos. Siento que sin él en nuestras vidas nada es ni será lo mismo. Hace dos días que se marchó y lo extraño muchísimo. Siento que una parte de mí se fue con mi hermano. Sé que la noche en la que murió Nico supondrá un antes y un después en mi vida. Jamás volveré a ser la misma Alba de antes.

***

Tres días después, mi madre continúa en cama, sumida en su dolor por la pérdida de Nico, recibo

una llamada inesperada. Se trata del portero de Julia. La ha encontrado en la bañera de su casa. Ha intentado suicidarse cortándose las venas.

De inmediato acudo al hospital privado donde está ingresada y, cuando entro en su habitación y la veo con ambas muñecas vendadas y con vida, me abrazo a ella llorando y le reprocho que no vuelva a hacerme nunca más algo así.

Ella se justifica con que nada es lo mismo sin Nico y que no quiere vivir. Paso la noche a su lado y la convenzo de que necesita ayuda psicológica.

Cuando salimos del hospital, no dejo que se marche sola a su casa. Insisto y logro que venga conmigo y con mi madre. No estoy dispuesta a perderla, Julia es como una hermana y voy a estar junto a ella hasta que supere todo esto.

20
La vida duele

Han pasado tres semanas desde que Nico nos dejó. Julia continúa en casa conmigo y con mi madre. La siento mejor. Las sesiones a las que acude con regularidad con el psicólogo la están ayudando mucho. Existe dolor en ella, pero tiene resignación a él. Lo va aceptando poco a poco, y en el caso de Julia, creo que lo primordial es que se acepte a ella misma. No es el mal de nadie, ni lo provoca por estar a su lado.

Julia y mi madre se llevan de maravilla, se están conociendo realmente ahora, convivir juntas nos está viniendo muy bien a las tres. Hablamos de Nico a diario, es una forma de tenerlo cerca y nos ayuda a superar su pérdida. A Julia le está haciendo muy bien escuchar las historias de mi madre, cuando ambos éramos pequeños y cómo se las apañaba con unos mellizos siendo primeriza.

Convenzo a Julia para que retome su cuenta de Instagram y vuelva al trabajo poco a poco. Lo que tiene claro es que nunca más volverá al Afaia. El lugar donde conoció a Nico y se enamoraron le duele demasiado y no quiere revivir esos recuerdos porque es consciente de que no le haría bien. Yo no insisto en ello.

En una semana comienza el nuevo curso en la universidad y yo no sé qué hacer con mi vida. No he trabajado en todo el verano, como lo suelo hacer, por la enfermedad de Nico. Tenemos algunas letras de la casa pendientes y algunas facturas, pero he pedido al banco que nos las aplacen hasta que comience en septiembre con las clases particulares a los niños.

Hoy es domingo y Julia me ha pedido que salgamos a pasear al Retiro. A media tarde, cuando hace fresquito, dejamos a mi madre en casa con Cati y salimos dispuestas a respirar aire renovado, que no sea el de mi casa, donde hemos estado, casi sin movernos, en los últimos días.

—Creo que debería buscar un trabajo y aparcar mis estudios por un tiempo —le digo a Julia.

—¡¿Cómo va a hacer eso?! —me reprende.

—No sé si pueda soportar este año el mismo ritmo que he llevado los dos años anteriores. Trabajar, cuidar de mi madre y estudiar para sacar en todas las asignaturas matrícula para que de ese modo me den beca.

—¿Por qué necesitas trabajar? Ahora tienes un millón de euros. Por cierto, no hemos hablado de ello. ¿Has ingresado el cheque en un banco?

Cuando Julia hace alusión al cheque soy consciente que, desde aquella noche, cuando quedé con aquel hombre en ir a recogerlo al día siguiente, no me he vuelto a acordar de él ni de ese dinero.

Me quedo callada y niego con un gesto de mi cabeza. Julia abre mucho los ojos y sé que está adivinando lo que ha pasado. Antes de que diga nada, suelto:

—No lo quiero. Ese dinero tenía un fin, y era Nico. Si no es para su recuperación no podría usarlo. Antes prefiero pedir limosnas —casi grito con orgullo.

Julia se queda callada. Sé que me comprende en ese aspecto. Aceptar y usar ese dinero me haría sentir indigna.

—Alba… ¿No quieres que hablemos de esa noche? Cómo fue, cómo te sentiste y qué supuso para ti. ¿Quién era él? —pregunta con interés—. Ha pasado casi un mes —me dice todo aquello con mucho tacto y cariño, puedo sentirlo en su mirada.

No puedo revelarle que el hombre era Bosco Hungría, ella lo conoce, son amigos, y en estos duros momentos para Julia no quiero añadir nada más a todo lo que la perturba.

—Quedamos en que nunca más hablaríamos de aquella noche. El hecho de no recoger el cheque ni aceptar ese dinero después de que Nico muriese me ayuda a olvidarlo, ser más yo.

Julia me abraza y me susurra con culpa:

—Solo dime si te trató bien. Con eso me basta para estar tranquila.

—Fue muy considerado.

Me sonríe y me abraza de nuevo.

—Encontrarás al hombre que borre esos recuerdos. Yo encontré a Nico.

La miro, y le doy un beso en la mejilla. Siento que Julia y yo estamos más unidas que nunca. Sé que tenemos una conversación pendiente sobre su pasado, pero no necesito saberlo. Tal vez ella no quiera recordarlo y en eso la respeto y la comprendo.

En los últimos días he pensado mucho en Bosco. Siento curiosidad por saber qué pensó de mí cuando no aparecí en la ducha y luego no me encontrase por toda la suite.

Intento que los recuerdos en sus brazos y sus besos no vuelvan a mi mente, pero es inevitable. Fue una noche mágica que siempre recordaré. Con culpabilidad por cómo sucedió todo, pero si no hubiese sido así los caminos de Bosco y mío nunca se hubiesen vuelto a cruzar. Él es una estrella, la que más brilla en estos momentos en el fútbol español, y yo me considero un patito feo. Imaginar algo entre nosotros es una completa locura.

—Voy a poner a la venta mi casa —anuncia Julia para mi gran sorpresa. Mientras paseamos por los jardines y la gente pasa por nuestro lado.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó recordando el problema que tuvo para conseguir el dinero para el tratamiento para Nico.

—La venta se hará efectiva el mismo día que cumpla los veintiséis años. Ya he puesto la propiedad en manos de una inmobiliaria.

—¿Por qué quieres deshacerte de la casa de tus padres? —pregunto con interés.

—Necesito empezar de nuevo con todo. Dejar los recuerdos atrás.

—¿Qué tienes en mente?

—Comprar otra casa y comenzar a construir una nueva vida en ella desde ahora. También quiero montar algún negocio cuando pueda acceder al dinero que está en el banco y del que aún no puedo disponer. Lo de ser *influencer* no es para siempre. Además, son ingresos muy variables y necesito tener una estabilidad. Antes contaba con el trabajo en el Afaia.

—¿Vas a montar una discoteca o un bar de copas?

—Nada que tenga que ver con el mundo de la noche. Estoy mirando cosas y viendo posibilidades.

—Seguro que algo encajará contigo y encontrarás lo que te apasione. Cuenta conmigo en todo lo que pueda echarte una mano.

—Gracias. Tú y tu madre habéis sido mi salvación.

La tarde al aire libre nos sienta de maravilla. Terminamos en una terraza tomando unas tapas por insistencia de Julia. Ella me invita y yo me alegro mucho de verla con ganas de salir y de vivir.

Cuando vamos llegando a casa, observamos que hay una ambulancia en el portal. Vemos a Cati de lejos y corremos hacia ella. Nos explica que se van a llevar a mi madre. Se ha empezado a encontrar mal de pronto.

Nerviosa y fuera de sí, intento entrar en la UVI móvil donde tienen a mi madre, pero el

conductor del vehículo lo impide.

—Están reanimándola, señorita. Le ha dado un infarto. Deje que los médicos hagan su trabajo.

—¡¿Qué?! —grito sin voz. No puedo creerlo.

—Cálmese, por favor.

Siento que el mundo vuelve a abrirse bajo mis pies y que ya no puedo más. Mi madre no. Es lo único que me queda.

Julia está a mi lado, me abraza y me da consuelo. Me susurra que todo va a ir bien, pero yo no la creo.

El conductor nos indica a qué hospital se la llevan y nos vamos detrás de la ambulancia en un taxi que casualmente pasa en esos momentos por la puerta de mi casa.

Cati nos acompaña a Julia y a mí. En el trayecto nos cuenta cómo pasó todo. Acababan de cenar y mi madre sintió un dolor muy fuerte en el pecho que le impedía respirar.

Llegamos al hospital y no nos dejan ir con mi madre. La camilla entra directamente para dentro y nosotras nos quedamos a la espera de noticias. Rezando y llorando.

Dos horas después los médicos nos comunican que no han podido hacer nada por mi madre. Ha fallecido. Y a mí se me viene el mundo encima y me quiero morir con ella. Me acabo de quedar completamente sola.

21
Tres meses después

—No puedes continuar así. Hoy mismo vamos a ir a un médico. Llevas meses en cama, mal, apenas comes y no sales. Has dejado la universidad y todo te da igual —me reprende Julia.

—Solo quiero morirme. Siento que no puedo con todo lo que me ha pasado en los últimos meses. Primero Nico y luego mi madre. Es demasiado. Mi vida ya no tiene sentido.

—Me tienes a mí —me recuerda Julia con ímpetu.

Desde que mi madre murió no se ha separado de mi lado. Se ha portado como una verdadera hermana. Un día se empeñó y me llevó a vivir a su casa. De aquí no me he movido. Me paso el día en pijama, durmiendo o con el estómago revuelto. Desde que murió mi madre nada me sienta bien. He perdido bastante peso, las ganas y la ilusión por vivir. Todo me da igual, siento que todo se ha terminado para mí.

—Te agradezco tu preocupación, pero siento que soy una carga. Mañana me iré a mi casa.

—No puedes irte, Alba.

—Sí lo haré, no quiero entorpecer tu vida. Eres joven y tienes planes, yo solo quiero morirme y estar junto a mi familia. Sé que en mi casa me sentiré mejor, los tendré más cerca, ya que sus recuerdos harán que los sienta a mi lado —le digo con nostalgia.

—El banco ha embargado tu casa —me comunica Julia con pesar.

—¡¿Qué?! —Me incorporo de golpe en la cama.

—La deuda de tu padre, ¿recuerdas? No se han hecho frente a los pagos de los últimos seis meses.

Llevo las mantas de la cama hasta mi cara y me tapo la cabeza. Ahora sí que no tengo nada.

Julia me destapa el rostro y quita mis manos de los ojos. Me mira con paciencia y dulzura.

—Sé lo que estás pensando. He pasado por eso. Me quedé sola con diecisiete años. Me tienes a mí. Nos tenemos. Por favor, Alba, no me dejes o te juro que caeré para siempre. Tampoco creo que soporte mucho más —me ruega desesperada. Y es justo ahí cuando me doy cuenta del gran esfuerzo que ha hecho Julia en todo este tiempo a mi lado sin caer como lo he hecho yo.

En un arrebato, me abrazo a ella y le agradezco tenerla en mi vida.

—¿Qué planes tienes? —le pregunto desesperada—. Me uno a ellos. Inclúyeme porque no tengo nada y necesito una vía de escape, hacer algo. Distraerme. Volver a creer en la vida.

En estos meses que he pasado en cama, llorando, sé que Julia no ha dejado de trabajar. Ha tenido muchas reuniones y he visto cómo se quedaba cada noche hasta las tantas delante del ordenador. Hasta el momento no le había preguntado nada, no me importaba, pero cuando la he escuchado decirme que si la dejo caerá, he comprendido que la una es el sustento de la otra. Le debo a Nico y a Julia luchar, poner las ganas e intentarlo, al menos. Sé que he tocado fondo y ahora solo me queda levantarme, reinventarme y resurgir.

Julia me mira con una sonrisa.

—Tengo casi listo un piso en Toledo. Nos vamos a ir del bullicioso Madrid —anuncia de golpe—. Y también tengo un negocio a la vista. Una tienda de ropa donde trabajaremos ambas. Puedes continuar los estudios a distancia y compatibilizarlo con el trabajo. ¿Qué me dices? —me propone con ilusión.

La miro sin creer la suerte que he tenido de que esté presente en mi vida.

—Te digo que sí. —Me abrazo a ella llorando—. No tengo nada. Estoy en la calle, sin trabajo

y sin familia.

—Vamos a comernos el mundo, Alba Serrano. Somos jóvenes y vamos a salir de esta. Busquemos la felicidad, que creo que después de todo lo que hemos sufrido nos la merecemos.

Me abrazo a ella y acepto todo lo que me acaba de decir. Creo que ha llegado la hora de salir de la cama, de autocompadecerse y de luchar. Sé que a Nico no le gustaría verme así. Sé que si dónde esté puede vernos, le gustará que Julia y yo estemos unidas y seamos felices.

—Gracias, eres un verdadero ángel en mi camino. No sé qué hubiese hecho sin ti en mi vida.

—Ni yo sin ti en la mía. Te quiero, Alba. Nico se marchó, pero me quedó su mitad. No me dejó sola del todo.

Nos abrazamos y lloramos como tontas, emocionadas de tenernos la una a la otra de forma incondicional.

***

Una semana después.

Julia y yo estamos recogiendo todo de su casa y metiéndolo en cajas. Llevo unos días muy animada, en los que no he parado de hacer cosas y eso me mantiene distraída. Julia me ha nombrado su mano derecha y socia. También quiere que le eche una mano en el tema de ser *influencer*. Me ha buscado un curso básico de fotografía para que sea yo quién le haga todas las fotos que sube a Instagram. También me ha pedido que le ayude con la agenda de las marcas con las que colabora y tiene que hacer promoción. Además, seré la encargada de realizar los sorteos de su perfil y de abrir todos los paquetes que le llegan al cabo del día. Estoy ilusionada con mi nuevo trabajo. Cuando Julia me ha dicho lo que me iba a pagar por ello me he negado, pero luego me ha dado las cifras de lo que puede llegar a ganar en un mes y he flipado. No tenía ni idea del dineral que pagan por todas estas cosas.

En los próximos meses Julia se va a dedicar a montar el negocio que tiene en mente, también la ayudaré, pero ella es la pieza fundamental en todo. Sabe moverse con soltura en todos los campos, es genial. Quiero y necesito aprender mucho de ella. Es una luchadora nata, incansable. Y tengo mucha suerte de que me arrastre en su aventura.

De repente, siento que me mareo al coger una caja muy pesada y tengo que sentarme de golpe.

—¿Qué te ocurre, Alba? —me pregunta asustada—. Tienes la cara blanca.

—Solo ha sido un mareo. —Me trae algo de agua, bebo y comienzo a recuperarme.

—Vamos ahora mismo al médico. Tienes que hacerte una analítica. Me relajé en el tema al ver que esta semana estabas comiendo más, pero has pasado unos meses duros y seguro te estén pasando factura. Igual necesitas unas vitaminas o algo.

Intento negarme y quitarle importancia a mi malestar, pero Julia insiste y en menos de una hora estamos en una clínica privada para hacerme un chequeo completo. Me sacan sangre, me toman muestra de orina y me hacen un electrocardiograma. Nos indican que al día siguiente podremos pasar por la consulta del médico y nos darán los resultados.

—Descuéntame la factura de mi primer sueldo —le indico a Julia cuando nos montamos en su coche tras salir de la clínica privada.

—Vale. Ha sido gratis, tenía pendiente con ellos una colaboración. He subido una foto a mis seguidores en las que he puesto: visita rutinaria, y el nombre de la clínica.

—¿De verdad? —Ella asiente, centrada en el tráfico—. Me encanta tu mundo.

Julia emite una sonora carcajada y nos vamos a comer a un restaurante.

—¿Esto también es gratis? —pregunto cuando nos sentamos en un lugar maravilloso y elegante, con buenas vistas.

—Es de un conocido. Seguro no nos cobrarán.

Veo que hace unas fotos del lugar y luego ella posa con una copa y me indica cómo realizar la captura del momento.

Me enseña a aplicarle un par de filtros a la foto y la sube a Instagram. Nos miramos y reímos. Ambas sentimos que comienza la vida para nosotras. Es la primera vez que salgo a comer fuera de casa desde que murió mi madre. Me sienta bien estar rodeada de gente y ver el mundo exterior.

A la mañana siguiente, Julia insiste en acompañarme a recoger los resultados de la analítica.

Entramos juntas en la consulta y me sorprendo cuando veo que conoce al médico. Se saludan con confianza y ella le pregunta por su mujer e hijos.

Cuando el doctor Fernández se dispone a leer mis resultados me retuerzo las manos, algo nerviosa. Me da miedo que me de alguna mala noticia sobre mi salud.

—Tendrás que cuidarte más, Alba. —La preocupación debe aparecer en mi rostro cuando sonríe y me dice—: No te asustes que no tienes nada de gravedad. Solo estás embarazada.

—¡¿Qué?! —grito. Miro a Julia y luego al doctor—. ¿Está seguro? —pregunto desconcertada.

—Muy seguro. Tienes un embarazo de un poco más de tres meses aproximadamente. ¿No lo sospechabas? —pregunta con sorpresa.

Niego con un gesto de mi cabeza, ya que las palabras están atascadas en mi garganta. Me quiero morir. No puedo estar esperando un hijo en estos momentos.

22
Olvidé respirar

Me quedo en trance, dejo de escuchar las palabras del médico y una sensación de ahogo presiona mi pecho. Me cuesta respirar, no puedo continuar entre esas cuatro paredes. Miro a mi alrededor, me doy cuenta de que aquello no es un sueño, es la pura realidad de mi vida. Recojo mi bolso con rapidez, me levanto y salgo corriendo.

Cuando llego a la calle me doblo sobre mí misma, no puedo más y comienzo a llorar. Me siento en un murito y trato de tranquilizarme.

Al cabo de varios minutos Julia está a mi lado. Me pasa el brazo por encima de los hombros y me da un beso en el cabello.

—No puede estar pasando —murmuro con angustia y miedo. Un miedo atroz.

—Será mejor que nos vayamos a casa. Le he dicho al doctor que mañana volveremos —me indica Julia mientras me toma de la mano e intenta que me ponga en pie.

Me mira con dulzura y en sus ojos puedo leer que está conmigo y no me dejará sola en esto.

Camino con ella en silencio, de forma mecánica, casi sin ser consciente de ello, hasta su coche.

Cuando me doy cuenta ya estamos en casa. Ella me aconseja que me siente en el sofá mientras me ayuda a quitarme el abrigo.

Va a la cocina y vuelve con dos vasos de agua. Se sienta a mi lado, me acaricia el rostro, me coloca bien el pelo y me pregunta:

—¿Estás mejor?

—Dime que esto es un sueño. Despiértame —le exijo, aterrada.

Julia me abraza, demostrándome todo su cariño mientras yo rompo a llorar.

Durante más de dos horas, Julia respeta que necesite estar encerrada en mi propio mundo para que asimile la realidad. Me deja sola en el sofá del salón, de donde no quiero moverme, y me arropa con una manta.

Cuando siento la necesidad imperiosa de ir al baño a hacer pis es cuando salgo de mi refugio particular. Escucho que Julia está en su habitación hablando por teléfono. Entro en el baño, hago mis necesidades y cuando me lavo las manos frente al espejo miro mi reflejo en él.

—¡Cómo pudiste ser tan tonta! —me reprendo a mí misma.

De forma inconsciente, llevo una mano hasta mi vientre y la poso allí. Es la primera vez que lo hago desde que sé que dentro de mí crece una criatura. Me miro de nuevo en el espejo y descubro que estoy sonriendo. Un hijo. Una nueva vida. Nunca había pensado en ser madre. Soy muy joven, solo tengo veinte años, no tengo nada que ofrecerle, pero cierta sensación inexplicable se apodera de mí. Lo quiero y lo deseo. Es mío y quiero tenerlo. Me sorprendo cuando estos pensamientos aparecen de golpe, pero lejos de asustarme me hacen feliz. Me miro en el espejo de nuevo y me veo sonriendo.

Salgo del baño y voy en busca de Julia. Le encuentro en su habitación. Tiene varios abrigos esparcidos por la cama y sostiene la cámara de fotos en la mano. Seguro que los fotografía para subirlo a sus redes.

—Hola —le digo parada en el marco de la puerta, sin atreverme a pronunciar una palabra más.

Cuando ella nota mi presencia viene hasta mí, me toma de las manos y nos sentamos en la

cama.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con cara de preocupación.

—Asimilándolo —le respondo con media sonrisa.

—No hace falta que te pregunte que es el resultado de aquella noche —murmura Julia con la mista posada en mi vientre.

—Con la noticia de la muerte de Nico olvidé todo. Creo que a día de hoy olvidé hasta respirar.

—Han sido demasiadas cosas en muy poco tiempo. —Julia me acaricia el cabello mientras me mira con admiración—. Has sido muy fuerte. Aquella noche, la muerte de Nico y luego la de tu madre. Cualquiera hubiese terminado loco.

—Mi suerte eres tú. Has estado a mi lado en todo momento. No me has dejado caer.

—Ni te voy a dejar ahora. Estaré a tu lado y te apoyaré en lo que decidas hacer.

Nos miramos y nos quedamos en silencio.

—Voy a tener a este bebé —le comunico, decidida—. No sé cómo irá todo, pero quiero tenerlo —murmuro. Es una decisión que he tomado mientras me lavaba las manos, sé que no me arrepentiré de ello.

Julia, toma aire, suspira, me muestra una sonrisa y me dice:

—Vamos a tener a este bebé. No vas a estar sola. —Me abraza y me susurra—: Me hace mucha ilusión ser tía.

Sus palabras provocan en mi interior un gran descanso. Sé que no estoy sola.

—Otro cambio más —murmuro.

—Bienvenido sea. Podremos con ello, Alba Serrano.

A la mañana siguiente, temprano, antes de desayunar, volvemos con el médico. Me explica todo muy bien y el cambio que dará mi vida y mi cuerpo con respecto al embarazo.

Cuando salimos de la consulta del doctor Fernández soy otra mujer completamente distinta a la del día anterior. Me siento feliz, segura y con ganas.

Julia insiste en ir a desayunar a una cafetería cercana. Cuando hemos terminado, antes de levantarnos y marcharnos, me mira y sé que quiere preguntarme algo que no sabe cómo hacer. Finalmente se arranca:

—¿Quién es el padre del bebé, Alba? —pregunta de golpe. No esperaba que fuese tan directa. Me quedo callada y la miro en silencio—. Si tú quieres, puedo hablar con él y decirle que vas a tener un hijo —me propone decidida. Sé que es muy capaz de hacerlo.

La miro con los ojos muy abiertos por la barbaridad que acaba de decir. El padre de mi hijo nunca conocerá su existencia, lo he decidido, y, por supuesto, Julia jamás sabrá que es Bosco Hungría. Fue su jefe y se llevaban bien. Si se entera que fue él el hombre con el que pasé aquella noche puede que algún día le diga que tiene un hijo y él no es una persona normal y corriente. Es el jugador más famoso del país, el mejor pagado del mundo. El cuerpo y el rostro que todas las campañas de publicidad buscan. Y yo no soy nadie. Solo una mujer que pasó una noche en su cama por dinero y olvidó tomar las precauciones necesarias para evitar un embarazo.

—Ese hombre jamás lo sabrá. Solo fui el entretenimiento de una noche. Ya ni se acordará de mí. Además, si se entera de que voy a tener un hijo suyo… ¿Qué crees que hará? Me obligará a abortar o lo apartará de mí. Su mundo es muy diferente al mío —argumento.

—No me vas a decir, al menos, quién es —me ruega con paciencia.

—Es mejor que no lo sepas. De verdad. —Tomo a Julia de las manos y la miro mientras le suplico en silencio que me conceda y respete eso.

Tras unos segundos, ella asiente.

Le abrazo y le doy las gracias por su infinita paciencia conmigo en todos los aspectos. Sé que en el fondo se siente algo decepcionada porque no le revele quién es el padre de mi hijo, pero también sé que no me lo llevará a mal, que comprende mi silencio.

23
Una nueva vida

Julia y yo llevamos dos meses viviendo en Toledo. Han sido unas semanas muy intensas, pero ya estamos instaladas en nuestro nuevo hogar. Es una casa de cuatro habitaciones, dos baños, salón y cocina. Tiene unas vistas preciosas y me encanta la ciudad.

En un mes abriremos una tienda de ropa, estamos pintando y encargando todo el mobiliario. Ambas estamos muy contentas e ilusionadas. Julia me cuida muchísimo. No me deja cargar peso y está pendiente de todo lo que necesito.

Ya me encuentro de cinco meses y medio de gestación y mi estado es evidente. Estoy teniendo un buen embarazo. Parece que mi vida ha tomado un buen rumbo y llevo dos meses en los que soy feliz.

La llegada de mi hijo me ha hecho madurar y ver todo de otra forma. A veces, pienso que es un regalo que llegó cuando menos lo esperaba, pero que vino con la intención de salvarme. Gracias a él soy otra, con más ganas en la vida, ya que tengo a alguien por quién luchar y vivir.

Por otro lado, considero que mi hijo es el fruto de una noche maravillosa, la cual siempre pensé que permanecería en mi memoria como una completa pesadilla. Mi bebé será el constante recuerdo de Bosco Hungría en mi vida, pero no me arrepiento de la decisión que tomé de tenerlo. Tras las pérdidas de mi hermano y de mi madre no podía destruir la vida de mi hijo. Él ha venido para sanarme y que no me encuentre tan sola en la vida.

Julia y yo cada día nos llevamos mejor. La convivencia con ella es muy fácil. Somos familia y amigas. Se empeña en decir que también socias, pero yo sé que es ella quien va a poner todo el dinero para el negocio que vamos a abrir en breve, pero hemos acordado llevarlo entre ambas a partes iguales.

—Esta tarde nos traen los muebles de la habitación del bebé —anuncia Julia con un grito, emocionada, nada más entrar por la puerta.

Yo estoy haciendo la comida y ambas saltamos de alegría y emoción. Julia se ha empeñado en comprarle la habitación completa a mi bebé. Dice que se lo puede permitir y que será su tía y madrina. Está muy ilusionada con su sobrino. Sé que lo va a querer muchísimo.

Desde que sabemos que espero a un niño ambas estamos super contentas. Cuando le dije a Julia que había decidido llamarlo Nico se llevó dos horas llorando. Creo que para las dos será como recuperar una pequeña parte de mi hermano.

—Muchas gracias por todo lo que haces por mí y por mi bebé. —Me toco la barriga y Julia une su mano con la mía.

—Para mí eres como una hermana. Mi única familia en este mundo, y ese bebé mi sobrino. Deja de darme las gracias por cada cosa o lograrás enfadarme.

***

Dos meses después.

Nuestra tienda de ropa y complementos femeninos lleva abierta dos meses y es un gran éxito. Casi toda la ciudad nos conoce, inclusive, tenemos clientas de alrededores. Julia es buenísima con las redes sociales y haces unos directos con las novedades en la tienda maravillosos. Unido a

eso, el estilo y los consejos que le da a las clientas hace que todas se vayan encantadas.

Mi nueva vida en Toledo me fascina. Nunca he estado tan feliz. Tenemos una casa maravillosa, nuestro negocio, que recién comienza, no nos puede ir mejor y gano lo suficiente para mí y para cuando mi bebé llegue a este mundo. Sé que siempre tendremos a Julia y ella tiene un patrimonio muy saneado, pero me gusta ser autosuficiente y no depender de nadie.

Son la siete de la tarde, Julia llega a la tienda y me ve etiquetando la nueva mercancía que acaba de entrar. De inmediato me reprende con la mirada.

—Deberías estar con los pies en alto.

En la última recta del embarazo, solo falta un mes para que mi bebé venga al mundo, me siento muy pesada e hinchada. Todas las tardes se me ponen los pies como botas.

—Me aburro en casa. Y aquí hay cosas que hacer.

—Para eso está Ana.

Ana es una chica que acabamos de contratar. Ella me sustituirá unos meses en la tienda durante mi baja maternal. Julia no puede estar todo el día. Ella se encarga de ir a elegir la mercancía y continúa siendo *influencer* en Instagram. Desde que tenemos la tienda, la cual hemos llamado Cristal, el número de sus seguidores ha aumentado considerablemente.

—Me gusta ayudarle. Pero bueno, ya que estás tú aquí, me marcho —le indico con un gesto de cariño. Recojo mis cosas y me voy a casa paseando.

Antes de llegar, me paro en una de mis pastelerías preferidas y compro dulces. Esta noche viene César a conocer nuestra nueva casa. Trabaja mucho y aún no había podido visitarnos, ha sustituido a Julia en el Afaia y está siempre muy ocupado.

Continuamos teniendo mucho trato con César desde que mi hermano murió. Se preocupa por nosotras y lo consideramos un amigo. Con respecto a mi embarazo, se sorprendió cuando se lo dije, aún recuerdo su rostro blanco, pensó que era una broma. Cuando me preguntó por el padre del bebé solo le dije que pensaba tenerlo sola y respetó mi decisión. Nunca más volvió a insistir.

Cuando Julia llega a casa ya estoy duchada, vestida y tengo la mesa preparada. Ella se ha encargado de recoger la comida en un restaurante que nos gusta mucho. Lo de cocinar no se nos da nada bien a ninguna de las dos.

—Qué mesa más bonita —se queda mirando todos los detalles que he puesto en ella. De inmediato, saca su móvil y le hace una foto—. Vas aprendiendo —me indica con un guiño del ojo.

Estar a su lado ha cambiado mucho mi estilo. Está consiguiendo que me interese por la moda, me arregle el pelo y me maquille para ir a trabajar.

—Tengo a una buena maestra a mi lado.

—¿Puedes posar al lado de la mesa? —me pide dispuesta a hacer una foto.

—De espalda o de lado —le recuerdo. No quiero que mi rostro aparezca en las redes, y menos embarazada.

Julia pone los ojos en blanco, es una batalla que tengo con ella desde hace tiempo. Pero yo sigo en mis trece, mi rostro no será público en ningún perfil de redes sociales.

Poso de lado y me tapo la cara a conciencia con el pelo. Coloco la mano en mi vientre y dejo que me haga la foto.

—Genial. Si es que la cámara te adora —murmura Julia.

Viene hasta mí y me enseña la foto. Me fijo en el bonito salón que tenemos y en la estupenda mesa preparada, yo soy lo de menos, pero dejo que Julia suba la foto al perfil de nuestro negocio y escriba al pie de la foto: Un vestido ideal para recibir a tus invitados.

Toda la ropa que uso es la que vendemos en la tienda. Llevo un vestido de punto largo en tono

marrón chocolate, con escote de pico y botones dorados delante.

Suena el timbre y sabemos que es César, tenemos muchas ganas de verlo. Desde que nos mudamos de Madrid no hemos vuelto a quedar.

24
Nico

Nos fundimos en abrazos y besos con César. Está muy guapo. Ha cambiado de estilo, viste más formal y le sienta bien.

Le enseñamos nuestra nueva casa y le contamos cómo nos va nuestro negocio. Él se alegra por nosotras. Sabe de primera mano lo que ambas hemos sufrido en los últimos meses.

—Me parece mentira que estés embarazada. —Nico posa la mirada en mi abultado vientre. La última vez que lo vimos apenas se me notaba—. ¿Sigues bien? Ya falta poco.

—Un mes. Estoy deseando tenerlo en mis brazos.

—Quiero que ese niño me llame tío. —Me emociono y lo abrazo.

—Por supuesto. Tú y Julia seréis sus tíos favoritos.

Los tres rompemos en carcajadas limpias.

Nos sentamos en la mesa y Julia es la encargada de servir la comida.

—Os veo muy bien, chicas. Estáis más guapas. —César nos halaga y nos admira.

—¿Tú qué tal? ¿Cómo va todo por el Afaia? —pregunta Julia.

—Bosco te envía recuerdos —le dice César a Julia.

Cuando escucho su nombre me atraganto con la comida y empiezo a toser. César me pasar el agua y ambos se centran en mí.

—Estoy bien —les indicó sin recuperar el aliento aún.

—¿Te llevas bien con él? —Julia retoma la conversación cuando me recupero.

—Es un buen jefe. Una persona con la que puedes tratar. Confía en mí, aunque, a menudo, me recuerda que nunca llegaré a superarte.

—Dale recuerdos de mi parte, dile que quizás un día vuelva por el Afaia, pero solo como clienta. —Le hace un guiño y sonríe.

—Se los daré. Se nota que el jefe te quería. Cada vez que me compara contigo lo siento.

Julia le dedica una sonrisa, pero no dice nada más. Mientras, a mí se me ha cortado el apetito.

—Deberíais ir un día por allí —nos anima César.

—En mi estado… Y cuando nazca el bebé, imposible. —No me pienso acercar al círculo de Bosco Hungría nunca más.

—No me cansaré de rogaros más adelante —insiste César.

Pasamos una buena velada juntos, nos ponemos al día de nuestras vidas y César nos hace saber que la próxima vez que venga a visitarnos nos traerá a una chica con la que sale desde hace unos meses. Se le nota feliz e ilusionado.

***

Dos semanas después.

Es domingo por la tarde y Julia y yo estamos descansando en el sofá, vemos una serie juntas. Cuando acaba el capítulo, voy al baño y ella me espera para continuar con la interesante serie que nos vamos a tragar en una sola tarde.

Cuando abro la puerta del baño para regresar al salón, al del final del pasillo, oigo la voz de Julia:

—¡Bosco! No me lo puedo creer. ¿Qué haces tú aquí? Pasa.

Tras escuchar ese nombre y la alegría de Julia, no puedo creer que sea cierto que él esté en nuestra casa. Me quedo parada en el marco de la puerta del baño y continúo escuchando:

—César me dio la dirección. He venido a traerte los documentos de la venta- —La inconfundible voz de Bosco Hungría me paraliza. Mis piernas se convierten en gelatina. Siento que no puedo respirar y comienzo a sudar. De inmediato, voy para mi habitación y me encierro en ella. Maldigo a César y a Bosco a partes iguales.

Escucho que Julia lo hace pasar al salón y tras hablar entre ambos, ella le dice:

—Vivo con mi cuñada. Espera, que te la presento.

Siento los pasos de Julia hasta que llega a la puerta de mi habitación y toca en ella. Yo no respondo, no quiero que él llegue a escuchar mi voz, pero Julia entra y me ve tendida en la cama.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta preocupada. Niego con un gesto de la cabeza. No me salen las palabras—. ¿Quieres que vayamos al hospital? —me ofrece de inmediato.

Yo vuelvo a negar con un gesto y le susurro:

—Necesito estar tumbada en la cama un rato. Se me pasará. Solo es un malestar.

—Ha venido Bosco Hungría por sorpresa —me dice muy feliz—. Quería presentártelo.

—En otra ocasión —murmuro—. No lo dejes solo. Ve a atenderlo. Yo estaré bien —le miento. Desde que he escuchado la voz de Bosco y sé que está en mi casa he sentido unas contracciones que deben ser producto de la impresión.

A duras penas, Julia me deja sola y vuelve al salón.

—Alba está indispuesta. Está embarazada y no se encuentra muy bien. —Oigo que le dice Julia a Bosco, y mis pulsaciones se aceleran a un ritmo preocupante al escuchar que le da esa información.

Se mueven por el salón y posteriormente, mi estado de nerviosismo, me impide continuar con atención la conversación de ellos. Solo rezo para que se vaya pronto y no vuelva nunca más.

No sé cuánto tiempo pasa cuando Julia vuelve a mi habitación.

—Se ha marchado —anuncia. Y yo siento una gran calma y descanso en mi interior al escuchar sus palabras—. Qué lástima que estabas indispuesta. Es un gran tío. No se le ha subido la fama a la cabeza ni nada parecido. Le he pedido una foto con él y la publicaré en mi Instagram, me van a subir mucho los seguidores —me explica con ilusión mientras me mira con atención—. Tienes mala cara, creo que debemos ir al médico.

—No te preocupes —le quito importancia. Espero que una vez que Bosco se ha marchado de mi casa recuperarme—. ¿A qué ha venido? —pregunto para cambiar de tema.

—A traerme los documentos de la venta de mi casa de Madrid.

—¿Te la compró él? —pregunto extrañada.

—Sí. Verás… cuando necesitábamos el dinero para Nico fue a la primera persona a la que acudí, pero no me pudo ayudar. Me explicó que acababa de hacer una gran inversión en un negocio de caballos en el que se estaba embarcando y que a corto plazo no me podía desembolsar ese dinero. Luego, cuando pasó todo lo de Nico y decidí vender mi casa y marcharme de Madrid, me puse en contacto con él. Como bien sabes, no puedo vender la casa de mis padres ni hacer uso del dinero que me dejaron en el banco hasta que cumpla los veintiséis años, dentro de poco. Sin embargo, a Bosco y sus finanzas sí le venía bien invertir. Hicimos un trato. Él invertía en mis sueños, esta casa y nuestro negocio, y yo se lo pagaba todo cuando cumpliese la edad establecida para tener libertad de acceso sobre toda mi herencia.

—Un momento, ¿esta casa es de Bosco? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Bueno… será nuestra dentro de poco. De hecho, me acaba de traer las escrituras de la

venta. Finalmente, hoy hemos llegado a un nuevo trato. Él se quedará con mi casa de Madrid y a cambio esta casa y el negocio aquí en Toledo son míos. Me pareció justo. He firmado —me explica.

De repente, emito un sonoro grito. Es una contracción muy fuerte. Sé que estoy de parto.

—El bebé, ya viene —grito.

Julia me mira con los ojos muy abiertos y por primera vez la siento descolocada, sin saber qué hacer.

Nos trasladamos al hospital de inmediato y mi hijo nace, sano y salvo, por un parto natural en cinco horas.

Cuando recibo a mi bebé en brazos por primera vez, tras haberlo traído al mundo, recorre mi cuerpo la sensación más maravillosa, bonita y especial que jamás hubiese vivido.

Mientras lo miro bien lloro sin parar. Es precioso. Me dicen que es un bebé muy grande. Ha pesado más de tres kilos y medio.

Julia ha estado a mi lado en todo momento. Observo cómo mira a mi pequeño y juntas lloramos de emoción.

—Bienvenido a este mundo, Nico —lo saluda Julia con un beso en su pequeña manita—. Tú mamá y yo vamos a cuidarte y nunca te faltará nada.

25
Dos años después

Le doy un beso a mi pequeño, dormido en su cuna tras un día muy especial, ha cumplido dos años, y me meto en mi cama. Estoy agotada. Le hemos hecho una gran fiesta con los amigos de la guardería en un parque de bolas y todos hemos disfrutado muchísimo.

Nico es mi vida entera. Me absorbe por completo, pero lo amo más que a nada.

Envío un mensaje a Julia y le digo que su sobrino ha caído derrotado nada más llegar a casa. Ella lo adora tanto como yo, y Nico tiene especial predilección por su tía. Ella es como su segunda madre, algo de lo que me siento muy orgullosa. Si un día me ocurriese algo, ella estaría en mi lugar.

Cierro los ojos y pienso en todo lo que ha cambiado mi vida en los dos últimos años. Julia y yo tenemos un negocio que nos va muy bien, tanto que me he podido comprar mi propia casa, no es muy grande, hace poco. Pero suficiente para Nico y para mí. Ella no quería, pero es joven y tiene que rehacer su vida. No podemos estar en su casa, invadiéndola, para siempre. Necesita independencia, privacidad e intimidad.

Toledo es una ciudad tranquila y preciosa en la que somos muy felices. Me gusta mi trabajo, con la tienda de ropa y ayudando a Julia en sus redes, me he vuelto toda una experta en las redes sociales. Ahora visto a la moda, me cuido y asesoro a mis clientas. Me miro al espejo y no siento, como años atrás, que sea un patito feo. He aprendido a valorarme. Me gusto y estoy contenta conmigo misma en todos los aspectos.

Julia y yo nos turnamos para estar en la tienda. Hace dos años que no nos tomamos un descanso ni vamos de vacaciones, hemos trabajado muy duro, pero este verano hemos decidido irnos con Nico de viaje, algo en plan tranquilo con un niño. Un hotel con todo incluido, playa y sol.

Me quedo dormida con la imagen de mi precioso niño de ojos azules y pelo castaño claro soplando las velas. Es guapísimo, muy listo y charlatán. Tengo que admitir que, a pesar de haber heredado mis ojos, se parece mucho a su padre. En ocasiones tengo miedo de que Julia descubra a través del parecido de Nico que es hijo de Bosco Hungría.

Mi pequeño es muy feliz. Entre Julia y yo se lo damos todo. Me ha salido un apasionado del fútbol. Tiene mil pelotas en casa y me sigue pidiendo más. Eso lo lleva en las venas, pero como a la mayoría de los niños les gusta jugar al fútbol, no me preocupa que por esa parte lo puedan relacionar con su verdadero padre.

En algunas ocasiones, pienso que nunca me voy a olvidar de que Bosco Hungría es el padre de mi hijo. Es un hombre tan mediático que no hay día en el que no lo vea. Ya sea en anuncios publicitarios, revistas, algún que otro programa de la televisión, telediario o en los partidos de fútbol. Continúa siendo toda una estrella. También es famoso por todas las mujeres con las que está. Hace poco ha salido publicado que se va a casar este verano. Cuando supe la noticia me dolió, pero ¿qué se puede esperar de un hombre cómo él? Es guapo, rico, famoso, joven… Es normal que esté rifado entre las mujeres, y según la prensa, Tamara Quirán ha sido la mujer que le ha robado el corazón y ha conseguido llevarlo al altar. Ella es modelo y actriz y tiene todo para que un hombre como Bosco se fije en ella. Pese a que me de rabia admitirlo, hacen buena pareja. Los he visto por las redes posar juntos en varios eventos y son maravillosos.

Todos los domingos Julia viene a desayunar a casa, trae porras y Nico es el niño más feliz sobre la tierra cuando le abre la puerta y recoge el enorme paquete que le da su tía.

—Lo siento, mi vida. La tía llega un poco tarde, el tío César me retrasó al llevarlo al tren —se disculpa Julia con Nico en cuanto le abrimos la puerta.

César no se ha perdido ningún cumpleaños de mi hijo. Desde que Nico nació ha venido a verlo con frecuencia junto a su novia. Lleva un par de años con una chica, Jessi. Julia y yo creemos que él está demasiado colado por ella y que no es tan correspondido, pero no le hemos dicho nunca nada.

—¡Qué mayor está ya! —dice Julia mirando a Nico. Se está comiendo él solo las porras con azúcar, sentado en una silla como un niño grande. El desayuno es la única comida del día que le dejo hacerla sentado en la silla, las demás en su trona. Los niños tienen que acostumbrarse a unos hábitos y disciplinas.

—Mi niño se hace grande. —Le revuelvo el pelo a Nico, sintiéndome orgullosa de él. Es un niño modelo, y no por lo guapo, sino por lo bueno, lo simpático, lo charlatán y las ocurrencias que tiene. Aparenta más edad de la que tiene. Es muy maduro.

—Quiero proponerte algo —me plantea Julia. La veo algo nerviosa, como si le costase decírmelo. La miro y espero, con media sonrisa, que dispare lo que sea que le está comiendo la cabeza—. ¿Podemos adelantar las vacaciones con Nico a principios de Junio?

—Pero eso es en dos semanas.

—Sí, lo sé. Es que me han regalado un viaje con varios *influencers* y algunos famosos. Son casi dos semanas por las islas griegas e Italia. Y se ha confirmado que Eduardo irá algunos días.

—Oh, Edu. ¿Al fin te has decidido a darle una oportunidad? —pregunto con interés.

Eduardo Mencía es el actor del momento. Tiene treinta y cinco años, es soltero y casi todas las mujeres de España lo adoran. Ha coincidido con Julia en varios eventos y ha mostrado un claro interés por ella.

—Digamos que estoy abierta al amor, a algo serio y duradero —anuncia con una enorme sonrisa y un brillo especial en sus ojos. Hasta el momento solo ha tenido encuentros sin compromisos con otros hombres.

—Me gusta esa actitud en ti. Ya quiero verte feliz y con alguien que valore la gran mujer que eres.

—Yo también deseo lo mismo para ti.

—Tengo un hijo y debo de ir con más cuidado. Por ahora Nico ocupa todo mi corazón. No necesito a otro hombre en mi vida. Él me lo da todo.

—Alba, tienes veintidós años —me recuerda en actitud regañina—. Eres joven. Desde que te conozco no te he visto enamorada ni ilusionada con ningún hombre. Supongo que aquella noche debió de marcarte, pero no debes tener miedo. Estoy segura de que vas a encontrar a un hombre que te quiera y sea como un padre para Nico. Vales mucho.

—Algún día aparecerá —murmuro sin demasiado entusiasmo.

—Tienes que ponerle más ganas. Tienes que estar abierta al amor, sino no llegará nunca. Es cuestión de actitud. No le pones interés. Pasas de todos los hombres que quieren algo contigo, y normal que se aburran tras tanto insistir.

Sé que Julia desea verme enamorada, pero yo siento que aún no estoy preparada para compartir mi vida, ni mi intimidad, con ningún hombre. Mucho menos a mi hijo.

—Cambiemos la fecha del viaje. Creo que nos merecemos esas vacaciones cuanto antes —le propongo con entusiasmo.

—Gracias, Alba. He pensado en las Islas Canarias, cualquiera. Allí siempre hace calor.

—Me parece estupendo. Nunca me he montado en un avión y creo que a Nico le gustará.

Julia me abraza, me da un beso y me susurra en el oído:

—Te mereces vivir tantas cosas, Alba… Algún día aparecerá el hombre que te recompense por todo lo que aún no has experimentado.

26
Imposible

Levanto a Nico y lo llevo a su último día de guardería antes de marcharnos de vacaciones. Mi pequeño está como loco, pasado mañana nos vamos de viaje. Julia y yo le hemos explicado que nos montaremos en un avión de verdad y que estaremos unos días en un hotel con piscina. A mi hijo le encanta el agua. Estoy deseando que pise la arena de la playa y vea el mar, aún no lo conoce. Estoy segura de que le encantará. Su tía y yo estamos impacientes por llegar a Tenerife y ver todo lo que nuestro pequeño va a disfrutar en el hotel, piscinas naturales y playas casi paradisiacas.

Paso toda la mañana en la tienda dejando los pedidos listos y atendiendo a varias clientas. No me da tiempo ni de comer. Cuando voy a recoger a Nico son casi las tres de la tarde. Una chica nueva, que solo lleva unos días en el centro infantil, me informa de que ya se lo ha llevado su tía. Miro mi teléfono y compruebo que Julia no me ha dicho nada de que vaya a recoger al niño. Pienso que igual me quieren dar una sorpresa. La llamo y no me atiende la llamada, voy para su casa y compruebo que no hay nadie. Miro el reloj y veo que son más de las tres y media de la tarde, no es hora para estar en el parque con Nico. La llamo de nuevo y al cuarto tono me coge la llamada.

—Perdona, Alba. Me había quedado sin batería y no he puesto el móvil a cargar hasta que he entrado en el coche.

—¿Dónde estáis? —pregunto mientras camino por la calle en dirección a mi casa.

—Voy saliendo de Madrid, de una reunión que tenía esta mañana. Se ha alargado más de lo esperado.

—¿De Madrid? —pregunto confusa—. ¿Qué haces en Madrid con Nico? —le reprocho asustada.

—¿Nico? ¿Por qué iba yo a traer a Nico? Era una reunión de trabajo importante.

—¿El niño no está contigo? —pregunto llevándome la mano al pecho, parándome en medio de la carretera por la que cruzo.

—No —responde con tranquilidad.

Un coche me pita y cruzo hasta la acera.

—Un momento. Fui a recogerlo a la guardería hace media hora y la chica nueva me dijo que lo recogió su tía —le explico algo acelerada mientras me cuelgo el bolso, se me ha caído al suelo, y cojo camino para el centro infantil de nuevo.

—Se habrá equivocado de niño —me dice Julia para tranquilizarme.

—Bien, voy a volver a por Nico —le digo un poco más calmada. Estoy segura de que se ha tratado de una confusión.

Cuando llego a la guardería, abre la puerta la directora, una señora a la que conozco bien ya que mi pequeño va a ese centro desde que tenía cinco meses. Además, Pilar es una buena clienta de nuestro negocio. Voy algo nerviosa y le reprocho el error que ha tenido la chica nueva y el susto que me he llevado.

—Alba, Margarita dice que a Nico lo recogió su tía sobre la una del mediodía. El niño no está en el centro —me informa la directora segura de ello.

—¡¿Cómo?! No está con Julia. Acabo de hablar con ella —grito, desesperada. La directora y la chica se me quedan mirando—. No tiene otra tía, ni más familia que lo recoja. Solo tengo

autorizada a Julia para que lo haga —les recuerdo en tono acusatorio—. ¿Dónde está mi hijo? —Entro en pánico y exijo una explicación.

Margarita y Pilar me hacen pasar a su despacho, antes comprobamos que solo quedan cuatro niños en la guardería y ninguno de ellos es Nico.

—Margarita, ¿a quién le has entregado al niño? —pregunta la directora—. Yo estaba en el banco a esa hora —se excusa ante mí.

—Me dijo que era su tía —argumenta la chica algo nerviosa.

—¿Y se lo das a la primera que te dice eso? —le reprocho de malas maneras, alterada. Fuera de sí.

—No. La mujer era físicamente como la que lo deja o recoge cuando usted no lo hace. Alta, delgada, con el pelo largo muy bien peinado y bien vestida, con gafas de sol y le traía una pelota a Nico de regalo. El niño se fue con ella y no vi señales de que no la conociese.

—La descripción coincide con Julia —afirma la directora—. Alba, ¿estás segura de que no recogió ella al niño? Igual es un malentendido.

—¡No! —grito. Cojo el móvil y llamo de inmediato a Julia. No sé qué está pasando, pero esto no me gusta nada—. Julia, estoy con la directora del centro de Nico y con la chica que te dio a Nico, ella afirma que tú lo has recogido hoy de la guardería a la una del mediodía.

—¿Dónde está el niño, Alba? —pregunta con preocupación.

—Es lo que tratamos de averiguar —dice la directora de fondo. Tengo puesto el manos libres del teléfono.

—Nico no está conmigo —enfatiza Julia—. Salí de Toledo a las diez de la mañana y estoy de vuelta. Voy en mi coche y os aseguro que me encuentro sola. No veo a Nico desde ayer. ¿Qué está pasando?

—El niño no aparece —murmuro presa del pánico, sin saber qué hacer.

—Llamad a la policía, ya —nos ordena Julia—. Estoy ahí en menos de media hora.

—Es imposible que no sepáis dónde está mi hijo. ¿A quién se lo habéis dado? —le reprocho llorando a la directora y a la chica nueva, sentada a mi lado seria y retorciéndose las manos.

—Margarita afirma que se lo entregó a Julia. Creo que lo mejor será que llamemos a la policía —determina la directora.

No me muevo del centro infantil en el que debería estar mi hijo. La policía se presenta allí de inmediato y comienza a hacer preguntas. Mi mente desconecta de todo, solo quiero encontrar a mi pequeño. Me angustia no saber dónde ni con quién estará.

—Vamos a esperar a que llegue la tía del niño —dice la policía. De inmediato, puedo leer en los ojos de todos que sospechan de Julia.

—No pierdan el tiempo pensando que Julia haya tenido algo que ver con la desaparición de mi hijo. Es como una madre para él —la defiendo desgarrándome la garganta.

—Esperemos que llegue y comprobaremos dónde ha estado —dice un policía mientras anota cosas en una libreta.

Yo los veo parados y siento la impotencia más grande del mundo. Deberían estar buscando a mi hijo. Nico no aparece y yo me quiero morir.

Cuando Julia llega nos abrazamos, desesperadas, llorando, por la desaparición de Nico.

La policía la interroga, Julia responde a todo tranquila y con datos concretos. Posteriormente nos preguntan por el padre del niño y les digo que soy madre soltera por decisión propia. Nico lleva mis apellidos. También nos preguntan por enemistades o amenazas, pero tanto Julia como yo negamos con un gesto. Nuestra vida en Toledo es tranquila y nos llevamos bien con todo el mundo.

Antes de marcharse el cuerpo de seguridad nos indica que van a abrir una investigación y nos aconsejan que nos marchemos a casa. Cualquier cosa que averigüen nos la notificaran de inmediato.

Sin saber qué más podamos hacer ni dónde ir, sintiendo una gran impotencia, Julia y yo nos vamos a mi casa. Rotas de dolor. Yo quiero salir a buscar a mi hijo a la calle, o donde sea, pero Julia no me deja hacerlo. Tenemos que esperar noticias de la policía, que se está encargando de averiguar quién recogió a Nico de la guardería y dónde se puede encontrar en estos momentos.

En mi mente solo existe una palabra: imposible. Es imposible que alguien quiera hacerle daño a mi niño. ¿Quién se lo ha llevado? ¿Por qué? ¿Con qué fin?

27
La verdad sale a la luz

Son las siete de la tarde y estoy que me subo por las paredes. Han pasado horas y no sabemos nada de Nico. Estoy desesperada, solo lloro y la impotencia me consume por dentro. Julia está un poco más calmada. Ha hecho varias llamadas desde que llegamos a casa, pero no ha conseguido información alguna.

La directora del centro y Margarita me han llamado, preocupadas, por si teníamos noticias del niño, pero nada.

Hace media hora, la policía me ha indicado que no tenga el teléfono ocupado mucho tiempo, por si las personas que se llevaron a Nico se ponen en contacto conmigo.

No quiero pensar que se hayan llevado a mi hijo para hacerle algo malo. No tengo enemigos, ¿qué pueden querer? Nico es precioso, pero no se roba a un niño por ser guapo.

Sobre las ocho de la tarde mi teléfono suena. Es un número desconocido, dudo en cogerlo, pero Julia me obliga a hacerlo. Antes de descolgar la llamada entrante me seco las lágrimas y trato de aclararme la voz.

—¿Diga? —pronuncio en un leve susurro. Esperanzada en que sean buenas noticias sobre Nico.

—Alba Serrano. Tenemos a su hijo. Queremos un medio millón de euros por él. Tiene veinticuatro horas. Nos volveremos a poner en contacto con usted para darle más indicaciones —anuncia una voz distorsionada.

—Nico —grito desgarrándome la garganta cuando lo escucho de fondo. Es mi pequeño. Lo tienen.

—Será mejor que no intervenga la policía —me advierten. Y cortan la comunicación.

La llamada estaba en manos libres, Julia también la ha escuchado y ambas nos quedamos de piedra cuando se corta de pronto. No esperábamos algo así.

Me encuentro en el sofá, incapaz de moverme de él. Estoy muerta de miedo. No puedo pensar. No sé qué hacer. ¿Cómo está pasando esto? Nico es un niño normal, llevamos una vida normal.

—Hay que avisar a la policía —dice Julia de inmediato.

—¿No los has escuchado? —le grito con pánico.

—¿Qué quieres, que tratemos con ellos? Hay que poner esto en manos de expertos.

—Tienen a Nico —murmuro llorando.

—Lo he escuchado, pero también piden un cuantioso rescate por él. Esto no es un juego —me advierte con preocupación—. La policía sabrá cómo actuar, Alba. —Julia intenta hacerme entrar en razón.

—No tengo ese dinero. ¿Por qué él, mi niño? ¿Quiénes son? —grito, desesperada. Solo de pensar que Nico se encuentre con unos extraños y pueda estar asustado me rompe el corazón.

Julia se queda pensativa, yo trato de averiguar qué pasa por su mente, pero no tengo la suficiente lucidez como para razonar con claridad.

—Llama a la policía —me indica de nuevo, convencida de que es lo mejor.

De repente, el timbre de casa suena. Julia va a abrir, yo miro esperanzada en que pueda ser Nico, pero son tres policías.

Julia los invita a entrar y, sin mi permiso, los pone al tanto de la llamada que acabo de recibir.

Ellos no se sorprenden. ¿Me tienen el teléfono pinchado?

Nos interrogan a fondo a ambas. Quieren saber todo sobre el círculo de personas que nos rodean. Respondemos de inmediato, no son muchas.

Cuando los policías se alejan, Julia se acerca a mí y me pide que la acompañe al baño. Su actitud me resulta extraña, pero lo hago. Una vez a solas, se coloca tras la puerta, me mira seria y me dice:

—Dime quién es el padre de Nico ahora mismo —es una exigencia. Yo niego con un gesto de la cabeza de forma automática—. ¡Joder! Te aseguro que él sí tendrá ese dinero. Es la vida de Nico la que está en juego —argumenta enfadada.

—No —contesto de frente.

—Solo nos han dado veinticuatro horas —me recuerda de forma tajante— y no tenemos a nuestra disposición esa cantidad de dinero en tan poco tiempo. Su padre es nuestra única vía de salida.

Yo me quedo pensativa. Una gran angustia me sobrecoge. Haría cualquier cosa por mi hijo. No quiero ponerlo en peligro ni perderlo. Sé que una vez que revele el nombre de su padre no habrá marcha atrás y todo se complicará.

—¡¿Quién es ese hombre, Alba?! —Julia está perdiendo la paciencia.

Yo la miro en silencio durante unos minutos, me debato por dentro en revelar su nombre. Sé que él sí tendrá el dinero que piden por mi pequeño, que puede ser su salvación, y no lo pienso más.

—Bosco. Bosco Hungría —murmuro abatida, incapaz de mirarla a los ojos.

—¡¿Qué?! ¿Bosco? ¿Bosco fue el hombre con el que pasaste esa noche? —me pregunta Julia con los ojos muy abiertos. Perpleja—. ¡No lo puedo creer! —Se lleva las manos a la cabeza y se pasea delante de mí sin decir nada.

Yo la miro con culpa, por haberle ocultado aquello durante tanto tiempo, pero tengo mis razones.

—No tenemos tiempo, pero ya hablaremos de esto —me advierte. Puedo notar lo dolida que está. Abre la puerta y se marcha dejándome estupefacta.

Permanezco un rato más en el baño, incapaz de salir de allí. Me quiero morir.

Al cabo de un rato, vuelvo al salón. Busco a Julia, pero no está por toda la casa. Cuando voy a llamarla, la policía me indica que no puedo utilizar mi teléfono.

Pasadas las doce de la noche sigo sin noticas de Julia. No quiero moverme de mi casa, no sé dónde está o si se ha marchado molesta conmigo.

De repente, me doy cuenta de que la puerta de entrada se abre, ni he escuchado que tocaban en ella, y veo llegar a Julia. Detrás de ella aparece Bosco Hungría.

28
Mi hijo

Julia me mira seria, y yo soy incapaz de levantarme del sofá cuando la veo en compañía de Bosco Hungría. Él clava su mirada en la mía, desafiante y serio, y se encamina hacia los policías que permanecen en mi salón. Escucho que Julia les indica:

—Es el padre del niño.

Puedo ver los ojos de los policías. Lo han reconocido nada más poner un pie en mi casa. ¿Quién no conoce a Bosco Hungría?

Yo me tapo lo ojos con las manos y en ese instante quiero desaparecer de la faz de la tierra.

Mientras Bosco se queda hablando con la policía, Julia viene hasta mí. Se sienta a mi lado, me coge las manos y me susurra:

—Todo va a salir bien.

Sé que trata de infundirme tranquilidad, pero nada más lejos de eso.

—¿Por qué lo has hecho? —le reprocho en un susurro, desesperada y entre lágrimas.

—Porque haría cualquier cosa por Nico. Bosco es alguien poderoso y teniéndolo a nuestro lado todo será más fácil. Y tiene el dinero. En estos momentos solo importa Nico. El fin justifica los medios.

La miro y veo en sus ojos la misma preocupación y desesperación que deben de existir en los míos. Julia me abraza y yo me refugio en ella sintiéndome muy perdida en aquellos instantes.

La voz de Bosco resuena en mi salón. Habla con los policías y dos hombres que han llegado detrás de él y de Julia.

Permanezco sentada en el sofá, junto a Julia. Soy incapaz de ir hasta Bosco. Cuando veo que es él quién se acerca a mí, todo mi cuerpo tiembla de forma incontrolada. Enfrentar sus ojos de reproches y su gesto serio hacen que me muera de miedo. Como bien ha dicho Julia momentos antes, es un hombre muy poderoso y no sé qué esperar de él ahora que sabe que Nico es su hijo.

Cuando lo tengo frente a frente, no sé ni cómo he conseguido estar de pie, él me mira en silencio, esperando una explicación por parte mía.

—Gracias por venir. —Es lo único que se me ocurre decirle.

Él asiente, en silencio, como si mis palabras fuesen insuficientes y espera más.

De repente, un policía nos interrumpe y me comunica:

—El señor Hungría no tiene problema alguno en poner el dinero. Si no cambia nada, cuando la vuelvan a llamar diga que ya lo ha reunido. Es lo más rápido ya que no tenemos ninguna pista sobre quién pueda habérselo llevado. Una vez producido el intercambio, y el niño a salvo, iremos a por ellos.

—¿Estás de acuerdo? —me pregunta Julia. En ese preciso instante me doy cuenta de que están pidiendo mi aprobación. Soy la madre del niño.

—Sí, sí —pronuncio de inmediato. Yo solo quiero a Nico a mi lado cuanto antes.

El policía desaparece y Julia me deja a solas con Bosco. Trato de agarrarle la mano con fuerza para que no se vaya, pero no lo consigo.

Cuando me veo sola e indefensa delante de Bosco, que me mira serio, con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón, solo se me ocurre decirle:

—Te devolveré el dinero.

—No te preocupes por eso ahora. Es mi hijo, ¿no? —me pregunta en tono de reproche.

—Sí, es tu hijo —respondo de inmediato.

Él solo asiente. Se queda callado por unos segundos, sin dejar de mirarme. Está mucho más guapo de lo que lo recordaba.

—Ya tendremos tiempo de hablar tú y yo, Cristal. —Cuando usa ese nombre todo mi cuerpo se tensa.

El teléfono de Bosco suena y agradezco la interrupción, que él se aleje un poco de mí para atender la llamada y me dé margen para respirar. Su sola presencia me cohíbe. Es un hombre imponente. Su cuerpo y su rostro emanan fuerza y seguridad en sí mismo. Lo observo mientras habla por teléfono, de espaldas a mí, y no puedo evitar admirarlo. Cómo se mueve y gesticula con la mano, y el sonido grave de su voz me hipnotizan.

Parecerá una tontería, pero desde que Bosco ha aparecido estoy más tranquila. Sé que tengo una conversación pendiente con él, que seguramente me haga reproches, pero en estos momentos mi única preocupación es Nico.

Pasamos toda la noche en casa, Bosco no se marcha. Julia ha hecho café en un par de ocasiones y estamos a la espera de que se vuelvan a poner en contacto con conmigo para concretar la hora del rescate de mi hijo.

Bosco no se ha vuelto a acercar a mí. Ha pasado casi todo el tiempo pegado al teléfono o hablando con la policía. Parece él quién da las órdenes. No alcanzo a escuchar qué habla con los policías, solo observo que estos asienten a todo lo que él les dice.

El corazón se me parte en dos cuando veo que Bosco se acerca a una foto que hay de Nico en la estantería. La coge entre sus manos y se queda mirándola con atención.

Comienzo a respirar con dificultad cuando se dirige hacia mí con la foto en la mano. Se sienta a mi lado y murmura:

—Tiene tus mismos ojos.

—Es un niño maravilloso. Inteligente, muy bueno y guapísimo.

—Algo ha tenido que sacar del padre —murmura dejando entrever media sonrisa. Lo miro extrañada. ¿Está bromeando? —¿Puedo ver la habitación de mi hijo? —Cuando escucho que lo llama *su hijo* algo dentro de mí se paraliza, al mismo tiempo que lo miro con ternura.

—Sí, ven. —Me levanto y él me sigue. Abro la habitación de Nico y dejo que pase.

Bosco entra en silencio. Mira su cuna, sus estanterías llenas de juguetes y algunas fotos colgadas en la pared de recién nacido. Se para ante sus cosas y coge una pelota de mi hijo en su mano.

—Le gusta el fútbol —afirma con media sonrisa, la de un padre orgulloso.

—Sí. Tiene mil pelotas. Les encantan, para él nunca son suficientes, siempre me pide una nueva.

—¿Es un niño sano y feliz? —se interesa mirándome a los ojos.

—Sí. Vivo por y para él. Nico es mi vida entera. Si le sucediese algo… —Me rompo y comienzo a llorar de forma incontrolada.

Bosco se acerca más a mí y me toca el brazo. Sentir su contacto hace que se me erice la piel. Nos miramos a los ojos en silencio y le agradezco que no me llene de reproches en estos difíciles momentos.

De repente, nos interrumpen. Un hombre llama señor a Bosco y le pide que lo acompañe.

Me quedo sola en la habitación de mi hijo y rompo a llorar de nuevo mirando todas sus cosas. Solo deseo que Nico vuelva sano y salvo a mis brazos.

29
Como dos gotas de agua

Siento que me tocan el hombro con cuidado. Me he quedado dormida en el salón. Me sobresalto y veo a Julia a mi lado.

—Van a ir a por Nico —anuncia. Yo sacudo la cabeza y no sé de qué me habla.

—¿Han llamado? —pregunto de forma abrupta. Incorporándome de golpe.

—Bosco ha recibido una llamada en la que le indican el paradero de Nico, ha ido hasta allí con su equipo de seguridad.

La mirada de Julia es triste, siento que me oculta algo.

—¿Cómo? Yo quiero ir. Soy su madre. ¿Por qué no me has avisado? —le reprocho—. Mi hijo debe de estar asustado. Solo querrá ver a su madre —le explico como si ella fuese una extraña. Al cabo de unos minutos soy consciente de que debe de sentir casi el mismo dolor que yo por Nico. Me consta todo lo que Julia lo quiere.

—Estoy segura de que Bosco traerá a Nico sano y salvo. —Ma abraza y me da un beso.

Me refugio en ella y rezo para que eso suceda pronto.

Paso más de tres horas interminables dando vueltas por mi casa, nerviosa, llorando, sin saber nada de Nico. Julia no se despega de mi lado. Estamos solas. Intento sacarle más información sobre la llamada que recibió Bosco, pero me responde con evasivas.

De repente, la puerta de mi casa se abre. Me asusto ya que solo yo y Julia tenemos las llaves, pero mi preocupación desaparece al instante cuando veo a mi hijo en los brazos de Bosco.

Corro hasta mi pequeño, se lo arranco a Bosco de sus brazos y lo tomo en los míos. Lo abrazo y le doy millones de beso. Luego lo palpo de forma inconsciente y le pregunto:

—¿Estás bien, mi vida? —Mi niño no está asustado, y eso me reconforta. Nico asiente a mi pregunta y se abraza a mi cuello. Aspiro su aroma y lo abrazo con fuerza. Por fin lo tengo junto a mí.

—Está perfecto. Antes de venir hemos pasado por un hospital para que certificasen que está bien en todos los sentidos —dice Bosco, que permanece a unos centímetros de mí.

—¿Dónde estaba? ¿Quién lo tenía? —pregunto con ganas de matar a la persona que se llevó a mi hijo.

—Nico ha estado de excursión, ¿verdad, campeón? Solo que se ha perdido y no sabía muy bien cómo volver a casa. Pero se lo ha pasado muy bien —dice Bosco mientras me indica con un gesto que no hablemos de ello delante del niño.

—Mami, él me ha comprado un balón —murmura mi pequeño con ilusión. Me fijo que Bosco lo lleva en la mano—. Y también le gusta mucho jugar al fútbol y tiene muchos balones. Tita Julia —dice de repente mi niño.

Me giro y le entrego a mi pequeño. El rostro de Julia está bañado en lágrimas. Observo cómo ambos se funden en un abrazo y mi niño le da besos. Es una imagen que me hace llorar.

Cojo de nuevo a Nico en mis brazos y me siento con él en el sofá. No me importa qué ha sucedido, ya habrá tiempo de saber todo. En estos momentos solo deseo estar con mi pequeño.

—Mami, quiero los dibujitos —me pide Nico.

De inmediato, Julia le trae su Tablet y se los pone. Les encantan y se entretiene mucho, casi siempre les gustan los mismos. Cuando terminan me los vuelve a pedir de nuevo.

Bosco toma asiento en una silla y no nos pierde de vista. Nos miramos y le digo:

—Gracias. Gracias por traérmelo de nuevo.

Él solo asiente a mi agradecimiento con una sonrisa. De repente, reparo que en mi casa está él y dos hombres más, que permanecen al lado de la puerta de entrada quietos, con los brazos cruzados. No son policías.

Bosco se levanta e intercambia unas palabras con ellos. Mientras, le pregunto a Julia:

—¿Quiénes son?

—La seguridad privada de Bosco.

—¿Qué hacen aquí? —Julia se encoje de hombros.

De repente, mi hijo suelta la Tablet, sale del confort de mis brazos que lo rodean, se dirige a Bosco, llama su atención con su manita sobre su pierna y le dice:

—Quiero jugar a chutar.

Bosco no lo entiende muy bien, pero compruebo que su paciencia es infinita cuando se agacha y trata de que Nico le explique qué es lo que quiere. Me enternece tanto verlos juntos… Es una sensación de ahogo y felicidad a la misma vez en el pecho.

—Son cómo dos gotas de agua. No sé cómo no me di cuenta antes de que su padre solo podría ser Bosco Hungría —me susurra Julia en el oído, sobresaltándome.

—No podía decírtelo —le digo a Julia con gran pena.

—Ya me explicarás por qué.

Tomo una gran bocanada de aire y la expulso. Tengo a Nico sano y salvo conmigo, pero soy consciente de que mi vida se ha complicado. Ahora Bosco sabe que tiene un hijo. Lo miro bien y siento miedo. Es un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que desea, y eso me aterra.

Los dos hombres con los que hablaba Bosco salen de mi casa, y él se pone a jugar con mi hijo al fútbol. La imagen de Bosco Hungría, el mejor jugador del país y casi del mundo, en mi pequeño salón pasándole la pelota a mi hijo me abruma.

Julia y yo estallamos en carcajadas cuando Nico tiene la osadía de decirle a Bosco cómo tiene que chutarle.

—Perdón, perdón. Gracias por corregirme —le indica Bosco con una enorme sonrisa.

Nico le mete un gol. Lo celebra como está acostumbrado, se tira al suelo, y luego Bosco lo coge en brazos y da vueltas con él.

Julia y yo miramos a padre e hijo embobadas.

De repente, Julia se disculpa y se despide de mí. Pone como excusa que tiene que arreglar algo urgente, pero yo la conozco y sé que nos quiere dejar solos. Intento que no se vaya, pero no lo consigo.

Cuando me quedo a solas en mi casa con Nico y Bosco no sé qué hacer ni cómo comportarme. Ellos continúan jugando y yo me limito a disfrutar de ambos mientras los observo en silencio. Tengo que darle la razón a Julia, así juntos, son cómo dos gotas de agua. Se parecen demasiado.

30
Explicaciones

Nico me pide su chupo y no tengo más remedio que dárselo. Estoy intentado que lo deje, pero en estos momentos soy incapaz de negarle nada a mi hijo. Lo coge con ganas, se acurruca en mi pecho y sé que le quedan dos segundos para quedarse dormido en mis brazos. Yo disfruto de ese momento, sintiéndome la mujer más feliz de la tierra. He pasado tanto miedo… Llegué a pensar que no lo vería más.

Bosco está cerca de mí. Se mantiene a una distancia prudente, pero no se marcha de mi casa, algo que me pone nerviosa. Nico se encuentra bien y está conmigo. Le he agradecido que haya intervenido, se podría haber marchado, pero sigue a nuestro lado y eso me tiene intranquila. Nos observa en silencio con una mirada cálida y tierna, que hace que todo dentro de mí todo se revolucione. Ciertos sentimientos se despiertan y siento un gran nudo en el estómago. Una sensación de miedo y vértigo me desconcierta.

—¿Puedo llevarlo a su cuna? —me pregunta Bosco cuando llevo con Nico media hora dormido en mis brazos.

Me quedo pensativa ante su inesperada petición y termino aceptando.

Cuando las manos de Bosco rozan mi cuerpo para coger a Nico en sus brazos una corriente eléctrica recorre todo mi ser. Puedo sentir su olor. Su presencia tan cercana me nubla todos los sentidos. Nos miramos por un instante a los ojos y vuelven a mi mente los recuerdos de aquella noche a su lado.

Él se lleva a Nico y tarda un poco en volver, ese margen de tiempo me viene muy bien para recuperarme del efecto Bosco Hungría.

Yo continúo sentada en el sofá de mi casa, cuando lo veo salir de la habitación de mi hijo me retuerzo las manos. Bosco se dirige a hacia mí, se sitúa enfrente, sin llegar a tomar asiento y, con las manos metidas en el pantalón negro de chándal, me mira en silencio.

—Ahora sí, tú y yo tenemos que hablar —murmura, serio.

—¿Quién tenía a Nico y por qué se lo llevaron? —me apresuro a preguntar. Ahora que mi hijo está dormido, es lo único que necesito hablar con Bosco.

Él chasquea la lengua, se mueve un poco ante mi atenta mirada, y deduzco que no era ese el tema de conversación que tenía en mente.

—Tenemos mucho de qué hablar —puntualiza con un gesto de su rostro. Yo solo asiento a sus palabras.

Bosco continúa paseándose delante de mí en silencio, algo que me pone nerviosa.

—¿Vas a contármelo? —le exijo.

—No va a ser fácil para ti —anuncia, y logra que se me estremezca todo el cuerpo.

—¿Qué pasa con Nico? —pregunto muerta de miedo.

—Él está bien, ya te lo dije.

—Por favor, deja de dar rodeos y dime de una vez quién lo secuestró y cómo diste con el paradero de mi hijo antes que la policía.

—Lo secuestró la novia de César, Jessi, luego él se vio envuelto en ello —anuncia de golpe.

—¡¿Qué?! —pregunto sin poder creerlo—. César… No, él… —No lo puedo creer.

—Tenían graves problemas de dinero. Se han metido en el mundo de las apuestas y debían una enorme cantidad de dinero.

—Pero… ¿por qué Nico? César mejor que nadie sabe que yo no manejo ese dineral —le indico abrumada.

—Todo está relacionado con nosotros y esa noche que pasamos juntos. Y el fruto de ello —añade.

—No. Jamás le conté a nadie que fuiste tú, ni siquiera a Julia. Eso es imposible —me rebelo, me pongo en pie y lo enfrento con valentía.

—Ataron cabos —dice serio y seguro de ello.

Me quedo pensativa y no logro saber cómo. César no podía tener ni un solo indicio.

—No lo entiendo. Es imposible —le digo alzando un poco la voz.

Bosco toma asiento y ahora soy yo la que está frente a él en pie, esperando una explicación.

—La novia de César también trabaja en el Afaia, solo la conozco de vista, no tengo trato con ella —aclara—. Ella escuchó una conversación entre los jugadores que organizaron tu sorpresa en el día de mi cumpleaños, aquella noche. Se lo contó a César y entre ambos llegaron a la conclusión de que eras tú. Tenían el dinero asegurado y la certeza de que tú no dudarías en ponerte en contacto con el padre del niño para pagar el rescate.

—¡No lo puedo creer! César secuestrando a mi hijo—lamento—. Nico lo llamaba tío —. Me llevo las manos a la cabeza. Me siento traicionada y dolida en lo más profundo de mi ser.

—En un principio ella actuó sola —me explica Bosco—. Se informó de vuestros movimientos y esperó la ocasión perfecta. Se caracterizó como Julia para confundir a la chica de la guardería. Cuando el niño comenzó a llorar y a llamar a su madre se desesperó y le pidió ayuda a César. Él se presentó en su casa y se encontró con todo. Según me acaba de comunicar mi abogado, ella ha declarado que la gente a la que le debían dinero la amenazaron con matar a César y actuó de forma desesperada.

—¿Y César?

—Se puso en contacto conmigo en cuanto se encontró con todo. No quería meter a la policía en esto, pero esa mujer tiene que recibir su merecido. Lo único que le tengo que agradecer es que trató bien a mi hijo y el niño, al conocerlo, no se asustó mucho al estar lejos de su madre por tantas horas.

—No lo puedo creer. —Me llevo las manos a la cabeza, trato de pensar.

—Yo también confiaba en él. En estos momentos mi equipo financiero revisa las cuentas del Afaia, y no creo que salga muy limpio —me comunica muy seguro.

Me tapo los ojos, decepcionada con César, y con la vida, que no para de darme palos.

—Todo esto es increíble —lamento. Me siento a su lado porque mis piernas no soportan estar más de pie—. Nunca me gustó la novia de César. ¿Qué va a pasar con ambos?

—Ella está detenida y acusada de secuestro. César está libre, no hay cargos sobre él, al menos hasta que mi equipo compruebe que no ha metido la mano en las finanzas de mi negocio para pagar parte de sus deudas. A lo mínimo que encuentre iré a por él —sentencia sin piedad.

Siento pena por César, no debería sentirla, pero era alguien importante en nuestras vidas y lo queríamos.

—Gracias por todo. Por no dudar en poner el dinero en cuanto Julia te contó todo y por traerme a mi hijo sano y salvo. Siempre estaré en deuda contigo.

Bosco me mira en silencio, tan solo he apreciado un leve asentimiento de su cabeza.

—Trataron bien a Nico, estuvo cuidado en todo momento y al conocer a César, no notó una separación radical con su madre. En el trayecto aquí con él no me he separado de su lado, he apreciado que es un niño muy sociable y que habla mucho para su edad.

—Nico es maravilloso en todos los sentidos.

—Y tú me has privado de esa maravilla durante dos años —me acusa, serio y distante—. ¿Por qué? —formula la pregunta con dolor.

Lo miro y aparece un nudo en mi estómago, sé que lo que viene no es nada fácil. Bosco Hungría, en sí, no lo es y no puedo esperar que se marche de rositas y no volvamos a saber nada más de él. Un sentimiento de angustia se apodera de mi pecho y me preparo para una buena tormenta.

31
¿Por qué?

—¿Por qué me has privado de mi hijo durante tanto tiempo? ¿Por qué te marchaste hace dos años sin decir nada? ¿Por qué me mentiste sobre tu nombre? ¿Por qué no saliste el día que estuve en casa de Julia? Estuve tan cerca…, sin embargo, tú me querías bien lejos de mi hijo, ¿por qué? Tenía derecho a saberlo.

Me impactan todas sus preguntas y acusaciones de golpe. No las esperaba. Tomo aire y me dispongo a contestarle, en el fondo sé que se merece una explicación, y más después de cómo se ha portado hasta el momento.

—Porque fue solo una noche. Yo cometí el error de quedarme embarazada, era responsabilidad mía. Solo mía. Decidí tenerlo y ser madre soltera —le espeto alterada.

Me quedo en silencio y él me mira, esperando más explicaciones.

—¿Solo vas a decir eso? —pregunta, enfadado.

—¿Qué quieres que te diga? —Lo miro desafiante.

—¿Esas palabras resumen todo? —Contraataca.

—Para mí sí —le digo de frente, con la cabeza alta. Sin remordimiento alguno.

—Creo que es obvio que para mí no. —Me mira desafiante y no sé qué esperar. Se queda en silencio y consigue ponerme más nerviosa de lo que estoy.

—Nico es mi hijo, nunca te voy a pedir responsabilidades ni nada parecido —murmuro.

Tras mis palabras los ojos de Bosco brillan de furia. Respira con fuerza por la nariz, se remueve incómodo por mi pequeño salón y creo que medita por dónde atacar. Yo lo espero acobardada, no por mí, sino por las consecuencias que puede tener sobre Nico lo que sea que trame su mente.

—Me queda claro que no quieres mi dinero, pero eso lo supe desde aquella noche. Me sugeriste como cena una hamburguesa de McDonal´s —me recuerda, y yo lo miro asombrada de que no lo haya olvidado—. No eras, ni has sido como las demás —me echa en cara—. Pero de nada vale hablar del pasado —zanja, molesto—. La realidad es que tengo un hijo y quiero ejercer de padre con él. Tengo derecho —deja claro.

Sus últimas palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría. No estoy preparada para que Bosco Hungría sea el padre de mi hijo, ni todo el cambio que ello supondrá en la vida de Nico.

—Podrás verlo cuando quieras —digo de inmediato, para tratar de aplacarlo. Por el momento creo que es lo mejor.

—Quiero que me reconozca como su padre y que lleve mi apellido —me exige de forma tajante.

—Iremos poco a poco. Nico es muy pequeño —intento que lo entienda.

—Me he perdido dos años de su vida. Desde este instante, su padre no estará ausente nunca más. —Se hace un incómodo silencio entre nosotros—. No trates de huir más de mí porque os encontraré —me advierte—. Ahora tengo que marcharme, pero volveré pronto. Este es mi número de teléfono —Lo apunta en un papel que hay encima de la mesa—, el tuyo ya está grabado en mi agenda en la parte de favoritos. Cualquier cosa que le pase a mi hijo quiero que me lo digas. Tener comunicación contigo para saber cómo ha pasado la noche o si ha comido o jugado durante el día.

—Está bien. —Accedo.

—Nos volveremos a ver pronto.

Se da media vuelta, abre la puerta y se marcha. Yo me tumbo en el sofá y me tapo la cabeza. Será muy difícil tenerlo cerca. Nuestras vidas son muy diferentes y no es un hombre fácil, por el contrario, no soy una mujer que me deje dominar ni intimidar. Me ha cogido con las defensas bajas por lo del secuestro de Nico, pero la próxima vez que nos volvamos a ver descubrirá que la Alba Serrano que soy ahora no tiene nada que ver con la mujer de la noche X.

Antes de almorzar Julia llama al timbre y cuando le abro la puerta la veo cargada con bolsas, alza estas, y me indica que trae la comida. Nico sigue dormido y yo no me he dado cuenta de la hora que es. Desde que Bosco se marchó solo hago más pensar y pensar.

Cuando voy a cerrar la puerta, Julia ya ha pasado y está en la cocina deshaciendo las bolsas, observo a dos hombres al final del pasillo. Visten de oscuro, son altos y fuertes. Cierro de golpe la puerta, asustada, y voy en busca de Julia.

—Esos hombres… —Le hago un gesto con la mano—. Son muy raros, no viven aquí —balbuceo, muerta de miedo.

—Es la seguridad de Bosco, tranquila —me indica Julia.

—¿Cómo? Él se marchó hace horas.

—Sí, lo sé. Antes de hacerlo se pasó por mi casa y me dijo que te explicase algunas cosas que tú no ibas a entender. Lo de tener seguridad en la puerta por unos días es una de ellas —anuncia, me hace una mueca con la boca y luego se encoge de hombros.

—¿Por qué necesitamos seguridad? —pregunto con un grito ahogado—. ¿Hay algo que no sepa?

—Bosco es un hombre muy precavido. Piensa en todo. Por el momento, solo os quiere proteger.

—¡No lo entiendo!

—Dale tiempo, es un buen tío.

—No me interesa conocerlo.

—Tendrás que hacerlo. Es el padre de Nico y tiene todas las intenciones de ejercer de tal.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues aparte de hacerme mil reproches, creo que aún no se cree que no supiese que Nico era hijo suyo hasta el momento del secuestro, que cuide de ti y del niño y que lo mantenga al tanto de todo lo que tú decidas ocultarle.

Suspiro, agobiada. Julia viene hasta a mí, me abraza y me susurra:

—Si me hubieses dicho que Bosco era su padre, yo hubiese respetado tu decisión de no decirle nada, hasta el momento del secuestro —puntualiza—. Solo quería que lo supieses.

—Fue tan complicado… —lamento, agobiada.

—¿Quieres contármelo? —me anima y asiento con ganas. Necesito liberar ese peso muerto que me arrastra desde hace mucho.

32
Confesiones

Julia y yo tomamos asiento en dos taburetes altos en la cocina. Cojo entre mis manos una bolsa de plástico vacía y la retuerzo. Eso me ayuda a liberar todo el estrés que llevo dentro antes de comenzar a hablar.

—Descubrí que era Bosco cuando llegué a la habitación. Nunca te lo dije antes, pero la noche que fuimos al Afaia y surgió aquel problema, fue Bosco quién terminó llevándome a tu casa. —Julia me mira con sorpresa, lo desconocía, pero no me interrumpe—. Cuando descubrí que era el hombre de la noche X sentí cierto alivio. Ya lo conocía un poco y me parecía agradable —matizo —. Fue una noche intensa —no le revelo más—. Nos quedamos dormidos juntos, en la cama. Cuando me di cuenta tenía un montón de llamadas tuyas, luego pasó de lo Nico y olvidé tomarme la pastilla del día después que me diste, hoy lo celebro porque gracias a eso tengo a mi precioso niño. Cuando me preguntaste quién era él, no podía decirte su nombre. —suspiro y añado—: Me propuso pasar el día siguiente con él, nunca supo mi verdadero nombre. —Julia me mira con sorpresa, los ojos muy abiertos y una gran sonrisa—. Salí corriendo de la habitación en cuanto supe lo que sucedía con mi hermano, mientras Bosco se quedó esperándome en la ducha. Nunca más volví a tener contacto con él.

—¿Por qué no me dijiste quién era? —pregunta con interés.

—Decidí no decirte su nombre porque sabía de vuestra amistad y no soportaba que volviésemos a coincidir y él me mirase como a una cualquiera. Quería olvidar esa noche en mi vida, sobre todo, el hecho de estar con un hombre por dinero. Luego pasó de lo mi madre y cuando descubrí que estaba embarazada me juré que nunca te lo diría. Tú conocías bien a Bosco, habías acudido a él para el problema de Nico, y no quería ponerte en esa tesitura, que vivieses con ese secreto. Decidí hacerlo algo solo mío, pensé que así, de alguna forma, te protegía. A veces, vivir en la ignorancia es un gran alivio.

Suspiro tras mi relato. Julia me mira con media sonrisa en sus labios y no sé muy bien a qué se debe. Tras mi confesión me espero algún que otro reproche.

—¿Qué nombre le diste a Bosco? —pregunta con curiosidad.

—Cristal. —Julia suelta una gran carcajada—. Conociéndolo, habrá peinado España entera buscándote. No sé cómo no terminó en la puerta de nuestro negocio.

Julia me mira y algo me dice que sabe mucho más de lo que dice, pero no quiero saberlo. Todo lo relacionado con Bosco me inquieta.

—Una última pregunta. ¿Has tenido pesadillas o malos recuerdos de la noche que pasaste con él? —indaga.

—No —respondo con sinceridad—. Te dije que fue muy considerado. No mentí.

—Puedo… —Sé que se le ha quedado algo por detrás. La animo a que pregunte, hoy me siento generosa—. ¿Qué le dijiste a su propuesta de pasar el día siguiente de la noche X con él?

—Acepté —revelo con una tímida sonrisa. No puedo evitarla.

—Te gustó. Fue una buena experiencia y tuviste a un gran maestro —afirma segura de ello.

—Bueno… creo que eso lo sabrás tú mejor que yo. Como bien sabes no tengo con quién compararlo.

—Yo… Alba, yo nunca he estado con Bosco —dice mirándome de forma extraña.

—¿No? —pregunto algo avergonzada, lo he pensado durante años—. Nunca lo hablamos

porque pensé que si te preguntaba por tu pasado tú tendrías derecho a preguntarme detalles de la noche X y no quería dártelos, pero cuando me dijiste que Bosco te salvó… Yo pensé que él y tú… Sé que sois amigos, pero…

—Creo que hoy será un día de confesiones —anuncia Julia.

Nico me llama desde su cuna y ambas miramos en dirección a su voz. Sabemos que se nos acabó la paz.

—¿Seguimos la conversación esta noche? —le propongo a Julia.

Ella acepta de buena gana.

Son las diez de la noche y Nico ha vuelto a caer rendido. Mi pobre niño está cansado. Lo dejo en su cuna de nuevo y regreso al salón. Julia está recibiendo la pizza que hemos pedido a domicilio para cenar.

Cuando nos sentamos a comer, ella me mira, nos conocemos tan bien, y me dice:

—Cuando se acabe esta pizza no habrá ni un solo secreto entre nosotras.

—¿Puedo preguntar sin límites?

—Todo lo que quieras. Está superado. Soy otra mujer a la Julia huérfana que se metía en problemas y líos cuando sus padres murieron.

—Soy toda oídos.

Nos sentamos en el sofá, abrimos la pizza y nos servimos unos refrescos.

Julia comienza a hablar sin que yo la anime a ello.

—Mi vida cambió por completo con la muerte de mis padres. Me quedé sola. No tenía hermanos y ellos eran hijos únicos. No tenía más familia. Yo acababa de cumplir diecisiete años y fue complicado. Me nombraron un tutor hasta que llegase mi mayoría de edad y me rebelé con el mundo. Las amistades que me busqué no fueron las mejores. Me gustaba ir de fiesta todos los días y no tenía suficiente dinero. Un día nos ofrecieron mucha pasta por estar con hombres ricos y famosos, y aceptamos. Lo que comenzó como una diversión, sexo, desenfreno y dinero, se convirtió pronto en un calvario. Una noche un tío que me pagaba quiso pasarse de la raya, yo no lo permití y apareció Bosco. Me sacó de allí y me llevó al Afaia. Me dio un trabajo y nos hicimos amigos, pero nunca hemos intimado. Lo veo como mi salvador y esa admiración impide que tengamos nada más.

—Fui consciente de esa química entre vosotros, y creo que la malinterpreté —me disculpo—. Sé que ya estabas con mi hermano y que lo amabas muchísimo. Pero siempre pensé que Bosco fue alguien importante en tu vida antes de Nico.

—Y lo fue, pero no de la forma en la que pensaste.

—Lo siento —murmuro avergonzada.

—No te preocupes. Es normal que lo pensaras. Te di pinceladas de mi vida anterior a Nico y es lógico que te formases esa idea errónea.

—¿Has superado esa etapa? —pregunto con miedo.

—Totalmente. El amor de Nico terminó con mis pesadillas y gracias a él me convertí en una mujer que supo amar.

—No te cierres al amor —le aconsejo. Sé que ha pasado por mucho, pero también sé que es una gran mujer que se merece ser amada.

—Mira quién me lo dice —replica sonriente.

Ambas estallamos en carcajadas. Nos comemos el resto de la pizza y cuando cogemos algo de chocolate como postre le indico a Julia;

—Si quieres saber algo más de la noche X, pregunta lo que sea. Yo también la tengo

superada.

—Me conformo con saber que esa noche fue con Bosco y quisieses pasar el resto del día siguiente con él. —Me mira y sonríe—. Quizá la vida os dé otra oportunidad, algo me dice que tenéis algo más pendiente, y no es Nico —añade con un guiño de ojo.

—No encajaríamos nunca. Somos muy diferentes.

—La noche X encajasteis a la perfección. Dejaste huella en Bosco Hungría —afirma muy segura de ello.

Julia me mira, sonríe y se guarda sus pensamientos dejándome con ganas de saber más, pero prefiero no preguntar.

33
Una visita inesperada

Me encuentro en el interior de la tienda, he ido a enviar varios pedidos urgentes, cuando escucho un gran revuelo fuera. Está llena de clientas. Es viernes por la tarde y es cuando más visitas recibimos. Cuando salgo, me topo con que Bosco Hungría está allí y tiene a su alrededor a siete mujeres que lo tocan y le piden autógrafos. Él les sonríe mientras les firma y habla con ellas con total naturalidad.

Yo me quedo paralizada, con los vestidos perchados pegados a mi pecho, sin saber qué hacer ni qué decir.

Han pasado cinco días desde la última vez que nos vimos. Todos y cada uno de ellos me ha escrito o llamado para interesarse por su hijo. Incluso me ha pedido fotos y vídeos de Nico. No han sido conversaciones muy largas, pero no ha dejado de mostrar interés por el niño.

No me ha comunicado esta visita inesperada con la que no contaba, y menos en mi negocio, lleno de gente. ¿Pero es que este hombre no piensa? Es Bosco Hungría, el jugador de fútbol más famoso y número uno del momento. Todo el mundo lo reconoce y admira.

—Atiéndelo, Alba, atiéndelo —me apremia una mujer, nerviosa—. Sabes quién es, ¿no hija? —me pregunta Manuela, una de mis mejores clientas desde que abrimos nuestro negocio. Tiene sesenta años, su marido fue alcalde de la ciudad, y sabe la vida de medio Toledo.

Yo estoy muda de la impresión. Bosco me mira con una sonrisa en sus labios y un brillo especial en sus ojos. Ha desaparecido esa actitud fría y distante que tuvo conmigo en la última conversación que mantuvimos.

Me fijo y veo que viene muy arreglado, con un traje de chaqueta en color negro, una camisa blanca sin corbata y unas zapatillas de deporte. Está arrebatador. Es normal que las mujeres del mundo entero suspiren por él. Yo tengo que contenerme para no hacerlo en su cara.

—El pelo así te queda muy bien. Estás más guapo —escucho que le dice Manuela. Luego lo pone en común con las demás mujeres y entablan un debate.

Bosco y yo nos miramos en silencio, ajenos al revuelo.

Finalmente, escucho:

—El pelito así, es como mejor te queda, hijo. —Manuela no se corta en tocárselo.

Lo cierto es que a un rostro como el de Bosco le sienta bien todo. Es guapo a rabiar. En esos momentos lleva el pelo corto con algo de flequillo hacia un lado, bien peinado y con un leve toque de gomina o laca.

—¿Dónde está mi hijo? —Cuando hace esa pregunta con toda la naturalidad del mundo, sin perder la sonrisa en sus labios, a mí se me caen al suelo los cinco vestidos que tenía en la mano y quiero que la tierra me trague allí mismo.

Todas las clientas miran a Bosco con atención, con los ojos muy abiertos cuando se ha dirigido a mí con total familiaridad y ha preguntado por su hijo.

—Está… está en el parque con Julia —atino a decir.

Miro el reloj y compruebo que son casi las ocho y media, la hora de cerrar. Julia debe de estar al llegar. Hemos quedado que cerrábamos juntas y luego íbamos con Nico a cenar a algún lado. Hace calor y nos apetecía tomar algo al aire libre.

—¿Tiene un hijo? —dice una mujer mirando a Bosco, asombrada. Su vida la conoce todo el mundo.

—¿Pero no se iba a casar? —pregunta otra.

—Nunca se ha dicho nada en las revistas de su hijo. Ni lo ha sacado al campo de fútbol cuando ganan, como los demás jugadores. ¿Qué edad tiene el niño? —pregunta otra señora, sin pudor alguno.

De repente, Julia entra en la tienda. Viene con Nico en brazos. Y a mí se me cae el mundo encima. Miro a Bosco y a todas las mujeres que nos observan con atención.

—Hola, campeón —lo saluda Bosco nada más verlo.

Ante mi sorpresa, mi hijo lo reconoce, se tira a los brazos de su padre y le da un beso cuando Bosco se lo pide.

—¿Es su hijo? —pregunta Manuela con los ojos muy abiertos. No se corta en señalarlo.

De inmediato, yo reprendo a Bosco con la mirada. Nico está delante y no quiero confusiones ni que se entere de que es su padre así. Solo tiene dos años, pero absorbe todo lo que escucha.

—Bosco —Julia se acerca a él y le da dos afectuosos besos—. Mira que te gusta bromear. —Le palmea el hombro y lo mira sonriente—. ¿Qué te trae por aquí? Qué de tiempo sin verte.

—¿Lo conoces? —le pregunta Manuela. El asombro en el rostro de la mujer es evidente.

—Bosco y yo somos grandes amigos desde hace años. —Todas las mujeres se quedan en silencio, mirándolo—. Señoras, es la hora del cierre y tenemos que atender a esta gran estrella y amigo —puntualiza Julia, resuelta—. Las atenderemos mañana.

Con la elegancia que la caracteriza, se deshace de todas. Cierra la puerta y echa las cortinas.

—¿Cómo se te ocurre presentarte aquí con la tienda llena de gente? —lo reprende Julia.

Yo me quedo callada.

—He ido a casa de Alba y no estaba —se excusa Bosco—. Quería ver a Nico. Tenía pensado venir mañana, pero terminé la reunión antes de tiempo, cogí el coche y cuando me di cuenta estaba aquí.

—Nosotras nos íbamos a tomar algo. ¿Te apuntas? —lo invita Julia, con naturalidad.

La miro reprendiéndola.

Bosco acepta de inmediato. Yo siento que no estoy preparada para compartir mesa con el padre de mi hijo, y menos delante de gente. Todo el mundo lo reconoce y sabe quién es. ¿Cómo se le ocurre a Julia invitarlo con nosotras a un lugar público?

No puedo negarme a ello. Los planes están hechos y Nico encantado con su nuevo amigo. Sigue en los brazos de su padre y le pregunta si le ha traído una pelota.

Recojo mi bolso y siento que Bosco se acerca a mí por detrás, Nico está echando la reja del escaparate con Julia, me susurra:

—Me gusta el nombre de vuestro negocio. —Yo lo miro y lo taladro con mis ojos.

Él se queda mirándome y ello me incomoda, desde que ha llegado no deja de repasarme de arriba abajo con ojos ávidos.

—Hoy no pareces la misma mujer que hace unos días. Cuando he entrado en la tienda me ha costado reconocerte —me indica con una sonrisa.

Caigo en que él me vio con mi melena larga desaliñada, sin maquillar y con ropa ancha, y destrozada por no saber de mi hijo. En estos momentos tiene delante a una mujer muy diferente, arreglada, con tacones y maquillada.

No sé cómo tomarme su comentario, me limito a mostrarle media sonrisa y comenzar a salir a la calle, de repente he sentido mucho calor. Solo llevo un vestido camisero abotonado delante, en tonos estampados en rojo, largo, con unos botines en tono camel, pero siento como si tuviese una hoguera muy cerca.

Cuando salimos a la calle y cojo a mi hijo en brazos, se coloca a mi lado y me susurra

mientras Julia cierra la puerta principal:

—Mi hijo es muy afortunado de tener a una madre tan guapa.

—Mamá, guapa —repite Nico. Y mis mejillas arden, y lo peor de todo es que Bosco Hungría es consciente del rubor de ellas. Me dedica una de esas sonrisas que desarman y yo siento que no puedo seguir caminando por que me fallan las piernas.

Bosco es ágil y atento y cuando ve mi esfuerzo al subir una cuesta, coge a Nico de mis brazos y se lo coloca en sus hombros, y, para contentar al niño, simula que va en un caballo y comienza a trotar con él. Julia y yo lo admiramos y sonreímos a la misma vez.

En la terraza al aire libre en la que nos sentamos a tomarnos unos refrescos está llena de gente. De inmediato, media plaza nos mira. Cuando el camarero se acerca para tomarnos nota por poco se le salen los ojos de las órbitas cuando ve que tiene al mismísimo Bosco Hungría delante de él.

La gente comienza a acercarse y a hacer fotos mientras que yo me quiero marchar de allí. Tengo a mi hijo en brazos, un poco asustado por todo el revuelo que se ha formado a nuestro alrededor. Nico se abraza a mí y comienza a lloriquear, me susurra en el oído que quiere que nos vayamos a casita.

Dispuesta a marcharme de allí, veo que Bosco se pone en pie, le da un billete de veinte euros al camarero y coge a Nico de mis brazos.

—Vámonos. —Me indica con prisa.

Julia ya está a su lado y comienza a abrir camino. Yo sigo a Bosco, que camina con grandes pasos. En menos de dos minutos estamos en casa de Julia, la teníamos más cerca que la mía.

—Lo siento, no conté con que se montase ese revuelo y el niño se asustase —se disculpa Bosco en cuanto estamos a solas en casa de Julia.

Nada más cruzar la puerta, Nico se transforma, va a por los juguetes que tiene en casa de su tía y comienza a enseñárselos a Bosco. Luego le pide que juegue con él.

—¿Pedimos algo de cenar? —prepone Julia—. Lo siento, pero mi nevera está vacía. Hace días que tengo que ir a hacer la compra.

Yo la miro reprendiéndola por aquel comentario. Ella se encoje de hombros y sonríe.

—Claro, pide al mejor restaurante. Yo os invito. Es lo mínimo que puedo hacer para remediar lo que ha sucedido. Siento haberos privado de una cena al aire libre —dice Bosco de inmediato.

—Es el efecto Bosco Hungría —murmura Julia.

Él le dedica una sonrisa y yo me dispongo a pasar un par de horas más en compañía de este hombre que me inquieta.

Nico y Bosco se llevan de maravilla. Mi hijo apenas ha querido comer, solo estaba pendiente de Bosco. Parece que él también ha sufrido el impacto de su persona y lo ha captado por completo.

Cenamos escuchando las ocurrencias de Nico y reímos con ellas. La atención de los tres está centrada en mi pequeño.

Finalmente, Bosco y Nico terminan la noche jugando al fútbol de nuevo. Bosco lanza el balón con demasiada fuerza y termina rompiéndole un jarrón a Julia.

Nico se lleva ambas manos a la boca y reprende a Bosco con la mirada. Los tres tenemos que hacer grandes esfuerzos para no estallar en carcajadas.

—Te debo un jarrón, Julia. Este muchachito y yo iremos a comprar uno nuevo. Ha sido culpa de los dos.

—¡Qué morro tienes, Hungría! —le reprocha Julia, sonriente.

—Yo tengo dinerito —dice la vocecita de Nico. Simula sacar algo del bolsillo del pantalón y

se lo da a Bosco.

La cara de su padre es indescriptible, literalmente se le cae la baba admirando a su hijo. Y yo estoy a punto de que me dé un ataque al corazón al contemplar esa escena.

De repente, suena el timbre y Julia va a abrir, cuando aparece César la cara de Bosco se transforma y tengo que sujetarlo para que no se le vaya encima.

—Solo quería presentaros mis disculpas —dice, apenado.

—Vete de aquí ahora mismo —ladra Bosco.

Yo lo tengo tomado por el brazo y puedo sentir la presión.

—Por favor, piensa en Nico —le susurro al padre de mi hijo.

Mis palabras surten efecto y consigo que Bosco se relaje. Coge a Nico en brazos y se aleja un poco de la puerta.

—No es buen momento César —le indica Julia.

—Yo no tuve nada que ver, jamás le haría daño a Nico. Jessi actuó sola, pensando en salvarme.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto, siento pena por él.

—Buscaré otro trabajo. He conseguido que me den un plazo para pagar mis deudas. Solo quería deciros que me alejaré de vosotras por vuestro bien. Tengo enemigos y no quiero que hagan algo en contra de vosotras.

—No te preocupes —le indica Julia.

César mira a Bosco, al fondo del salón, de espaldas a él.

—Si lo tenéis a él cerca y de vuestro lado me quedo más tranquilo.

—Que te vaya bien, César. —Julia lo invita a marcharse.

—Gracias por llamar a Bosco en cuando supiste que Jessi se había llevado a mi hijo —le agradezco, me siento en deuda con él.

—No lo hagas, Alba —resuena la voz de Bosco al fondo, sigue con mi hijo en brazos—. Me dijo que Nico estaba con él, pero también me pidió que pagase sus deudas a cambio de tal gesto e información.

—¡¿Qué?! —pregunta Julia—. Me das asco —le espeta a César.

—Pagué parte de su deuda, para que los matones que tenía detrás lo dejasen en paz. Pero si encuentro algo raro en las finanzas del Afaia iré a por ti —le advierte con tranquilidad.

Puedo notar cómo César traga con dificultad.

—Siento que todo haya terminado así —murmura antes de darse media vuelta e irse.

—Lo consideraba un buen tío —comenta Julia tras cerrar la puerta.

Yo me quedo en silencio. Los ojos de César eran tristes y saltaba a la vista que estaba arrepentido, pero considero que lo mejor es que no sigamos con trato alguno con él después de lo sucedido.

Bosco no dice nada más, juega con Nico, pero puedo apreciar que está en tensión. La visita de César lo ha alterado.

34
Condiciones

Bosco nos acompaña a mí y a mi hijo a casa. Insiste en dejar a Nico en su cuna, se ha quedado dormido en sus brazos en el breve trayecto de la casa de Julia a la mía.

Cuando Bosco sale de la habitación de mi hijo, yo me he permitido ponerme cómoda, me he desecho de los botines de tacón, voy descalza, y he recogido todo mi pelo con una pinza, en un moño. Él se acerca a mí, consulta su reloj y comenta:

—Quizá sea un poco tarde para que hablemos, volveré mañana.

Fijo la vista en el reloj que tengo en la pared del fondo y veo que son las once de la noche.

—No tengo sueño, solo estoy un poco cansada. Si quieres podemos hablar —propongo. Hecho una mirada al sofá y le invito a que se siente.

—Me parece estupendo.

—¿Quieres algo de beber? —le ofrezco. Niega con un gesto, pero yo siento que necesito agua para aclarar mi garganta.

Voy al frigorífico y cojo una botella de agua pequeña. Cuando vuelvo al salón él está mirando por la ventana las vistas de la noche. Las puertas están abiertas y entra cierto aire agradable. Verlo allí, de espaldas, tal y como lo encontré la noche X, y en mi salón, hace que un nudo se instale en mi estómago y cierta sensación de vértigo asome en mi pecho. Puedo intuir ciertas cosas que quiera que hablemos, pero me matan de miedo aquellas que seguro proponga y yo ni siquiera espere. Nico es su hijo, pero yo no estoy dispuesta a separarme de él ni un solo instante, y menos después de lo de su secuestro.

Por otro lado, hago una nota mental y apunto reprocharle que nos haya dejado a dos personas que nos vigilan noche y día desde que se marchó.

Carraspeo un poco la garganta, para hacerle notar mi presencia, y él se vuelve hacia mí de inmediato, pero se queda dónde está. Entre luces y sombras admiro su rostro y tengo que apartar mis ojos de los suyos para que mi mente no me traicione.

Tomo asiento en el sofá y centro toda mi atención en la botellita que tengo en las manos. En varios segundos tengo a Bosco a mí lado. Se sienta y me mira con unos ojos serenos, con un brillo especial.

—Me gustaría pasar tiempo con Nico. Podemos establecer algunos días en los que yo lo vea. Mi agenda es complicada, pero te lo iré diciendo con antelación. ¿Ha estado alguna vez en un campo de fútbol de verdad? —me pregunta con interés.

—No —respondo de forma seca mientras que mi mente comienza a hacerse sus propias ideas.

—Me gustaría llevarlo a un partido en el que no juegue yo, no quiero perderme su cara cuando lo vea y viva el ambiente.

Me quedo en silencio y sopeso la posibilidad. La vida de Bosco está a años luz de la nuestra.

—Seguro que le gustará, pero creo que aún es muy pequeño y quizá no entienda mucho —comento, pero Bosco de inmediato nota mi intranquilidad.

—Puedes acompañarnos. Soy consciente de que tiene que pasar algún tiempo más para poder llevarme a Nico solo. Aún no me conoce lo suficiente. ¿Has pensado en cómo le diremos que soy su padre? Necesito que cuando me vea me reconozca como tal.

—No sé cómo se le dice a un niño de dos años que un hombre al que desconoce hasta el momento es su padre —le suelto de golpe, algo nerviosa.

—Tendremos que hacerlo juntos, y con naturalidad. Nico es muy listo, y le he caído bien. Creo que lo aceptará sin problema —murmura, decidido.

—El problema no es él, sino tú —le digo suelto sin pensar. De repente, me quedo en silencio y me doy cuenta de que se lo he espetado como un reproche.

Él me sonríe, algo que me desconcierta, se acomoda mejor en mi sofá, me mira y me pregunta:

—¿Cuál es mi problema? —pregunta, relajado, se muestra paciente a una respuesta mientras me mira con media sonrisa.

—Eres quién eres. Tu mundo no tiene nada que ver con el nuestro, y tengo miedo de que eso le pueda afectar a Nico. No serás un padre normal.

—Trataré de serlo —dice de inmediato—. Por otro lado, no puedo cambiar quién soy. Solo ser el mejor padre para Nico.

—Está bien, pero tendremos que ir con tacto. —No puedo evitar sentir miedo.

—Ya está en manos de mi abogado reconocer a mi hijo legalmente. El trámite estará hecho en un par de días. —Lo miro y trago con dificultad. Las palabras no me salen—. También estableceremos una cuantía económica mensual o anual, como prefieras, no quiero que a Nico le falte de nada.

—Hasta el momento no le ha faltado de nada —replico algo enfadada.

—Ya no estás sola. Tengo todas las intenciones de ser un buen padre y que mi hijo me quiera.

—Está bien —accedo, no me queda otro remedio que aceptarlo en nuestras vidas. No quiero insistir en el tema económico y lo dejo para otro momento.

—Me tengo que marchar pasado mañana y estaré fuera una semana, tengo un partido importante. Pero antes de hacerlo quiero que le digamos a Nico que soy su padre. Te juro que si meto un gol en la final de la Champions se lo dedicaré a él y será el mayor logro en mi carrera —dice con orgullo.

—Bien, se lo diremos mañana. ¿Te parece? Buscaremos la mejor forma de hacerlo.

En el rostro de Bosco se forma una gran sonrisa.

—Te agradezco que hayas accedido a todo lo que te planteé.

—No comparto del todo tus condiciones, pero me han parecido aceptables y justas. Ya las iremos perfilando.

—Gracias. —Me dedica una sonrisa y yo aparto mi mirada de la suya.

—Es tarde —murmuro, levantándome del sofá. Por alguna extraña razón, necesito tenerlo lejos.

—Me marcharé y volveré mañana. Yo también estoy cansado —admite—. Aunque no creo que duerma mucho con la emoción de decirle a Nico que soy su padre y cómo se lo tome.

Lo miro y pasa por mi mente los kilómetros que debe hacerse hasta llegar a Madrid y mañana volver de nuevo.

—Si quieres… puedes quedarte en la cama que hay en la habitación de Nico —le ofrezco—. Puede que no sea algo como a lo que estás acostumbrado, pero no tengo otra cosa que ofrecerte.

Me dedica una sonrisa espléndida ante mi ofrecimiento y sus ojos brillan de felicidad.

—Dormir al lado de mi hijo y velar sus sueños es una de las mejores propuestas de mi vida.

Cuando veo que acepta me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Bosco Hungría va a pasar la noche en mi casa.

35
Buen recibimiento

Acompaño a Bosco a la habitación de mi hijo, entramos en silencio, quito todos los peluches que hay encima de la cama, los echo al suelo, y le destapo esta. Cuando me vuelvo, lo tengo pegado a mí. El espacio entre nosotros es muy reducido, nos miramos en silencio, bajo una tenue luz y mi respiración se agita al sentir su olor y este conseguir nublar todos mis sentidos. Me aparto de inmediato, miro a mi hijo, Nico es ajeno a todo. Duerme de forma profunda.

—Espero que descanses. Nico no se suele despertar en la noche, pero si lo hace vendré a atenderlo —le comunico.

Bosco asiente mientras se deshace de los zapatos y comienza a abrirse la camisa en mi presencia. La boca se me reseca cuando veo parte de su pecho y mis palpitaciones aumentan. Me voy de la habitación de inmediato, sin decir nada, alterada, y por el pasillo escucho en un susurro:

—Buenas noches.

Paso la noche dando vueltas en la cama. No consigo conciliar el sueño. Tener al padre de mi hijo tan cerca me inquieta.

Por suerte, Nico no se despierta en toda la noche. Cuando son las ocho de la mañana me levanto, pese a ser sábado, y hago café. Al pasar por la habitación de Nico la puerta se encuentra abierta y puedo ver a Bosco en la cama. Está dormido y solo lleva unos calzoncillos negros. Ver su cuerpo me trae muchos recuerdos a mi mente. Me toco la yema de mis dedos y rememoro la noche en la que lo acaricié sin límites. Recuerdo cada tatuaje de su cuerpo y me estremezco al rememorarlo desnudo, espléndido.

Me tomo un café humeante, necesito entonar mi cuerpo, sentada en un taburete de mi cocina, cuando Bosco aparece delante de mí. Solo lleva los pantalones oscuros del día antes puesto, y no los lleva abrochados del todo. Va descalzo y con el torso desnudo. Se pasea como si estuviese en su casa. Cuando lo veo de esa guisa ante mí, por poco escupo el café de la impresión. Trato de parecer normal y me controlo tomando la taza con ambas manos y centrando mi mirada en el líquido de dentro.

—Buenos días —murmura—. Qué bien huele.

Se sienta a mi lado y me mira con atención. Voy con un pijama corto, en tirantes y tengo el pelo recogido en una coleta.

—¿Quieres café? —pregunto para tratar de distraerlo y que deje de mirarme de aquella forma.

—Por favor —murmura con la mejor de sus sonrisas.

Se lo sirvo y al hacerlo, con toda la torpeza, me lo hecho en la mano y me quemo. De inmediato, Bosco coge un paño, lo moja en agua y me lo coloca en la mano que me arde.

—¿Mejor?

Tener sus manos alrededor de la mía, tan cerca de mí y desnudo de cintura para arriba no ayuda, pero asiento y dejo que sea él quien se sirva el café. Como si estuviese en su casa, veo que comienza a hacer tostadas. Va al frigorífico y busca la mantequilla, todo bajo mi atenta mirada. No digo nada, lo dejo hacer. Unta la mantequilla en el pan y, cuando creo que se lo va a comer, me la ofrece. Lo coloca delante de mi boca y me anima a que le dé un bocado. Lo hago como si estuviese hipnotizada.

De repente, Nico me llama.

—Yo voy —dice Bosco de inmediato. Le da un bocado a la tostada que acabo de morder yo y se va por el niño sacudiéndose las manos.

Me quedo embobada en él y su espalda desnuda, con la respiración alterada.

Cuando vuelven, Nico llega en los brazos de su padre, la sonrisa que ambos me dedican me hace temblar por dentro.

—Buenos días —saludo a mi pequeño. Voy hasta él y le doy un beso, pero Bosco no lo suelta —. ¿Un bibi, mi amor? —le pregunto a mi hijo. Nico siempre desayuna un biberón con leche y Cola Cao. Le encanta. Luego se come el pan con mantequilla y lonchas de pavo.

—Sí, mami.

Me dispongo a hacérselo mientras que Bosco lo sienta en su trona y la coloca cerca de nosotros.

Cuando tengo el biberón listo, Bosco lo coge de mis manos sin preguntar, nuestros dedos se rozan, y él se lo da a Nico. Mi niño se lo quita de las manos y se lo toma solo, de tirón mientras su padre lo admira.

—Ahora pan —pide Nico en cuanto termina.

Ya le tengo su tostada preparada y se le voy dando. Bosco está embobado en cómo come su hijo.

—Eres un campeón —lo anima Bosco cuando Nico se ha comido todo.

Luego me mira a mí, consulta su reloj, y entiendo que quiere que hablemos con Nico ya que se querrá marchar cuanto antes.

Suspiro, cojo aire y pienso en cómo decirle a mi hijo que él es su padre, que lo entienda y lo acepte.

—¿Quieres que volvamos a jugar al fútbol de nuevo? —le pregunta Bosco a Nico.

Por supuesto, mi hijo dice que sí.

Bosco alza una mano y Nico se la choca, sonriente ante su propuesta.

—Le gustas —murmuro mirando a ambos.

—Nico, ¿tú tienes un papá? —pregunta de golpe Bosco. Dejándome muda de la impresión. Mi niño niega de inmediato—. ¿Te gustaría que yo fuese tu papá y jugásemos siempre juntos?

—Sí —grita mi hijo de golpe, sorprendiéndonos a Bosco y a mí.

Ambos nos miramos sonrientes por lo bien que lo ha recibido.

Bosco lo coge en brazos, le da muchos besos y comienza a dar vueltas con él. Está eufórico.

—Puedes llamarme papá —le indica a mi hijo.

Nico se abraza a su cuello, le da un beso espontáneo y susurra:

—Papá.

A Bosco y a mí se nos caen dos lagrimones de emoción al escuchar esa palabra por primera vez en la vocecita de mi pequeño.

Sin soltar a mi hijo, Bosco se acerca a mí y me susurra en el oído:

—Creo que he tenido un buen recibimiento. Y ha sido muy fácil.

—Le gustaste desde el primer momento —le indico.

Él me mira y, de repente, aparto mis ojos de los suyos.

36
¿Qué hacen aquí?

A media mañana, tras jugar un poco con Nico en casa, Bosco se marcha. Se despide de ambos, nos comunica que estará una semana fuera y anima a su hijo a que lo vea por la tele cuando juegue. Antes de marcharse, le promete a mi pequeño que lo llevará a jugar a un campo de fútbol muy grande. Nico lo mira muy ilusionado y asiente, feliz.

Quedo con el padre de mi hijo en que mantendremos el contacto por teléfono para él saber de Nico el tiempo que pase alejado del niño por asuntos de trabajo.

Paso el resto del sábado con Nico en el parque. Julia se une a nosotros cuando cierra la tienda al mediodía y luego comemos fuera.

Cuando le cuento que Bosco se quedó en mi casa la pasada noche me mira con media sonrisa. No dice nada, pero yo la conozco y sé lo que está pensando.

—Durmió en la habitación de Nico. Se hizo tarde y me dio remordimiento de conciencia de que hiciese tantos kilómetros tan tarde hacia Madrid para volver al día siguiente —le explico.

—Ya. Como si el pobre no tuviese dinero para haber pasado la noche en el mejor hotel de Toledo —comenta Julia con una enorme sonrisa.

En ese preciso instante me doy cuenta de que he tratado a Bosco como a una persona normal y corriente, cuando no lo es.

***

El sábado siguiente, estamos en La Plaza de Zocodover tomando un café con dulces a media tarde, cuando vemos a varias personas con cámaras en mano y equipos de fotografía a nuestro alrededor. Lo cierto es que no nos extraña, no es la primera vez. Pensamos que habrá alguien famoso por los alrededores, es muy común. De repente, alguien grita:

—Es ella. —Nos señalan a Julia y a mí y, de inmediato, se encaminan hacia nosotras.

—Alba Serrano, ¿cierto? —me preguntan con un micro en mano. Yo miro a Julia desconcertada. No entiendo nada—. ¿Eres la madre del hijo de Bosco Hungría? ¿Es cierto que tiene un hijo de dos años y se acaba de enterar? ¿Cuándo lo conoció? ¿Por qué Hungría no ha sabido de él hasta ahora?

Ante el aluvión de fotos, preguntas y personas que nos miran, me quedo paralizada. No entiendo qué hacen allí, cómo saben que soy la madre del hijo de Bosco, ni qué quieren de mí.

De inmediato, Julia se pone en pie, protege a Nico, doy gracias a que esté dormido en su carrito, y tira de mi mano.

—Vámonos de aquí. —Es ella la que lleva el coche de mi hijo mientras que yo camino a su lado.

Los periodistas nos siguen. No se dan por vencidos.

—Por favor, díganos algo. ¿Nos lo podría confirmar? —me preguntan con insistencia, acosándome.

Julia y yo caminamos deprisa. Ella me susurra:

—No digas nada. Ni los mires. Bosco se encargará de esto.

Yo no sé qué hacer, obedezco a Julia y entramos con paso ligero en su casa. Menos mal que Nico sigue dormido.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto una vez que estamos a solas.

Julia se asoma por una ventana con cuidado, y anuncia:

—Se han enterado de la noticia. No se van a ir. Se han quedado ahí.

Voy junto a ella y los veo. Todos están hablando por teléfono y se mueven de forma frenética.

—La presa se ha enterado de que Bosco tiene un hijo. Se va liar —murmura Julia.

Yo la miro sin saber qué es lo que quiere decir exactamente. Saco el teléfono y digo decidida:

—Voy a llamar a Bosco.

—Ni lo intentes, el partido es en unas horas y estará concentrado. Hasta mañana olvídate de que te coja el teléfono.

—¿Y qué hacemos? —preguntó con preocupación.

—No salir ni darle explicaciones a esa gente. Bosco y su agente sabrán cómo manejar esto en cuanto regresen.

Suspiro y me revuelto el pelo, inquieta.

Pasamos el resto de la tarde en casa de Julia, como los periodistas siguen en su puerta, decidimos ver el partido allí. Con la esperanza de que se vayan cuando sea más tarde.

Ponemos el partido y cuando Bosco sale al campo yo solo tengo ojos para él. Le indico a mi hijo quién es y Nico se sobresalta al verlo en la televisión. Comienza a tocar las palmas y no lo pierde de vista.

Cuando hay un ángulo ampliado y no lo ve, mi pequeño, pregunta de forma constante por papá. Me llena de alegría que lo llame así. Nico es muy listo, cuando le dices o le explicas algo lo entiende y asimila al momento. Y lo más increíble es que no se olvida de ello. A veces, creo que mi hijo es más listo que la media. Me sorprende cada día.

Antes de finalizar la primera parte del partido Bosco mete un gol. Lo celebra eufórico y hace un corazón con ambas manos mostrándolo a la cámara. Yo sé que va dedicado a Nico. Mi hijo salta de alegría junto a Julia, ambos lo festejan dando saltos en el suelo.

En cuanto empieza el segundo tiempo Bosco vuelve a meter otro gol y realiza el mismo gesto. Tengo que hacer un gran esfuerzo para que no se me salten las lágrimas de alegría.

Finalmente, el equipo de Bosco, el Real Capital, gana la final de la Champions. Es emocionante ver la entrega de la copa y cómo los jugadores lo celebran en el campo. Algunos sacan a sus hijos al terreno de juego. Y yo siento en el alma que Bosco y Nico no puedan disfrutar de algo así juntos, pero me digo que en un futuro lo harán.

Nico está muy activo debido a toda la celebración y no se ha quedado dormido, cuando nos disponemos a marcharnos a casa nos damos cuenta de que los periodistas aún hacen guardia en la puerta de Julia.

—Son muy persistentes. Se quedarán durante toda la noche hasta que consigan lo que quieren —murmura Julia.

—Pero ¿qué quieren? —estallo con los nervios a flor de piel.

—Lo mejor será que os quedéis aquí esta noche y mañana, cuando puedas hablar con Bosco, seguro que él sabrá qué hacer.

Asiento con pesar, lamentando una situación que me agobia. Y no por mí, sino por mi hijo y todo lo que vendrá.

37
Fotos en la prensa

Apenas he podido dormir en toda la noche. He dado mil vueltas en la cama y me he levantado a inspeccionar si la prensa seguía en la calle. No se han dado por vencidos. A las siete de la mañana ya no aguanto más en la cama y me voy al salón. Me tumbo en el sofá y me sumerjo en las redes sociales para tratar de evadirme. Me meto en el Instagram de la tienda y contesto a un par de mensajes sobre pedidos y luego consulto mi perfil. Apenas tengo cien seguidores, pero he de confesar que mi cuenta personal solo la utilizo para mirar otras cuentas y nunca publica nada sobre mí, mucho menos subo fotos mías o de mi hijo.

De repente, me quedo paralizada cuando mis ojos se topan con una imagen de Bosco y su prometida. Él la lleva tomada de la cintura y posan en un photocall. Se me paraliza el corazón cuando los veo juntos. Leo el titular: Bosco Hungría y su prometida celebran la victoria en la Champions.

Luego veo más fotos, en una de ellas Tamara Quirán besa a su futuro esposo, como indica el pie de foto.

Siento un fuerte pinchazo en el corazón. Reconozco que hacen una pareja perfecta. Ella es rubia, de ojos verdes y tiene un tipazo. Me meto en su Instagram y cotilleo todas sus fotos. Sube muchas, tiene algunas con Bosco. Tengo que reconocer que la cámara la adora. No hay ni una sola instantánea en la que salga desfavorecida. Tiene muchos seguidores y parece que tiene una vida perfecta. Toda ella parece maravillosa e ideal.

Me tomo unos minutos y pienso en cómo se habrá tomado la noticia de que Bosco tenga un hijo de la noche a la mañana. De repente, me quedo paralizada cuando caigo en la cuenta de que esa mujer será la madrastra de mi hijo y, me guste o no, tendrá que pasar tiempo con ella ya que va a ser la mujer de su padre.

Me horroriza separarme de Nico y que Bosco lo tenga con él algunos días, pero, poco a poco, tendré que acostumbrarme a ello. No me queda más remedio.

Desde que Bosco ha entrado en nuestras vidas estas han empezado a cambiar muy deprisa, y siento que no estoy preparada para ello, ni Nico tampoco.

Cierro los ojos y pienso en que me gustaría volver atrás, quizá suene egoísta, pero no soporto compartir a mi hijo. Nico se merece un padre y no dudo que Bosco sea bueno, pero, en lo que respecta a mí, sé que voy a pasarlo muy mal.

Me despiertan Nico y Julia, me he quedado dormida en el sofá con el móvil en la mano. Desayunamos juntos y, mientras Nico juega con un tren que Julia le compró hace poco, ella llama mi atención y me indica que mire algo en su móvil.

—¡¿Qué es esto?! —pregunto cuando he leído lo que me dice. Luego veo una foto de ella, Nico y mía. Por supuesto la cara de mi hijo no se ve. En una foto se la han pixelado y en otra sale la capota del carro y solo se ven los pies.

—Le he dejado un mensaje a Bosco, pero supongo que ya lo sabrá. Tiene gente a su alrededor que se encargan de estas cosas.

—¡No puedo creerlo! —Me llevo las manos a la cabeza y suspiro agobiada.

Julia, Nico y yo salimos en las primeras planas de todos los periódicos y revistas del país. Somos la noticia del momento. La prensa ha descubierto que Bosco Hungría tiene un hijo de dos

años, el cual desconocía hasta el momento. Y la verdad, no me explicó cómo lo han descubierto.

Leo que algunos medios no tienen claro si la madre del niño soy yo o Julia. En ese instante ambas comprendemos que lleven apostados en la puerta horas. Tratan de averiguar quién de las dos es la madre del hijo de Bosco Hungría.

—Será mejor que hoy pasemos el día aquí de nuevo. A ver si desisten y se van —propone Julia.

Yo, agobiada y asustada, acepto. No tengo fuerzas para bajar a la calle y enfrentarme a más de quince personas, que son las que nos esperan frente al portal de Julia.

A media mañana, nos asomamos de forma sutil a la ventana y apreciamos que el número de reporteros llega a casi treinta.

Cuando Julia ve que varios de ellos están preguntando a los vecinos de la zona y los graban entra en cólera. Tengo que aplacarla y prohibirle que baje y forme un escándalo.

—Son unos buitres, joder. Les vale cualquier cosa —bufa Julia cuando ve que se aprovechan de personas mayores para sonsacarles datos.

—No tardarán en averiguar que soy yo la madre de Nico —murmuro abatida.

Sé que lo que viene no es fácil, y también intuyo que no podré vivir con el hecho de que mi pequeño sea el hijo de una de las estrellas del fútbol español. Un hombre al que todos admiran. Tendré que aprender a sobrellevarlo, pero me costará la misma vida.

Pasamos el domingo entero en casa de Julia, menos mal que es como nuestra segunda casa y tenemos de todo para Nico, como Julia y yo usamos la misma talla de ropa, tampoco hay problema. Cuando son las ocho de la tarde, la prensa aún sigue en la calle, yo estoy harta de todo y en un acto de valentía decido marcharme a casa con mi hijo.

Julia le ha puesto mil mensajes a Bosco y lo ha llamado, pero no recibe respuesta. Yo no sé nada de él desde hace tres días. Debe de estar muy ocupado de celebraciones y ocupándose de su futura esposa.

Cojo a Nico, lo monto en su carro y Julia no puede impedirme que me marche a mi hogar. Finalmente, ella nos acompaña.

Cuando salimos a la calle hay como doce personas a la espera de que salgamos. En cuanto nos ven se acercan. Julia se para con ellos, a modo de distraerlos y darme un poco de margen para que no se acerquen a nosotros. Yo aprovecho el despiste que han tenido y me voy a casa con mi hijo. Solo vivo a unas calles de la casa de Julia.

Cuando estoy abriendo la puerta del edificio siento a alguien detrás. Me asusto, doy un respingo y ahogo un grito cuando veo que es Bosco.

38
Tu vida y la mía

Cuando Nico descubre que es Bosco se tira a sus brazos, él lo coge, lo llena de besos y juntos subimos a mi casa en el ascensor. No decimos nada delante del niño, solo nos dirigimos una mirada en la que ambos sabemos que tenemos que tratar algo importante.

Bosco y Nico se ponen a jugar en el salón, yo aprovecho y voy a darme una ducha. La necesito para rebajar toda la tensión que acumula mi cuerpo y para aclarar las ideas y todo lo que tengo que decirle al padre de mi hijo. No puedo vivir con personas esperándome en la puerta de mi casa para hacerme preguntas. Sé que él no tiene la culpa de esto, pero en parte está sucediendo porque estoy relacionada, de alguna forma, nada más y nada menos con el gran Bosco Hungría.

Cuando salgo del baño, enfundada en unas mallas cortas y una simple camiseta, Bosco tiene a Nico en sus brazos dormido. Están sentados en el sofá con los dibujos de fondo en la televisión.

—No ha cenado —me indica, preocupado.

—No te preocupes, ha merendado tarde y comió muy bien. Si se despierta, luego le hago un biberón. —Pero sé que no lo hará. Una vez que Nico coge el sueño no se desvela a menos que esté resfriado.

—Bien, voy a llevarlo a su cuna —susurra bajito.

Se levanta con extremada agilidad con su hijo en brazos y se encamina a la habitación de Nico. Yo me quedo recogiendo un poco los juguetes que hay por el suelo y apago la televisión.

Cuando Bosco sale de la habitación de Nico nuestras miradas se encuentran. Y en ese instante todo lo que tenía apuntado mentalmente decirle se esfuma como si fuese por arte de magia.

—Siento lo de esos periodistas. Mañana daré a la prensa un comunicado en el que reconozco que Nico es mi hijo y te dejarán en paz. Vendrán a por mí. Yo estoy acostumbrado a ello. —Sé que con estas palabras trata de tranquilizarme.

—¿Cómo se han enterado? —pregunto con un hilo de voz. Que vaya a reconocer de forma pública a su hijo me ha dejado un poco tocada. No lo esperaba. No tan pronto.

—Se enteran de todo. La verdad, no sé cómo lo hacen. Al menos, no se han inventado nada como ocurre en otras ocasiones. Nico es mi hijo —reconoce con orgullo.

—Esto no va a ser fácil —auguro—. Tú tienes una vida muy diferente a la nuestra.

—Soy una persona que se levanta todos los días para ir a trabajar. Con el sudor de mi frente he ganado todo el dinero que tengo y soy de carne y hueso —enumera con cierto deje de humor.

—Eres famoso, todo el mundo te conoce —le recuerdo con cierto tono de reproche.

—Eso no lo elegí yo. A mí solo se me daba bien dar patadas al balón y con un gran esfuerzo llegue hasta donde estoy hoy en día.

—Perdón si sonó como un reproche. Solo intento hacerte entender que es bueno que ambos tengamos en cuenta que tu vida y la mía son muy diferentes, solo por el bien de Nico. Tenemos que intentar acompasarlas para que él no note la gran diferencia que existe entre nosotros.

—Ya veo que es algo que te asusta —reconoce mirándome a los ojos, taladrándome con ellos.

—Me inquieta que mi hijo pueda sufrir. Es todo. No sé cómo manejar esto —reconozco. Lo miro y observo una sonrisilla en su boca que me hace arder por dentro—. Ni tú tampoco —le espeto con rabia, tratando de borrar esa seguridad que siempre emana con solo mirarlo.

—Lo intentaremos —asegura, tratando de infundirme confianza.

—He estado encerrada en casa de Julia desde que aparecieron —le indico.

—Lo sé. En cuanto he aterrizado en Madrid he venido. De camino aquí he preparado el comunicado que daré mañana. También he movido algunos contactos para que os dejen a ti y a mi hijo en paz, pero también sé que no será suficiente. Lo siento, pero lo único que no puedo cambiar es quién soy.

Suspiro y asiento. Acepto sus disculpas, pero cierta intranquilidad está instalada en mí y no sé cómo manejarla. Sé que la aparición de Bosco Hungría en nuestras vidas las va a alterar para siempre.

De repente, ambos nos quedamos en silencio. Nos miramos y él se remueve con incomodidad.

—Le prometí a Nico llevarlo a un campo de fútbol de verdad. Me gustaría hacerlo. La temporada ha terminado, tendremos que esperar para que vea un partido de fútbol real, pero ir con él al campo no es problema. ¿Qué te parece?

—Sí, creo que le gustará.

—¿Este fin de semana? —propone de golpe.

—Eh… —No lo esperaba tan pronto, pero comprendo que quiera pasar tiempo con Nico.

—Para que puedas acompañarnos. Es mejor que tú vengas en nuestra primera salida juntos. Además, también quiero llevaros a que conozcáis mi casa. Necesito que le des el visto bueno y sepas dónde vivo, para cuando Nico esté conmigo tengas la total seguridad de cómo está y cómo es todo lo que lo rodea.

Lejos de tranquilizarme sus palabras, crean en mí una gran incertidumbre. Aparece en mi mente un instante en el que Nico se vaya con su padre y yo no esté con él, y eso me aterra.

—Nico es muy pequeño y tendrá que irse acostumbrando a ti poco a poco —murmuro con miedo.

—Por eso no te preocupes. Durante un tiempo prudencial tú siempre estarás presente cuando esté con él.

Suspiro y cierro los ojos de forma inconsciente. Siento que cargo con un gran peso y necesito un descanso que va a tardar en llegar.

—Te veo algo agotada y tensa. Quizá necesites un masaje.

—En mi vida no hay tiempo ni lugar para masajes —le espeto algo irritada, haciéndole ver que su vida y la mía son dos polos opuestos.

—Puedo darte uno. Se me dan bien —me ofrece.

Lo miro y no sé si es una broma o trata de quedarse conmigo, pero ni loca dejaría que pusiese sus manos en mi cuerpo.

—Es tarde y ha sido un fin de semana intenso —murmuro con el fin de que se vaya rápido—. Creo que el tuyo también lo ha sido. Por cierto, enhorabuena por los goles y la victoria.

—Le he preguntado a Nico y me dijo que me vio. —Yo asiento a ello y en su boca se forma una enorme sonrisa que refleja la felicidad que siente con mi confirmación.

—¿Me viste tú también? —se interesa, acercándose más a mí.

—Sí —admito con la boca algo reseca.

—Le dediqué mis goles. Ambos —confirma.

—Lo vi. Fue muy bonito.

—Me alegra que te gustase. ¿Nos vemos el sábado? —pregunta antes de despedirse.

¿Me queda otro remedio? ¿Puedo negarme sabiendo todo lo que disfrutará mi hijo?

—Sí. A Nico le gustará —respondo con educación.

—Si puedo vendré a verlo otro día en esta semana, pero la tengo complicada.

—No te preocupes.

Siento un gran alivio al tenerlo lejos una semana completa.

—Estamos en contacto —me recuerda antes de marcharse.

Me mira, como esperando una despedida entre nosotros, pero yo me limito a levantarme y abrirle la puerta.

Se dispone a marcharse, pero cuando pasa por mi lado, se para cerca de mí, se inclina y me da un beso en la mejilla, el cual prolonga más de lo necesario.

—Dale este beso de buenas noches a mí hijo. No entro a despedirme para no despertarlo —murmura mientras yo siento que me desmayo.

Sin más, se marcha. Y yo me quedo agarrada al pomo de la puerta, con su aroma impregnado en las fosas nasales, y con el roce de su piel contra la mía aun quemándome la mejilla. Las piernas me tiemblan y siento que no puedo moverme. Odio este efecto Bosco Hungría en mí. Me digo que tengo que aprender a que este hombre me sea completamente indiferente, ya que lo tendré cerca demasiado tiempo.

39
El comunicado

El lunes a mediodía toda la prensa nacional está revolucionada. Bosco no ha dado un comunicado como el que yo pensaba, ha convocado una rueda de prensa en la que solo ha hablado él, y ha admitido que tiene un hijo de dos años llamado Nico, al cual ya ha reconocido, de una relación anterior. Pide respeto para su hijo, y, sobre todo, para la madre de Nico. Insiste en que soy alguien anónima y el niño un menor, y que nos dejen al margen de todo esto y no nos molesten.

—Joder, impresionante —murmura Julia a mi lado.

Estamos en la tienda, ella ha llegado corriendo y lo estamos viendo en su móvil.

—No esperaba algo así. Me dijo que hoy daría un comunicado, pero él… así…

—Es Bosco Hungría. Sabe hacer las cosas. Por algo lo admira tanta gente, y no solo en el campo de fútbol. Se dice que sabe hacer negocios como nadie y moverse como nadie en todos los aspectos.

Miro a Julia con expresión interrogante, ignoro que Bosco tenga más negocios aparte del Afaia.

En ese instante, entran un par de clientas en la tienda y dejamos el tema.

Cuando vamos a cerrar, tengo en la puerta de dos reporteros que me piden, con respeto y educación, si me pueden hacer unas preguntas. Yo niego con un gesto y no me paro con ellos.

Julia y yo vamos a recoger a Nico y nos siguen. Llegamos a casa a comer y continúan ahí. En un acto de desesperación, me siento acosada, llamo a Bosco y le reprocho:

—¿No se supone que tu comunicado debería haber dejado todo claro? ¿Por qué me persiguen y están aquí de nuevo? —me quejo, con los nervios a flor de piel.

—Ellos nunca tienen suficiente. Quieren declaraciones tuyas. No se las des —me advierte.

—No pensaba hacerlo.

—Te van a llegar ofertas, e incluso ofrecer mucho dinero porque cuentes cómo nos conocimos y todo.

—No lo haré —respondo de inmediato, algo ofendida.

Él guarda silencio y esto me cabrea aún más, es como si lo pusiese en duda.

—Démosle unos días. Que se cansen y asimilen que no les vas a dar nada. Solo te pido un poco de paciencia.

—Lo intentaré —digo desanimada.

—¿Cómo está Nico?

—Él no se entera de nada. Es un niño feliz.

—Eso es lo que importa. Ahora me coges un poco ocupado. ¿Hablamos más tarde? —me propone de forma educada.

—Oh, sí, perdona por llamar así de golpe —me disculpo algo avergonzada.

—Eres la madre de mi hijo. Puedes llamarme siempre que quieras. Antes las llamadas de mi agente tenían prioridad, ahora son las tuyas.

Corta la comunicación y yo no sé cómo tomarme las palabras que me acaba de decir. Nuevamente, el efecto Bosco Hungría me invade y siento que solo él sabe revolucionar todo mi ser y que me quede temblando por unas simples palabras.

La semana pasa muy lentamente, hasta el viernes, cuando la prensa se da por vencida de que no les voy a decir nada con respecto a Bosco y a mí en el pasado, se marcha de la puerta de mi casa. Lo celebro con Julia y quedo con Bosco en que finalmente, será el sábado cuando venga a recogernos a mí y a Nico y lo llevará a que vea el campo de fútbol del equipo de su padre.

Hablo con Julia y ella se quedará en la tienda. Pero luego estaremos una semana sin vernos ya que se va de viaje.

El viernes cenamos juntas y nos despedimos. Nunca nos hemos separado tanto tiempo desde que nació Nico.

—Tenemos un viaje pendiente, con todo lo del secuestro de Nico lo aplazamos y tenemos que fijar una nueva fecha —me recuerda Julia.

—Lo haremos. —Lo cierto es que me apetece perderme por unos días y pensar bien en todo lo que ha pasado desde el secuestro de mi hijo y la entrada de Bosco Hungría en nuestras vidas. Creo que aún no he tenido tiempo de asimilarlo todo.

—Diviértete en este viaje. Te deseo que encuentres el amor de nuevo —le digo a Julia de corazón.

Desde que murió Nico ha pasado por un gran duelo. Hace unos meses se ha comenzado a animar a conocer a otros chicos y darse una oportunidad en el amor. Se la merece, y yo quiero que sea muy feliz junto a un hombre que la valore y le dé todo lo que ella necesita.

El sábado muy temprano, antes de las diez, la hora que hemos acordado, Bosco se presenta en casa. Yo estoy lista, pero Nico aún duerme. Como apenas son las nueve, he decidido dejarlo dormir un poco más.

Cuando abro la puerta y veo a Bosco y que trae porras para desayunar, esbozo una sonrisa.

—Buenos días, alguien me dijo que en esta casa hay un pequeño príncipe al que le encantan las porras con azúcar.

—Has hablado con Julia —murmuro de inmediato.

—Digamos que desde que sé que Nico es mi hijo hemos retomado nuestra amistad.

—Me alegro. Hay pocas personas como Julia.

—Nico y tú tenéis mucha suerte de tenerla en vuestra vida.

—Nos ha ayudado muchísimo. Es un gran apoyo para nosotros. Es como mi hermana.

Nico se despierta, lo escucho y voy en su busca.

Cuando aparecemos en el salón y él ve a Bosco se le iluminan los ojos.

—Buenos días, campeón. ¿Le das un beso a papi? —escuchar esas palabras de Bosco y con la expresión que nos mira a su hijo y a mí hacen que se me acelere el corazón.

Nico se va a los brazos de su padre y yo los admiro embobada. Bosco le hace cosquillas y le susurra algo al oído a mi pequeño que lo hace muy feliz.

Yo permanezco observándolos. Por un lado, estoy contenta de que Nico tenga un padre, pero por otro, sé que tarde o temprano lamentaré la entrada de Bosco Hungría en nuestras vidas. No puedo evitar pensarlo a cada instante.

Desayunamos juntos, como una familia, y luego, entre Bosco y yo vestimos a Nico.

Cuando bajamos en el ascensor, le comento a Bosco:

—Vamos en mi coche —No le indico que es el de Julia, yo no tengo—, que tiene la sillita para Nico.

—Desde que tuve conocimiento de que era padre he adaptado toda mi vida a Nico —murmura sonriente.

Abre la puerta que da a la calle y veo aparcado un impresionante coche, un todoterreno en

negro lujoso, de alta gama. De inmediato sé que es de Bosco.

Abre el maletero y meto la bolsa que siempre llevo con los pañales y otra muda para Nico, y luego abre el interior del coche. En la parte trasera veo que hay una sillita de bebé. Está perfectamente colocada y puedo apreciar que es de lo mejor que existe en el mercado. Bosco pone a Nico en ella y yo tomo asiento al lado de mi hijo.

—Siempre voy con Nico detrás cuando no conduzco —le indico a Bosco al apreciar que se me queda mirando por no ocupar el asiento del copiloto. A su lado. Él conduce.

Nos ponemos en marcha y le pregunta a Nico si quiere ver los dibujos. Tanto mi hijo como yo nos sorprendemos al ver que el coche tiene integrada una pantalla para ver series.

Mentalmente me digo, más bien me reprocho, que ese es el mundo de Bosco Hungría. Un mundo lleno de lujos, el cual Nico y yo desconocemos por completo.

40
Primera salida juntos

Llegamos al campo de fútbol del Real Capital y el coche de Bosco entra directamente en un garaje interior.

Nico se ha quedado dormido. Mi pequeño en cuando entra en el coche y este se pone en movimiento se duerme.

—¿Qué hacemos? —pregunta Bosco cuando ha aparcado.

—Lo cogemos en brazos. Ya se despertará —le indico de inmediato.

Él se baja, yo desabrocho a Nico y cuando me doy cuenta Bosco ya lo tiene en sus brazos. Me indica que lo siga. Vamos hasta un ascensor y aparecemos en el lugar en el que se exhiben los trofeos ganados por el equipo a lo largo de los años.

Admiro todo con ávidos ojos. Tengo que admitir que me impresiona todo lo que veo. Nunca he estado en un campo de fútbol de verdad y tengo curiosidad por pisarlo y sentirlo de cerca.

Cuando Bosco me indica que vamos a salir al campo de juego me acerco a él y trato de despertar a mi pequeño. Tras varios intentos, lo consigo. Nico abre los ojos y me mira, le digo:

—Ya hemos llegado, cariño. Estamos en un campo de fútbol de verdad.

—¡Bien! —grita de repente mi hijo, en los brazos de su padre.

Salimos al campo y me impresiono al estar ahí. Miro todo a mi alrededor, las gradas vacías, la zona vip, los asientos de los jugadores, las porterías, el césped… Tengo que admitir que me parece más pequeño. En la televisión lo veo inmenso.

Cuando reparo en Bosco y en mi hijo, los veo a ambos en medio del campo. Nico corre por el césped detrás de un balón mientras que Bosco le da toques con el pie a otro. No sé en qué momento han salido esos balones al campo de juego. Miro a nuestro alrededor y aprecio que solo estamos nosotros.

Me dirijo hacia Bosco y Nico y veo las sonrisas que tienen pintadas en sus rostros. Ambas son iguales. Son la viva imagen de la felicidad, la misma que yo estoy sintiendo al verlos a ambos.

Bosco comienza a correr con el balón, Nico va detrás, juegan juntos, su padre simula una caiga y Nico se tira encima de él y ambos ruedan por el césped abrazados, riendo a carcajadas limpias.

Mi corazón está a punto de explotar de emoción.

Luego, Nico le pide a su padre que quiere chutar. Bosco lo lleva hasta la portería y comienzan a meterse goles, intercambiándose. Yo, cerca de ellos, no puedo menos que admirarlos. Son una imagen maravillosa. Ambos sonríen y están tan contentos que me hacen emocionarme. Con disimulo, me aparto unas lágrimas de mis ojos que no pudo evitar que broten.

—Mami, ahora tú —grita Nico.

—No, no. Yo no soy muy buena. Mejor juega con Bosco. Con tu papá —rectifico de inmediato.

—Vamos, ven. —Bosco se acerca a mí, me toma por la cintura con ambas manos y me guía delante de él hasta la portería.

Cuando me sitúo allí y miro todo el campo siento vértigo, me imagino los escasos partidos de fútbol que he visto con atención y siento la responsabilidad que debe de tener el portero en un partido importante.

Mi hijo se prepara y chuta con todas sus fuerzas. Bosco le aplaude y lo alienta a que lo haga

de nuevo. Le indica un par de cosas y mi niño hace lo que dice su padre. Dejo que me meta el gol, y Nico se vuelve loco de felicidad.

Recorremos el campo entero, nos sentamos en las gradas y alguien nos trae unas patatas con refrescos y agua para Nico. Lo cierto es que lo hemos pasado muy bien. Cuando miro el reloj son casi las dos de la tarde.

—Vamos a casa, nos esperan —anuncia Bosco con naturalidad observando la hora en su reloj.

—¿Nos esperan? —pregunto con asombro—. ¿Quién? —inquiero con asombro.

—Mi familia —revela con naturalidad—. Están deseando conocer a mi hijo.

Me quedo como si me hubiesen echado un jarro de agua fría. No contaba con ello cuando me propuso que fuésemos a su casa. No estoy preparada para conocer a la prometida de Bosco y futura madrastra de Nico. Lo miro con mal gesto ya que creo que me ha puesto una trampa y yo he caído como toda una novata.

—Creo que lo mejor será que lo dejemos para otro día. Nico tiene que comer y está cansado. Suele dormir una siesta de casi dos horas después de comer. —Trato de deshacer sus planes.

—Por favor, no le rompas el corazón a unos abuelos que no duermen desde que saben que tienen un nieto. Los he frenado para que no se presentasen en tu casa desde el primer día, pero te juro que ya no aguantan más.

—¿Abuelos? —pregunto descolocada, ni había pensado en esa posibilidad.

—Sí, mis padres. También tengo un hermano, pero Rodrigo está lejos en estos momentos.

—¿Solo estarán tus padres? —pregunto con miedo—. No quiero que Nico se asuste si ve a mucha gente de golpe que no conoce —trato de justificar mi pregunta anterior.

—Mis padres y Pepa y Julián. Pepa es la encargada de tener mi casa en orden, y Julián, su marido, es el encargado del jardín y esas cosas de la casa que ella no abarca. Son de confianza. No te preocupes. Yo los quiero como si fuesen de mi familia. Llevan a mi lado casi nueve años.

—Está bien —termino aceptando, aunque me queda la duda de si estará su prometida. No la ha nombrado, y, a mí, no me ha parecido preguntar por ella. Aunque debería interesarme por conocer y saber cómo es la mujer con la que mi hijo llegará a convivir cuando su padre se case con ella y él esté con ellos.

Volvemos al coche y Nico se queda dormido de nuevo en cuanto Bosco arranca. En el trayecto hasta su casa, Bosco me explica que vive a las afueras de Madrid en una urbanización privada. A aquel lugar no tienen acceso los periodistas. Me gusta ese dato.

Cuando entramos en la urbanización observo un montón de casas de película, nunca había visto tan de cerca unas mansiones como esas. Me come la curiosidad por ver cuál es la de Bosco. Ignoro si vive con sus padres, no se lo he preguntado, solo sé que estarán ahí para conocer a su nieto. De repente, una duda asalta mi mente.

—Bosco… ¿qué saben tus padres de mí? —Él me mira por el espejo retrovisor del interior del coche y ve mi cara de agobio.

—Que eres la madre de mi hijo —murmura con naturalidad.

—Ya, eso es obvio, pero…

—Alba, he estado con muchas mujeres en mi vida. Algunas de las que ni me acuerdo. Te aseguro que cuando le dije a mis padres que tenía un hijo no se sorprendieron. No te van a someter a un tercer grado, no es su estilo. Son muy normales.

Sus palabras no consiguen aplacar mis nervios, pero el hecho de que me asegure que no me van a someter a un interrogatorio me tranquiliza un poco.

Bosco para el coche delante de una puerta de hierro enorme y esta comienza a abrirse. Hemos

llegado a su casa. Cuando entramos dentro mis ojos no pueden creer lo que ven. La casa es inmensamente grande. De dos plantas, con jardines a los que no les veo un fin. Todo es precioso. Lo miro y me pregunto, ¿pero cuánto dinero tiene este hombre? Apenas tiene veintisiete años. Cuando entramos en el garaje y veo cinco coches me asusto, al instante pienso en toda la gente que debe haber en esa casa.

—Todos estos coches son míos —anuncia Bosco de golpe, como si me hubiese leído la mente.

—¿Y para qué quieres tantos? —No puedo evitar la pregunta. No entiendo de coches, pero salta a la vista que son todos vehículos de alta gama.

—Me gustan, algunos son sueños cumplidos, otros regalos y otros caprichos.

—Madre mía —murmuro, agobiada.

En esta ocasión, no dejo que Bosco coja a Nico en sus brazos. Me adelanto y lo saco yo del coche. Siento que necesito la protección de mi hijo para enfrentarme a la familia y al mundo que rodea a Bosco Hungría.

41
Una gran familia

Entramos en la casa, Bosco nos guía. Va delante, y cuando mis ojos aprecian las dimensiones del recibidor se agrandan. Es mayor que toda mi casa. De inmediato, Bosco me lleva hasta el salón para que pueda dejar a Nico en el sofá y me deshaga de su peso. Lo cierto es que es muy atento, siempre lo siento preocupado e intentando que yo esté bien.

Me indica dónde puedo dejar a Nico. Lo suelto con cuidado en el enorme sofá gris perla que está en medio del salón, pero yo no me aparto de mi hijo. Me siento a su lado y lo protejo.

Voy a avisar a mis padres, deben de estar en la zona del porche de la piscina, como hace buen tiempo, decidieron hacer la comida ahí.

Yo asiento y Bosco nos deja solos. Agradezco ese momento para recuperarme de la impresión de entrar en su casa y comprobar que, ni por asomo, me la hubiese imaginado. Es lujosa y moderna a la vez. Me gusta el estilo, sin embargo, en un simple vistazo, aprecio que es una casa vacía. No existe ni una sola foto en familia ni nada personal que identifique su hogar con él, al menos, en aquella estancia.

Miro a mi alrededor e intento imaginar el resto de la casa, pero en ese instante oigo varios pasos y un murmullo de personas que se acercan. Me centro en Nico, intento despertarlo como una cobarde. Necesito que sea él quién centre la atención de todas las personas que vienen hacia nosotros.

Antes de que mi hijo abra los ojos, Bosco aparece con cuatro personas más. Todos se quedan mirándome y luego lo hacen con el niño. Una mujer rubia, que intuyo es la madre de Bosco, se lleva las manos a la boca y comienza a llorar. Se queda a unos pasos prudente de nosotros mientras observa a Nico. Un hombre la abraza, también emocionado.

—Vuestro nieto —murmura Bosco con la mirada clavada en su hijo.

—Es igualito a ti cuando eras pequeño —dice el hombre que intuyo es el abuelo de mi hijo.

—Alba, ellos son mis madres. Marisa y Luis. —Yo les sonrío sin saber cómo comportarme con ellos.

Afortunadamente, mi hijo salva la complicada situación. Se despierta de golpe, se coloca de pie en el sofá algo sobresaltado y mira a su alrededor. Cuando aprecia que es un entorno que desconoce y también lo son las personas, se asusta un poco. De inmediato, se abraza a mí.

Bosco nota la timidez del niño por el momento que vive, se sienta a nuestro lado y le susurra:

—Campeón, estamos en mi casa. Tengo un jardín muy grande para jugar al fútbol y una piscina. ¿Quieres verla?

Nico mira a Bosco y la expresión de sus ojos se ilumina. Le tira los brazos y se va con él, que lo coge con una sonrisa maravillosa, le da un beso, se pone en pie y da unos pasos hacia sus padres.

—Nico, ellos son mis padres. Tus abuelitos.

Yo permanezco sentada en el sofá, incapaz de tomar cartas en el asunto.

Nico les sonríe a los padres de Bosco y finalmente, cuando él le susurra algo al oído que no logro escuchar, mi hijo les da un beso a sus abuelos.

—Y ellos son Pepa y Julián. Viven en esta casa y trabajan para mí —los presenta Bosco, más bien a mí.

Yo les dirijo una mirada y les sonrío.

—Nico es precioso —murmura la madre de Bosco. Se acerca a mí y me extiende la mano. Yo la tomo de inmediato y ella me da un beso en la mejilla.

La miro con temor, pero los ojos de esa mujer me calman. Tiene una mirada limpia y serena.

Unos instantes posteriores es el padre de Bosco quién viene a mí y me da un beso.

Siento que me aceptan y que no me miran con reproches por haberles ocultado la existencia de Nico por dos años. Ignoro qué sea lo que Bosco les haya dicho, pero me siento tranquila en un primer momento. Parecen personas normales. No pijos o snobs que me miren con lupa o me juzguen de buenas a primera sin derecho alguno.

—Vamos al jardín —anuncia Bosco.

Todos nos encaminamos en dirección a este. Bosco se sitúa a mi lado y me susurra:

—Luego te enseño toda la casa. Empecemos por lo más maravilloso. El espacio exterior. Fue lo que me convenció para comprar esta propiedad.

—Es inmensa —admiro, paseando la mirada a mi alrededor.

Salimos al exterior y, cuando mis ojos ven el gran jardín, tan bien cuidado, la enorme piscina y un gran espacio de césped con dos porterías, siento que estoy en un sueño.

Luego nos dirigimos a un porche, subimos unas pequeñas escalinatas y una gran mesa llena de comida nos espera.

—Ha cocinado mi madre —anuncia Bosco.

Yo la miro y le sonrío, en señal de agradecimiento. Admiro la mesa y todo se ve muy rico.

—Tengo hambre, mami —dice mi pequeño desde los brazos de su padre.

—Pues a comer —anuncia el abuelo de mi hijo.

Bosco sienta a Nico en una trona que ya está colocada en un lugar de la mesa y yo lo miro agradeciéndole el detalle.

—Ya te dije que tengo todo lo necesario para él —me indica con un guiño del ojo y una sonrisa maravillosa.

—Por favor, Alba, toma asiento —dice la madre de Bosco.

Lo hago al lado de mi hijo. Bosco se sienta al otro lado del niño. La madre y el padre de Bosco se sientan enfrente y Papa y Julián en los extremos de la mesa.

No puedo evitar cierta incomodidad al ver las miradas de todos posadas sobre mí. Nico me ha pedido quesito y patatas fritas. Se lo come con ganas, como todo. Mi pequeño tiene muy buena boca.

—He hecho pollo en salsa. ¿Le gustará al niño? —pregunta la madre de Bosco—. Era la comida preferida de mi hijo cuando pequeño.

—Le encanta.

Pepa comienza a servir en los platos. Yo apenas tengo hambre. Tengo un gran nudo en el estómago que dudo me deje pasar algo de comida.

Nico se come el pollo que le pongo desmenuzado, bajo la atenta mirada de todos, que lo admiran comer. A sus abuelos se les cae la baba. Deduzco que es su primer nieto. Ignoro si el hermano de Bosco tiene hijos o no, pero la mirada de aquellos abuelos me hace pensar que Nico es el primero en robarles el corazón. En realidad, mi hijo se lo roba a todo el mundo que lo conoce. Es tan especial…

—Es maravilloso —murmura su abuelo sin dejar de mirarlo.

El resto apenas hemos comido, todos estamos pendientes a Nico, a él no parece importarle. Está centrado en la exquisita comida.

Cuando termina con todo el plato, dice:

—Y ahora, natillas. —Hace un gesto con las manos y la cara que provoca fuertes carcajadas

en todos nosotros.

—No perdona el postre. Le encantan los yogurts y natillas —les digo al resto de la mesa.

—Hay de todo en la nevera —dice Pepa.

—¿Quieres venir conmigo a coger una? —le propone su abuela.

Nico ni se lo piensa. Cuando se trata de comida se hace amigo de quien sea.

Su abuela lo saca de la trona, lo pone en el suelo y le da la mano. Los veo adentrarse en la casa juntos. Mi hijo va hablando con ella como si la conociese de siempre.

—Es muy sociable —murmura el padre de Bosco.

—Sí.

—Como su padre —comenta Bosco a modo de broma.

—Se parece mucho a ti —dice Pepa. Su marido asiente, está de acuerdo con ella.

—No has comido mucho —me indica Bosco con la mirada en mi plato. El suyo está vacío. He comprobado que tiene una gran habilidad para comer, hablar y prestar atención de su hijo.

—Estaba todo muy bueno, pero no suelo comer tanto —me disculpo.

—Las mujeres nos cuidamos —murmura Pepa—. Eres muy guapa y tienes un tipazo —me indica la mujer.

—Gracias.

Por suerte, cuando todos me miran, Nico vuelve con una natilla y la cuchara que le ha dado su abuela en la mano, muy contento. Su padre lo sienta en sus piernas y se encarga de darle el postre mientras la madre de Bosco parte una rica tarta de queso que también ha hecho ella.

Tras la comida, Bosco propone enseñarme toda la casa.

—Podemos empezar por la habitación de Nico. Tiene muchos regalos en ella —dice su abuela.

La miro preguntándome, ¿Nico ya tiene una habitación en esta casa?

—Ya te dije que en cuanto supe que era padre adapté toda mi vida a la de un niño de dos años —me indica Bosco.

Yo tomo aire e intento no aparentar el desconcierto que siento. Los admiro a todos mientras que compruebo que son una gran familia. Los padres de Bosco se ven muy unidos, la conexión con su hijo me gusta y el matrimonio formado por Pepa y Julián es muy amable. Al menos, he tenido suerte de que sean personas normales y corrientes.

42
Impresionada

Cuando llegamos a la habitación de Nico tengo que reprimir emitir un sonoro grito. Es enorme y está decorada como las que veo en las revistas. Tiene una cuna blanca, una cama, un sofá, un gran armario y una alfombra redonda en el centro del cuarto. Todo huele a nuevo. La habitación está decorada en tonos blanco y gris. Es maravillosa.

También hay muchos juguetes y peluches. Algunos están en cajas aún. Nico se vuelve loco cuando lo ve todo. De inmediato, comienza a coger las cosas. Su padre se sienta en el suelo con él y lo ayuda a abrir y desembalar lo que más le gusta, que resulta ser una portería y un balón. El resto reímos admirándolos a ambos. Las caras de felicidad de Marisa y Luis viendo a su hijo y a su nieto son indescriptibles. Se me saltan las lágrimas y siento que Nico es muy afortunado de tenerlos.

Al cabo de un rato, los padres de Bosco se retiran con la excusa de que van a preparar café. Nos quedamos solos y yo tomo asiento en el sofá. Vuelvo a admirar la habitación entera con detenimiento.

—Inspecciónalo todo y dime si falta algo. El armario está lleno de ropa, pañales, cremas, colonias… —me indica Bosco.

—Has pensado en todo —murmuro con admiración.

—Bueno, no lo hice yo. Lo encargué a unos expertos —confiesa.

—Es una habitación maravillosa —comento con nostalgia de que yo no le haya podido dar una así a mi hijo.

—Escogí la mejor de la casa, con la orientación más adecuada y la zona más soleada.

—Quiero jugar —le implora Nico a su padre, con la portería en la mano, no pesa mucho, y el balón en la otra.

Bosco me mira disculpándose.

—¿Dejamos el recorrido del resto de la casa para luego? Me parece que este pequeño no tendrá paciencia para esperar.

Yo le sonrío a Bosco y asiento.

Volvemos al jardín y padre e hijo se ponen a jugar en el césped. Yo me siento en unos sillones con una mesa baja donde está servido el café y los padres de Bosco, Pepa y Julián nos esperan.

Acepto un café mientras mi hijo juega con su padre y ninguno perdemos los movimientos de ambos. Al rato, el padre de Bosco y Julián se unen al partido. Marisa, Pepa y yo los admiramos.

Nico viene a mí a pedirme agua y tras tomarla, me pide que lo coja en brazos. Sé que mi pobre niño no da más de sí. Necesita su siesta. Se acurruca en mi pecho y en menos de dos minutos está dormido.

—¿Lo llevamos a su cuna? Ambos estaréis más cómodos —me indica Bosco.

Acepto. Él lo coge de mis brazos y lo llevamos a su habitación.

Admiramos a nuestro niño dormido, en su cuna, y, tras un tenso silencio, Bosco propone:

—¿Te enseño, ahora sí, el resto de la casa?

—Me parece bien. —Tengo curiosidad por conocer su hogar al completo.

—Toma, llévate esto. —Me entrega el monitor de la cámara que vigila a Nico.

Lo miro y siento que ha pensado en todo, algo que me enorgullece y por otro lado me hace sentir miedo.

Estamos en la planta superior de la vivienda, donde está la habitación de mi hijo, al lado y primera que visitamos es la de Bosco. Siento cierta incomodidad al entrar en su cuarto. Es enorme, al fondo diviso un baño privado y un vestidor, a los cuales no entramos. Luego pasamos a la habitación de sus padres.

—¿Viven aquí? —pregunto. Algo que me dejaría más tranquila cuando en un futuro Nico pase algunos días con su padre.

—No. Ellos casi siempre están en mi finca de Jerez. Cuando vienen a Madrid se quedan en el ático del centro. Pepa y Julián sí viven aquí, pero no en esta casa, habrás observado en el jardín, al fondo de la piscina, una pequeña casita, allí viven ellos.

Continuamos por la parte superior de la casa, me enseña una habitación más, la cual me indica que es de su hermano, descubro que tiene una sala de juegos. Habitación que Nico no ha visto aún y le va a encantar cuando la vea. Luego me muestra tres habitaciones más, de invitados. Todas muy espaciosas y con un gusto exquisito en la decoración.

Bajamos a la planta de abajo por una enorme escalera y me muestra el gran salón, un comedor para doce comensales, una cocina gigante, un baño de invitados y otras dos habitaciones de invitados, y luego pasamos a su zona personal, como Bosco me indica. Su despacho, un gimnasio equipado con todo tipo de máquinas, enorme, y con cristaleras hacia el jardín y la piscina, y de ahí pasamos a una piscina cubierta, con sauna y jacuzzi.

Estoy impresionada, sin habla. Nunca imagine una casa como aquella. Debe de costar una fortuna.

—¿Qué te parece todo? —pregunta con interés.

—Espectacular. Es una casa inmensa. Si tuviese que volver a la habitación de Nico creo que me perdería —bromeo.

—En una puerta del pasillo de la planta baja existe un ascensor, llegarías antes —me indica, sonriente.

—Supongo que es una casa adecuada a un deportista como tú.

—La compré hace un año. Reúne todo lo que necesito.

—¿Tu prometida vive aquí contigo? —pregunto armada de curiosidad.

Hasta el momento no hemos hablado de nuestras vidas personales, pero considero que no tiene que ser un tema tabú. Es normal que necesite saber sobre la futura madrastra de mi hijo.

—No —responde de inmediato. Se remueve algo incómodo a mi alrededor con las manos mentidas en los bolsillos del pantalón.

—No es que quiera meterme en tu vida personal, es solo por Nico. Sé por la prensa que te casas en un mes.

Bosco solo asiente a mi comentario.

—¿Tienes pareja? ¿Algún hombre ocupa tu corazón? —pregunta de forma directa,

clavando sus ojos en los míos.

—No —respondo sin apenas pensar.

—Desde que Nico nació… —duda y se para antes de seguir planteando lo que tiene en mente, lo miro nerviosa—. ¿Has tenido alguna pareja en la que haya podido ver reflejada la figura paterna? —plantea de forma educada.

—No. Desde que Nico nació él ha sido mi prioridad —digo algo brusca.

—Disculpa. Quizá no debí preguntar. —Me mira y aprecio cierto brillo en sus ojos y una media sonrisa que trata de esconder.

—No te preocupes —le indico, me reprendo que yo he empezado esta conversación—, como padres de Nico creo que debemos saber sobre la pareja del otro. Al fin y al cabo, es por el bien

del niño —excuso.

—Tamara tiene ganas de conocerlo, pero le he dicho que espere un poco. Nico primero tiene que acostumbrarse a mí.

—¿Cómo se ha tomado la noticia? —intento averiguar.

—Ella no era mi pareja cuando nuestro hijo se concibió. Le ha sorprendido, como a mí, pero es todo. Nico es y será siempre parte de mi vida y quién esté conmigo tendrá que aceptarlo.

—Intuyo, por tu respuesta anterior, que no tienes pareja en estos momentos —insiste Bosco.

—No.

Se da por satisfecho con mi negación y volvemos al jardín con sus padres.

Nico duerme una siesta de dos horas, las cuales pasamos en el jardín mientras Marisa y Luis reviven los momentos en que Bosco era pequeño y cómo se convirtió en un gran jugador. Me gusta escucharlos. Son tan simples y naturales que me alegro de que mi hijo tenga esos abuelos, además son muy jóvenes.

Cuando Nico se despierta es media tarde, merendamos y hace calor, más aún después de volver a jugar con su padre al fútbol por el césped.

Mientras hablamos, aprecio que Nico no está cerca de ninguno de nosotros. Lo busco de inmediato con la mirada y algo dentro de mí me alerta. Cuando lo diviso en el borde de la piscina emito un sonoro grito y comienzo a correr hacia él.

En el transcurso de mi recorrido por el extenso césped veo cómo mi hijo cae al agua. Siento una gran opresión en el pecho, intento correr más rápido, pero las piernas me tiemblan de miedo y me lo impiden.

Ante mis ojos veo pasar a Bosco, como un rayo, que se tira de cabeza a la piscina.

43
Una noche inesperada

Cuando llego al borde de la piscina veo a Bosco con mi hijo en sus brazos. Ambos empapados, pero, para mi gran sorpresa, Nico ríe abrazado al cuello de su padre.

Yo me siento en el bordillo, las piernas me fallan y el corazón está a punto se salírseme por la boca del susto. Los padres de Bosco, junto con Pepa y Julián llegan detrás de mí.

Todos apreciamos que Nico está bien. Solo ha sido un susto.

Bosco y mi hijo se acercan a mí sin salir de la piscina. Esa parte no es muy honda. El agua le llega a Bosco por la cintura.

—Está bien —susurra el padre de mi hijo cuando se acerca a mi lado.

Yo cojo a Nico de inmediato de sus brazos, sin importarme que me empape, y lo abrazo.

—No puedes acercarte tú solo a la piscina —le reprendo a mi pequeño sin separarlo de mi pecho, mientras le acaricio la cabeza y le doy besos. He sentido tanto miedo…

—Ha sido culpa mía. Debí instalar una valla alrededor de la piscina para proteger a Nico —dice Bosco, lo siento enfadado consigo mismo. Mira a Julián y le ordena—: Haz que pongan una mañana mismo.

El hombre y Pepa desaparecen al instante. La madre y el padre de Bosco nos traen unas toallas. Yo envuelvo a mi hijo en una de ellas y cuando Bosco sale de la piscina siento que me echan por los hombros una toalla. Lo hace él. Yo continúo sentada con Nico, abrazada a él, en el borde de la piscina. Siento que no me puedo levantar.

—Será mejor que vayamos dentro —propone la madre de Bosco.

—Tenéis que cambiaros —dice el abuelo de mi hijo.

Bosco mira mi cara y me pregunta preocupado:

—¿Estás bien? —Asiento, pero le miento.

El padre de Bosco coge a Nico de mis brazos y Bosco me ayuda a levantarme. Acepto sus manos y cuando noto su contacto él siente que las manos y todo mi cuerpo me tiembla. Camino un par de pasos y siento que las piernas me fallan. Sin pensarlo, él me toma en brazos y yo protesto de inmediato. No puedo permitir que Bosco me lleve cargada.

—No estás bien. Cámbiate y tómate algo para relajarte. Te sentirás mejor —me indica sin soltarme.

Me siento incómoda pegada a su pecho y sintiendo sus manos alrededor de mis piernas y mi cintura.

Bosco entra en la casa sin importarle ponerlo todo perdido. Sube las escaleras conmigo como si cargase una pluma y cuando veo que entramos en su habitación me quiero morir. Deja la puerta abierta y detrás llega Pepa.

—La señora Marisa se está encargando de bañar y cambiar al pequeño, junto con el abuelo —anuncia Pepa.

—Trae algo de ropa para Alba —le pide Bosco.

Pepa sale de la habitación y Bosco me lleva hasta el baño. Cuando entro, mis ojos se engrandecen. Tiene una bañera que parece una piscina, y una ducha más grande que toda mi cocina.

Me siento en los escalones que hay antes de entrar en la enorme bañera mientras Bosco se mueve por el baño.

—Date una ducha y cámbiate de ropa. Pepa te traerá algo seco de inmediato. —Lo miro desconcertada, muda—. Yo cogeré algo de ropa y me daré un baño en el cuarto de invitados.

—Podía haber usado yo ese —murmuro con la voz cortada. No me siento bien invadiendo el espacio personal de Bosco Hungría.

—Aquí estarás mejor —zanja de golpe—. Te dejo para que te cambies.

Desaparece de mi vista y yo suspiro. Miro todo el lujo que tengo a mi alrededor y me siento abrumada.

Me meto en la ducha, no me siento cómoda en un baño tan espacioso. Estoy acostumbrada al mío que es muy pequeño. No quiero ni pensar qué opinaría Bosco de él cuando entró en mi casa.

Salgo a la habitación envuelta en una toalla, grande y suave, cuando la toco, me encanta su tacto. No quiero ni pensar cuánto costará. En la habitación de Bosco me encuentro con Pepa.

—Aquí tiene señorita, algo de ropa. Es nueva. En esta casa siempre hay ropa nueva —me indica con amabilidad.

Miro encima de la cama y encuentro unos vaqueros, una camiseta y ropa interior.

—Gracias.

La mujer me deja sola y yo me dispongo a vestirme. Cuando me fijo en la lencería, compruebo que es de una marca muy conocida, y muy cara. Julia tiene algo de ellos por alguna colaboración y porque se lo han regalado. Luego miro los vaqueros y la camiseta y ambos son de marca también. Me las coloco mientras que la tomo solo como un préstamo.

Salgo de la habitación en busca de mi hijo, escucho risas y me dirijo hacia la habitación de Nico. Lo observo desde la puerta, tiene puesta la ropa del equipo de su padre.

Su abuela y su abuelo lo admiran mientras que juega con Bosco.

Yo me adentro en la habitación y cuando lo hago todos se me quedan mirando. Miro mi ropa, por si he olvidado ponerme algo y no veo nada raro.

—Estás guapísima con el pelo mojado, pero podrías habértelo secado —me indica la madre de Bosco con cariño.

Lo cierto es que ni he reparado en ello. Estoy acostumbrada a no secarme el pelo, ya que no tengo tiempo nunca.

—No se preocupe, es tarde y nos tenemos que ir.

Son las nueve de la noche y aún tenemos que volver a Toledo. Me sabe muy mal que Bosco tenga que llevarnos y traernos.

—Nosotros también nos vamos, hijo —anuncia el padre de Bosco—. Hemos quedado para cenar con unos amigos, y luego nos quedaremos en el ático para estar más cerca del centro, mañana también tenemos cosas que hacer por allí.

Marisa y Luis se despiden de nosotros con besos y abrazos a todos y se marchan.

—Quedaos a dormir esta noche aquí —me propone Bosco con una mirada fija sobre mí.

—Oh, no creo que…

—Es tarde. Te has llevado un susto de muerte con lo de Nico y me quedaré más tranquilo si os tengo cerca, por lo que pueda pasar. En Toledo estáis solos. Julia se ha ido de viaje.

—No queremos molestarte, igual tienes planes…

—No es molestia alguna. Por favor. Mañana os llevaré a casa. Yo también estoy cansado del día de hoy y me encantaría cenar con vosotros, relajados después del día tan intenso de hoy.

—Está bien —acepto por varios motivos.

—Estupendo, voy a avisar a Pepa de que os quedáis para que te prepare una habitación de invitados y algo de cena para los tres —anuncia muy contento.

Lo cierto es que no me imaginaba a Bosco Hungría pasando un sábado por la noche en casa,

y, sobre todo, siendo el dueño de la discoteca más famosa de Madrid y teniendo una prometida, pero quién soy yo para decir nada.

Cenamos en el salón, frente a la televisión, más bien yo la catalogaría de pantalla de cine, viendo los dibujos preferidos de Nico y comiendo una riquísima pizza casera que nos ha elaborado Pepa.

Nico se queda dormido en mis brazos antes de que Bosco y yo terminemos de cenar. Estamos sentados de cualquier forma en la alfombra de su salón. Me ha encantado esta cena tan íntima e informal entre los tres en la que compruebo, una vez más, que Bosco Hungría es un tío encantador. No solo es guapísimo y tiene un cuerpo espectacular, es divertido, risueño e ingenioso. Un conquistador.

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no sonreírle como una boba ni que note que me gusta tanto como al resto de mujeres del universo. Para él solo soy la madre de su hijo, el cual es producto de una sola noche. Un hombre como Bosco jamás se fijaría en alguien como yo. Además, está prometido y en menos de un mes estará casado.

—Será mejor que lo llevemos a su cuarto. Estará más cómodo —propone Bosco.

—Si no te importa, prefiero que esta noche duerma conmigo. No conoce aún la habitación y no quiero que se lleve otro susto si se despierta en un lugar desconocido.

—Está bien.

Bosco se levanta con Nico en sus brazos y vamos hasta la habitación de invitados. La escogida es la que está justo al lado de la suya. Entra y deja a Nico en la cama.

—Gracias por todo, sobre todo por lanzarte a la piscina como un rayo en cuanto Nico se cayó.

—También es mi hijo. Daría mi vida por él —murmura en voz baja, cerca de mí.

Su proximidad me altera. No puedo evitarlo. Cuando voy a alejarme de él me lo impide. Me toma con ambas manos por la cintura y me obliga a mirarlo y permanecer cerca de él.

—Solo quiero que sepas, pese a la reputación que me precede, que no fuiste una más. La noche que pasamos juntos ha permanecido en mi recuerdo. Y ahora eres, y siempre serás, la madre de mi hijo. Ese lugar es solo tuyo. Eres la única mujer con exclusividad en mi vida ya que me has dado lo más importante que ahora mismo tengo en ella.

Me acaricia el mentón con mimo y yo tiemblo entre sus brazos. Se inclina hacia mí, me da un beso en la mejilla y se queda ahí más tiempo del necesario. Lo escucho suspirar, se retira, me mira a los ojos y se marcha.

—Buenas noches, Alba Serrano —murmura antes de cerrar la puerta de la habitación.

De inmediato, hasta vestida, me meto en la cama con mi hijo y lo abrazo con el corazón a punto de salírseme del pecho.

—Las vueltas que da la vida, quién te iba a decir que terminarías durmiendo en casa de Bosco —murmuro para mí misma antes de cerrar los ojos.

44
La novia de papá

Nico duerme durante toda la noche a mi lado sin despertarse. Yo doy varias vueltas en la cama, pero consigo descansar. Tengo que admitir que el colchón, la almohada y las sábanas son las mejores en las que he dormido nunca.

Mi hijo me toca la cara y me dice:

—Mamá, ya es de día. —Son los mejores buenos días que puede recibir una madre. Cuando lo ves ahí a tu lado, mirándote con esos ojos azules que te comerías a besos. Y es lo que hago.

Mi pequeño mira toda la habitación donde estamos, pero como estoy a su lado, no se extraña. Me abraza y me dice:

—Quiero un batido de chocolate.

Yo estallo en carcajadas y le susurro que tenemos que esperar un poco.

Apenas son las nueve de la mañana de un domingo. Me da apuro bajar a la cocina y coger de ella cosas como si fuese mi casa. Por supuesto, tampoco voy a ir a despertar a Bosco.

Pasados unos minutos, Nico no se calla, siempre tiene algo que decir, tocan a la puerta de la habitación. Mi hijo se asusta y se refugia en mis brazos. Aún estamos en la cama.

—Adelante —digo, sin salir de la cama, solo me coloco bien.

Cuando Bosco asoma la cabeza con cuidado por la puerta Nico grita de alegría.

—Ven a jugar a saltar —invita a su padre. Y comienza a dar saltos en la cama.

Bosco entra con una sonrisa y se sienta en los pies de la cama mientras admira a su hijo dando saltos.

—Nico, cariño, ya está bien —le reprendo.

—No te preocupes, que salte todo lo que quiera —dice Bosco, animándolo.

—Le encanta saltar en la cama y en el sofá, yo no le dejo que lo haga mucho.

—Pues si a mi hijo le gusta saltar hoy mismo tendrá una cama elástica montada en el jardín. ¿Podéis quedaros hasta esta tarde? —pregunta mientras hace una llamada de teléfono.

Yo miro a Bosco desconcertada.

—No puedes darle a Nico todos los caprichos —le susurro.

—Sí puedo —contraataca con una enorme sonrisa.

Escucho que le pide a quién esté al otro lado del teléfono:

—Quiero una cama elástica de niño, con protección, montada en mi jardín en menos de dos horas. Es para mi hijo. Perfecto.

—Verás qué bien lo vamos a pasar hoy, campeón —anuncia Bosco. Coge a Nico en sus brazos y le da besos mientras le hace cosquillas. Ambos ruedan por la cama bajo mi atenta mirada.

—Vamos a saltar —incita Nico a su padre.

Yo voy a reprender a mi hijo, pero Bosco no me da lugar. Se coloca en pie en la cama, le da la mano al niño y comienzan a saltar.

—Mami, tú también —pide mi pequeño.

Yo los observo desde fuera de la cama, de pie, niego con un gesto de la cabeza.

—Vamos, mami, sube con nosotros —dice Bosco.

Cuando escucho que me llama *mami* algo dentro de mí se revoluciona. La voz de Bosco es especial y cuando pronuncia determinadas cosas pone un énfasis único que hace que algo se

active dentro de mí.

Bosco me extiende la mano para que suba junto a ellos y sin pensarlo lo hago. Los tres comenzamos a saltar encima de la cama mientras Nico grita de emoción y nosotros reímos al ver a nuestro hijo así de feliz.

De repente, la puerta de la habitación se abre de golpe y entra una mujer. La reconozco de inmediato. Es Tamara, la prometida de Bosco. Me quiero morir en ese instante. De inmediato, pongo los pies en el suelo y la miro.

Ella se coloca a los pies de la cama y pone las manos sobre su cintura. Trae cara de pocos amigos. Yo me revuelo el pelo y no sé dónde meterme.

—Ya veo que tenéis una fiesta montada —murmura en tono mordaz—. ¿Esta era tu razón para dejarme tirada en la fiesta de anoche? —le pregunta en tono de reproche a Bosco—. Teníamos confirmada nuestra asistencia juntos desde hace un mes —enfatiza alzando un poco la voz. A Nico a y a mí nos dirige una mirada como si fuésemos basura.

—Tamara… ¿podemos hablar esto en privado? —le ruega Bosco con delicadeza. Yo observo que está haciendo grandes esfuerzos por controlarle. El niño nos mira a los tres con atención.

Bosco coge a Nico en brazos y comienza a acercarse a ella.

—En privado… —murmura y luego se queda pensativa—. Hoy soy el hazme reír de todos en la prensa —estalla alzando la voz—. Muy bonito el día de ayer los tres juntos en el campo de fútbol —le recrimina con dureza, sin importarle nada.

Me acerco a Bosco y le quito a Nico de los brazos. No quiero que mi hijo presencie aquello.

—Será mejor que nos vayamos —murmuro.

—No —dice Bosco alto y claro, mientras taladra a Tamara con los ojos—. Bajad a la cocina a desayunar con Pepa. En unos minutos me reúno con vosotros. Tamara y yo tenemos un asunto que arreglar en privado —dice entre dientes.

Sin decir nada, salgo de aquella habitación y me dirijo a la cocina. Lo que en realidad quiero es marcharme de aquella casa. Lo haremos en cuanto Nico desayune y lo cambie de ropa.

Cuando entramos en la cocina, Pepa y Julián nos reciben con una enorme sonrisa y un suculento desayuno servido en la mesa, al cual ni yo ni mi pequeño nos podemos negar.

El matrimonio no pregunta por Bosco, ni se hace alusión a la llegada de Tamara. Nos centramos en mi pequeño, que acapara toda nuestra atención con sus ocurrencias y chachara.

Bosco aparece, algo serio, en la cocina pasada media hora. Viene solo. Yo lo miro intranquila por lo sucedido, pero él le resta importancia con una medio sonrisa. Se sienta al lado de su hijo y comienza a relatarle que en una hora o así tendrá montada una cama elástica en el jardín en la que podrá saltar todo lo que quiera.

—¿No es mejor que nos vayamos? Puedo coger un taxi o lo que sea —le propongo a Bosco.

Él me mira como si le hubiese dicho la barbaridad más grande del mundo.

—No existe nada ni nadie antes que mi hijo —me dice serio y rotundo, como queriéndomelo dejar claro—. Me he perdido dos años de su existencia y no voy a desperdiciar ni un minuto más junto a él. —Estas últimas palabras las siento como un reproche.

Me quedo en silencio y no digo nada más. Bebo de la taza de café que tengo delante y de reojo veo como Pepa suspira. Luego Bosco comienza a decirle cosas a su hijo y el ambiente se relaja, hasta terminar en risas.

Una hora después Nico es el niño más feliz del mundo cuando salimos al jardín y ve una cama elástica ahí. Es redonda, muy grande, y tiene red de protección. Pasa el resto de la mañana jugando con su padre mientras yo los observo desde lejos.

No se me que quita del pensamiento Tamara. No me ha gustado nada esa mujer, cómo me miró a mí y a mi hijo. Tampoco esperaba dos besos de su parte, pero Nico… Es un niño tan bonito que es difícil no admirarlo en cuando lo ves. Ella se comportó de una forma muy fría. Lamento y lamentaré que sea la madrasta de mi hijo. Cada vez que Nico esté a su lado, sé que no estaré tranquila.

Bosco pide para comer hamburguesas de McDonal´s y Nico es más feliz aún. El padre de mi hijo me hace un guiño cuando las estamos comiendo y no puedo evitar recordar la noche X, cuando comimos hamburguesas y yo tiré el refresco sobre el colchón. En la mirada de Bosco puedo leer que no lo ha olvidado. No puedo evitar sentir cierto calor y sofoco.

Sobre las cuatro llegan los abuelos de nuevo, se han enterado de que no nos fuimos y quieren pasar más tiempo con su nieto. Los padres de Bosco me encantan, son muy naturales y tienen una mirada limpia y transparente.

Merendamos con ellos, han traído una tarta de chocolate y, a media tarde, le pido a Bosco que nos lleve a casa. Él me mira y, a regañadientes, asiente. Siento que le cuesta dejarnos marchar. Lo he notado muy cómodo con nosotros en su casa.

De vuelta a Toledo, en esta ocasión él no conduce, lo hace Roberto, nos lo ha presentado a Nico y a mí como su chófer y amigo. Nos ha indicado que es de su absoluta confianza y que en alguna que otra ocasión lo enviará a recogernos cuando él no pueda.

Cuando llegamos a casa, Nico se ha dormido en el trayecto, Bosco lo sube en brazos y lo deja en el sofá.

—Esta noche le costará dormir —me quejo de forma involuntaria mientras admiro a mi hijo dormido.

—Ha sido un día intenso para él —murmura Bosco.

—Yo creo que para ti también. Por eso le has pedido a Roberto que sea quién nos traiga. Has hecho bien. Me quedo más tranquila. Te veo algo cansado —aprecio mirándolo a los ojos.

—Gracias por preocuparte por mí —murmura mirándome a los ojos de una forma tan intensa que me hace temblar las piernas.

—Eres el padre de mi hijo —contesto a modo de justificación.

—Ha sido un fin de semana increíble —comenta Bosco en voz baja, para no despertar a Nico, mientras lo mira dormido en el sofá—. Intentaré venir otro día en esta semana. Te llamo antes.

—Bien.

Se inclina sobre su hijo, le da varios besos y luego se acerca a mí, y, para mi gran sorpresa, me da un beso en la mejilla.

—Gracias por todo —murmura cerca de mi oído, y luego se va dejándome temblando por su cercanía, su olor y el efecto Bosco Hungría.

45
Se acerca una boda

El viernes por la tarde Bosco viene a ver a su hijo. Durante la semana lo ha llamado todos los días, algunos les ha hecho videollamada y en todo momento ha estado muy pendiente de Nico. Tengo que admitir que cada día me tiene más impresionada. Es un gran padre, muy cariñoso y atento. Muy cercano. Nico cada día lo quiere más, han conectado de maravilla.

Mi hijo está muy contento, Julia llegó anoche y hoy pasará toda la tarde con su padre. Hemos quedado en que Bosco lo recogerá de la guardería e irá al parque con él. A mí me toca trabajar en la tienda hasta el cierre.

Cenamos en casa con Julia. Nico está muy contento de tenernos a todos juntos.

—¿Qué tal tu viaje? —le pregunta Bosco a Julia.

—Muy bien. Santorini es precioso.

—Nico me ha dicho que te ha echado de menos y que está muy contento porque ya has vuelto —comenta Bosco.

—Mi niño, nunca me había separado de él tanto tiempo desde que nació. Yo también lo he echado de menos.

—Pero te lo has pasado de lujo en un sitio maravilloso. Te lo merecías. Nos has ayudado muchísimo en todo este tiempo. Has estado ahí siempre de forma incondicional —le digo a Julia, sé que en el fondo se siente culpable por habernos dejado solos unos días.

Bosco me mira y no sé interpretar muy bien su mirada. Me sonríe y aprecio que toma nota mental de mis palabras.

Cuando terminamos de cenar, Nico se lleva a Julia a su habitación, le pide a su tía jugar los dos solos.

—La ha echado de menos, la quiere en exclusividad —lo disculpo ante Bosco cuando nos quedamos en el salón.

—Quería pedirte algo —me dice de sopetón. Lo miro y siento un leve escalofrío.

—Dime —lo aliento al ver que se queda pensativo.

—Me gustaría que Nico llevase los anillos en mi boda. Ya lo he hablado con Tamara y quería pedirte permiso.

—Oh —me quedo sin palabras. Había olvidado por completo que el padre de mi hijo se casaba en tres semanas—. Bueno… Nico es muy pequeño, igual se asusta al ver a tanta gente que no conoce, imagino que habrá muchas personas en tu boda —rectifico de inmediato.

—Sí, más de las que me gustaría —comenta sin demasiada alegría—. Julia y tú podéis venir, así Nico se sentirá mejor. Conoce a mis padres y poco más.

—No creo que sea una buena idea que yo asista a tu boda —murmuro.

—Me da igual la prensa o quién sea —ladra Bosco—. Si Nico va a estar mejor con su madre allí, pues vas y listo.

Yo lo miro desconcertada. Había pensado en su prometida. A mí no me haría demasiada gracia, por no decir ninguna, que la mujer con la que tiene un hijo mi futuro marido estuviese en mi boda.

—No es apropiado, Bosco. Comprendo que quieras que Nico esté en tu boda. Eres su padre. Está bien, que vaya con Julia. Ella cuidará de él en todo momento y estará con alguien de confianza a quien quiere mucho. Pero yo no pinto nada allí. Sería algo incómodo para mí.

—Gracias por tu sinceridad —dice Bosco mientras asiente. No lo noto muy convencido, pero no puedo hacer nada.

—Se ha quedado dormido mientras veíamos los dibujos —anuncia Julia. Nos mira y se da cuenta de que ha interrumpido una conversación importante.

—Vas a ir a la boda de Bosco con Nico, y no te puedes negar —le digo de inmediato para relajar el ambiente. Se respira tensión.

—Eh… ¿Cómo? —pregunta Julia, desconcertada.

—Mi boda con Tamara, en tres semanas —especifica.

—No me has invitado —le reprocha sonriente.

—Lo estoy haciendo, no necesitas una invitación formal —le indica con confianza.

—Joder, voy a tener que ver a muchos futbolistas. Será como volver de nuevo al Afaia —se queja Julia, sonriente—. Iré. Haría cualquier cosa por Nico.

Julia me mira y yo aparto mis ojos de los de ella. No quiero que vea en presencia de Bosco la tristeza que me causa todo esto.

—Bueno, yo me marcho. Vendré la próxima semana —anuncia Bosco—. Este fin de semana lo tengo lleno de compromisos que no puedo cancelar —se disculpa.

—Algo me dice que no te agradan demasiado —comenta Julia, guiñándole un ojo.

—Me conoces bien —murmura Bosco.

—Estamos en contacto —se despide de nosotras.

Antes de marcharse entra en la habitación de su hijo y puedo escuchar como le da besos. Julia y yo nos miramos en silencio.

Cuando Bosco se marcha, mi amiga del alma estalla:

—Ahora mismo me vas a admitir de frente, sin tapujos, que te mueres por los huesos de ese hombre. —Señala con una mano la dirección en la que se ha ido.

—¿Conoces a alguna mujer que no lo haga? —murmuro algo abatida.

—Pero tú eres la madre de su hijo. Y… ¿has visto cómo te mira Bosco? —dice Julia alterada.

—Me mira como a la madre de su hijo que soy. Nunca he esperado que lo haga de otra forma.

—Pues yo creo que entre Bosco y tú existe algo. Una química especial. Hoy lo he visto claro. Él hablaba de una boda a la que parece que va obligado y tú lo mirabas como si lo perdieses para siempre.

—Soy consciente que una vez que se case las cosas entre él y yo serán diferentes, también más adelante con Nico. Tendrá más hijos —aventuro con pesar.

—¿Y estás así tan tranquila? —me reprocha.

—¿Qué quieres que haga? Su boda es un hecho. Es una locura pensar que porque Nico haya aparecido en su vida vaya a paralizarla.

—No me gusta Tamara Quirán —suelta de golpe—. No la conozco personalmente, solo de vista. Es la hermana del manager de Bosco y ese tío nunca me dio buena espina. Cuando aparecía por el Afaia daba ordenes como si fuese el dueño, nos trataba a todos los trabajadores con aires de superioridad.

—No tenemos más opción. Que se convierta en su esposa es un hecho. La boda es en tres semanas —le recuerdo.

—Está claro que no lo va a dejar escapar. Bosco Hungría es un tío demasiado bueno, en todos los sentidos, como para dejarlo ir. Va a aguantar todo. ¿Sabes? A la prensa le caes muy bien. Le pareces guapísima y con una clase y elegancia natural que los tienes enamorados —me indica Julia, y ella entiende de esas cosas. Pero yo la miro casi sin creerla.

A raíz de que saliesen mis fotos con Bosco y el niño en el campo de fútbol la prensa no deja

de hablar sobre mí. Han investigado mi pasado, y, gracias a Dios, no han encontrado nada jugoso para ellos. Me tranquiliza que la noche que pasé con Bosco nunca salga a la luz, más que nada por mi hijo en un futuro.

—Que se centren en Tamara de ahora en adelante —le indico a Julia con un mohín.

—Tú eres más guapa que ella, y eso es algo que, creo, no soporta. Ha llegado a mis oídos que te tiene unos celos terribles.

—Me temo que eso será un problema para Nico.

—No te preocupes, Bosco no se deja dominar por nadie. Sabrá ponerla en su lugar.

—Yo solo deseo que Nico sea feliz, que cuando esté en casa de su padre esa mujer no suponga un problema para él.

46
El beso

El domingo a mediodía me veo en la obligación de llamar a Bosco, sé que me ha dicho que tendrá un fin de semana complicado, pero Nico tiene fiebre desde el sábado por la mañana y no para de vomitar. Lo he llevado al hospital y lo han dejado en observación mientras le hacen unas pruebas. Todo indica que es un virus, pero mi pobre niño lleva más de veinticuatro horas con cuarenta de fiebre y vomitando. No quiero que Bosco se entere de que está en un hospital por la prensa. Desde que se supo que tiene un hijo siempre tengo cerca a alguien interesado en sacarnos fotos.

Me atiende la llamada al primer tono y en cuanto le explico lo que le sucede a Nico pone rumbo a Toledo. Trato de convencerlo de que no hace falta que venga, no es nada grave, pero Bosco no se viene a razones. En una hora está en el hospital conmigo y con Nico. Julia también nos acompaña, pero cuando Bosco llega se marcha y nos deja solos.

Han pasado a Nico a una habitación y le han puesto suero, estaba algo deshidratado. También le han cogido una vía para ponerle medicación y bajar la fiebre tan alta. Ver a mi pobre niño así me parte el corazón.

—Podemos trasladarlo al mejor hospital privado —propone Bosco. Lo siento preocupado. Yo ya he pasado por varios episodios así de mi hijo, para él es la primera vez.

—No es necesario. Aquí estará bien.

Me quedo mirándolo y aprecio que viene muy bien vestido, con traje de chaqueta y corbata.

—No hacía falta que vinieses. Me dijiste tenías un fin de semana complicado —le recuerdo con culpabilidad—. Solo te llamé porque eres su padre y tenías que saber lo que le sucedía a Nico, pero yo me podía haber hecho cargo sola.

—Métete una cosa en la cabeza, Alba. Nunca más estarás sola. Nico es mi hijo y siempre que pueda voy a estar cuando él me necesite. Como es el caso —puntualiza.

—Ya, pero me causa culpabilidad haberte sacado de donde sea que estuvieses. Es evidente que has dejado algo importante —le indico mirando su vestimenta.

—Elegir el menú definitivo para mi boda no es más importante que mi hijo —brama algo enfadado.

Yo guardo silencio, cierro los ojos y rezo. Sé que de esta no levanto cabeza, Tamara Quirán me odiará el resto de su vida, a mí y a mi hijo.

—Como ves, Nico está bien dentro de lo que cabe. No es nada de gravedad. Yo te puedo mantener informado. Puedes volver —insisto.

—No me digas lo que tengo que hacer —dice serio y seco—. No me voy a mover de aquí hasta que le den el alta a mi hijo.

Se quita la chaqueta y la corbata y se acomoda en el sillón que hay al lado de la cama de mi pequeño. Nico duerme.

Yo me quedo en silencio. Al rato, entra el médico, al parecer en cuando Bosco ha puesto un pie en el hospital ha pedido hablar personalmente con el pediatra que atiende a su hijo.

Cuando el médico, acompañado por dos enfermeros entran en la habitación y comprueban que se trata de Bosco Hungría, lo reconocen al instante, todo cambia. Le hablan con una amabilidad extrema y le ofrecen el traslado de Nico a una habitación mayor y más privada.

Bosco le da la mano a cada uno de ellos, y las gracias, a modo de despedida. En cuanto salen,

nos cambian a otra habitación.

—Aquí estaremos más cómodos —dice Bosco cuando entramos en una habitación con un sofá cama y un cómodo sillón.

Yo guardo silencio, me limito a comprobar que la fiebre de Nico no ha subido y a cogerle su manita y darle un beso. Mi hijo abre sus preciosos ojos azules y yo le sonrío mientras lo admiro con amor. En su carita se nota que ha perdido peso.

Bosco se acerca y le da un beso, le coge su otra mano entre las suyas y le susurra:

—Pronto estarás bien, campeón.

—Quiero jugar al fútbol —le dice Nico a su padre.

—Cuando te pongas bueno, prometido.

Yo los observo con un nudo en la garganta. Ver a padre e hijo con la complicidad que ambos derrochan me conmueve.

—Mami, tengo hambre —pide mi hijo.

—Cariño, no puedes comer —le intento explicar.

—Quiero chuches, dame la medicina —pide mi hijo.

Yo sonrío mientras que Bosco me mira desconcertado.

—Para que se tome la medicina bien, cada vez que lo hace, le doy algunas gominolas como gratificación —le explico al padre de mi hijo—. Pero ahora no te puedo dar la medicina ni chuches, mi amor —le digo a Nico.

—Tengo hambre —protesta mi pequeño, algo enfadado.

Yo suspiro y le doy un beso, esperanzada en que el berrinche se le pase pronto.

Veo como Bosco sale de la habitación sin decir nada. Al cabo de un rato vuelve con una bandeja en la que trae un poco de sopa y pan.

—El médico dijo que puede tomarlo —me explica al ver mi cara.

Los ojos de Nico se agrandan cuando ve la comida que se trae su padre. Se sienta en la cama con energía y Bosco le da la sopa. Se la come toda, con ganas, incluso diciendo que está muy rica.

Luego, mi niño, se queda dormido de nuevo. Tiene que estar cansado, vomitar tanto y la fiebre tan alta deben de haberlo dejado muerto.

—Perdona si antes fui demasiado brusco contigo —se disculpa Bosco.

—No quería molestarte ni alterar tus planes, pero consideraba que tenías que saber cómo se encontraba Nico.

—Gracias por llamarme. No te hubiese perdonado que no lo hicieses —me deja claro, con una sonrisa.

Se atreve a llevar una mano a mi pelo y colocarlo bien detrás de la oreja. Un gesto tan simple provoca que se me erice la piel, él lo siente y me sonríe en silencio. Nos observamos y leemos en la mirada del otro. Mi mente me traiciona y me traslada dos años atrás. A todo lo que sentí entre sus brazos, sus besos…

De repente, una enfermera nos interrumpe, ha venido a cambiarle la medicación a Nico. Luego llega Julia para despedirse.

Nico va a pasar la noche en el hospital. Dejarán que nos lo llevemos a casa al día siguiente. Cuando veo que son las nueve de la noche y Bosco no tiene intenciones de marcharse, le digo:

—No hace falta que te quedes.

—Puedes marcharte tú —me indica.

Yo muevo la cabeza con un gesto y él me sonríe. Ambos sabemos que no nos vamos a mover del lado de nuestro hijo en toda la noche.

Bosco insiste en que me quede en el sofá cama que él lo hará en el sillón. Cada diez minuto viene alguien a la habitación con alguna excusa, todo personal sanitario, al parecer el hospital entero debe de estar revolucionado al tener a Bosco Hungría allí.

A las doce de la noche, cuando ya hemos apagado la luz y ambos nos disponemos a dormir, Nico está tranquilo, interrumpe de nuevo una enfermera para traer toallas.

—Muy amable, pero no necesitamos nada más, solo que nos dejen descansar. Como se abra esa puerta más sin necesidad alguna no seré tan amable como hasta el momento —ladra Bosco, serio—. Si nos hace falta algo llamaremos —deja claro.

La mujer sale de la habitación de inmediato, él y yo nos miramos y luego estallamos en carcajadas al recordar la cara de la mujer. Iba descompuesta.

Nos disponemos a dormir de nuevo. Apagamos las luces y no decimos nada más.

A las tres de la madrugada, yo aún no he conseguido cerrar los ojos, veo a Bosco en pie, mirando por la ventana. Tiene ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón. Veo que estira el cuello y luego el resto del cuerpo. Sonrío al observarlo.

Me levanto, me coloco a su lado y le susurró:

—El lugar más incómodo donde has dormido jamás.

Él se sobresalta un poco, no me esperaba tan cerca.

—Mañana mismo pienso hacer una donación y que cambien todos estos sillones. El que los diseñó no los probó antes —se queja.

Yo le sonrío y lo miro, admirando al gran hombre que es.

—Nico tiene mucha suerte de tenerte como padre.

—Creo que ha tenido más suerte con su madre —dice acercándose a mí—. Me has dado lo más importante que tengo en esta vida —murmura y puedo sentir su aliento.

Lo miro mientras que todo mi cuerpo tiembla. Él me toma por la cintura, se acerca aún más y, sin pedir permiso, se apodera de mi boca. Yo me entrego a ese beso que he anhelado desde que volvió a mi vida. Ambos nos fundimos en él y nos dejamos llevar. Es algo mágico, especial. No sabría catalogarlo.

De repente, cuando tomo conciencia de lo que estoy haciendo, cuando el beso se ha vuelto más voraz, me alejo de él. Tengo el corazón a mil y me cuesta controlar la respiración.

—Bosco… esto…

—Lo siento. No debí hacerlo —se disculpa de inmediato.

—Lo mejor será que lo olvidemos y tratemos de dormir algo —propongo con nerviosismo mientras que me tumbo de nuevo en el sofá, lamentando haberme levantado de allí antes. Siento que he sido yo la que ha provocado aquel beso que aún me quema en los labios.

47
La decisión

Nos despertamos cuando entra el sol por la ventana y Nico me llama. En toda la noche se han atrevido a molestarnos más después de la reprimenda de Bosco a la enfermera.

Mi niño ya está mejor. Se le nota en sus ojos y en su sonrisa. Ha pasado muy buena noche, sin fiebre. Cuando ve a su padre se alegra y le pide jugar al fútbol de nuevo.

Bosco sale de la habitación y vuelve con el pediatra, revisa a Nico y nos indica que nos podemos marchar a casa.

Cuando salimos del hospital Bosco tiene su coche cerca, vamos con él y llegamos a casa. Nico tiene ganas de jugar y su padre no se lo niega. Parece no tener prisa, de hecho, se relaja y pasa el resto del lunes con nosotros. Cuando cae la tarde noche me pregunto cuándo se va a marchar, pero evito hacerlo en voz alta. No quiero decirle lo que tiene que hacer ni que se moleste.

Se queda hasta la cena, él mismo se la da a Nico y luego escucho que llama por teléfono y reserva una habitación de hotel en Toledo.

—Bosco… no hace falta. Puedes quedarte con Nico si quieres —le propongo.

—No te preocupes. El hotel está bien. Estaré cerca y todos estaremos más cómodos.

No me atrevo a decir más nada. Tras el beso que nos dimos la situación es algo tensa entre nosotros, nos miramos y nos evitamos. Cierta culpabilidad me corroe por dentro, a la misma vez que el sabor de sus labios permanecen en los míos y no puedo olvidarlo.

Bosco se marcha, se despide de su hijo hasta el día siguiente y yo apenas murmuro un adiós. Cojo a Nico y le digo que esta noche va a dormir conmigo, quiero tenerlo vigilado por si le da fiebre de nuevo o se siente mal.

Al día siguiente, el timbre de mi casa suena con insistencia cuando apenas son las ocho y media de la mañana. Acudo a abrir la puerta alertada y con urgencia, mientras dejo a Nico dormido en la cama. Me topo con Julia, que entra de forma abrupta.

—¿Has visto esto? —pregunta mientras me enseña su móvil.

Es obvio que no sé nada. La miro con cara rara, aparte de que estoy medio sopa.

—¡¿Qué?! —murmuro. Tomo entre mis manos el teléfono y miro lo que Julia me indica.

Es un vídeo, captado de lejos, de Bosco y Tamara. Es en un jardín y se aprecia cómo ambos discuten. Luego hay varias fotografías de ellas y otras personas comiendo. Leo lo que Julia me indica con el dedo en voz alta:

Bosco Hungría deja plantada a su prometida en mitad de la prueba del menú de su boda. Tamara no lleva muy bien que el capitán del Real Capital tenga debilidad por su hijo recién conocido.

—Joder —suelto de golpe. Me revuelvo el pelo y me paseo por el salón algo incómoda por la situación.

—Tú no tienes la culpa —dice de inmediato Julia.

—Ya, pero… esa mujer nos va a odiar a mí y a mi hijo por esto.

—Es Bosco quién va a tener que soportarla.

Me quedo pensativa mientras tomo asiento en el sofá.

—¿Cómo ha pasado Nico la noche? —se interesa Julia.

—Bien. Si quieres, puedes quedarte con él y yo me encargo de la tienda.

—No, cuando está malito Nico solo quiere con su madre —replica Julia.

—Bosco se quedó en un hotel cercano anoche. En breve estará por aquí —le digo consultando mi reloj—, igual es mejor que yo no esté.

—Un momento —dice Julia alzando un poco la voz. Se acerca a mí, se sienta a mi lado, me toma la mandíbula y me obliga a que la mire—. ¿Qué ha pasado entre vosotros? Te conozco bien. ¿Por qué le huyes?

—No es nada —intento apartarme de ella. Pero Julia no me deja.

—Y una mierda. Es todo. Confiesa ahora mismo —me exige—. Te conozco bien y sé que algo ha cambiado entre vosotros.

—Anoche nos besamos. Bueno, me besó él —especifico en un murmuro en voz baja, sin mirarla a los ojos.

—¡¿Qué?! —grita de golpe.

—Vas a despertar a Nico —le reprendo de inmediato.

—¡Madre mía! —exclama Julia llevándose las manos a la cabeza.

Nico me llama y voy en busca de mi pequeño, mientras escucho que llaman a la puerta.

Cuando vuelvo al salón me encuentro con Bosco y Julia sentados en mi sofá. Menos mal que traigo a Nico en mis brazos y mi hijo no me suelta. Es él quien me sostiene en esos momentos, aunque no lo sepa.

—En unas horas va a salir un comunicado de prensa. Quiero se lo sepáis antes por mí —anuncia Bosco, muy serio. Tanto que consigue inquietarme. Tomo asiento con mi hijo en un sillón cercano y lo escucho—. He cancelado mi boda con Tamara —comenta con tranquilidad.

—¡¿Cómo?! —pregunta de inmediato Julia, asombrada.

—Como has escuchado —comenta con pasividad.

—¿Pasa algo? —me atrevo a preguntar en un murmuro.

—He roto con ella. Esa boda era un completo error en este momento de mi vida —zanja, rotundo, sin dar más explicaciones.

Lo miro con los ojos como platos y abrazo a Nico más fuerte. Deduzco que algo ha tenido que suceder entre él y Tamara, pero no me atrevo a preguntar.

—Pues yo te doy la enhorabuena, no me gustaba esa mujer para ti —suelta de golpe Julia, natural como la vida misma.

Yo la reprendo con la mirada, pero no me hace caso. Bosco la mira y le dedica una medio sonrisa, le agradece su sinceridad.

—En estos momentos solo hay una persona en la que me apetezca centrarme por completo —explica.

Yo me quedo en silencio, lo miro y siento que los ojos de Bosco están clavados en mí. No puedo evitar morderme el labio y recordar el beso que nos dimos en el hospital. Una sensación extraña se apodera de todo mi ser. La noticia que acaba de dar termina por producirme miedo, y no lo entiendo. Debería estar feliz porque esa mujer no se convierta en la madrastra de mi hijo, sin embargo, siento que aquella decisión que ha tomado Bosco me ahoga.

48
Y ahora qué

Bosco se queda toda la mañana en mi casa. Julia insistió en ser ella quién se encargase de abrir la tienda y finalmente me quedé con Nico.

Ha sido una mañana intensa, Bosco lleva horas pegado al teléfono y Julia solo hace mandarme mensajes en los que me cuenta cómo va la actualidad. Antes de que se hiciese público el comunicado de Bosco con la decisión de cancelar su boda se han filtrado unas imágenes de Tamara Quirán entrando en el hotel de Toledo donde se alojaba Bosco la pasada noche, y algunos huéspedes del lugar han reproducido la discusión que han tenido a voces en la habitación. Al parecer se ha enterado medio hotel. Los medios están que hierven. Yo no me atrevo a poner la televisión, reviso el móvil cada vez que Nico me lo permite. Está algo mimoso y solo quiere que esté a su lado, lo coja en brazos y le ponga los dibujos en la tele.

Observo a Bosco, sentado en el taburete de mi cocina. Lo escucho dar órdenes sin parar. Está muy enfadado. Se ha reprimido en un par de ocasiones de alzar de voz porque Nico y yo estamos presentes. No me atrevo a decirle nada, ni siquiera sé cómo comportarme en su presencia, pese a estar en mi casa.

A las dos y media de la tarde suena el timbre, Bosco no me deja que me acerque a la puerta, antes de abrir mira quién es, y cuando comprueba que se trata de Julia la hace pasar.

—Traigo refuerzos —Julia alza unas bolsas de comida. Huele muy bien. Trae pollos asados, sabe que es una de las comidas favoritas de Nico—. Joder la que hay montada ahí abajo, casi no llego —se queja.

Yo salto del sofá y miro sin saber a qué se refiere, me acerco a la ventana y veo toda la calle llena de gente. Cuando aprecio que hay cámaras y micros me quedo de piedra. No puede ser lo que estoy pensando.

—Estoy tratando de solucionarlo. Alba, por favor, quítate de la ventana —ladra Bosco—. Evita que te fotografíen.

—Pero, ¿qué pasa? —pregunto asustada.

—Quieren mis declaraciones o las tuyas. Al parecer no les vale con el comunicado que he enviado cancelando mi boda con Tamara —dice Bosco muy molesto.

Entiendo que todo la que hay formado en la calle es porque Bosco ha suspendido su boda y de alguna forma saben que está en mi casa.

—El teléfono de la tienda no ha parado de sonar y han estado en la puerta desde media mañana —anuncia Julia.

—Nos tendremos que marchar por unos días, hasta que todo se calme —resuena la voz de Bosco.

Yo lo miro inquieta por el hecho de que haya usado el plural. ¿Eso nos incluye a mí y a mi hijo?

—Quiero pollito —interrumpe mi pequeño. Su tía le ha susurrado, mientras ve los dibujos, que le ha traído algo rico de comer.

—Claro, cariño —le digo a mi hijo y me dispongo a ir a la cocina para darle de comer.

Julia me para, se lleva al niño y me deja a solas con Bosco.

—Creo que lo mejor será que vengáis conmigo a mi casa hasta que todo pase un poco —Bosco retoma la conversación—. No quiero exponeros a los medios. No estás acostumbrada a

tratar con ellos.

—¿Irnos contigo? ¿Por qué? —me quejo de inmediato.

—Porque a mi lado nadie tendrá acceso a ti y a Nico. No podéis estar aquí encerrados, y esos —Señala con la mano a los medios que están apostados en la puerta de mi casa— no se cansan fácilmente. No quiero que os convirtáis en sus presas.

—Pero yo tengo mi trabajo, no puedo irme.

—Nada que Julia no pueda solucionar. Hablaré con ella —resuelve con autoridad.

Miro a Bosco en silencio, mientras mi cabeza bulle y niego con un gesto. ¿Cómo nos vamos a ir con él a su casa? ¿Quién se cree para darme órdenes y que yo las acate como si nada?

—Puedes hacer una maleta con cosas tuyas y de Nico —sugiere sin cesar en el empeño.

—¡Un momento! —Me levanto y lo encaro—. No voy a ir a ningún lado. Nico es tu hijo, pero no puedes decidir sobre mí —le dejo claro, desafiándolo.

—¡Joder, Alba! —brama, ofuscado—. ¿No te das cuenta de que si no vienes conmigo y sigues aquí haciendo tu vida normal no te dejaran? Será por unos días, hasta que todo se calme.

—¿Y qué hago, refugiarme en tu casa? ¿Por qué?

Bosco suspira. Le queda poca paciencia, pero no voy a desistir en mi empeño.

—Julia —Bosco alza la voz y da unos pasos hasta ella, que obvio ha escuchado la conversación, mi casa es muy pequeña—, convence a tu amiga de que venir ella y Nico conmigo es lo más acertado. Tú sabes lo que pasará.

Julia asiente en silencio, deja a Bosco con Nico, él comienza a darle el pollo que hay desmenuzado en el plato y mi gran amiga y hermana viene hasta a mí, me toma de la mano y, para gran sorpresa mía, me lleva a la habitación. Cierra la puerta y hace que nos sentemos juntas en la cama.

—Alba, sabes que te quiero como a una hermana. Siempre te has fiado y confiado en mí, por favor, haz caso de lo que Bosco dice. Yo también creo que ir con él a su casa, un lugar inaccesible para la prensa, es lo mejor para ti y para Nico, al menos, hazlo por el niño —me suplica.

No la entiendo, ¿esconderme en casa de Bosco? La miro alterada, con los nervios a flor de piel, sintiendo que nadie se pone en mi pellejo y comprende lo que supone para mí ir a casa del padre de mi hijo, que no es alguien cualquiera, es nada más y nada menos que Bosco Hungría, el futbolista más reconocido del país, el más deseado por las mujeres…

—Mira, el caso de algunas separaciones de deportistas famosos. Los primeros días, cuando salta la noticia acosan a ambos en busca de declaraciones. —Julia me enseña varias imágenes en su móvil.

—Pero no es mi caso. Yo no me separé de él. Solo soy la madre de su hijo. Bosco ha cancelado la boda con Tamara, no sé qué pinto yo en todo esto —me quejo.

—La prensa ha relacionado tu aparición y la de Nico con la repentina decisión de Bosco de cancelar la boda. Alguien ha filtrado que tú has sido la culpable de que Bosco no se case.

—¡¿Cómo?! —pregunto desconcertada. Hasta el momento desconocía esa información.

—Hazme caso. Bosco tiene experiencia en esto, además tiene un equipo que lo guía en estos asuntos. Es una imagen, una marca. Un tío que genera dinero por cualquier cosa que hace. Hay mucho en juego con esto —me advierte.

—¿Su figura se puede ver dañada? —pregunto con temor.

—Puede. En este mundo nunca se sabe. ¿Qué te cuesta ir con él unos días a su maravillosa casa y estar allí aislada con Nico? El niño podrá salir, jugar, nadar en su piscina. Estará encantado, si te quedas aquí estaréis acosados. Tómatelo como unos días de vacaciones —me

aconseja.

Lo pienso, estoy confusa. No sé qué hacer, todo esto me desborda. Bosco Hungría ha llegado a mi vida y la ha puesto del revés en un instante.

—Está bien —murmuro al fin. Acepto solo porque Julia me lo ha pedido y me fío de ella.

—Bosco sabrá cuidaros —me susurra Julia al oído cuando me abraza al escuchar mi decisión.

Yo me estremezco al pensar que iré con Bosco unos días a su casa y ya no está comprometido con Tamara. El beso que nos dimos no se cae de mi pensamiento y un miedo atroz me azota. Bosco Hungría ahora es un hombre libre, y a mí me atrae más que el agua en el desierto.

Julia me ayuda a preparar una maleta con ropa mía y de Nico. Cuando salimos de la habitación le anuncio al padre de mi hijo:

—Iremos contigo unos días, hasta que todo se calme y podamos retomar nuestras vidas.

Él me mira y me dedica una gran sonrisa de satisfacción. Se siente vencedor, cualquiera diría que feliz de llevarnos a Nico y a mí junto a él.

Yo intento dominar el nerviosismo que me producen sus intensos ojos posados sobre mí. Es tan atractivo en todas sus facetas… sonriente, amable, autoritario, cabreado… Es imposible no sentirse atraída por él. Hago esfuerzos titánicos para que no lo note, pero, a veces, siento que soy una mujer que está tan lejos de todo lo que él busca que nunca se fijaría en mí.

Siempre será el padre de mi hijo y un inalcanzable para mí. He comprobado que tenerlo cerca es casi torturador, es tan guapo y tan perfecto que no puedo hacer nada para que deje de afectarme toda su presencia en sí.

49
La vida de Bosco Hungría

Cuando salimos de casa no hay nadie de la prensa en la calle. He escuchado, mientras vestía a Nico, que Bosco hablaba por teléfono y trazaba una maniobra de despiste para los reporteros que hacen guardia. Lo cierto es que ha funcionado. Nico y yo hemos salido y nos hemos montado en el coche, con el chófer de Bosco, y hemos salido sin que nadie lo note. A pocos kilómetros de la ciudad Roberto ha parado el vehículo y el padre de mi hijo se ha reunido con nosotros.

—Toda ha salido según lo planeado, gracias —le indica Bosco a Roberto cuando intercambian los coches y nos ponemos en marcha rumbo a Madrid.

Nico ya va dormido cuando su padre vuelve a estar con nosotros.

Los ojos de Bosco y los míos se encuentran en silencio a través del espejo retrovisor. Él me dedica una sonrisa apenas perceptible y yo le devuelvo el gesto.

—Qué complicado es todo —murmuro ante el despliegue de despiste que ha tenido que organizar para que la prensa no nos sorprenda.

—Bienvenida a la vida de Bosco Hungría —anuncia, y yo me estremezco al escucharlo—. Te irás acostumbrando. Yo siempre te protegeré.

No sé qué responder a esto.

El resto del camino lo pasamos en silencio. Yo sumida en mis pensamientos y Bosco pendiente del intenso tráfico hacia Madrid. Cuando me doy cuenta ya estamos ante la enorme puerta de hierro que da acceso a su impresionante mansión, un lugar inaccesible para la prensa.

—Aquí estaréis a salvo —manifiesta con alivio Bosco cuando estaciona el coche delante de la casa.

Nos bajamos, cojo a mi hijo en brazos y de inmediato veo a Pepa y Julián que vienen a recibirnos.

—¡Qué alegría volver a tenerlos por aquí! —exclama la mujer. Se acerca, besa a Nico y mi niño le sonríe.

—Quiero jugar al fútbol y saltar —grita Nico.

Bosco me lo quita de los brazos, lo coge en los suyos y lo abraza.

—Ya parece que este campeón está mejor. Claro que sí, haremos todo lo que tú quieras. Papi está de vacaciones y pasaré muchos días a tu lado —anuncia.

Tras escuchar sus palabras cierto nerviosismo se apodera de mí. No solo estaremos en casa de Bosco por unos días, sino que él no se moverá de nuestro lado. No sé si estoy preparada para convivir con el padre de mi hijo, un hombre que me atrae demasiado y es irresistiblemente guapo y encantador. En ocasiones lo miro con atención para tratar de sacarle un desperfecto, pero no lo tiene, y, en cierto modo, me enerva que sea tan bueno en todos los aspectos.

Hace una mañana estupenda, soleada, nos dirigimos al jardín y nos sentamos allí. Bosco y Nico comienzan a jugar con el balón, yo no quiero que mi pequeño se agite, pero es inevitable.

Observo que ya existe una valla nueva alrededor de la piscina. Sonrió y miro al padre de mi hijo, que en esos momentos rueda por el césped y Nico está sobre él.

—Es mi caballo, mamá —grita Nico.

—Oh, qué caballo más grande —le indico a mi hijo, montado en la espalda de su padre—. Le encantan los caballos —le aclaro a Bosco.

—Pues papá tiene una finca con muchos —dice Bosco incorporándose y tomando a Nico en

sus brazos—. Pronto iremos a verlos y montarás con papá en uno. ¿Quieres?

—Sí, sí, qué guay —grita mi pequeño ilusionado.

Yo me quedo mirando a Bosco, cada día me sorprende más.

—Tengo una gran finca en Jerez, con caballos de pura raza que compiten. Llevaremos a Nico pronto, creo que le gustará. ¿Te gustan los caballos? —me pregunta con interés.

—Nunca he montado ninguno, pero me causan cierto respeto.

—Escogeremos a uno manso y tranquilo para mamá —le dice Bosco a Nico.

—¿Cuántos caballos tienes? —pregunto por curiosidad.

—Dieciséis, pero solo cuatro son de competición —me indica—. Con el resto nos dedicamos a la cría para venderlos. Es un negocio que me va muy bien —revela con orgullo.

Y yo lo miró estupefacta.

—Eres futbolista y creí que solo empresario con el Afaia —murmuro asombrada.

—También tengo el negocio de los caballos y he invertido en construcción. Tengo que hacer algo con todos los millones que gano —alardea con naturalidad.

—¡Vaya! ¿Y tienes tiempo para llevarlo todo? —pregunto.

Bosco suelta una gran risotada.

—Lo mío es el balón y campo de fútbol, lo demás lo dejo en manos de expertos y solo tomo las decisiones económicas importantes.

—Te olvidas de las campañas publicitarias. Me consta que eres un personaje muy solicitado. Todas las marcas te quieren.

—Pagan bien y le gusto a la cámara —dice sonriente.

—Por lo que veo, no tienes tiempo para aburrirte.

—Tengo a mucha gente a mi alrededor que me asesora y lleva mis asuntos. Sin mi gran equipo nada sería posible.

—Ya veo —murmuro al conocer más de la vida de Bosco Hungría. Creo que nunca dejará de impresionarme.

—Bosco, tus padres han llamado, vienen a comer —anuncia Pepa.

—Ya se han enterado de que Nico está aquí —murmura. Aprecio cierto atisbo de molestia. Intuyo que quería tener a su hijo solo para él en el día de hoy.

—Alba, ¿algún menú para los días que vais a pasar aquí? Indícame lo que estimes oportuno para ti o para el niño —me dice Pepa.

—Nico come muy bien, suele gustarle todo. Y yo tampoco tengo problema.

—Pepa realiza menús semanales, cuando tengas tiempo te sientas con ella y lo apruebas todo o modificas lo que estimes oportuno. Yo en estos días me salto mi dieta —anuncia Bosco.

Pepa asiente sonriente y se marcha, nos deja solos de nuevo.

—Podemos ir dentro —propone Bosco. Yo acepto.

Cuando vamos a la que será mi habitación por unos días y a la de Nico, encuentro que toda nuestra ropa ha sido sacada de la maleta y está colgada y planchada en los armarios, incluso hay más prendas de la que hemos traído. Me acerco a ellas y puedo comprobar que tienen hasta las etiquetas puestas.

—Por si necesitáis más ropa —me indica Bosco.

Sus palabras me sobresaltan, no me lo esperaba detrás de mí.

—No creo que sea necesario —murmuro.

—Nunca se sabe.

Me mira muy de cerca, puedo apreciar el brillo intenso de sus ojos y una medio sonrisa. Bosco huele muy bien, su olor consigue nublas mis sentidos. Me aparto de él y paseo por la

espaciosa habitación.

—Me gustaría hacer una pequeña fiesta —anuncia Bosco—. Aquí en el jardín de casa —dice de inmediato—. Quiero que vengan algunos compañeros con sus hijos y conozcan a Nico. ¿Te parece?

Lo miro extrañada y me pregunto interiormente, ¿me está pidiendo permiso?

—Es tu casa.

—Tú y Nico seríais mis invitados especiales —revela.

—Yo… yo no pinto nada —comento con cierto agobio.

—Eres la madre de mi hijo.

—No me sentiría bien en una reunión con tus amigos —consigo decirle.

—¿Por qué? —me taladra con la mirada.

—Porque nada entre nosotros fue normal, ni lo es, ni lo será —estallo—. No quiero sentirme observada ni juzgada.

—Nadie se atrevería a ofenderte en mi presencia. Jamás lo permitiría —ladra, enfadado.

—Puedes hacer esa fiesta y llevar a Nico, yo no estaré presente con tus invitados —le dejo claro.

—Ya veremos —murmura mientras que abandona la habitación.

Me quedo a solas, suspiro y me siento en la enorme cama. Admiro todo lo que tengo alrededor y compruebo que la vida de Bosco Hungría no tiene nada que ver con la mía. Él pertenece a otro mundo, a uno en el que yo jamás entraré, por mucho que sea la madre de su hijo y se empeñe en que yo lo acompañe.

50
Vuelve el pasado

El resto del día Bosco lo pasa pegado al teléfono. Ni siquiera se sienta a comer. Sus padres han llegado y son ellos los que se encargan de hacerme compañía junto con Nico. Yo observo al padre de mi hijo desde lejos. Se mueve incómodo y su expresión es como si quisiese matar a alguien. No sé qué está pasando, pero deduzco que tiene que ver con la prensa y las personas que nos persiguen desde que anunció la cancelación de su boda.

Mientras los abuelos de mi hijo juegan con él yo hablo por mensajes con Julia, ella me mantiene al tanto de lo que ocurre en el entorno de Bosco desde que decidió no llevar a cabo su boda. Nadie sabe nada de Tamara Quirán. Permanece encerrada en su casa y no ha hecho declaraciones, sin embargo, su círculo más cercano dice que está destrozada. Al parecer, lo de ella y Bosco es una ruptura definitiva.

Cuando cae la tarde noche los padres de Bosco se marchan, no se quedan a cenar. Yo llevo a mi hijo a su habitación y lo baño, luego bajo a la cocina y Pepa me indica que Bosco ha tenido que salir y que no podrá acompañarnos. Casi lo agradezco. Cenar con mi hijo, Pepa y Julián le da un poco de normalidad a mi vida dentro de aquella inmensa casa llena de lujos.

Acuesto a Nico y cuando me retiro a mi habitación miro por la ventana. Veo las luces de un coche entrar en la propiedad y observo que es Bosco. Son las once y media. No tengo ni idea de dónde pueda venir ni cual sea el tema que lo ha tenido tan ocupado y alejado en el día de hoy.

Me coloco el pijama y cuando me voy a meter en la cama me doy cuenta de que he dejado mi móvil en la cocina. He subido distraída con Nico y lo he olvidado.

Cuando salgo de la habitación el resto de la casa esta apagada, con unas leves luces que te permiten andar por ella sin encender ninguna otra. Voy hasta la cocina, cojo mi móvil y cuando paso por el salón para volver arriba veo que Bosco está sentado en el sofá, en la penumbra, con un vaso de licor en la mano. El tintineo de los hielos contra el cristal es el que llama mi atención.

Instintivamente, sin pensarlo, me acerco a él. Lo observo desde cierta distancia, pero parece olerme.

—Lo he intentado todo —murmura, arrastrando las palabras con pesar, abatido.

Me sitúo delante de él y lo miro con atención. No sé a qué se refiere o qué es lo que trata de decirme.

—¿Ha pasado algo? —pregunto con cautela, en voz baja.

Me mira de arriba abajo. Llevo un pijama de pantalón corto y camiseta en tirantes, veo que clava los ojos en mis pechos. De inmediato, me doy cuenta de que no llevo sujetador. Me remuevo incómoda, desaparezco de su ángulo de visión y él, que parece leer mi mente, suelta una fuerte carcajada.

—Pudor a estas alturas conmigo no, Alba —suelta de golpe, reclinándose en el sofá.

Lo miro con la respiración cortada. Es visible que tiene un par de copas demás encima.

—Será mejor que suba a mi habitación.

Me doy media vuelta, rápido, para salir de ahí cuanto antes, pero no me da tiempo a ello. Bosco se levanta como un rayo y atrapa mi cuerpo con sus manos.

—¿Qué me has hecho, Alba Serrano? —lamenta en un murmuro, con los labios pegados a mi frente. Yo intento zafarme de sus manos, pero él no lo permite—. Pensé que eras diferente. —Se separa de mí, me mira a los ojos y luego recorre con los suyos todo mi cuerpo.

Estoy parada frente a él, temblando. Su mirada, sus manos, su presencia y su aroma me tienen petrificada al suelo. Quiero irme de su lado, pero a la misma vez no puedo hacerlo. Sé que no está bien y algo dentro de mí necesita conocer la razón de porqué Bosco está así.

—Perdóname —dice antes de tomarme con fuerza por la cintura, acércame a su boca y besarme.

Nos fundimos de inmediato en un apasionado beso, Bosco me arrastra hacia él y terminamos tendidos en el sofá, entre una vorágine de besos y caricias íntimas que ninguno está dispuesto a parar.

De repente, el llanto de mi hijo llega a mis oídos. De un salto, como una pantera, me aparto de Bosco y salgo corriendo. Subo las escaleras y voy hasta mi pequeño. Lo cojo en brazos y lo consuelo.

Al cabo de un rato, Bosco aparece en la habitación, se queda parado en la puerta y me observa. Estoy sentada en un sillón con mi hijo dormido encima. No lo pienso soltar y enfrentarme a él, así tenga que pasar el resto de la noche tal y como estoy.

Finalmente, Bosco se da por vencido y susurra:

—Hasta mañana, si me necesitas ya sabes cuál es mi habitación.

Cuando se va, chaqueo la lengua y siento esa necesidad que le he negado a Julia tener por cualquier tipo de hombre desde que nació Nico. Si fuese más valiente y decidida, dejaría a mi hijo en la cuna, dormido como un tronco, y me presentaría en la cama de Bosco para terminar lo que dejamos a medias en el sofá. Mi cuerpo aún arde de deseo, pero soy una completa cobarde y no me atrevo a ir en su busca.

Cuando estamos desayunando en la cocina, Bosco aún no ha salido de su habitación a las diez de la mañana, Pepa tiene puesta la televisión, escucho que en un programa de corazón anuncian que van a dar un bombazo relacionado con el capitán del Real Capital, Hungría. Centro mi atención en ello, y mientras preparo la leche de mi hijo, espero que vuelvan de publicidad.

Estoy segura de que lo que van a revelar tiene que ver con cómo se encontraba Bosco anoche y todo el día que pasó pegado al teléfono sin apenas hacerle caso a su hijo.

De repente, sin previo aviso y sin ni que nadie anuncie nada, sale una imagen mía en la televisión, seguidamente dicen:

Ella. La mujer del momento. La más buscada. La madre del hijo de Hungría. Hemos descubierto su pasado. Tenemos la exclusiva. Se trata de una chica de compañía de alto nivel. Muy bien relacionada con personas influyentes y de gran poder.

Alba Serrano es su verdadero nombre, y tenemos la certeza de que ha sido la causante de la cancelación de la boda entre Bosco Hungría y Tamara Quirán.

No doy crédito a lo que escucho. Alterada, me llevo una mano a la boca, trato de ahogar un grito.

La televisión se apaga de golpe. Me giro y veo solo a Bosco detrás de mí. Las piernas me tiemblan, tengo que sentarme porque creo que me voy a caer.

—Tenemos que hablar —anuncia serio, sentándose a mi lado. En ese momento soy consciente de que estamos solos en la cocina. Mi pequeño no está. Cuando lo busco con la mirada, Bosco me indica—: Nico estará muy bien con Pepa y Julián. Esto que sucede es importante.

Yo lo miro desconcertada. Sin saber qué decir ni qué hacer. Verme en la televisión, con mi pasado expuesto me ha dejado casi en shock. Al parecer, nada permanece oculto para siempre, lamento.

—No fue buena idea venir, ni que supieses que Nico es tu hijo. Todo esto… todo esto te

perjudica —consigo decir, nerviosa e intranquila.

—Tengo a mucha gente trabajando en este asunto desde ayer. Sabía que la noticia iba a saltar —anuncia con tranquilidad, yo suspiro incómoda.

—Lo siento —murmuro con un gran sentimiento de culpa—. Es mi pasado —admito.

Bosco me mira en silencio y no sé descifrar muy bien qué está pensando. Su mirada está llena de ira y resentimientos, pero no los siento contra mí.

—También es mi pasado —replica seco—. Ambos concebimos a Nico —me recuerda. Y ello consigue sacarme los colores.

—Si hay algo que pueda hacer por ti, por todo lo que esta noticia te perjudique… No sé —Me siento desconcertada—. No es cierto que yo sea la causante de la cancelación de tu boda —admito con orgullo, al mismo tiempo que limpio un par de lágrimas de mis mejillas. Ni sé por qué lloro, supongo que de vergüenza al ver mi pasado expuesto a la luz y esto envuelva a Nico y a su padre.

Bosco me mira con una media sonrisa en su boca, lleva sus manos a mi rostro y me lo toma entre ellas.

—Confía en mí y hazme caso en todo lo que te diga. Yo lo solucionaré.

—Si me alejo de ti, quizá…

—Eres la madre de mi hijo. En mi pasado ha habido muchas mujeres, es algo que no me voy a molestar en ocultar, pero ninguna estará para siempre en mi futuro. Te protegeré. No estás sola ni lo estarás jamás. Te van a respetar.

—Gracias —consigo balbucear. Estoy tan nerviosa que ni siquiera sé si dárselas sea acertado, pero lo siento sincero y cercano.

51
Hace dos años

El resto del día, cuando intento poner algún canal en casa de Bosco todos están desconectados de la televisión terrestre. Tan solo hay acceso a plataformas de pago.

Necesito saber qué está pasando, qué se está diciendo de mí y cómo está afectando este escándalo en la imagen de Bosco. El padre de mi hijo lleva horas desaparecido de casa, no sé nada de él. Yo estoy de los nervios. Son las nueve de la noche, acabo de acostar a Nico cuando veo que entra un coche en la propiedad. No es el de Bosco, ni ninguno de sus otros coches. Me quedo mirando de quién se trata y veo que se baja un hombre con traje de chaqueta, abre el maletero y de la parte de detrás salta Bosco, como por arte de magia. Me quedo pensando qué hace él ahí. Me asusto y salgo de la habitación corriendo en busca de ayuda, en mi mente se han formado todo tipo de ideas, pero cuando llego al salón observo desde las escaleras cómo Bosco le da la mano al hombre con el que ha llegado. Se despiden y el individuo que no sé quién es se marcha.

Bosco se gira y me descubre en la escalera. Lo miro con el corazón a mil por hora y con muchas preguntas en mi mente, pero no me da tiempo a reproducir ninguna. Él se acerca, y observo que tiene sangre seca en la comisura del labio, desvío mi mirada y veo que sus nudillos están rojos y marcados.

—¿Qué ha pasado? —pregunto preocupada. Me acerco a él e involuntariamente llevo la mano hasta sus labios. Cuando le toco el golpe siento que le duele, pero no emite queja alguna.

—Está todo bien —dice, pero yo sé que lo hace para tranquilizarme, sin embargo, consigue el efecto contrario.

—No, no lo está. Mírate —le indico repasando la comisura de sus labios ensangrentada y señalando su mano.

—Está todo arreglado. El hijo de puta que te echó a los cocodrilos ha recibido su merecido —espeta con rabia.

—¿Qué has hecho? —pregunto preocupada.

—Lo que haría cualquier hombre en mi situación.

—Dime que no te has metido en ningún lío por mi culpa —le ruego con la respiración alterada.

—Nada es culpa tuya, sino mía —comenta.

Yo lo miro sin entender sus palabras. Él me toma de una mano y me lleva hasta la cocina. Allí coge hielos y yo adivino para qué los quiere. Se los quito de las manos, los pongo en un paño y los acerco a los nudillos de su mano.

—Necesito que me digas qué es lo que está pasando —casi le exijo cuando coloco el hielo en su mano. Él esboza una queja, pero se contiene.

—Bien —acepta con buena actitud. Consulta el reloj y me indica—: ¿Tienes tiempo? —pregunta con calma. Yo asiento—. Nos tenemos que remontar al pasado, tú y yo, hace dos años —anuncia serio. Suspiro y me preparo para todo.

—Jamás olvidaré esa noche —murmuro sabiendo a lo que se refiere.

—Ya somos dos.

Lo miro y me estremezco al verme reflejada en el brillo de sus ojos. No siento que lo lamente.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué interés puedo tener yo o mi vida? —pregunto alterada.

—Sergio Quirán ha intentado perjudicarme públicamente cuando he cancelado la boda con su hermana. —Yo frunzo el ceño. Ese nombre me suena, pero no consigo recordar de qué—. Es mi agente —dice de inmediato, a modo de aclaratorio—. Al parecer, él firmó contigo el contrato de confidencialidad de la noche que pasamos juntos. —En cuanto lo dice, sé de qué me suena ese hombre—. Ha querido dañar mi imagen, y a ti, al hacer público que pasamos una noche juntos y existía un acuerdo previo. Pero él no contaba con que yo descubriese sus planes —revela—. Ahora soy yo quién lo va a hundir para siempre. En su profesión está muerto.

—¿Qué gana con todo esto después de tanto tiempo? —pregunto desconcertada.

—Dinero a mis espaldas —admite seguro de ello— y venganza. Pero no va a conseguir sus objetivos.

—¿Qué puede pretender con esto? —pregunto descolocada.

—Que vuelva con su hermana para que mi imagen no caiga por los suelos. Pero me ha infravalorado. Que jamás haya hecho uso de mis contactos influyentes no significa que no lo hiciese en este caso. No voy a volver con Tamara bajo ninguna situación —me deja claro, y yo me estremezco.

Bosco parece leer la preocupación que se debe de reflejar en mis ojos, se acerca a mí, me acaricia el rostro y me besa. Yo me entrego a ese tierno beso cargado de pasión que lejos de calmarme me hacen temblar como nunca.

De repente, la voz de Julián nos interrumpe.

—Señor, es la policía —anuncia preocupado—. Quieren hablar con usted. Alguien lo ha denunciado.

Con tranquilidad, Bosco asiente, como si lo esperase. Se coloca de pie y le indica a Julián que los hagan pasar.

—Déjame solo —murmura Bosco dedicándome una mirada cálida.

—¿Qué pasa con la policía? —pregunto aterrada.

—Todo está bajo control —susurra—. Confía en mí.

Me marcho antes de que aparezca la policía ya que así me lo ha pedido Bosco. Pero no me voy a mi habitación, me quedo escondida en el recibidor. Necesito saber por qué la policía ha venido a casa en busca del padre de mi hijo.

Sé que no está bien lo que estoy haciendo, escuchar algo muy personal de Bosco, pero algo me dice que tengo que saber qué está pasando realmente.

—Señor Hungría. El señor Sergio Quirán ha presentado una denuncia contra usted por lesiones. Según su versión, lo ha agredido. ¿Nos puede confirmar dónde y con quién ha estado durante la tarde de hoy?

—Aquí en mi casa, con mi hijo en su habitación —afirma de forma contundente—. Las cámaras de seguridad pueden certificar mis palabras. No he salido de mi propiedad.

La policía se queda pensativa. Consulta un blog de notas y escriben algo.

Bosco los mira y pregunta con tranquilidad y un toque de arrogancia:

—¿Tengo que preocuparme y llamar a mi abogado?

En medio de toda esa vorágine y desconcierto, sé que les está mintiendo, no lo vi salir, pero sí regresar en el maletero de ese hombre que desconozco quién es. No sé qué es lo que está pasando, pero no quiero que se lleven a Bosco ni lo culpen de nada. Nadie podrá decir que estuvo con él. Y si por casualidad le preguntan a Nico diría que no, aunque es un niño y sus palabras no serían tomadas en cuentas. La cabeza está a punto de estallarme, no sé qué hacer.

De repente, una idea pasa por mi cabeza, es algo muy loco, pero podría salvar a Bosco. Ni me lo pienso, me deshago de la ropa que llevo y me quedo en ropa interior. Me alboroto el pelo y me

armo de valor. Algo dentro de mí me impulsa a ayudar, como sea, al padre de mi hijo. Cojo de la cocina una botella de vino y aparezco aparentando que voy distraída en descorchar la botella.

—Cariño, el pequeño por fin se ha quedado dormido, ¿continuamos con lo que dejamos a medias hace un par de horas? He traído vino —Cuando entro en acción simulo como si no hubiese visto a los policías y me pasease por la casa a mi completo antojo, ajena a la presencia policial.

Cuando los ojos de Bosco y tres policías se clavan en mí voy descalza y en ropa interior, doy gracias por llevar un bonito conjunto e ir depilada, creo que me voy a morir de vergüenza. Siento mis mejillas arder al mismo tiempo que trato de aparentar desconcierto al ver al cuerpo de seguridad en el salón de la casa por la que me paseo como si fuese mía.

La cara de desconcierto de Bosco no tiene nombre.

—Alba, cúbrete —ladra de inmediato.

—¡Oh, perdón! —exclamo llevándome las manos a la cara. La vergüenza no la tengo que fingir, todo lo contrario, hago grandes esfuerzos por controlarla.

—Espérame arriba. Yo soluciono esto —lanza Bosco con la mirada clavada en mi cuerpo.

Tras escuchar sus palabras, me falta tiempo para salir corriendo a mi habitación, creo que lo he empeorado todo con mi repentino y estúpido arranque.

En cuanto estoy sola, me coloco una bata y me siento en la cama con el corazón bombeando contra mi pecho a mil. Ni yo misma me puedo creer lo que acabo de hacer. Ha sido un impulso. Un gran error. Me preparo para la gran bronca que Bosco me echará tarde o temprano. Recuerdo la expresión de su cara y sus ojos y el cuerpo se me estremece.

Tras media hora, Bosco irrumpe en mi habitación sin llamar. Entra, cierra la puerta y se dirige hacia mí con paso decidido.

Yo soy incapaz de levantarme de la cama donde permanezco sentada. Lo miro en silencio y me preparo para escucharlo. Sé que me merezco una buena bronca, lo que he hecho ha sido muy estúpido y seguro que lo he complicado todo.

Con poca delicadeza, Bosco me toma por los brazos y me coloca a su altura.

—Eres maravillosa —murmura antes de plantarme un beso en la boca. Me abraza, me pega a su cuerpo y siento toda la dureza de él contra el mío.

Bosco besa como un dios. Me dejo llevar por sus labios y sus caricias. Me abre la bata y pasea sus manos por mi piel. El roce de sus dedos por mi espalda, despiertan mi deseo por completo.

—Gracias —susurra en mi oído mientras me besa el cuello con mimo y delicadeza—. Lo tenía todo controlado, pero tu aparición ha sido un verdadero golpe de efecto. Has disipado cualquier posible duda.

Me siento tan perdida en sus brazos que soy incapaz de articular palabra y preguntar todo lo que debería saber, pero no me importa, lo que Bosco me está haciendo sentir es mucho más primordial. El resto puede esperar.

Mi bata cae al suelo, nos tumbamos en la cama y Bosco se deshace de mi sujetador, saborea mis pechos y me lleva al límite mientras me retuerzo debajo de él.

Cuando besa mi vientre y comienza a quitarme las braguitas algo salta dentro de mí. Me incorporo de golpe y lo paro.

—Bosco… no. No estamos pensando con la cabeza al hacer esto. Ya no se trata de pasarlo bien o de que solo sea una noche. Mañana tendremos que sentarnos a la mesa con Nico y yo, al menos, no te podré mirarte a la cara y todo entre nosotros habrá cambiado. Prefiero que nuestra relación continúe como hasta ahora —le digo con la respiración alterada. La razón se ha impuesto al deseo que siento por ese hombre.

Él me mira, se pasea las manos por la cabeza y asiente con pesar. Observo cómo toma una gran bocanada de aire y trata de recuperarse.

—Hasta mañana, Alba Serrano —se despide en la puerta. Ni siquiera he sido consciente del momento en el que se ha alejado de mi lado—. Esto no termina aquí —murmura convencido de ello.

No duermo en toda la noche. El pasado y la vida de Bosco Hungría me mantienen en vilo y no sé cómo manejar el presente, mucho menos acertar en una dirección hacia el futuro.

52
Huir

Cuando amanece solo tengo un pensamiento en mente, huir de la vida de Bosco Hungría para siempre. Es el padre de mi hijo, pero ya me las arreglaré para no verlo ni tratar directamente con él en el futuro. He pensado que Julia sería una buena intermediaria. Bajo al salón de la casa como si fuese una ladrona, en busca de mi móvil, lo dejé allí la noche anterior, subo corriendo y la llamo sin ver la hora que es, en cuando descuelga me dice:

—¿Qué sucede? —la noto sobresaltada. Miro la hora y compruebo que son las siete y media de la mañana.

—Lo siento, pero te necesito con urgencia —le ruego en tono de disculpa—. Tengo que huir de la vida de Bosco. No puedo permanecer en ella ni un solo segundo más. Tienes que ayudarme.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con interés, preocupada.

—De todo —lamento.

—¿De todo? —pregunta Julia con cierto tono jocoso.

—Bueno, no de todo, pero anoche hice algo muy estúpido y luego casi terminamos…

—Ay, ay, ay —grita Julia, emocionada.

—No sucedió nada —zanjo de golpe.

—Seguro porque tú no quisiste —aventura. Es como si la viese, debe de tener los ojos en blanco y lamenta que no me haya acostado con Bosco.

—¿Me vas a ayudar? —la increpo mientras miro por la ventana. El jardín de la casa es maravilloso, te invita a quedarte en él, pero yo deseo salir de esa casa, lejos del padre de mi hijo, cuanto antes.

—¿Cómo?

—Huir de aquí, lejos de Bosco —especifico.

—Eso me parece imposible. No puedes llevarte a su hijo.

—En estos momentos soy yo la que necesita alejarse de él. Pensar bien en la situación y ver bien cómo manejar todo en un futuro. Tú podrías encargarte de tratar con él con respecto a Nico —propongo algo desesperada.

—¿Estás segura? —pregunta preocupada.

—¿Podrías venir por mí? No sé… invéntate algo, nos vamos lejos por unos días. Pero necesito salir de esta casa ya —le ruego.

—Está bien, déjame arreglarlo todo. Te llamo en una hora o así.

—Gracias.

—¿Qué le vas a decir a Bosco con respecto a Nico? ¿Se viene contigo?

—Déjame pensarlo —contesto, abatida.

Me meto en la ducha y pierdo la noción del tiempo debajo del chorro de agua que cae con fuerza sobre mi cabeza. Intento que mi mente se despeje, pero siento que estoy perdida. Me visto y voy a la habitación de mi hijo. Cuando no lo encuentro en su cuna el pánico se apodera de mí. Me giro, algo alterada, y me topo de frente con Pepa.

—El señor y Nico se levantaron temprano. Van a darle una sorpresa —anuncia, sonriente—. Me indicó que le dijese que cuando estuviese vestida y lista Roberto la llevaría para que se reuniese con él y su hijo.

—¿Bosco y Nico no están en esta casa? —pregunto con un hilo de voz.

—No.

Siento a Pepa diferente, me habla de usted y en su mirada puedo leer que me oculta algo.

—Estaré lista en cinco minutos —le digo de inmediato, maldiciendo a Bosco y sus ideas.

—Tómese su tiempo, puede arreglarse —me indica en un tono de consejo.

Salgo de la habitación de mi hijo, voy a la mía directamente, cojo mi bolso y mi móvil ni me molesto en mirarme al espejo. No me importa estar o no arreglada, bien o mal. No tengo a nadie a quién impresionar ni tiempo que perder.

Voy en busca de Roberto. Me duele un poco la cabeza y solo quiero encontrar a mi hijo y marcharme lejos.

Salgo al jardín y encuentro a Roberto esperándome junto a un lujoso coche negro, muy grande.

—Cuando usted quiera —me indica abriéndome la puerta trasera.

Me monto con cierto temor, sin saber dónde vamos o qué trama Bosco.

Cuando llevamos media hora de trayecto, le pregunto:

—¿Dónde nos dirigimos? —No puedo aguantar más sin saber dónde está Nico.

—Al aeropuerto.

—¿Perdón? —inquiero desconcertada.

—Bosco y su hijo la esperan allí —comenta con naturalidad.

—¿En el aeropuerto? ¿Se va de viaje? —pregunto algo descolocada.

—Creo que sí. Bosco mandó a preparar el avión y llamó al piloto.

—Ah, ¿qué también tiene un avión privado? —pregunto con asombro, sin dar crédito.

Roberto asiente y puedo observar media sonrisa en su boca a través del espejo retrovisor. Algo me dice que él sí sabe qué pasa con Bosco, pero también sé que solo me dirá lo que el padre de mi hijo le haya permitido.

Tardamos en llegar al aeropuerto media hora más, en la cual me siento incomunicada ya que mi móvil no tiene batería, apenas me ha dado tiempo a enviarle un breve mensaje a Julia diciéndole que la llamaré en cuanto resuelva un asunto con el padre de mi hijo.

Cuando llegamos al aeropuerto, Roberto me lleva directa hasta las escalerillas de un avión privado. Lo observo de cerca y me impresiono. Nunca me he montado en un avión, mucho menos en uno privado.

—El señor la espera —me indica, animándome a que suba las escalerillas.

Con temor lo hago, a la mitad de ellas miro hacia atrás y observo que él no me acompaña. Cuando ve que dudo en continuar, me anima a hacerlo con un gesto acompañado de una sonrisa que me tranquiliza.

Nada más entrar en el avión una azafata me recibe y me da la bienvenida. Me indica que pase y yo admiro todo. Es muy espacioso, todo en color blanco, con asientos en cuero, se ven muy cómodos. No tiene muchos. Cuando avanzo, me encuentro a Bosco sentado con Nico en sus brazos.

—Se ha dormido —anuncia mirándome con un brillo especial en sus ojos.

—¿Te marchas? —pregunto acercándome a él.

—Sí. Tengo un mes de vacaciones y no me apetece pasarlo en España con todo lo que ha sucedido. La cancelación de mi boda y lo de anoche… —no especifica más, dejándome con las ganas—. Creo que lo mejor será estar lejos por un tiempo. Lo necesito y de esa forma la prensa dejará de estar pendiente a cualquier movimiento que haga.

—Lo entiendo —murmuro algo triste, y no lo comprendo. Me reprendo a mí misma. Debería estar saltando de alegría con esa decisión, se va lejos un mes, pero no lo estoy.

—Me alegra que lo entiendas. Toma asiento —me anima a ello.

—Mejor cojo a Nico y no te retraso más.

—No te preocupes, lo llevaré yo.

—Bien. —Asiento al pensar que no me veo muy capaz de bajar con mi pequeño las estrechas escalerillas del avión.

Tomo asiento al lado de Bosco. No tiene intenciones de levantarse y deduzco que igual quiere hablar conmigo sobre lo de anoche antes de marcharse.

—Abróchate el cinturón. En breve vamos a despegar —me indica.

—¡¿Cómo que vamos a despegar?! —casi grito.

—Nos vamos —anuncia con tranquilidad.

—¿Nos vamos? ¿Cómo que nos vamos? —Lo miro descolocada.

—Un mes. Fuera de España. De vacaciones. Ya te lo he dicho —murmura mientras que yo estoy a punto de darme un infarto.

—No. No. No —niego mientras siento que el avión comienza a moverse—. Nosotros no podemos irnos.

—¿Por qué? —pregunta sonriente y con pasividad. Lo veo de muy buen humor mientras que yo tengo ganas de matarlo.

—Porque tengo una vida, un trabajo en Toledo. —Él me mira en silencio, sin convencerle mi explicación—. Yo no pinto nada contigo, un mes de vacaciones —añado escandalizada.

—Lo pintas todo. Eres la madre de mi hijo. Me pareció egoísta privarte de él tanto tiempo, pero si lo prefieres, aún puedo detener el avión, bajarte y ver a Nico dentro de un mes. Mi hijo se viene conmigo y en eso no hay posible negociación —zanja, rotundo.

Yo me quedo en silencio, meditando sus palabras. No voy a dejar que mi hijo se vaya fuera de España con su padre, ¿pero pasar yo un mes con Bosco Hungría de vacaciones? Estoy en una encerrona. Pienso con rapidez, pero tengo la mente nublada.

Lo miro en silencio y no digo nada. Por más que pienso no encuentro solución alguna a lo que me acaba de plantear.

—No puedo dejar mi trabajo y mi vida aparcados por un mes —enfatizo.

—Sí puedes. Y si no quieres, te doy la solución, bájate del avión.

Me mira en silencio y con tranquilidad, yo me estoy muriendo por dentro. Pienso y pienso, pero siento que no hay solución. No me voy a ir de ese avión sin mi hijo. Creo que él lo sabe y por eso me muestra una sonrisa de satisfacción.

Pienso en la situación y le propongo:

—Bien, seré como la niñera de Nico. Nada de tu invitada ni privilegios especiales —murmuro al fin.

—No te preocupes, tú te quedarás con él mientras yo acuda a comidas y fiestas —lanza con una sonrisa. Creo que disfruta con todo esto que ha planeado a mis espaldas.

Yo trato de dominarme cuando escucho sus palabras y lo imagino en fiestas con mujeres, pasándolo bien. Me preparo para lo que voy a tener que soportar en un mes entero al lado de Bosco Hungría. Sé que querré irme de su lado a cada instante.

—Algo me dice que estás huyendo de lo que pasó anoche con la policía y aún no me has contado —trato de borrarle la sonrisa inmejorable que luce en su bonita cara.

—Solo quiero huir de un matrimonio del cual me he dado cuenta que no deseaba y de unas acusaciones que se quedarán en el aire. La prensa le dará bombo por unas semanas, pero luego solo será eso, habladurías. Nada probado.

—Siento que me arrastras a mí y a Nico con algo de lo que no tenemos culpa. El personaje

mediático eres tú —murmuro con sinceridad.

—Os recompensaré, es el precio que paga todo el que está a mi lado —admite, pero puedo apreciar cierta expresión de triunfo en su rostro.

53
En las nubes

Cuando el avión despega me agarro al asiento con fuerza, consiguiendo que los nudillos se me pongan blancos.

—No me digas que nunca has volado en avión —murmura Bosco, sin creerlo. Tiene los ojos clavados en mi rostro.

—No. No lo he hecho —admito con vergüenza y miedo a la vez.

Las diferencias que existen entre Bosco y yo son tantas que hace que me sienta muy pequeña e insignificante a su lado. Él no es solo un hombre de éxito, sino que es una persona que conoce el mundo y sabe cómo manejarse en él. Yo solo sé desenvolverme bien con mi hijo, mi trabajo y mi casa. Ni siquiera tengo un coche propio, y en los dos años de vida que tiene Nico no le he podido ofrecer unas vacaciones en condiciones. Ahora llega su padre y se lo va a dar todo de golpe, y a lo grande. Me preocupa mucho cómo le pueda afectar eso. Algo me dice que Bosco Hungría no es un hombre de medias tintas. O lo da todo o nada.

—Me alegra que la primera vez sea conmigo y compartir a tu lado esta experiencia —lo pronuncia taladrándome con la mirada, haciendo que recuerde la noche en la que estuve por primera vez con un hombre, él—. Espero que te resulte todo un placer y guardes buenos recuerdos. Dicen que la primera vez de cualquiera que sea una de nuestras experiencias en la vida nunca se olvida.

Suspiro y lo miro en silencio.

—¿Dónde vamos? —me atrevo a preguntar con cierto deje molesto que no logro ocultar.

—Primero, a un yate en medio de las islas griegas, donde no nos pueda localizar la prensa. Luego, a una villa en Santorini. Después, ya veremos.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar en el yate? —pregunto con temor.

—¿No te gustan los barcos?

—Me agobia estar en un lugar donde no pueda moverme con libertad —trato de excusar. Lo que no me gusta es permanecer en un sitio donde tenga a Bosco Hungría cerca noche y día sin vía de escapatoria.

—Tranquila, tendrás tiempo de perderte. También puedes nadar en el mar. Las aguas son maravillosas.

—No sé nadar —le indico con un mohín. Por alguna razón quiero desilusionarlo con respecto a llevarme con él en ese viaje.

—El barco tiene un jacuzzi en cubierta. Varios camarotes y otras estancias —aclara.

Yo me quedo más tranquila con ese dato. Tener mi propio espacio para alejarme de él me tranquiliza. Por reducido que pueda ser.

Durante unos minutos nos quedamos en silencio. Yo cierro los ojos y recuesto la cabeza en el sillón. Bosco continúa frente a mí con Nico en sus brazos, dormido.

—¿No me vas a contar qué sucedió anoche? —pregunto de nuevo cuando ya volamos y veo las nubes. No sé cuánto durará el vuelo, pero no puedo soportar estar más tiempo callada frente a Bosco y que él me observe en silencio.

Él asiente con media sonrisa pintada en sus hermosos labios.

—Sergio Quirán, mi agente y hermano de Tamara, la mujer con la que me iba a casar y cancelé la boda, ha querido vengarse de mí por privar a su hermana de los privilegios de

convertirse en mi mujer y todo lo que eso le hubiese reportado a la imagen de ella. Pero le ha salido el tiro por la culata cuando me he enterado que fue él quién filtró la información de la noche que pasamos juntos y te acusa de ser una mujer de compañía de alto nivel. No lo esperaba. Cuando me confirmaron su nombre no pude evitar darle su merecido. Siempre lo traté como mi amigo, casi un hermano.

—¿Es cierto que lo agrediste? —pregunto con miedo.

—Solo lo puse en su lugar. Alguien tenía que darle su merecido, pero no tiene pruebas. Me cuidé de ello. Y luego tú me ayudaste muchísimo, sin saberlo, cuando representaste ese papel delante de la policía que llegó a casa.

—¿Por eso llegaste a tu casa en el maletero de ese hombre? —pregunto y él me mira asombrado de que lo sepa—. Te vi por la ventana —le aclaro.

—Gracias por guardar el secreto —me indica mientras siento que me mira con admiración.

—Nunca haría nada que perjudicase al padre de mi hijo. Estoy en contra de la violencia, pero ese hombre se lo merecía. ¿Está bien? —me intereso.

—Como yo —indica tocándose los nudillos de la mano, ya los tiene mucho mejor que la noche anterior.

Suspiro y por unos segundos nos quedamos ambos en silencio.

—Cuando te vi delante de la policía… De aquella forma… Me desconcertaste. No lo esperaba. Fue un verdadero golpe de efecto —admite Bosco.

Yo sonrío. Me gusta la expresión que ese recuerdo ha provocado en él.

—Fue un impulso —trato de justificar.

—Alba… —Bosco se revuelve en el asiento del avión, no sabe cómo preguntarme algo que le ronda la mente—. Estuviste conmigo aquella noche por dinero, algo que desconocía hasta hace poco —revela y yo me quedo paralizada—. Siempre supe que esa noche que pasamos era un regalo por parte de algunos de mis compañeros, pero ellos me dijeron que tú estabas loca por mí y que te morías por estar conmigo. Soñabas con que yo fuese el primero. Me convencieron y acepté. Me llevaron a esa habitación casi a rastras y luego me quedé por curiosidad. Cuando te vi me olvidé de todo. Te había buscado tanto… Pensé que todo había sido una broma para llevarme hasta ti. Luego descubrí que eras virgen de verdad —revela, y yo me quedo estupefacta al escucharlo—. Cuando Sergio me tiró a la cara el contrato que firmaste…

—Lo hice por dinero —admito con un murmuro.

Él me mira serio, impasible.

—¿Después de mí… continuaste en eso? —pregunta con cautela—. No es una pregunta indiscreta, necesito saberlo para defender las posibles informaciones que se puedan verter sobre la madre de mi hijo en la prensa. Tengo al mejor equipo de abogados del país y no pienso pasar ni una con respecto a este tema.

—No. Solo fue contigo —admito de frente, con sinceridad—. Necesitaba el dinero para algo importante.

—¿Qué pudo ser tan importante para venderte de esa forma? —pregunta, serio.

Lo miro y me siento humillada, pero lo cierto es que lo hice y tengo que vivir con ello.

—La vida de mi hermano mellizo. Tenía cáncer y la esperanza para su salvación era un costoso tratamiento en Estados Unidos.

Cuando se lo revelo la expresión de Bosco se suaviza, me mira con compasión.

—¿Se salvó? —pregunta con interés.

—No. —Suspiro pensando en mi hermano y hago un gran esfuerzo para no romperme delate de Bosco—. Murió. Él era Nicolás Serrano, trabajaba en tu discoteca. Camarero, y el novio de

Julia. Por eso ella se alejó del Afaia cuando le diagnosticaron la enfermedad —le explico. Ya de nada sirve seguir ocultándolo.

—Lo siento —murmura con una mirada cálida, pensativo.

—El destino se empeñó en que mi hermano muriese. Todo salió mal. Le puse su nombre a nuestro hijo. Era una forma de tenerlo más cerca. Nico y yo teníamos un vínculo muy especial.

Miro a los ojos a Bosco y la mirada que me dirige es de compasión, gratitud y bondad.

Se levanta con Nico en sus brazos y me susurra:

—Voy a dejarlo en el sofá de ahí —me indica. Yo asiento, está casi al lado de nosotros.

Bosco vuelve y se sienta a mi lado, toma mi mano entre las suyas, yo clavo la mirada en ellas y siento que mi corazón se acelera con su contacto.

—¿Qué supuso para ti estar conmigo esa noche? —pregunta mirándome a los ojos.

Me quedo callada, suspiro y le digo:

—Es el mayor sacrificio que he hecho en la vida por alguien. Pensé que esa noche traería muchas consecuencias a mi vida, pero jamás llegué a pensar que una de ellas fuese Nico. No lo hemos hablado, y quizá lo hayas pensado —le explico algo agobiada—, no me quedé embarazada con ningún fin. Cuando me marché sin explicación alguna de la habitación aquella mañana fue porque recibí una llamada dándome malas noticia sobre mi hermano. Luego mi vida se convirtió en un verdadero caos. Mi madre murió a los pocos meses, me quedé sola y rota en mil pedazos. Julia fue mi salvación y yo la de ella. En este tiempo hemos logrado recomponernos gracias a Nico, que es la luz de nuestras vidas.

—Nunca he pensado que te quedases embarazada queriendo —me revela con sinceridad—. Es más, creo que si no se hubiese producido el desafortunado secuestro de Nico a día de hoy no sabría que es mi hijo —manifiesta, convencido de ello.

Yo me quedo callada. Él continúa con su mirada fija en mí. Lleva una mano hasta mi rostro y lo acaricia. Luego se inclina y me besa. Es un beso maravilloso, cargado de pasión.

—Eres todo un descubrimiento para mí, Alba Serrano —murmura.

Y allí, en las nubes, entre confesiones mientras volamos, siento que soy alguien especial para Bosco, su mirada no miente.

54
Alta mar

Aterrizamos y un coche nos espera. Nico sigue dormido. Su padre lo lleva en brazos y mientras nos montamos en el todoterreno dos hombres descargan maletas. En unos minutos el vehículo se pone en marcha y yo me limito a admirar el paisaje. No pasa demasiado tiempo cuando nos encontramos en un puerto. Hay muchos barcos, nos bajamos del coche y nos encaminamos hacia una pasarela. Nico se ha despertado y su padre lo lleva de la mano, le indica los barcos y el agua. Caminan delante de mí y yo solo puedo admirarlos a ambos.

A cada barco que nos acercamos creo que es el nuestro, todos son muy grandes, pero Bosco continúa caminando sin detenerse. Finalmente, deduzco que el yate que nos espera es el último que hay. Mis ojos se agrandan cuando lo veo de cerca y no puedo creer que ese sea el yate en el que vamos a pasar unos días. Es inmenso, imponente y lujoso. Luego observo a Bosco y me reprendo de forma inmediata por asombrarme, todo eso va con él. Todo lo que rodea al padre de mi hijo es desorbitado, como lo que nunca he visto, ni tan siquiera soñado con ello. Deduzco que ese barco debe de costar un dineral, ignoro si es propiedad de Bosco o es alquilado, aun así, debe de costar una verdadera fortuna.

Mi hijo está como loco, veo su mano alzada señalando todo; el agua, el yate, la pasarela por donde vamos a embarcar… Tres personas, perfectamente uniformadas, nos esperan a pie de la embarcación. Bosco coge a Nico en brazos y entra primero, luego le deja a mi hijo a una de esas personas y me da la mano para ayudarle a embarcar. Yo la tomo con fuerza y no puedo dejar de sentirme impresionada cuando piso aquel barco. Huele a nuevo y puedo comprobar que es más grande de lo que parecía desde fuera.

—Bienvenidos a bordo, señor Hungría, señora —dice un hombre de mediana edad. Es el único que lleva una gorra.

—Capitán, encantado de volver a saludarlo —le dice Bosco. Se dan la mano y deduzco que son viejos conocidos.

—Nico es mi hijo y Alba es su madre —nos presenta al capitán, otro hombre joven y una mujer también joven—. Estaremos a bordo una semana. Lejos de la costa, queremos intimidad —explica Bosco al capitán y los dos tripulantes. Yo me entero del tiempo que vamos a pasar en el barco en ese momento. Lo miro, pero él no me dice nada, ni siquiera veo sus ojos. Lleva unas gafas negras de sol que me impiden ver la expresión de su mirada. Estoy segura de que en esta travesía habrá más sorpresas, así es el mundo de Bosco Hungría.

Las tres personas asienten y yo deduzco que nos acompañaran en esos días.

—Todo está preparado y listo, señor. Podemos zarpar cuando usted lo indique —dice el capitán.

—Preparen todo. Voy a enseñarle el yate a mi familia y zarpamos en una hora —ordena Bosco consultando su reloj.

Cuando escucho que me incluye en su familia, algo desconocido recorre mi cuerpo.

La tripulación desaparece y nos quedamos solos en la cubierta del barco.

—¿Te gusta? —me pregunta Bosco.

—Es… es impresionante. Un yate enorme. ¿Es tuyo? —pregunto con curiosidad.

—No. Lo alquilo cuando me apetece, pero igual termino comprándolo. A Nico le ha encantado.

Admiramos a nuestro hijo que, de la mano de su padre, recorre la gran cubierta de un lado a otro.

—No me habías dicho que pasaríamos una semana aquí, aislados —comento, seria. No me gusta que decida sobre mi vida como si fuese algo de él. Solo soy la madre de su hijo y esto no conlleva a que yo esté incluida en sus planes de forma permanente.

—Te dije que estaríamos un mes fuera, de vacaciones, en un yate y en Santorini.

—Ya, pero nunca pensé que solos y aislados en alta mar.

—¿Tienes algún problema? —pregunta acercándose a mí con Nico en brazos.

—Me gusta pisar tierra firme —respondo de inmediato.

—Tranquila, ni te darás cuenta de que estamos en un barco. Ven, te lo voy a enseñar.

Me dejo guiar por él y cuando nos adentramos en el interior del yate tengo que reprimir un grito de lo alucinada que me quedo con todo su interior. Es muy espacioso, en tonos blancos. Hay un salón y un comedor, una cocina más grande que la de mi casa, cuatro camarotes enormes, con baños dentro y un despacho con una mesa y un ordenador en esta.

—Es impresionante —murmuro cuando lo hemos visto todo.

—Hay tres camarotes más, para la tripulación —especifica—, son más pequeños y están abajo.

Yo asiento porque no me salen las palabras. Me parece increíble que pueda existir un barco como ese y yo esté en él.

—¿Qué camarote te ha gustado más? —me pregunta Bosco—. Puedes escoger el que quieras.

—Me da igual, eso sí, dormiré con Nico —le dejo claro.

—Bueno, eso ya veremos, nos turnaremos. Yo también quiero disfrutar del sueño de mi hijo —me dice con una gran sonrisa y un guiño del ojo.

Salimos a cubierta y vemos que están embarcando nuestras maletas. El chico joven le pregunta a Bosco dónde colocarlas y él le indica:

—La mejor habitación para la señorita y mi hijo, y la que se encuentre al lado para mí.

Yo lo miro en silencio, tenerlo tan cerca no me gusta, pero no puedo hacer nada. Subimos a la parte superior del barco y allí nos espera una mesa llena de exquisita comida. En cuanto Nico la ve comienza a decir que tiene hambre. Nos sentamos, admiramos las preciosas vistas desde esta altura mientras que mi pequeño solo está centrado en la comida.

De repente, siento que el barco comienza a moverse, muy lento. Estamos saliendo del puerto. Percibo una brisa agradable en el rostro, cierro los ojos por un momento y me dejo llevar por el olor del mar y el bonito paisaje. Nico está como loco, no deja de señalar el agua y otras embarcaciones, grita que se quiere bañar y su padre y yo reímos a carcajadas limpias.

Navegamos a poca velocidad, creo que el capitán lo hace para que nos recreemos en la costa mientras nos alejamos de los demás yates que nos rodean. Picamos algo, la comida es exquisita, nunca había probado la comida griega, la elogio y Bosco me admira sonriente mientras como, algo que me corta un poco.

Nico no tiene problema, prueba de todo lo que hay en la mesa y luego se queda dormido en mis brazos.

—Voy a llevarlo al camarote, estará más cómodo —propone Bosco—. Quiero que hablemos —anuncia, y esto hace que comience a sentirme inquieta. Nunca sé por dónde va a salir.

—No quiero que se despierte y se asuste al yo no estar a su lado, no conoce el lugar. Puedes dejarlo aquí con nosotros. —Señalo el sofá sobre el que estamos sentados.

—Traeré una cámara de vigilancia, si vemos que se despierta bajamos.

Me quedo en silencio, pensativa. Bosco no ha descuidado ningún detalle. Coge a mi pequeño

y desaparece con él, mientras, cuando ya nos encontramos en alta mar, yo admiro el color tan bonito del agua y pienso en las palabras de Bosco, quiere hablar conmigo. Me produce cierto miedo e incertidumbre esperar que llegue y escuchar de qué quiere hablar. Ya estoy bastante desconcertada con pasar a su lado todo un mes de vacaciones fuera. Sé que él me lo ha vendido como si fuese la niñera de mi propio hijo, pero no es así. Bosco no me trata como tal. Es tan educado y amable, con ese carácter tan abierto y siempre sonriente que es imposible estar a su lado y no sentirte atraída por él.

De repente, Bosco irrumpe mis pensamientos. Lo veo parado frente a mí, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, las gafas de sol y mira al horizonte, donde lo hacía yo. Tengo que admitir que es el hombre más atractivo del mundo, su sola presencia hace que te olvides de la maravilla que tienes alrededor y te centres por completo en él.

—¿Todo bien? —le pregunto. Me incomoda que me mire en silencio sin saber qué pasa por su mente.

—No —suelta de golpe. Se sienta a mi lado y se deshace de las gafas de sol. La tira sobre la mesa como si fuese un simple papel y yo me quedo mirándolo a los ojos. Su expresión es de preocupación.

—Nico…

—Dormido abajo, en tu camarote —especifica. Me entrega la pantalla para vigilarlo y yo compruebo que duerme en una cuna que no había antes en ninguno de los camarotes que habíamos visitado.

—¿Qué sucede? —me atrevo a preguntar con temor.

Él se pasa las manos por la cabeza, mira al suelo y luego centra su mirada en mis ojos.

—Es necesario que cambiemos nuestra relación. Debemos ser una pareja, y los padres de Nico —comenta relajado y tranquilo.

—¡¿Cómo?! —grito, sin poder evitarlo.

Mi corazón casi explota al escuchar aquello. Lo miro con los ojos muy abiertos, él solo asiente y yo observo todo a mi alrededor. Estamos en alta mar. Todo lo que nos rodea es agua. No tengo escapatoria alguna de Bosco Hungría. En esos momentos comprendo que ha escogido muy bien el lugar dónde manifestarme sus planes. ¿Qué quiere ahora de mí?

55
Cincuenta y cuatro semanas

—Mi imagen está por los suelos —comienza a decir Bosco. Yo lo miro sin entender nada—, ha sido un cúmulo de todo lo que ha pasado en mi vida en las últimas semanas. Mi nuevo agente dice que tengo que ofrecer una imagen renovada o perderé muchos contratos. Además, este año se cumplen diez años de mi carrera profesional y debo proyectar una vida ejemplar, algo que no estoy dando. Primero aparece un hijo que muchos se empeñan en decir que tenía abandonado o descuidado, luego cancelo mi matrimonio y dejo a Tamara, la cual se muestra como una mujer rota, y, finalmente, le parto la cara a mi agente de toda la vida y excuñado y lo despido —enumera algo abatido—. Me están presionando por todos lados y no sé qué hacer —comenta agobiado.

—Yo… yo no sé qué decirte. Tu mundo se me hace tan grande que estoy perdida en él. —Lo miro y siento que parte de todo lo que le sucede es por la aparición de Nico y yo en su vida.

—Mi nuevo agente ha pensado en algo para restablecer mi imagen y callar todos los malos comentarios que existen sobre mí. Yo juego al fútbol, soy uno de los mejores, con eso debería de bastar, pero en este jodido mundo eso no es así —manifiesta cabreado—. La imagen que proyectamos vale la otra mitad de todo lo que somos —me explica. Asiento, aunque no lo entiendo muy bien—. Te necesito, Alba, para volver a poner mi vida en orden —pronuncia como un ruego.

—¿A mí? —pregunto atónita. No entiendo nada.

—Sí. Tú. Aunque parezca mentira, puedes ser mi salvación.

Yo lo miro como si se hubiese vuelto loco.

—¿Qué puedo hacer yo? No soy nadie —le explico.

—Te propongo ser una pareja, los padres de Nico, como te anuncié anteriormente. —Frunzo el ceño y me alejo de él un poco—. No sería algo real —dice de forma inmediata—. No voy a obligarte a nada —me deja claro—. Solo tendrías que vivir en la misma casa que yo y fingir delante de los demás que somos una pareja feliz y enamorada, junto con nuestro hijo.

—¡¿Qué?! ¿Y eso va a solucionar todo? —pregunto escandalizada. No doy crédito a nada.

—Sí. Por increíble que te parezca, sí. Ya no tendré la imagen de un tío que deja a su hijo y no se ocupa de él, que es la que se seguirá proyectando si no aceptas mi proposición. Contigo a mi lado seremos una familia de cara a los demás. La cancelación de mi boda y que haya dejado a Tamara estará más que justificada, ya que se entenderá que lo hice por amor. Para formar una familia, y de esta forma, el tema de mi excuñado y antiguo agente quedará en nada. No tiene pruebas y nadie lo creerá. Todos supondrán que solo trata de dañar mi imagen —me explica.

Lo miro y puedo ver en sus ojos que realmente soy la salvación de Bosco Hungría y me pide ayuda de forma desesperada.

—¿Tú y yo… convivir juntos y ser una pareja de cara a los demás? —pregunto de forma retórica. Bosco asiente—. No sé mentir muy bien, ¿y si lo descubren? —comento con miedo.

—Yo me encargo de eso. Tú solo debes de permanecer a mi lado junto con Nico y ayudarme a proyectar una imagen de familia y pareja feliz cada vez que acudamos a algún evento público.

—¿Y… y… cuánto tiempo duraría esto que me planteas? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Cincuenta y cuatro semanas —responde de inmediato.

—¡¿Qué?! Eso es… —Hago cuentas mentales con rapidez— más de un año —casi grito.

Bosco asiente.

—El tiempo suficiente para hacerlo creíble ante los demás, que se recupere mi imagen y luego ya se anunciaría una ruptura —explica. Lo miro y veo que lo tiene todo trazado al milímetro.

Siento miedo, cierta sensación se apodera de mi estómago al pensar que tendría que pasar más de un año al lado del padre de mi hijo y fingir en público que somos una pareja. No creo que pueda con lo que todo eso supondría para mí.

Bosco me observa en silencio, mientras mi mente es un verdadero huracán. Creo que espera con paciencia y me da tiempo a que lo piense todo y lo asimile.

—Alba —murmura tomándome las manos entre las suyas—, eres mi salvación —pronuncia como un ruego—. Y la tuya propia. ¿Crees que no vas a recibir el acoso de la prensa una vez regreses a tu día a día? A mi lado tú y Nico estaréis protegidos. Nadie se acercará a vosotros a menos que queramos. La prensa se acostumbrará a que tengo un hijo, una nueva pareja, una familia, y luego nos dejará en paz. Te lo aseguro —afirma convencido de ello—. Por favor, acepta —me suplica—, y arreglemos esto que, en cierto modo, nos afecta a los tres.

—Cincuenta y cuatro semanas… —murmuro pensativa e indecisa. Es demasiado tiempo—. Pero yo tengo una vida en Toledo, un trabajo… —alego.

—Lo solucionaremos. Yo me haré cargo de todo. Confía en mí. Solo tienes que decir que sí. Pídeme a cambio lo que quieras. Es tuyo —me ofrece y siento que haría lo que fuese porque le dijese que sí.

—¿Cómo te voy a pedir algo a cambio? —le digo sobresaltada y asombrada.

—En cierto modo, vas a alterar toda tu vida para solucionar la mía. Es justo que recibas algo a cambio del sacrificio —comenta con naturalidad, mientras yo lo veo una aberración.

—Eres el padre de mi hijo, nunca te pediría nada por ayudarte en algo que realmente necesitas, como es el caso —le dejo claro—. En parte, todo esto ha sucedido porque Nico y yo hemos entrado en tu vida.

—Bien. —Bosco asiente mientras me muestra una sonrisa. Lo noto más relajado—. ¿Me vas a ayudar? —pregunta, esperanzado, mientras me mira sin pestañear.

—Sí… —murmuro no demasiado convencida. En el fondo de mi ser algo me dice que estoy en deuda con él por haberse mostrado tan participativo cuando secuestraron a Nico. Y luego se ha portado tan bien con nosotros…

—Bien. —Respira aliviado y me agarra las manos con fuerza, mostrándome una sonrisa relajada y feliz—. Estableceremos unas pautas a seguir y por tu parte puedes añadir lo que desees.

—Con que hablemos las cosas con tiempo suficiente y tu mundo no me coja desprevenida me doy por satisfecha —aventuro.

—¿Cuento contigo para que mi nuevo agente comience a armar la falsa de que somos una pareja enamorada? —siento que lo pregunta con temor y cautela.

—Hay que salvar tu imagen —murmuro algo nerviosa—. En cierto modo, te lo debo. Te oculté a Nico por unos años y de alguna forma soy responsable indirecta de que te tachen de mal padre o te juzguen por no haber tenido relación con el niño.

—Gracias, Alba —susurra en mi oído mientras me abraza. Lo siento aliviado.

Observo por el monitor que Nico da vueltas y se remueve en la cuna.

—Será mejor que vaya con él. No tardará en desertarse.

Me levanto y mi sorpresa es mayúscula cuando Bosco me acompaña. Bajamos a los camarotes y, de camino al mío, me dice:

—Podemos establecer y trazar todo en una cena esta noche.

—No quiero dejar a Nico solo.

—La cena será en cubierta, lo tendrás vigilado en todo momento. ¿Qué me dices?

Yo me paro antes de entrar en el camarote, me giro y me topo con él. Estamos demasiado cerca. Mi respiración se altera y trato de controlarla para que no note que cada vez que lo tengo a mi lado y me mira con los ojos brillantes como en ese instante mis pulsaciones se disparan.

—Está bien —accedo finalmente.

Entro en el camarote y al sentir nuestra presencia mi hijo se despierta. Nico nunca tiene un mal despertar, todo lo contrario, siempre lo hace con una sonrisa que te llega al corazón y te saca la mejor de las sonrisas.

Es Bosco quién lo saca de la cuna y ambos se ponen a jugar en la enorme cama. Yo los admiro mientras siento que estar demasiado cerca de Bosco Hungría durante cincuenta y cuatro semanas será una auténtica locura.

56
Límites

Le doy la cena a mi hijo mientras Bosco se ha disculpado para arreglar unos asuntos en el despacho del yate. Luego llevo a Nico al camarote, le cuento un cuento y se queda dormido de inmediato.

Miro el reloj y son las diez de la noche, consulto mi móvil y encuentro un mensaje de Bosco.

Te espero en una hora en cubierta para cenar. He ordenado que te arreglen otro camarote para que puestas vestirte allí y así no se despierte Nico. También me he tomado el atrevimiento de dejarte un vestido sobre la cama. Me encantaría que lo uses esta noche. Lo dejo a tu elección.

Mi corazón vuelve a acelerarse de solo pensar en una cena íntima con Bosco en la cubierta del yate. Salgo del camarote y veo solo una puerta abierta en el pasillo de los demás camarotes del barco. Me acerco y descubro un vestido sobre la cama, unas sandalias y, al adentrarme en la habitación, encuentro todo lo necesario para maquillarme y arreglarme el pelo. Un montón de productos que yo no he traído y que no suelo utilizar. Cierro la puerta, me meto en la ducha y me digo que esta noche me voy a arreglar con todo lo que Bosco me ha dejado y lo voy a hacer esperar, para que así no se tome las molestias de comprar lo que no necesito.

Me seco el pelo con un secador que me lo deja perfecto, miro la marca y no me suena, pero debe ser tan caro y exclusivo que ni la conozca. Luego me hago unas ondas en mi pelo, no muy marcadas. Me maquillo y uso todos los productos que me han dejado sobre la mesa. Muchos de ellos no sé ni para qué son, pero me detengo y los leo todos.

Finalmente, voy hasta el vestido que me espera sobre la cama y lo tomo entre mis manos. Es de corte griego, largo, de seda, en color blanco. Me lo pruebo, ajusto el cinturón a mi cintura y veo que me queda perfecto. Me coloco unas sandalias planas doradas, a juego con el cinturón del vestido, unos pendientes y una pulsera que se encontraban también sobre la cama. Por último, antes de abandonar el camarote, decido utilizar uno de los cinco perfumes que me han dejado. Con paso firme y decidida, me encamino hasta cubierta. Son las once y media. Bosco debe de estar esperándome y eso me causa cierta sensación de inquietud. No sé qué reacción va a tener ante mi intencionado retraso.

Cuando llego a la cubierta superior del barco, en todo momento, desde que salgo del camarote, la chica joven de la tripulación que nos acompañará en estos días me guía, subo unos escalones y me encuentro con un ambiente de velas y luces que no espero. La mesa está puesta y hay mucha comida servida en ella. Bosco se encuentra de pie, de espalda a mí. Mira al mar. Esto me da unos segundos para repasarlo de arriba abajo, lleva un pantalón de lino blanco y una camisa del mismo color y tejido. Aprecio que va descalzo y lleva la camisa remangada. Cuando se vuelve hacia mí mis ojos se van directos a su pecho, lleva la camisa medio abrochada y deja entrever el moreno que luce y un pecho fuerte, por el que asoman alguno de los tatuajes que tiene. Él me mira mientras se acerca. Lleva su mano hasta la mía, la toma entre sus dedos y planta un beso en ella. Yo me estremezco al sentir el calor de sus labios sobre mi piel.

—La espera ha merecido la pena. Estás maravillosa —me elogia mientras me mira al detalle.

—Perdón por el retraso —me disculpo sin pensar, pese a haber llegado tarde a posta, pero soy muy educada y siento que me he pasado al hacerlo esperar una hora.

—No te preocupes. Estás perdonada —murmura mientras me admira sonriente.

Me hace un gesto con la mano para que tome asiento en la mesa. Nos sentamos y cuando veo

que está frente a mí trato de controlar un suspiro. Cenar a la luz de la luna, con velas, en un yate en alta mar, y a solas con Bosco Hungría debe de ser el sueño de muchas mujeres. Y yo estoy ahí ahora mismo queriendo salir corriendo de la magia que nos envuelve porque sé que una vez que caiga en ella estaré perdida.

—Espero que te guste la cena. Es de uno de los mejores restaurantes de este lugar.

—¿La has traído hasta aquí? —pregunto sin poder creerlo.

—Sí. Hasta que hablemos y establezcamos cómo comportarnos en público y unos límites, pensé que lo mejor sería no salir del yate.

—Bien. Tú dirás. —Estoy ansiosa por escuchar más. El mundo de Bosco siempre me desconcierta y en esta ocasión no espero menos. Trato de estar preparada.

—Degustemos primero esta maravillosa comida. La noche es larga y tendremos tiempo de hablar.

Yo asiento y pruebo la comida que Bosco me ha servido en el plato.

Durante la cena, apenas hablamos, ni siquiera Nico es nuestro tema de salvación de aquel silencio que en ocasiones me resulta incómodo. Bosco de limita a comer mientras no deja de mirarme. Esta noche está muy guapo. El blanco le sienta bien. Sus ojos tienen un brillo especial y su sonrisa consigue ponerme nerviosa. No sé qué pasa por su mente ni porqué me mira de esa forma. No consigo adivinar si me admira o se ríe de mí porque me he arreglado demasiado para una simple cena con alguien que solo es el padre de mi hijo.

Cuando nos retiran todo de la mesa, nos ofrecen algo de tomar. Ante la insistencia de Bosco pido algo sin alcohol, él pide una bebida sofisticada que no sé qué es.

—He hablado con mi agente —comenta—. Hemos trazado varias salidas en las que se nos vea juntos y felices como pareja y una familia —anuncia. Se calla y espera mi reacción.

—¿Cuándo regresemos a España? —pregunto.

—No. No podemos esperar tanto. Serán mientras estemos aquí en Grecia. Tendremos que empezar mañana mismo, iremos a cenar a Santorini. Acercaremos el yate a puerto. El día siguiente permaneceremos en puerto y dejaremos que nos fotografíen en el barco, mostrando una imagen de familia feliz. Esperaremos que las imágenes se propaguen, volveremos a alta mar con el yate y luego, según los efectos que todo produzca, veremos cómo seguimos de cara a continuar mejorando mi imagen.

—Vaya… pensé que todo sería a la vuelta de las vacaciones —manifestó algo incómoda de no tener tiempo de asimilar todo.

—No podemos esperar tanto. Mi abogado ha insistido en que debemos recoger este acuerdo en un contrato —murmura Bosco. Se queda en silencio, a la espera de mi reacción.

—¿Un contrato? —pregunto asombrada.

—Sí. Donde se establezcan por escrito las cincuenta y cuatro semanas que pasarás a mi lado y los límites que establezcamos a la convivencia juntos.

—Límites —murmuro, sin saber muy bien a qué se refiere. Yo soy más bien de hablar las cosas. Los contratos los considero negocios.

—Sí. Por ejemplo, cuando viajemos tendremos que dormir en la misma habitación. Cuando salgamos juntos, como una pareja, en público, tendremos que comportarnos como tal. Y, para convencer a la prensa y a la gente de nuestro círculo social, tendremos que besarnos y mostrarnos cariñosos.

Me quedo en silencio, asimilando todo lo que acaba de decir. Al mismo tiempo me reprendo a mí misma por tonta, por no haber pensado en todo ello antes de aceptar. ¿Cómo sino íbamos a convencer a la prensa y las amistades de Bosco que estamos juntos? Me llevo las manos a los

ojos y trato de pensar con rapidez. Lo miro y trato de averiguar qué clase de límites quiere que le especifique por mi parte en el dichoso contrato.

—¿No es suficiente con mi palabra y que lo vayamos hablando todo según surja? —le propongo—. ¿Es necesario ponerlo por escrito? —No quiero pasar la vergüenza que ya pasé cuando firmé el acuerdo de la noche X.

—Tengo un equipo de abogados muy exigentes. No puedo hacer tal cosa si no queda recogido por escrito. Es cosa de ellos —me deja claro a modo de disculpa.

Yo lo miro reticente.

—Vale, lo firmamos —murmuro sin saber muy bien lo que estoy aceptando, pero lo cierto es que me fío de él.

—Aquí tengo un borrador que me acaban de pasar —dice desbloqueando la pantalla del teléfono—. Lo podemos leer, me dices qué te parece y me indicas todo lo que quieras que se incluya por tu parte.

Lo miro con cara de boba y asiento. ¿Qué voy a querer incluir? No tengo ni idea.

Dejo que Bosco comience a leer y me centro en sus palabras:

—Me salto las formalidades de nuestros nombres y la fecha, paso directamente a lo importante del contrato —anuncia:

Primero. El presente acuerdo entre los firmantes tendrá una duración de cincuenta y cuatro semanas. En las cuales, de cara a los demás y en público, deberán aparentar ser una pareja feliz y una familia unida junto a su hijo.

Segundo. Doña Alba deberá asistir a todos los actos importantes en la vida y carrera profesional de Don Bosco Hungría, para no caer en habladurías. De forma pública, la pareja se tomará de la mano, existirán gestos cariñosos y besos, como si fuesen una pareja enamorada de verdad.

Tercero. El tiempo que dura el presente contrato Doña Alba Serrano y su hijo deberán permanecer al lado del Don Bosco Hungría. Si se requieren viajes, viajará junto a él el tiempo que sea necesario y al lugar que sea.

Cuarto. Durante el tiempo que dure el presente contrato, la doña Alba Serrano dejará todo cuanto la une a su actual domicilio y trabajo. Todo lo necesario para su sustento y el del niño lo sufragará Don Bosco Hungría.

Quinto…

—Espera, espera —lo interrumpo de golpe.

—Dime. No he especificado los límites de los besos y muestras de cariño en público, puedes hacerlo tú —me dice a modo de disculpa. Yo lo miro reprendiéndolo.

—¿Tengo que dejar mi casa y mi trabajo y tu mantenernos? —pregunto descolocada.

—No te lo tomes así. —¿Cómo me lo estoy tomando? Pregunto interiormente—. Me sobra el dinero, y lo que vas a hacer por mí es mucho más que todo eso. No me has pedido nada a cambio hasta ahora, correr con los gastos tuyos y de Nico es lo menos que puedo hacer en todo el tiempo que estés a mi lado. Te aseguro que me lo puedo permitir —me indica a modo de broma. Yo no me la tomo como tal. Lo miro seria y le arranco el móvil de sus manos. Quiero leer el dichoso contrato por mí misma y asimilar cada palabra ahí plasmada.

Leo en voz alta:

Quinto. Doña Alba dispondrá en las casas de Don Bosco como si fuese su pareja, tendrá total libertad de hacer lo que quiera sin consultar con nadie.

Sexto. Doña Alba dispondrá de un chófer y un coche a su disposición para poder moverse a donde quiera con total libertad.

Séptimo. Se prohíbe a las partes que tengan relaciones sentimentales y sexuales con otras personas, para salvaguardar este acuerdo.

Octavo. Si alguna de las partes incumple con el acuerdo y desea dar por finalizado el plazo de cincuenta y cuatro semanas establecido, la otra parte se quedará con la custodia de Nico. Una vez finalizado el acuerdo en los términos pactados, Nico vivirá siempre con su madre, como hasta el momento. Añadiéndose visitas y que pase con su padre algunos fines de semanas y vacaciones.

Cuando leo las dos últimas cláusulas me quedo callada, miro a Bosco y luego suelto una sonora carcajada cuando leo de nuevo la séptima cláusula.

—¿Tú has leído bien la séptima cláusula? —le pregunto risueña.

Él asiente serio.

—Nada de otras personas mientras dure el acuerdo.

Yo vuelvo a reírme en su cara. Lo miro bien y le pregunto:

—¿Serías capaz de estar cincuenta y cuatro semanas sin tener relaciones con nadie? Lo dudo. —No puedo reprimir el comentario.

—Si las tuviese me arriesgaría a que todo el esfuerzo que vamos a hacer al armar todo esto se vaya al traste.

—Yo no… quiero decir… Solo vamos a fingir delante de los demás…

—No te lo he pedido ni está reflejado —dice de inmediato.

Me quedo callada y suspiro.

—No te creo capaz de estar cincuenta y cuatro semanas sin sexo —murmuro.

—Es mi problema, no te preocupes por eso —me indica con una sonrisa.

Yo le devuelvo el móvil y me quedo callada.

—Es todo —anuncia Bosco sin dejar de mirarme—. Como verás, es un contrato muy simple, lo que hablamos. Puedes incluir tus límites o condiciones. Si todo te parece bien se lo puedo comunicar a mis abogados y mañana mismo lo firmamos. Eso sí, debe estar formalizado antes de que salgamos mañana a cenar fingiendo ser una pareja enamorada —especifica y siento que me está presionando.

—La última cláusula no la veo necesaria —añado.

—Todo incumplimiento de un contrato debe tener una contraprestación, en este caso a mis abogados no les pareció mencionar una cantidad dineraria ya que no es el objeto del acuerdo. Si por cualquier cosa tú incumples, mi imagen no se vería por completo dañada, proyectaría la de un padre que vive con su hijo. Entiende a mi equipo, no pueden arriesgarse a que algo salga mal. Si yo incumplo, tú vuelves a tu vida normal con Nico y yo asumo lo que recaiga sobre mí.

Lo miro y suspiro.

57
Cerrar un trato

—¿Puedes pasarme el contrato a mi teléfono? Le doy otro repaso y pienso si quiero añadir algo y lo dejamos cerrado —le indico.

—Por supuesto. —Me lo pasa a mi móvil, abro el archivo y comienzo a leer de nuevo bajo su atenta mirada. De pronto, una idea surge en mi cabeza.

—Disculpa, voy al baño, enseguida vuelvo.

Me marcho y me encamino al baño. Una vez allí, cierro la puerta como si me persiguiesen y llamo a Julia. Le cuento todo rápidamente y ella me indica que le envíe el borrador del contrato. Me indica que lo va a leer bien y que en unos minutos me dice algo.

Vuelvo a cubierta con Bosco. Me espera tomándose una copa, relajado.

—¿Todo bien? —me pregunta mientras me observa. Estoy inquieta, solo miro mi móvil a la espera de que Julia me dé una respuesta.

—Sí. He tardado porque he ido a ver a Nico —le miento. Luego me llevo las manos a los ojos cuando compruebo que me sonríe y mira el monitor de vigilancia del niño, que se ha quedado encima de la mesa—. Solo lo he observado desde la puerta —digo a modo de excusa.

—¿Algo que añadir? —pregunta con curiosidad, refiriéndose al acuerdo.

—Estoy pensando. Creí que tendría más tiempo.

—Lo siento, así se han dado las cosas. Pero tienes toda la noche, mañana puedes decirme lo que sea.

Mi teléfono vibra y veo que Julia me ha escrito que ha leído el contrato y me dice que la llame.

—Voy de nuevo al baño —me disculpo con Bosco, que me mira sin entender que desaparezca de nuevo, pero no le doy más explicaciones. Me marcho casi corriendo.

Me encierro en el baño y llamo a Julia.

—Cincuenta y cuatro semanas, nada más y nada menos —comenta en tono jocoso Julia en cuanto descuelga mi llamada—. Cómo admiro a Bosco Hungría en todos los sentidos —comenta risueña.

—Julia, déjate de halagos. ¿Firmo? Dime algo que añadir, lo que sea —la apremio—. Voy a parecer tonta si acepto todo sin poner algo de mi parte —le exijo desesperada.

—Puedes limitar el número de besos que puede darte en público. O cómo serán esos besos. Ya sabes, no es lo mismo un pico que un beso apasionado con lengua. También puedes limitar qué partes de tu cuerpo tocar en público, si solo ir de la mano, agarrados por la cintura… Tal y como lo leo tiene absoluta libertad en todo. Y lo de no estar con otras personas… Creo que eso va solo para ti, los tíos como Bosco Hungría no pueden pasar más de dos días sin tener sexo —afirma—, a menos que tú se los des.

—¡Joder! —murmuro por no haber caído en todo ello.

—Y también puedes limitar lo lejos que debe estar Bosco de ti cuando estéis solos. Por ejemplo, si tenéis que compartir habitación de hotel, lo mandas al sofá o al suelo —comenta con carcajadas.

—¿Todo esto te divierte? Porque a mí ni un poquito —le digo enfadada.

—Pues a mí me acabas de alegrar una noche aburrida —comenta con otra carcajada.

—No le veo la gracia.

—Ya se la verás —aventura, segura de ello, pero yo no le creo.

Cuelgo, me siento en un taburete del baño y me revuelvo el pelo. Pienso en los límites que le voy a imponer a Bosco, trato de tranquilizarme para aparecer ante él como una mujer segura.

Tras diez minutos a solas, de reflexión, vuelvo a cubierta. Bosco va por la segunda copa. La primera permanece vacía encima de la mesa. En cuanto me ve, pregunta de inmediato:

—¿Estás bien?

—Eh… sí, sí, perdón. Creo que algo de lo que he comido no me ha caído bien —me excuso con lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Quieres que llame a un médico? —pregunta, preocupado—. Estaría aquí en menos de una hora.

—No te preocupes, es un malestar pasajero. Ya pasó.

Bosco asiente y yo me quiero morir de la vergüenza porque piense que he ido al baño porque me cagaba las patas abajo.

—He pensado en añadir algunas cosas al contrato, bueno, más bien, entre nosotros, me gustaría llamarlo un trato. Contrato suena muy formal y no existe ni va a existir ningún tipo de contraprestación económica por ninguna de las partes —manifiesto para cambiar de tema.

—Vaya… ¿te ha dado tiempo de pensar en ello? —pregunta, asombrado.

—Uy, desde que se es madre, el momento en el que estás en el baño lo utilizas para ordenar todo de forma mental.

Bosco suelta una sonora carcajada ante mi comentario. Yo le sonrío.

—Dime, ¿qué límites quieres añadir a nuestro trato? —pregunta sonriente, enfatizando la última palabra.

—Me gustaría llamarlo más condiciones que límites —especifico. Él asiente mirándome con atención.

—Estoy ansioso por escuchar tus condiciones. Sorpréndeme —me anima a ello con una sonrisa. Se recuesta sobre el sillón y se lleva la copa a los labios.

—Los besos en público —especifico—. Nada de besos largos y profundos. Nos limitaremos a un simple roce de labios y no más de varias veces por salida. Con respecto a los gestos cariñosos, nos quedaremos en tomarnos de la mano o la cintura, nada más allá. Y, por último, cuando tengamos que compartir habitación por alguna circunstancia obligatoria, no compartiremos cama.

—Bien. ¿Algo más? —pregunta sonriente.

—Sí. El tema de no tener relaciones íntimas con otras personas, creo que es una condición más bien impuesta para mí que para ti —le digo sin tapujos y espero su reacción.

—¿Por qué lo crees? —pregunta con curiosidad.

—Porque un hombre como tú no podría estar tanto tiempo sin sexo.

—¿Tú sí? —contraataca, sonriente, y espera mi respuesta.

—Bueno… en realidad, es tu imagen la que saldría mal parada, para qué me preocupo por ese tema —digo algo incómoda.

—He añadido esa cláusula por una cuestión de respeto entre nosotros, si quieres la quito.

—Haz lo que quieras —digo algo enfadada.

A él parece divertirle todo esto.

—Le diré a mis abogados que añadan tus peticiones y lo firmamos mañana. Si se te ocurre algo durante esta noche, envíamelo al teléfono para comunicárselos a primera hora.

Suspiro, me quedo en silencio y bebo un poco de la copa que tengo delante y aún no había probado. El hielo se ha derretido y está algo aguado, pero no me importa. Necesito bajar el nudo

que tengo en la garganta. Bosco me mira de una forma triunfante, y no lo entiendo. Supongo que para él esto de fingir durante cincuenta y cuatro semanas que somos una pareja y una familia feliz debe de ser un sacrificio tanto como para mí, sin embargo, lo noto feliz, cómodo y relajado. No lo entiendo.

—Es una noche maravillosa —murmura Bosco mirando al cielo.

Lo observo y veo que hay muchas estrellas.

—Hace una temperatura muy agradable —comento sin apartar la vista del cielo.

—Sí, una noche perfecta. Mágica —dice Bosco.

Nuestras miradas se encuentran, él se acerca a mí, me invita a brindar, lo hacemos y luego me comenta:

—¿Podemos sellar este trato antes de estampar nuestras firmas mañana? —pregunta sin apartar su intensa mirada de mis ojos.

Yo asiento, confiando en él.

Se acerca más a mí, me quita el vaso que aún sostengo en mis manos y tiene la osadía de besarme. No es un simple y casto beso, se trata de uno muy apasionado donde nuestras lenguas se enredan y no quieren separarse. Todos mis sentidos se despiertan, mi sed y mi hambre de estar con un hombre, sentir todo lo que Bosco me hizo sentir cuando estuve con él aquella vez. Me dejo llevar, lo beso con ganas, con pasión y con desesperación. Quiero más, necesito más y él lo siente. Sonríe sobre mis labios mientras acaricia mi cuerpo necesitado y yo siento el suyo, duro como el acero encima del mío. No sé en qué momento hemos terminado tumbados sobre el sofá en el que estábamos sentados, pero no quiero moverme de allí. Necesito a Bosco como respirar. Ni yo misma me reconozco cuando lo beso y lo acaricio con ganas, como si él fuese mío.

De repente, nos interrumpe el llanto de mi hijo. Aparto a Bosco a un lado, cojo el monitor que está sobre la mesa y observo a Nico en la cuna, de pie, llamándome. Salgo corriendo para calmar a mi pequeño. Cuando llego a su lado tengo el corazón a punto de salírseme por la boca, entre la carrera que he echado por el gran yate hasta llegar a él y el efecto Bosco Hungría que no olvida mi cuerpo ni mi boca estoy a punto de darme un infarto.

58
El comienzo

A la mañana siguiente, cuando me despierto, el sol entra por la gran ventana de mi camarote, me relajo mirando el mar, sintiéndome privilegiada de las vistas que gozo desde la cama. Nico está entre mis brazos, cuando volví al camarote me metí en la cama con él y ha dormido el resto de la noche pegado a mí. Está pasando por la fase del miedo y suele despertarse y necesita saber que su madre está cerca.

De repente, fijo la mirada bien en la mesita de noche y observo unos documentos que antes no estaban ahí. Los tomo entre mis manos, los miro y leo que se trata del acuerdo de las cincuenta y cuatro semanas con Bosco Hungría. Él ya lo ha firmado. Me quedo pensativa en que ha tenido que entrar en mi habitación mientras dormía para dejarlos donde estaban. Me siento en la cama y me dispongo a leer el dichoso acuerdo. Veo que se han introducido mis peticiones y no ha quitado las dos últimas cláusulas. Luego me quedo pensativa en que todo esto ha pasado por las manos de unos abogados, ¿qué habrán pensado? Siento hasta vergüenza, aunque a saber qué más habrán visto en el mundo de Bosco.

Al lado de los papeles hay un bolígrafo, sobre la misma cama firmo el acuerdo. En parte siento que se lo debo porque he puesto su vida patas arriba desde que aparecí en ella. Luego suspiro y me preparo para que mi vida cambie de forma radical el tiempo que pasaré al lado del padre de mi hijo fingiendo ser una familia feliz.

Cuando Nico se despierta salimos del camarote para ir a desayunar a cubierta, el chico joven de la tripulación, que parece que nos esperaba, me indica que el señor Hungría nos espera con el desayuno servido.

Tomo aire antes de enfrentarme a los ojos de Bosco. Tras lo sucedido entre nosotros la pasada noche no hemos hablado de ello. Mi cuerpo aún tiembla y arde cuando recuerdo sus besos y sus caricias.

—Papi —grita Nico cuando ve a Bosco.

Es la primera vez que lo llama así. Bosco se sorprende y acude de inmediato hasta nosotros. Lo coge de mis brazos y lo llena de besos, emocionado.

—Creo que hoy va a ser uno de los días más felices de mi vida —aventura Bosco, sonriente, con Nico en sus brazos—. Me ha llamado papi, ¿lo has oído? —pregunta con ímpetu, necesita que se lo confirme para ver que es una realidad.

—Nico es un niño muy cariñoso, te has ganado su corazón en estas semanas y ya tienes la recompensa. Que te llame papá es maravilloso —manifiesto admirando a padre e hijo. Bosco lleva un bañador verde agua y una camiseta blanca, está guapísimo, arrebatador, el olor de su perfume llega hasta mis sentidos y me pierdo en él.

—Aquí tengo el trato firmado. —Se lo extiendo y él me sonríe.

—Perdón por entrar en tu camarote sin permiso, pero necesitaba saber que ambos estabais bien. Y aproveché para dejártelo.

—No pasa nada.

Bosco deja el trato a un lado y nos anima a mí y a Nico a desayunar. Lo hacemos mientras mi pequeño habla de una cosa y otra. Es muy charlatán y no suele estar ni dos minutos en silencio.

—Vamos a cambiar la salida de esta noche por un almuerzo —anuncia Bosco—. Mi agente dice que hay que agilizarlo todo. En España mi imagen no está muy bien. Tamara y su hermano

se han propuesto destruirme.

—Vale. —Estoy dispuesta a ayudarlo. Creo en Bosco y no pienso que sea una mala persona.

—Todas nuestras salidas serán guiadas, quiero decir que nos indicarán qué ponernos y nos darán pautas de cómo debemos comportarnos y en qué momentos debemos estar en una actitud más cómplice para que nos fotografíen —me relata—. Ya han saltado los rumores de que me he marchado de vacaciones con la madre de mi hijo y con él, pero no hay pruebas gráficas que lo demuestren. En estos días se las daremos —relata con seguridad. Es un hombre que no duda nunca, muy seguro de sí mismo y de todo lo que hace.

Asiento, algo asustada. Salir con Bosco a solas y comportarme con él como si fuésemos una pareja me pone nerviosa. No sé si es por el hecho de que no sé mentir o porque estar a su lado me altera por completo.

—¿Con quién se quedará Nico? —pregunto agobiada porque mi hijo me eche de menos y no esté a gusto con personas desconocidas.

—Con mis padres. Ellos se encuentran en una villa en Santorini pasando unos días, vendrán por unas horas al yate, cuidarán de Nico y disfrutarán de él —comenta mientras yo me quedo asombrada de que lo tenga todo tan bien organizado. A Bosco Hungría no se le escapa nada.

Cuando escucho sus palabras me quedo más tranquila. Los padres de Bosco son personas que me hacen confiar en ellos y sé que cuidarán de mi hijo muy bien.

—En dos horas llegaran unas personas para maquillarte, peinarte y hacerte las uñas —me indica consultando su reloj.

—¡¿Cómo?! —pregunto seria.

—Vendrán hasta aquí en una lancha, tranquila. No tendrás que desplazarte a ningún lado.

—No quiero que venga nadie —le planto cara—. Yo sola me basto para arreglarme. Escúchame una cosa, nadie va a cambiar mi esencia. Me da igual si le gusto a la prensa o no, pero no me voy a transformar en alguien que no soy para aparecer a tu lado. ¿De acuerdo? Debí agregar esto al trato —murmuro pensativa mientras chasqueo la lengua contrariada.

Bosco asiente a la misma vez que sonríe, creo que le divierte verme cabreada. Hace una llamada y escucho que cancela que vengan al yate para que me ayuden con el maquillaje y el pelo.

—No te lo tomes a mal, solo era para que te sintieses mejor —trata de disculparse.

—Me siento bien cuando soy yo misma la que se ocupa de mis propias cosas. Puede que no entiendas que no necesito a un ejército de personas a mi alrededor para dar un paso en mi vida, pero lo comprobarás en estas cincuenta y cuatro semanas —le advierto.

Él me mira admirándome, y no lo entiendo. Le estoy plantando cara a Bosco Hungría, dejándole las cosas claras, sin embargo, la situación parece divertirle.

—Eres diferente, Alba Serrano —murmura con la mirada clavada en mí.

—No te confundas. No soy como las mujeres a las que estás acostumbrado. Y ahora, me voy que tengo que arreglarme para la gran cita —comento con ironía, algo enfadada. Ni yo misma sé por qué me ha cabreado tanto cuando me ha dicho que vendrían unas personas para maquillarme y peinarme, ni que fuésemos a acudir a un gran evento. Por favor, solo vamos a comer a un restaurante. ¿Me cree incapaz de estar a su altura? ¿Qué pretendía, convertirme en una muñeca como con las que suele salir? Seguro me iban a poner uñas postizas de bruja, extensiones en el pelo y pestañas, y maquillarme como una puerta, tal que cuando me mirase al espejo ni me reconociese. No, no y no—. Tú te encargas de Nico —le ordeno cuando ya me he puesto en pie para marcharme, le voy a demostrar que puedo estar a su altura sin tener a personas pagadas que me transformen a su gusto y antojo.

Cuando salgo de la ducha, observo por la ventana de mi camarote que Bosco y Nico se están bañando en el mar. Mi hijo lleva unos manguitos y su padre nada a su lado. No puedo evitar admirarlos a ambos con una sonrisa en mis labios. Quizás Bosco Hungría vaya a poner nuestras vidas del revés, pero sé que mi pequeño va a tener a un padre excepcional y disfrutará mucho a su lado. Llego a sentirme culpable porque ambos hayan permanecido dos años alejados, sin conocerse. En el fondo sé que el mayor perjudicado ha sido mi pequeño, esa ha sido la principal razón que me impulsó a aceptar el trato con Bosco. Que Nico esté al lado de su padre por un largo tiempo y lo conozca bien, para cuando yo tenga que alejarme de ellos exista esa confianza entre ambos en la que mi hijo no me eche de menos.

Cuando me estoy secando el pelo, tocan a mi puerta del camarote, en albornoz y con la melena medio húmeda voy a abrir. Me encuentro con una mujer de unos cuarenta años que no conozco hasta el momento, bien vestida.

—Hola, soy Maica, la ayudante personal del nuevo agente del señor Hungría —se presenta—. Estoy aquí para comunicarle los pasos que daremos en la comida de hoy. También le he traído la ropa que deberá usar. —Alza una funda de traje y yo la miro desconcertada. Estamos en un yate alejados de la costa, pero la gente viene y va sin problema alguno, al parecer.

—Pasa, por favor.

Maica desenfunda el vestido y lo deja sobre la cama. Es en un tono azul cielo, corto y nada ajustado ni con escote. Me gusta, es de mi estilo.

—Tiene usted una figura maravillosa, le quedará genial. —Luego saca de una bolsa negra unas sandalias de tacón, altas—. Tendrá que usarlas.

Las tomo en mis manos y las admiro. Son de marca, las conozco y también sé lo que cuestan. En los últimos años he aprendido mucho sobre moda.

—Gracias.

—Toda la ropa y zapatos que use son para usted, el señor Hungría dice que se le olvidó detallarlo en el trato.

—¡¿Cómo?! —Cojo el vestido y miro que también es de una conocida marca, muy cara—. Este vestido y esos zapatos cuestan más de lo que yo gano en un mes —le indico sorprendida.

—No se preocupe por eso.

—¿Usted escoge la ropa? —le pregunto de golpe.

—Sí.

—Pues de ahora en adelante, no se decante por estas marcas desorbitadas, compre algo más sencillo, de Zara mismo. No quiero que el señor Hungría gaste demasiado dinero en mí.

—Es necesario para las fotos —argumenta como si yo fuese tonta.

—La necesaria para las fotos soy yo. Proyectar que estamos juntos y unidos —le recuerdo al ver que está al tanto de todo—. No me siento cómoda llevando ropa tan cara a costa del señor Hungría —le dejo claro.

—Se acostumbrará —murmura.

—No lo creo.

—Lo hará —me rebate, sosteniéndome la mirada, desafiándome.

—¿Algo más? —le pregunto de forma descortés, quiero que se vaya.

—Sí. Desde que bajen del yate, en todo momento, irán de la mano. Se mostrarán cómplices y cariñosos en la comida. Habrá dos besos, uno en el restaurante y otro a la salida. Ya está todo coordinado con la persona que los fotografiará.

Tras sus palabras siento un gran desconcierto. Es como si fuese una actriz que tiene que convencer a la prensa de que Bosco Hungría está enamorado de la madre de su hijo y somos

felices. Lo considero un gran reto y rezo para que nos crean en este comienzo. Me importa la imagen del padre de mi hijo, sobre todo, porque creo que no es justo lo que le está sucediendo.

59
Primera cita

Tras dos horas arreglándome, aparezco en cubierta maquillada, peinada, con las uñas hechas y el vestido y los zapatos que Maica que ha entregado. Descubro que ya estamos en puerto, ni siquiera he sentido que nos movíamos. No veo a Bosco ni a mi hijo por ninguna parte, el yate es muy grande, me siento y decido esperarlo. Le pregunto a Carla, la chica de la tripulación, por mi pequeño y me informa que se ha ido con sus abuelos y están en el teleférico. Sonrío al pensar lo que Nico disfrutará. Estamos en el puerto de Fira, la capital de Santorini. Contemplo el mar en calma e intento que esa misma calma se traspase a mi interior.

Escucho un leve carraspeo y me giro un poco, sin llegar a levantarme, y veo a Bosco arreglado, con un pantalón chino en azul marino y una camisa blanca. Está guapísimo, arrebatador. Lleva el pelo un poco mojado y no se ha afeitado, la barba le sienta muy bien.

—¿Lista? —pregunta acercándose a mí, me da la mano y la acepto. Se recrea en mí, al mismo tiempo que siento que aprueba cómo voy.

—¿Estoy a su altura, señor Hungría? —pregunto con cierto tonillo molesto—. ¿Se creerá la prensa que soy su nueva conquista?

—Estás espectacular —murmura sin quitarme ojo de encima.

Lo cierto es que me he esmerado muchísimo maquillándome como Julia me enseñó hace tiempo, y peinándome. Me he decantado por unas simples ondas, que me dan cierto toque de sofisticación. Las uñas las he improvisado con un esmalte normal, pero han quedado muy bien.

—La próxima vez, que mi atuendo no sea tan excesivamente caro —le reprendo.

—Tienes una gran belleza y un cuerpo maravilloso —me elogia—, cualquier cosa te sentaría de maravilla. No lo dudo. Hoy ha sido todo un poco precipitado. Tendrás un armario lleno a tu disposición y en las siguientes ocasiones todo quedará a tu elección.

—Gracias por el voto de confianza. Tengo una tienda de moda, creo que sabré estar a la altura.

—No lo dudo. —Me admira sonriente, se coloca unas gafas de sol y yo tengo que apartar la mirada de él, es demasiado guapo, demasiado atractivo y me altera—. Vamos —me indica, al mismo tiempo que me extiende su mano para que se la tome de nuevo, yo dudo, pero al llevar las altas sandalias de tacón creo que lo mejor es que me apoye en él hasta que salgamos del barco.

Me dejo guiar por su mano y sus pasos, mientras que recorremos la extensa cubierta del yate siento que floto.

—Comeremos en el mejor restaurante de Fira, con unas vistas increíbles —me susurra Bosco en el oído cuando ya hemos bajado del barco—. Ahora vamos al teleférico —anuncia. Yo lo miro desconcertada—. A pie, en burro o en teleférico, no hay otra forma de llegar —me indica Bosco mientras clava su mirada en mis sandalias de tacón.

—Yo no las escogí —le espeto de golpe, a modo de reprimenda.

—Yo no entiendo de moda femenina —se escusa con un encogimiento de hombros.

Nos dirigimos al teleférico y nos montamos en él. Vamos solos. Cuando empezamos a subir se produce cierta sensación de vértigo en mi cuerpo que no sé cómo manejar. Las vistas son impresionantes, pero mirar hacia abajo da un poco de cague.

Bosco, sentado frente a mí, no me quita ojo en todo el trayecto. Estoy segura que para él no es la primera vez.

Cuando nos bajamos un coche nos espera y nos lleva a un restaurante. Cuando llegamos, por supuesto, tenemos una reserva en el mejor lugar del mismo.

Cuando descubro las vistas que tendremos durante la comida al aire libre me emociono. Son espectaculares, me siento privilegiada de poder admirarlas. Nos sentamos a la mesa y estamos casi solos en el lugar, sin apenas gente a nuestro alrededor.

—Nuestra primera cita con estas vistas maravillosas —me indica Bosco. Sus palabras me sacan de la admiración que siento hacia todo lo que nos rodea.

—Primera cita —murmuro pensativa.

—¿No te gusta que la llame así? Nuestra primera cita formal.

—En una farsa para la prensa —le indico.

Él asiente con una sonrisa. Se quita las gafas de sol y puedo ver un brillo especial en sus ojos. Debería incomodarle un poco todas las molestias que nos estamos tomando para salvar su imagen ante la prensa, pero, sin embargo, parece disfrutarlo.

Me toma una mano entre las suyas y se la lleva a los labios, cuando intento retirarla, tira más fuerte de ella y me reprende:

—Recuerda que es una comida donde estamos siendo observados. Deja que te mime y te consienta. Tú harás lo mismo.

—¿Cuándo viene el beso? —pregunto con una sonrisa fingida—. Para estar preparada.

Él sonríe.

—Relájate, todo llegará. ¿Impaciente? —me pregunta en tono jocoso, acercándose a mí sobre la mesa.

Como nos están fotografiando y no sé desde dónde exactamente, no veo a nadie, pero tampoco quiero echar el plan por tierra, le muestro una sonrisa fingida, me atrevo a acariciarle el mentón y le respondo:

—Impaciente porque todo esto acabe y pasen cincuenta y cuatro semanas.

—Aún te queda un poco —se carcajea.

—Ya veo que te lo tomas con paciencia y humor. Tú pierdes o ganas más que yo —le recuerdo.

—Sin duda alguna —dice de inmediato taladrándome con la mirada.

Bosco se encarga de pedir el vino y la comida, yo no tengo apetito. Los nervios que tengo instalados en el estómago no van a desaparecer, así que me da igual lo que me pongan por delante, sé que apenas probaré nada.

La comida transcurre con miradas estudiadas y sonrisas forzadas. Bosco se da cuenta de que apenas he probado el exquisito pescado que tengo delante, coge un poco de mi plato con su tenedor y lo prueba.

—Muy rico —dice mientras mastica—. ¿No te gusta?

—Eh… No, me encanta el pescado, pero no tengo mucha hambre.

—Come un poco —murmura como cuando yo obligo a Nico a comer.

No le hago caso, pero él, ni corto ni perezoso, coge su tenedor, lo mete de nuevo en mi plato y lo acerca hasta mi boca con comida. No tengo más remedio que abrirla y comerme el pescado.

Mientras, sentado frente a mí, Bosco sonríe, triunfante. Se lleva su copa de vino a los labios y se la termina de golpe.

—Come un poco más o tendré que dártelo yo de nuevo —comenta recostado en su silla.

Yo niego con un leve gesto de mi cabeza, pero, de inmediato, leo en sus ojos que es muy capaz de hacerlo. Cojo el tenedor y pincho más pescado y lo llevo hasta mi boca. Lo mastico y lo trago bajo la atenta mirada de Bosco, satisfecho y sonriente. Repito el gesto un par de veces más

hasta que considero que he comido lo suficiente.

—¿Qué quieres de postre? —pregunta consultando la carta.

—Café —digo, porque sé que se empeñará en que tome algo.

—Dos cafés con leche —le pide al camarero.

Nos lo tomamos admirando el paisaje que nos rodea mientras Bosco me dice que nunca ha visitado Santorini de forma turística, que solo ha asistido a un par de eventos y fiestas nocturnas.

Cuando terminamos el café, nos levantamos de la mesa, Bosco me da la mano y nos quedamos parados despidiéndonos de las maravillosas vistas. Lo miro y sé que me va a besar, sus ojos lo delatan. Le sonrío con miedo mientras él me toma por la cintura y se acerca a mí. Cierro los ojos y me preparo para un simple y casto beso, como el que hemos establecido en nuestro trato, pero me sorprendo al recibir un apasionado y atrevido beso que me deja sin aliento. Involuntariamente, mi boca y mi cuerpo le responden al fundirse con él.

Cuando ambos estamos casi jadeantes, Bosco se aparta un poco de mí, me acaricia el rostro y me sonríe. Yo lo reprendo con la mirada, pero no me hace caso. Me toma de la mano y nos marchamos.

Me tengo que dominar para no echarle una buena bronca cuando entramos en el coche, pero prefiero estar a solas con él en el yate para dejarle las cosas claras de nuevo.

Voy sumida en mis pensamientos cuando el coche en el que vamos se para. Bosco me indica que nos tenemos que bajar. Lo hago mientras me pregunto a dónde vamos ahora.

En cuanto ambos estamos fuera del coche me coge de la mano y tira de ella. Veo que estamos a punto de entrar en una joyería.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto algo reticente a cruzar la puerta.

—Atracarla —suelta con una carcajada. Me abraza y me da un beso en la mejilla—. Confía en mí —susurra en mi oído.

En cuanto ponemos un pie en la joyería un hombre se acerca a nosotros y estrecha la mano de Bosco llamándolo señor Hungría. Me doy cuenta de que nos esperaban.

Nos llevan a un lugar vip de la joyería y nos sentamos en un sofá de cuero marrón, tiene pinta de ser muy caro. Yo miro a Bosco, pero él no dice ni una sola palabra. Estamos solos, el señor que nos ha recibido ha desaparecido en cuanto nos ha dejado sentados.

Cuando voy a abrir la boca para decir algo el señor aparece de nuevo, trae varias cajas de terciopelo gris en sus manos.

—Algo sencillo —anuncia el hombre, que comienza a abrir las cajas y veo que son colgantes de mujer.

De inmediato miro a Bosco y él solo asiente.

—Si nos da unos minutos escogeremos el más adecuado. —Con educación se deshace del hombre.

Cuando nos quedamos a solas estallo.

—¿Y esto, también forma parte del plan? Porque lo desconocía —digo a modo de reproche.

—Esto es personal, estoy en deuda contigo y quiero regalarte algo por todo lo que vas a hacer por mí. Es solo un obsequio.

—No lo necesito.

—Quiero regalártelo, por todo lo que me estás ayudando —insiste.

—Lo hago porque eres el padre de mi hijo, y porque no es justo que tu imagen se vea afectada por cosas que no tienen que ver con tu perfil profesional.

—Has accedido a nuestro trato sin ninguna contraprestación a cambio. Deja que te haga este regalo.

—No.

—No nos moveremos de aquí hasta que lo aceptes y escojas uno —manifiesta con tranquilidad. Se recuesta en el sofá, cruza las piernas y los brazos.

Yo lo imito. No voy a ceder.

El señor de la joyería vuelve y nos pregunta si nos hemos decidido por alguno o si nos trae otros para continuar eligiendo. Bosco se queda callado y me obliga a tomar las riendas a mí.

—No, no se preocupe. ¿Puede volver en unos minutos? —le propongo al hombre.

Este se marcha.

—Bosco —pronuncio su nombre como cuando reprendo a mi hijo. Lo miro obligándolo a que acabe con aquello y nos marchemos.

—No tengo prisa. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

Resoplo con fuerza. El señor de la joyería vuelve de nuevo, nos mira y ni se molesta en preguntar nada, se marcha al ver que estamos como al principio.

—Está bien —estallo al cabo de un rato. Cojo un colgante al azar de entre los más de veinte que tengo delante y digo—: Este. ¿Nos podemos ir ya? —Me pongo en pie dispuesta a marcharme.

—Pediré que lo graben y nos lo envuelvan. Será rápido. —Coge el colgante en sus manos y lo admira.

No me da tiempo a decirle nada a Bosco, el dependiente vuelve a entrar y se lleva el colgante, solo murmura admirándolo:

—Buena elección.

He escogido un colgante con una rosa, me ha recordado a mi madre, a ella le encantaban. Siempre decía que eran un símbolo de vida, y yo creo que me queda mucha por vivir.

Salimos de la zona vip, Bosco entrega su tarjeta al dependiente, en ningún momento me entero de lo que cuesta la joya y, pasados unos minutos, nos lo traen de nuevo.

—Ya está grabado —anuncia el dependiente.

Bosco asiente y el hombre lo guarda en una caja. Tengo curiosidad por saber qué ha grabado, pero no pregunto.

—Gracias por todo —dice Bosco a modo de despedida cuando le señor le entrega la sofisticada bolsa con el colgante dentro.

Volvemos al coche, pero antes de entrar en él Bosco me vuelve a besar. Yo me concentro en el beso y dejo de pensar que todo forma parte de un plan.

60
Mi fin

Hacemos todo el trayecto de vuelta al yate en silencio, sin cruzar una sola palabra. Tengo que hacer grandes esfuerzos por no reprocharle a Bosco que me haya besado en dos ocasiones de una forma tan apasionada como lo hizo.

Cuando llegamos al barco lo primero que hago es preguntar por mi hijo. Bosco me dice:

—Se va a quedar en la villa con mis padres hasta mañana.

—¡¿Cómo!? —estallo—. ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? ¿Por qué no me lo has consultado? —le reprocho alterada.

—Es mi hijo, también puedo tomar decisiones sobre él, ¿no crees? Me lo pidieron mis padres y me pareció bien.

—Yo estoy aquí por Nico, solo por él —le recuerdo, enfadada.

—Ya no solo se trata de Nico, recuerda nuestro trato.

Lo miro desafiante mientras él abre la caja de la joyería con el colgante dentro.

—Cincuenta y cuatro semanas, aquí lo tienes, para que no lo olvides. —Me muestra el número cincuenta y cuatro, grabado en la parte trasera de la rosa que he escogido—. Voy a ponértelo —anuncia.

—Ni se te ocurra —le indico entre dientes.

—Aún estamos en el puerto, en cubierta, a la vista de todos. Deja que te lo ponga y saquen las últimas fotos del día.

Lo miro con ganas de matarlo. Resoplo y finalmente accedo.

Cuando siento sus manos al colocarme la joya toda mi piel se eriza. Trato que su contacto no me afecte, concentrarme en todo lo que le tengo que reprochar en cuanto entremos dentro.

Cuando siento que ha abrochado el colgante le muestro una sonrisa fingida, le paso las manos por el cuello, con movimientos estudiados y me acerco a la comisura de sus labios, desplegando todas mis artes de seducción.

—Fin del espectáculo por hoy —murmuro. Le doy un beso, apenas un roce en sus labios, y me marcho al interior del yate. Lo siento suspirar y removerse con incomodidad.

Me encamino con paso firme hacia mi camarote, tengo en mente cambiarme de ropa y luego hablar con Bosco algunas cosas más que pienso dejarle claras.

Cuando estoy sentada en la cama, deshaciéndome de las sandalias, aparece ante mí.

—¿No te enseñaron a llamar a las puertas? —le reprocho.

—Estaba medio abierta —contesta, sonriente—. Solo he venido a darte las gracias por el día de hoy. Acabo de recibir un mensaje de Maica en el que me comunica que todo ha salido genial. En unas horas las fotos estarán en la toda prensa.

—Me alegro por ti. Espero que incumplir con nuestro trato haya servido para mejorar tu imagen —le reprocho, seria. Él sonríe. Sabe a lo que me refiero.

—Has disfrutado de esos besos tanto como yo —comenta con arrogancia.

—Voy a dejarte algo claro; ni pienses que en estas cincuenta y cuatro semanas vas a tomar de mí lo que se te apetezca. Como tú quieras, cuando quieras —le dejo claro alzando la voz.

Se acerca a mí, agachándose entre mis piernas, y me mira de una forma intensa y murmura:

—Una vez lo hice y lo pasamos muy bien. Si quieres podemos añadir al trato un millón de euros, dos o cinco.

Siento sus palabras como un cuchillo atravesándome el corazón. Sin ni siquiera pensarlo, permanece arrodillado ante mí, le cruzo la cara con tal fuerza que se tambalea y termina cayendo de culo en el suelo.

—Eres un completo hijo de puta —le grito enfadada—. Quizá sea cierto todo lo que la prensa dice de ti y haya sido un completo error por mi parte prestarme a este juego. Pero fin del asunto. Adiós, Bosco Hungría. Se acabó. No me vas a tratar como a una cualquiera ofreciéndome tus millones.

Me levanto, aguantando las ganas de llorar, la decepción que siento es enorme, y salgo corriendo del camarote. No quiero tenerlo cerca. Solo necesito irme de su lado, de su mundo, del efecto Bosco Hungría que me hace perder el sentido y la noción del tiempo y sentirme como un ser que no vale nada.

Salgo a cubierta, sé que Bosco viene detrás de mí, corriendo, me llama, grita mi nombre, pero no le hago caso, y descubro que ya no estamos en el puerto. Todo lo que nos rodea es mar.

Me paro en seco, entro en pánico y le grito desesperada:

—¡¿Qué pretendes?! ¿Por qué estamos aquí? —Señalo toda el agua que nos rodea—. Quiero irme —le exijo fuera de sí.

Él llega hasta mí, me toma por los brazos, trato de zafarme, pero no puedo.

—Alba… —susurra en una especie de lamento, sin mirarme directamente a los ojos.

Le propino una patada en sus partes, Bosco se dobla, emerge un sonoro grito y yo salgo corriendo, pero no me da tiempo de llegar muy lejos. Voy descalza, resbalo, no controlo dónde aterrizar y en ese tropiezo caigo al mar desde cubierta, sin poderlo evitar.

Antes de que mi cuerpo toque el agua entro en pánico y creo que voy a morir. No sé nadar. Grito de forma involuntaria, me desgarro la garganta. Cuando me sumerjo en la profundidad del mar, que me engulle al caer, solo pienso en mi hijo. Salgo a la superficie, palmoteo en el agua, tomo aire de forma desesperada, pero siento que me hundo de nuevo sin poder hacer nada. Palmoteo con las manos con fuerza, pero no es suficiente. Siento como si tirasen de mis piernas hacia abajo y me sumerjo de nuevo en el mar, sintiendo que me ahogo, que mis pulmones ya no pueden más. Algo me dice que este es mi fin.

Salgo de nuevo a la superficie, pido ayuda, desgarrándome la garganta, pero no veo que nadie venga en mi rescate. Me hundo de nuevo, abro los ojos y veo cómo a cámara lenta me sumerjo en la profundidad del mar sin poder hacer nada, pataleo con ganas, pero con ello solo consigo hundirme más y más. Siento que mis pulmones están a punto de explotar, no puedo respirar. Solo pienso en Nico. Y luego en toda mi vida, mi miserable vida, que pasa delante de mis ojos y en ese momento sé que lo he hecho todo muy mal. De nada me ha valido ser como he sido, buena persona y generosa con los demás. Voy a morir con solo veintidós años y lo único bueno que me ha pasado y he vivido ha sido mi hijo.

CONTINUARÁ…

Próximamente la segunda parte.

Agradecimientos

A mis lectores, por seguirme y enamorarse de mis historias. No sabéis la emoción tan grande que siento cuando me decís que habéis tardado menos de un día en leer mis novelas y todos los sentimientos que os provocan.

A mi hermano Luis, por ser el artífice del título de esta historia.

A @bbcccreative_1 por diseñar una cubierta tan maravillosa.

A mis lectoras cero, por enamorarse de esta historia escrita en primera persona en cuanto la leísteis.

He de confesar que comencé a escribir El precio de la vida como el resto de mis novelas, en tercera persona, pero una noche tuve un sueño y a raíz de ahí algo cambió y comencé a reescribirla en primera persona, con miedo, he de admitir, no sabía si sería capaz de terminarla, pero lejos de ello, me volví adicta a plasmar una historia en primera persona y he disfrutado la experiencia muchísimo. Meterme en la piel de Alba ha sido difícil, todo un reto, pero considero, a nivel personal, que ha merecido la pena. Me siento muy satisfecha con el resultado. Espero que los lectores la disfrutéis y os guste tanto como a mí.

En cada historia que publico procuro que sea diferente a todas las anteriores. El precio de la vida la catalogaría como mi novela más arriesgada y diferente a lo ya publicado. Espero no defraudar a nadie.

Hasta muy pronto.

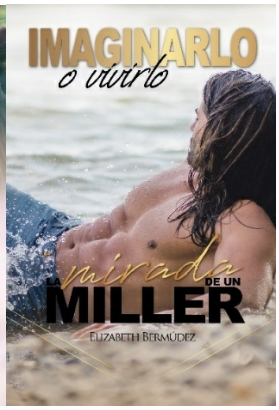
Elizabeth Bermúdez.

Otras novelas de la autora

FAMILIA MILLER

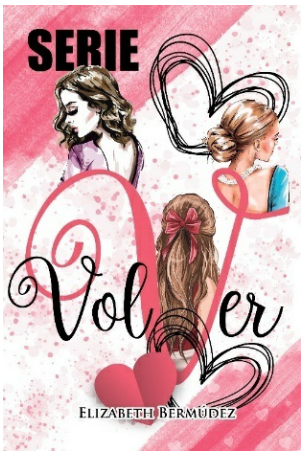






SERIE VOLVER





Incluye los 3 libros de la serie más nuevos extras.

NOVELAS INDEPENDIENTES

